NEW YORK TIMES BEST SELLER

CONFESIONES DE UN

GANSTER ECONOMICO

Jhon Perkins

La cara oculta
del Imperialismo americano

John Perkins

Confesiones de un gángster económico

La cara oculta del imperialismo americano

TENDENCIAS

Argentina - Chile - Colombia - España Estados Unidos - México Uruguay - Venezuela - Perú

Título original: *Confessions* of *an Economic Hit Man* First published by Berrett-Koehler Publishers, Inc., San Francisco, CA, USA. AU Rights Reserved Traducción: José Antonio Bravo Alfonso
Directora de Tendencias: Nuria Almiron
Proyecto editorial: Editrends

Aribau, 142, pral. - 08036 Barcelona
www.edicionesurano.com

ISBN: 84-934642-0-1
Depósito legal: B. 42.175 - 2005

Fotocomposición: Ediciones Urano, S. A.
Impreso por Romanyá Valls, S. A. - Verdaguer, 1 - 08760 Capellades (Barcelona)

Impreso en España - *Printed in Spain*

A mis progenitores, Ruth Moody y Jason Perkins, que me enseñaron acerca de la vida y del amor y me infundieron el coraje que me ha permitido escribir este libro

Índice

CUARTA PARTE: DE 1981 AL PRESENTE

Prefacio

> *Los gángsteres económicos* (Economic Hit Men, *EHM) son profesionales generosamente pagados que estafan billones de dólares a países de todo el mundo. Canalizan el dinero del Banco Mundial, de la Agencia Internacional para el Desarrollo (USAID) y de otras organizaciones internacionales de «ayuda» hacia las arcas de las grandes corporaciones y los bolsillos del puñado de familias ricas que controla los recursos naturales del planeta. Entre sus instrumentos figuran los dictámenes financieros fraudulentos, las elecciones amañadas, los sobornos, las extorsiones, las trampas sexuales y el asesinato. Ese juego es tan antiguo como los imperios, pero adquiere nuevas y terroríficas dimensiones en nuestra era de la globalización.*
>
> *Yo lo sé bien, porque yo he sido un gángster económico.*

En 1982 escribí estas líneas como comienzo de un libro cuyo título de trabajo era *Conscience of an Economic Hit Man.* Lo dedicaba a los presidentes de dos países, a dos hombres que fueron c1ientes míos, respetados y considerados por mí como espíritus afines: Jaime Roídos, presidente de Ecuador, y Ornar Torrijos, presidente de Panamá. Ambos habían fallecido recientemente en aquellos momentos. Sus aviones se estrellaron, pero no se trató de ningún accidente sino de asesinatos motivados por la oposición de ambos a la cofradía de dirigentes empresariales, gubernamentales y financieros que persigue un imperio mundial. Nosotros, los gángsteres económicos, no conseguimos doblegar a Roídos y Torrijos, y por eso fue preciso que intervinieran los otros tipos de gángsteres, los chacales patrocinados por la CÍA que siempre estaban pegados a nuestras espaldas.

Me convencieron de no escribir ese libro. Durante los veinte

años siguientes lo empecé en cuatro ocasiones más. En cada una de ellas, mi decisión estuvo influida por hechos contemporáneos de la política internacional: la invasión de Panamá por Estados Unidos en 1989, la primera guerra del Golfo, el conato de invasión de Somalia y la irrupción de Osama bin Laden. En todas ellas, amenazas o sobornos me indujeron a abandonarlo.

En 2003, el presidente de una importante editorial propiedad de una poderosa multinacional leyó un borrador de lo que luego ha resultado ser *Confesiones de un gángster económico.* Lo calificó de «relato fascinante que debía ser contado». A continuación sacudió la cabeza con una sonrisa triste, y me dijo que los ejecutivos de la oficina central pondrían objeciones y que no podía arriesgarse a publicarlo. Me aconsejó que lo reescribiera en forma de novela. «Podríamos lanzarte como novelista, a lo John LeCarré o Graham Greene.»

Pero esto no es una novela. Es el relato real de mi vida. Otro editor más valeroso, y no perteneciente a ninguna multinacional, aceptó ayudarme a contarlo.

Esta historia *debe* ser contada. Vivimos en una época de crisis terribles, y de oportunidades tremendas. La historia de este particular gángster es la historia de cómo hemos llegado adonde estamos y por qué nos enfrentamos actualmente a una crisis que parece insuperable. Y hay que contarlo porque necesitamos entender nuestros errores del pasado si queremos hallamos en situación de aprovechar las oportunidades futuras. Porque han ocurrido cosas como el 11-5 y la segunda guerra en Iraq. Porque además de las tres mil personas que murieron a manos de los terroristas el 11 de septiembre de 2001, otras veinticuatro mil murieron ese día de hambre y de otras secuelas de la miseria. O mejor dicho, todos los días mueren veinticuatro mil personas que no encuentran con qué alimentarse.1 Y lo más importante, esta historia hay que contarla porque hoy, por primera vez en la historia, existe un país capaz de cambiar todo eso mediante sus recursos, su dinero y su poder. Es el país en donde nací y al que he servido como gángster económico:

Estados Unidos de América del Norte.

¿Qué es lo que finalmente me convenció a ignorar las amenazas y los intentos de soborno?

La respuesta breve es que tengo una hija, Jessica, licenciada

universitaria y emancipada. Y que, recientemente, al comentarle que estaba considerando la publicación de este libro y participarle mis temores al respecto, me contestó: «No te preocupes, papá. Si van por ti, yo continuaré donde lo hayas dejado. Aunque sólo sea por los nietos que espero darte algún día». Ésa es la respuesta breve.

La versión completa tiene que ver con mi dedicación al país en que me he criado y mi amor a los ideales proclamados por sus padres fundadores. También con lo que considero mi deber para con la república americana que hoy promete «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad» para todos, en todas partes. Y, por último, tiene que ver con mi decisión -tomada después del 11-S- de no quedarme ocioso contemplando cómo los gángsteres económicos transforman esa república en un imperio global. He aquí la sinopsis de la versión completa que se hallará desarrollada, en carne y hueso, a lo largo de los capítulos siguientes.

Éste es un relato real. Lo he vivido minuto a minuto. Los paisajes, las personas, las conversaciones y los sentimientos que describo han formado parte de mi vida. Es mi biografía y, sin embargo, debo situarla en el contexto más amplio de los acontecimientos mundiales que han configurado nuestra historia, que nos han llevado adonde estamos hoy, y que conforman los cimientos del futuro de nuestros hijos. He procurado la máxima exactitud en la descripción de esas experiencias, gentes y conversaciones. Cuando comento hechos históricos o reconstruyo mis conversaciones con otras personas, he utilizado diversos instrumentos: documentos publicados, registros y notas personales, recuerdos míos y de otros participantes, los cinco borradores empezados en otros tiempos y las narraciones históricas de otros autores, con preferencia para los recién publicados y que revelan informaciones antes clasificadas o no disponibles por otros motivos. En las notas finales doy las referencias para el lector interesado que desee profundizar en estos temas.

Mi editor me preguntó si realmente nos referíamos a nosotros mismos llamándonos gángsteres económicos. Le contesté que sí, aunque usábamos más a menudo las iniciales EHM. En efecto, el primer día de 1971 que empecé a trabajar con mi instructora, Claudine, ésta me dijo: «La misión que tengo asignada es hacer de

ti un *economic hit man.* Y que nadie se entere de tu actividad... ni siquiera tu mujer». Y luego añadió, poniéndose seria: «Cuando uno entra en esto, entra para toda la vida».

Más adelante, casi nunca volvió a mencionar la expresión completa. Éramos, sencillamente, unos EHM.

El cometido de Claudine es un ejemplo fascinante de la manipulación subyacente al negocio en el que me había incorporado. Era bella e inteligente, y sumamente eficaz. Detectó mis puntos débiles y supo explotarlos en su beneficio. Su trabajo y la habilidad con que lo realizaba ejemplifican la mentalidad sutil de quienes manejan los hilos de este sistema.

Claudine no tuvo pelos en la lengua a la hora de describirme lo que iban a exigir de mí. «Tu trabajo -dijo- consistirá en estimular a líderes de todos los países para que entren a formar parte de la extensa red que promociona los intereses comerciales de Estados Unidos en todo el mundo. En último término esos líderes acaban atrapados en la telaraña del endeudamiento, lo que nos garantiza su lealtad. Podemos recurrir a ellos siempre que los necesitemos para satisfacer nuestras necesidades políticas, económicas o militares. A cambio, ellos consolidan su posición política porque traen a sus países complejos industriales, centrales generadoras de energía y aeropuertos. Y los propietarios de las empresas estadounidenses de ingeniería y construcción se hacen inmensamente ricos.

Hoy vemos los estragos resultantes de este sistema. Ejecutivos de las compañías estadounidenses más respetadas que contratan por sueldos casi de esclavos la mano de obra que explotan bajo condiciones inhumanas en los talleres de Asia. Empresas petroleras que arrojan despreocupadamente sus toxinas a los ríos de la selva tropical, envenenando adrede a humanos, animales y plantas, y perpetrando genocidios contra las culturas ancestrales. Laboratorios farmacéuticos que niegan a millones de africanos infectados por el VIH los medicamentos que podrían salvarlos. En Estados Unidos mismo, doce millones de familias no saben lo que van a comer mañana.[2] El negocio de la energía ha dado lugar a una Enron. El negocio de las auditorías ha dado lugar a una Andersen. La quinta parte de la población mundial residente en los países más ricos tenía en 1960 treinta veces más ingresos que otra quinta parte,

los pobladores de los países más pobres. Pero en 1995 la proporción era de 74:1.[3] Estados Unidos gasta más de 87.000 millones de dólares en la guerra de Iraq, cuando Naciones Unidas estima que con menos de la mitad bastaría para proporcionar agua potable, dieta adecuada, servicios de salud y educación elemental a todos los habitantes del planeta.[4]

¡Y nos preguntamos por qué nos atacan los terroristas!

Algunos preferirían achacar nuestros problemas actuales a una conspiración organizada. Ya me gustaría que fuese tan sencillo. A los conspiradores se les puede capturar y llevar ante los tribunales. Pero este sistema nuestro lo impulsa algo mucho más peligroso que una conspiración. Lo impulsa, no un pequeño grupo de hombres, sino un concepto que ha sido admitido como verdad sagrada: que todo crecimiento económico es siempre beneficioso para la humanidad y que, a mayor crecimiento, más se generalizarán sus beneficios. Esta creencia tiene también un corolario: que los sujetos más hábiles en atizar el fuego del crecimiento económico merecen alabanzas y recompensas, mientras que los nacidos al margen quedan disponibles para ser explotados.

Es un concepto erróneo, naturalmente. Sabemos que en muchos países el crecimiento económico sólo beneficia a un reducido estrato de la población, y que de hecho puede redundar en unas circunstancias cada vez más desesperadas para la mayoría. Viene a intensificar este efecto el corolario mencionado, de que los líderes industriales que impulsan este sistema merecen disfrutar de una consideración especial. Creencia que está en el fondo de muchos de nuestros problemas actuales y tal vez es el motivo de que abunden tanto las teorías conspirativas. Cuando se recompensa la codicia humana, ésta se convierte en un poderoso inductor de corrupción. Si el consumo voraz de los recursos del planeta está considerado algo intocable, si enseñamos a nuestros hijos a emular a las personas con estas vidas desequilibradas y si definimos a grandes sectores de la población como subditos de una élite minoritaria, estamos invocando calamidades. Y éstas no tardan en caer sobre nuestras cabezas.

En su afán de progresar hacia el imperio mundial, empresas, banca y gobiernos (llamados en adelante, colectivamente, *la, corporatocracia)* utilizan su poderío financiero y político para asegurarse

de que las escuelas, las empresas y los medios de comunicación apoyen (tanto el concepto como su corolario no menos falaz. Nos han llevado a un punto en que nuestra cultura global ha pasado a ser una maquinaria monstruosa que exige un consumo exponencial de combustible y mantenimiento, hasta el extremo que acabará por devorar todos los recursos disponibles y finalmente no tendrá más remedio que devorarse a sí misma.

La corporatocracia no es una conspiración, aunque sus miembros sí suscriben valores y objetivos comunes. Una de las funciones de la corporatocracia estriba en perpetuar, extender y fortalecer el sistema continuamente. Las vidas de los «triunfadores» y sus privilegios -sus mansiones, sus yates, sus jets privados-, se nos ofrecen como ejemplos sugestivos para que todos nosotros sigamos consumiendo, consumiendo y consumiendo. Se aprovechan todas las oportunidades para convencemos de que tenemos el deber cívico de adquirir artículos, y de que saquear el planeta es bueno para la economía y por tanto conviene a nuestros intereses superiores. Para servir a este sistema, se paga unos salarios exorbitantes a sujetos como yo. Si nosotros titubeamos, entra en acción un tipo de gángster más funesto, el chacal. Y si el chacal fracasa, el trabajo pasa a manos de los militares.

Este libro es la confesión de un hombre que, en la época en que fui EHM, formaba parte de un grupo relativamente reducido. Este tipo de profesión es hoy más abundante. Sus integrantes ostentan títulos más eufemísticos y pululan por los pasillos de Monsanto, General Electric, Nike, General Motors, Wal-Mart y casi todas las demás grandes corporaciones del mundo. En verdad, *Confesiones de un gángster económico* es su historia tanto como la mía.

Y también es la historia de Estados Unidos, del primer imperio auténticamente planetario. El pasado nos ha enseñado que, o cambiamos de rumbo, o tenemos garantizado un final trágico. Los imperios nunca perduran. Todos han acabado muy mal. Todos han destruido culturas en su carrera hacia una dominación mayor, y todos han caído a su vez. Ningún país o grupo de países puede prosperar a la larga explotando a los demás.

Este libro ha sido escrito para hacemos recapacitar y cambiar.

Estoy convencido de que, cuando un número suficiente de nosotros cobre conciencia de cómo estamos siendo explotados por la

maquinaria económica que genera un apetito insaciable de recursos del planeta -y crea sistemas promotores de la esclavitud-, no seguiremos tolerándolo. Entonces nos replantearemos nuestro papel en un mundo en que unos pocos nadan en la riqueza y la gran mayoría se ahoga en la miseria, la contaminación y la violencia. Y nos comprometeremos a emprender un viraje que nos lleve a la compasión, la democracia y la justicia social para todos.

Admitir que tenemos un problema es el primer paso para solucionarlo. Confesar que hemos pecado es el comienzo de la redención. Que sirva este libro, pues, para empezar a salvamos, para inspiramos nuevos niveles de entrega e incitamos a realizar nuestro sueño de una sociedad justa y decente.

Nunca se habría escrito este libro sin las muchas personas cuyas vidas he compartido y que se describen en las páginas siguientes. Les agradezco las experiencias y sus enseñanzas.

Con independencia de ello, doy las gracias a los que me animaron a salir del limbo y contar mi historia: Stephan Rechtschaffen, Bill y Lynne Twist, Ann Kemp, Art Roffey y las muchas personas que participaron en las giras y los grupos de trabajo de Dream Change, especialmente mis colaboradores Eve Bruce, Lyn Roberts-Herrick y Mary Tendall, así como a mi increíble esposa y compañera durante veinticinco años, Winifred, y a mi hija Jessica.

Quedo en deuda con muchos hombres y mujeres que aportaron revelaciones e información personales sobre la banca internacional, las multinacionales y las interioridades políticas de distintos países: gracias especialmente a Michael Ben-Eli, Sabrina Bologni, Juan Gabriel Carrasco, Jamie Grant, Paul Shaw y otros cuyos nombres recuerdo pero prefieren permanecer en el anonimato.

Una vez concluido el original, Steven Piersanti, fundador de la editorial Berrett-Koehler y brillante jefe de redacción, no sólo tuvo el valor de aceptarlo sino que me ayudó a revisado una y otra vez, invirtiendo en ello incontable número de horas. Declaro mi profunda gratitud a Steven así como a Richard Perl, quien me lo presentó, y también a Nova Brown, Randi Fiat, Alien Jones, Chris Lee, Jennifer Liss, Laurie Pellouchoud y Jenny Williams, que leyeron y criticaron el original. A David Korten, que además de leerlo y

criticarlo me hizo pasar por el aro hasta satisfacer sus exigentes y excelentes criterios. A Paul Fedorko, mi agente. A Valerie Brewster, que ha realizado el diseño gráfico del libro. Y a Todd Manza, mi corrector final, maestro de la palabra y gran filósofo.

Especial gratitud merecen Jeevan Sivasubramanian, director gerente de Berrett-Koehler, y Ken Lupoff, Rick Wilson, María Jesús Aguiló, Pat Anderson, Marina Cook, Michael Crowley; Robin Donovan, Kristen Frantz, Tiffany Lee, Catherine Lengronne, Dianna Platner y el resto del personal de BK, donde la gente comprende la necesidad de aumentar la conciencia social y trabaja incesantemente para hacer de este mundo un lugar mejor.

También debo manifestar mi agradecimiento a todos los hombres y mujeres que trabajaron conmigo en MAIN, desconociendo que sus funciones contribuían a la tarea de los EHM y a configurar el imperio global. Sobre todo, a los que trabajaron directamente a mis órdenes, me acompañaron a remotos países y compartieron conmigo muchos momentos valiosos. Y también a Ehud Sperling y sus colaboradores de Inner Traditions International, que editaron mis obras anteriores sobre culturas indígenas y chamanismo y son, además, buenos amigos que me ayudaron a convertirme en autor.

Quedo eternamente agradecido a los hombres y mujeres que me admitieron en sus hogares de las selvas, los desiertos y las montañas, en las chabolas a orillas de los canales de Yakarta y en los arrabales insalubres de incontables ciudades de todo el mundo. Que compartieron conmigo sus alimentos y sus vidas, y que han sido mi mayor fuente de inspiración.

John Perkins

Agosto de 2004

Prólogo

La capital del Ecuador, Quito, se extiende a lo largo de un valle volcánico en los Andes, a más de dos mil ochocientos metros de altitud. Los habitantes de esta ciudad, fundada mucho antes de la llegada de Colón a las Américas, están acostumbrados a ver la nieve en las cumbres que los rodean, y eso que viven pocos kilómetros al sur del ecuador.

La ciudad de Shell, avanzadilla fronteriza y puesto militar roturado en la Amazonía ecuatoriana para servir a los intereses de la petrolera cuyo nombre ostenta, está casi dos mil quinientos metros más baja que Quito. Hirviente de actividad, la habitan sobre todo soldados, obreros del petróleo e indígenas de las tribus shuar y quechua que trabajan para aquéllos como peones y prostitutas.

Viajar de una ciudad a otra obliga a recorrer una carretera tan tortuosa como impresionante. Las gentes de estos lugares dicen que durante el trayecto se pasa por las cuatro estaciones del año en el mismo día.

Aunque he conducido muchas veces por esa carretera, nunca me canso de sus espectaculares paisajes. A un lado, el roquedal desnudo, salpicado por cascadas torrentosas y espesuras de bromeliáceas. Al otro, un despeñadero que desciende abruptamente hasta el abismo por cuyo fondo corre el río Pastaza, un afluente del Amazonas que serpentea Andes abajo. Sus aguas provienen de los glaciares del Cotopaxi, uno de los volcanes activos más altos del planeta considerado una deidad en tiempos de los Incas, y van a volcarse en el océano Atlántico, a unos cinco mil kilómetros de distancia.

En 2003 salí de Quito en un todoterreno Subaru y enfilé hacia Shell provisto de una misión muy distinta de cualquiera de las aceptadas por mí con anterioridad. Iba a tratar de poner fin a una guerra que yo mismo había contribuido a desencadenar. Como en tantos otros casos cuya responsabilidad hemos de asumir nosotros

los EHM, esa guerra era prácticamente desconocida fuera del país donde tenía lugar. Yo iba a reunirme con los shuar, los quechua y sus vecinos los achuar, los zaparo y los shiwiar; tribus decididas a impedir que nuestras compañías petroleras siguieran destruyendo sus hogares, sus familias y sus tierras, aunque ello significase poner en peligro sus vidas. Para ellos estaba en juego la supervivencia de sus hijos y de sus culturas, mientras que para nosotros era cuestión de poder, de dinero y de recursos naturales. Ese es uno de los muchos aspectos de la lucha por el dominio del mundo, del sueño de unos hombres codiciosos en busca del imperio global.1

Construir el imperio global es lo que se nos da mejor a los EHM.
Somos una élite de hombres y mujeres que utilizamos las organizaciones financieras internacionales para fomentar condiciones por cuyo efecto otras naciones quedan sometidas a la corporatocracia que dirigen nuestras grandes empresas, nuestro gobierno y nuestros bancos. Al igual que nuestros semejantes de la Mafia, los EHM concedemos favores. Estos adoptan la apariencia de créditos destinados a desarrollar infraestructuras: centrales generadoras de electricidad, carreteras, puertos, aeropuertos o parques industriales. Una de las condiciones de estos empréstitos es que los proyectos y la construcción deben correr a cargo de compañías de nuestro país. y el resultado es que, en realidad, la mayor parte del dinero nunca sale de Estados Unidos. En esencia, sencillamente se transfiere desde los emporios bancarios de Washington a las constructoras de Nueva York, Houston o San Francisco.

Pese al hecho de que el dinero regresa casi enseguida a las corporaciones que forman parte de la corporatocracia acreedora, el país destinatario queda obligado a reembolsado íntegramente, el principal más los intereses. Si el EHM ha trabajado bien, esa deuda será tan grande que el deudor se declarará insolvente al cabo de pocos años y será incapaz de pagar. Cuando esto ocurre, nosotros, lo mismo que la Mafia, reclamamos nuestra parte del negocio. Lo cual comprende, a menudo, una o varias de las consecuencias siguientes: votos cautivos en Naciones Unidas, establecimiento de bases militares o acceso a recursos preciosos corno el petróleo y el canal de Panamá. El deudor sigue debiéndonos el dinero, por supuesto... y otro país más queda añadido a nuestro imperio global.

Mientras conducía de Quito a Shell en mi coche, en aquel día

soleado de 2003, mi memoria retrocedió treinta y cinco años, a la primera vez que vi esa parte del mundo. Había leído que Ecuador, pese a su extensión relativamente modesta de 285.000 kilómetros cuadrados, tiene más de treinta volcanes activos, más del 15 por ciento de las especies de aves que hay en la Tierra y miles de especies vegetales todavía pendientes de clasificación. Además, es un país multicultural, donde los habitantes que hablan lenguas indígenas son casi tantos como los que hablan español. A mí me pareció fascinante y, desde luego, exótico; pero, sobre todo, las palabras que acudieron a mi mente en aquel entonces fueron *puro, intacto* e *inocente.*

Mucho ha cambiado en estos treinta años.

En 1968, época de mi primera visita, la Texaco acababa de descubrir petróleo en la Amazonia ecuatoriana. Hoy el crudo representa casi la mitad de las exportaciones del país. El oleoducto transandino construido poco después de mi primera visita ha derramado desde entonces más de medio millón de barriles sobre la frágil selva tropical: más del doble de lo que supuso el vertido del *Exxon Vdldez.*[2] En la actualidad, un nuevo oleoducto de quinientos kilómetros, y 1.300 millones de dólares de coste, construido por un consorcio patrocinado por los EHM, promete convertir Ecuador en uno de los diez primeros proveedores mundiales de crudo de Estados Unidos.3 Se han talado superficies inmensas de selva, los guacamayos y los jaguares prácticamente se han extinguido, tres culturas indígenas ecuatorianas han sido llevadas al borde de la desaparición, y varios ríos antes cristalinos se han convertido en vertederos.

Durante ese mismo período, las culturas indígenas empezaron su lucha de resistencia. El 7 de mayo de 2003, por ejemplo, un grupo de abogados estadounidenses presentó, en representación de más de treinta mil indígenas ecuatorianos, una demanda contra ChevronTexaco Corp por una cuantía de 1.000 millones de dólares. El escrito afirma que de 1971 a 1992 la petrolera gigante derramó en ríos y charcas más de 18 millones de litros diarios de efluentes tóxicos -es decir, aguas contaminadas con petróleo, metales pesados y carcinógenos- y que la compañía dejó a sus espaldas casi 350 pozos a cielo abierto llenos de contaminantes que siguen matando a humanos y animales.[4]

A través de las ventanillas de mi todoterreno podía ver grandes bancos de niebla procedentes de la selva que remontaban las quebradas del Pastaza. Yo llevaba la camisa empapada de sudor y el estómago empezaba a revolvérseme, pero la causa no era sólo el intenso calor tropical y el serpenteo incesante de la carretera. Empezaba a pagar mi tributo, conociendo el papel desempeñado por mí en la destrucción de aquel bello país. Porque debido a la acción de mis colegas EHM y mía, Ecuador está hoy mucho peor de lo que estaba antes de introducir allí las maravillas de la ciencia económica, la banca y la ingeniería modernas. Desde 1970 y durante ese intervalo llamado eufemísticamente el *Boom* del Petróleo, el índice oficial de pobreza pasó del 50 al 70 por ciento de la población. El desempleo y el subempleo aumentaron del 15 al 70 por ciento, y la deuda pública pasó de 240 millones de dólares a 16.000 millones. Al mismo tiempo, la proporción de la renta nacional que reciben los segmentos más pobres de la población decayó del 20 al 6 por ciento.[5]

El caso de Ecuador, por desgracia, no es excepcional. Casi todos los países congregados por nosotros, los gángsteres económicos, bajo el paraguas del imperio global han corrido una suerte parecida.[6] La deuda del Tercer Mundo sobrepasa los 2,5 billones de dólares y su coste -más de 375.000 millones de dólares al año según datos de 2004- excede el total de lo que gasta el Tercer Mundo en sanidad y educación, y equivale a veinte veces toda la ayuda extranjera anual que reciben los países en vías de desarrollo. Más de la mitad de "la población mundial sobrevive con menos de dos dólares al día por cabeza, más O menos lo mismo que recibía a comienzos de la década de 1970. Mientras tanto, en el Tercer Mundo el 1 por ciento de las familias más ricas acumula entre el 70 y el 90 por ciento de las fortunas privadas y del patrimonio inmobiliario de sus países (el porcentaje varía según el país que consideremos). [7]

Levanté el pie del acelerador para entrar en las calles de Baños, hermoso centro turístico famoso por sus balnearios. Las aguas termales proceden de ríos volcánicos subterráneos que bajan del muy activo monte Tungurahgua. Los niños corrieron junto al Subaru agitando los brazos y tratando de vendemos goma de mascar y caramelos. Luego dejamos Baños atrás. La espectacular belleza del

panorama desapareció de súbito conforme salíamos del paraíso y entrábamos en una versión moderna del *Infierno* de Dante.

Sobre el río se alzaba un monstruo descomunal, una inmensa pared gris de hormigón que desentonaba allí por completo. Era algo absolutamente antinatural e incompatible con el paisaje. A mí, por supuesto, no tenía por qué sorprenderme su presencia. Sabía que estaba allí, al acecho, como si me esperase. La había visto muchas veces antes, y la había elogiado como símbolo de los grandes éxitos del gangsterismo económico. Aun así, se me puso la piel de gallina.

Esa pared tan horrorosa como incongruente es el embalse que contiene la fuerza impetuosa del río Pastaza y desvía sus aguas hacia unos gigantescos túneles excavados en la montaña, para transformar su energía en electricidad. Se trata de la planta hidroeléctrica de Agoyan. Con su potencia de 156 megavatios, abastece a las industrias que enriquecen a un puñado de familias ecuatorianas y ha sido fuente de inenarrables desgracias para los campesinos y los pueblos indígenas que viven a orillas del río. Esa central hidroeléctrica no es más que uno de los muchos proyectos desarrollados gracias a mis esfuerzos y los de otros gángsteres económicos. Y esos proyectos son la razón de que Ecuador forme hoy parte del imperio global, y el motivo por el cual los shuar, los quechua y sus amigos amenazan con la guerra a nuestras compañías petroleras.

Gracias a estos proyectos, Ecuador está agobiado por la deuda externa hasta tal punto que se ve obligado a dedicar una proporción exorbitante de su renta nacional a devolver los créditos, en vez de emplear su capital en mejorar la suerte de sus millones de ciudadanos que viven en la pobreza extrema. El único recurso que Ecuador tiene para cumplir sus obligaciones con el extranjero es la venta de sus selvas tropicales a las compañías petroleras. O más exactamente, una de las razones por las que el gangsterismo económico puso sus miras en el Ecuador, para empezar, fue que según algunas estimaciones el océano de petróleo encerrado en el subsuelo de su región amazónica podría rivalizar con los yacimientos de Oriente Próximo.[8] El imperio global reclama su parte del negocio en forma de concesiones de prospección y explotación.

La demanda cobró especial urgencia después del 11 de septiembre de 2001, cuando Washington temió que se cerrasen las es-

pitas de Oriente Próximo. Para colmo, Venezuela, el tercer proveedor de Estados Unidos, acababa de elegir a un presidente populista, Hugo Chávez, que se pronunciaba enérgicamente en contra de lo que él llamaba el imperialismo estadounidense, y amenazaba con recortar los suministros de petróleo a Estados Unidos. Los gángsteres económicos habíamos fracasado en Iraq y en Venezuela, pero tuvimos éxito en Ecuador. En aquellos momentos se trataba de ordeñar la vaca hasta la última gota.

El caso de Ecuador es típico de entre los países que los EHM han doblegado política y económicamente. De cada 100 dólares de crudo extraídos de las selvas ecuatorianas, las petroleras reciben 75 dólares. Quedan 25 dólares, pero tres de cada cuatro de éstos van destinados a saldar la deuda extranjera. Una parte del resto cubre los gastos militares y gubernamentales, lo que deja unos 2,50 dólares para sanidad, educación y programas de asistencia social en favor de los pobres.[9] Es decir, que de cada 100 dólares arrancados a la Amazonia, menos de 3 dólares van a parar a los más necesitados -aquellas personas cuyas vidas se han visto perjudicadas por los pantanos, las perforaciones y los oleoductos, y que están muriendo por falta de alimentos y de agua potable.

Todas estas personas - millones en Ecuador, miles de millones en todo el mundo- son terroristas en potencia. No porque crean en el comunismo, ni en el anarquismo, ni porque sean intrínsecamente perversas, sino porque están desesperadas, sencillamente. Al contemplar la presa hidráulica me pregunté, tal como me ha pasado en otros muchos lugares del mundo, cuándo pasarán a la acción esas personas; como los colonos de Norteamérica contra Inglaterra hacia la década de 1770, o los criollos contra los españoles a comienzos del siglo XIX.

La sutileza de los constructores de este imperio moderno deja en evidencia a los centuriones romanos, los conquistadores españoles y las potencias coloniales europeas de los siglos XVIII Y XIX. Nosotros los EHM somos hábiles. Hemos aprendido las enseñanzas de la historia. No llevamos espada al cinto. No usamos armaduras ni uniformes que nos diferencien de los demás. En países como Ecuador, Nigeria e Indonesia vamos vestidos como los maestros de escuela o los tenderos locales. En Washington y París adoptamos el aspecto de los burócratas públicos y los banqueros. Parecemos

gente modesta, normal. Inspeccionamos las obras de ingeniería y visitamos las aldeas depauperadas. Profesamos el altruismo y hacemos declaraciones a los periódicos locales sobre los maravillosos proyectos humanitarios a que nos dedicamos. Desplegamos sobre las mesas de reunión de las comisiones gubernamentales nuestras previsiones contables y financieras y damos lecciones en la Harvard Business School sobre los milagros macroeconómicos. Somos personajes públicos, sin nada que ocultar. O por lo menos nos presentamos como tales y como tales se nos acepta. Así funciona el sistema. Pocas veces hacemos nada ilegal, porque el sistema mismo está edificado sobre el subterfugio. El sistema es legítimo por definición.

No obstante (y ésa es una salvedad esencial), cuando nosotros fracasamos interviene otra especie mucho más siniestra, la que nosotros, los gángsteres económicos, denominamos chacales. Esos sí son émulos más directos de aquellos imperios históricos que he mencionado. Los chacales siempre están ahí, agazapados entre las sombras. Cuando ellos actúan, los jefes de Estado caen, o tal vez mueren en «accidentes» violentos.[10] Y si resulta que también fallan los chacales, como fallaron en Afganistán e Iraq, entonces resurgen los antiguos modelos. Cuando los chacales fracasan, se envía a la juventud estadounidense a matar y morir.

Mientras dejaba atrás el monstruo, la pared mastodóntica de hormigón gris que encarcela el río, noté de nuevo el sudor que empapaba mis ropas y la angustia que me atenazaba el estómago. Me dirigía hacia la selva para reunirme con los pueblos indígenas decididos a luchar hasta el último hombre para frenar a ese imperio que yo había contribuido a crear, y me invadían los remordimientos.

¿Cómo era posible que se hubiese metido en tan sucios asuntos un chico de pueblo, un muchacho provinciano de New Hampshire? me preguntaba.

PRIMERA
PARTE
1963-1971

1
Nace un gángster económico

Todo empezó de forma bastante inocente. Yo fui hijo único, nacido en 1945 de una familia de clase media. Mis progenitores, yanquis de Nueva Inglaterra con tres siglos de solera, eran republicanos acérrimos que habían heredado de muchas generaciones de antepasados puritanos sus actitudes moralizantes y estrictas. En sus respectivas familias, habían sido los primeros en recibir estudios superiores gracias a las becas. Mi madre era profesora de latín en un instituto. Mi padre participó en la Segunda Guerra Mundial como teniente de navío al mando de la dotación militar de uno de aquellos mercantes-cisterna altamente inflamables que cruzaban el Atlántico. El día que nací en Hanover (New Hampshire), él estaba en un hospital de Texas curándose una fractura de cadera. Cuando lo conocí, yo había cumplido ya un año.

Una vez de vuelta a New Hampshire, consiguió plaza de profesor de idiomas en Tilton School, un internado para chicos de la comarca. El campus estaba orgullosamente -algunos dirían arrogantementeencaramado en lo alto de una colina que dominaba el pueblo de su mismo nombre. Era una institución exclusiva, que sólo admitía unos cincuenta alumnos en cada curso desde el grado noveno hasta el duodécimo. La mayoría de los estudiantes eran vastagos de familias adineradas de Buenos Aires, Caracas, Bastan y Nueva York.

En mi familia no teníamos dinero, pero desde luego tampoco nos considerábamos pobres. Aunque el instituto pagaba muy poco a sus profesores, teníamos cubiertas todas nuestras necesidades gratis: la comida, la vivienda, la calefacción, el agua y los trabajadores que segaban nuestro césped y quitaban la nieve delante de nuestra puerta. Desde que cumplí cuatro años empecé a comer en el comedor de la escuela elemental, hice de recogepelotas para los equipos de fútbol

que entrenaba mi padre y repartí toallas en los vestuarios.

Decir que los profesores y sus esposas se consideraban superiores al resto de sus convecinos sería quedarse corto. Mis padres solían bromear diciendo que ellos eran los señores feudales y amos de aquellos palurdos, es decir, de la gente de la población. Yo sabía que no lo decían del todo en broma.

Los amigos que hice en el parvulario y en la escuela elemental pertenecían a esa clase de los palurdos. Eran muy pobres. Sus padres eran labradores, leñadores y trabajadores del textil. Transpiraban hostilidad contra «esos señoritos de allá arriba». En correspondencia, y a su debido tiempo, mi padre y mi madre quisieron disuadirme de tratar con las muchachas del pueblo, «pendones» y «zorras» según ellos. Pero yo había compartido lápices y cuadernos con esas chicas desde el primer grado, y en el transcurso de los años me enamoré de tres de ellas: Ann, Priscilla y Judy. Me costaba compartir el punto de vista de mis padres. No obstante, me plegaba a su voluntad.

Todos los veranos pasábamos los tres meses de vacaciones de mi padre en una cabaña que construyó mi abuelo en 1921 a orillas de un lago. Estaba rodeada de bosque, y por la noche oíamos las lechuzas y los pumas. No teníamos vecinos. Yo era el único niño en todo el entorno que se pudiese abarcar a pie. Al principio me pasaba los días haciendo como que los árboles eran caballeros de la Tabla Redonda y damas en apuros, llamadas Ann, Priscilla o Judy (según el año). Mi pasión, de eso estaba yo convencido, era tan fuerte como la de Lanzarote por la reina Ginebra... y más secreta todavía.

A los catorce obtuve una beca para estudiar en el Tilton. A instancias de mis padres corté todo contacto con la población, y nunca más vi a mis antiguos amigos. Cuando mis nuevos compañeros marchaban de vacaciones a sus mansiones y a sus apartamentos de verano, yo me quedaba solo en la colina. Sus novias acababan de ser presentadas en sociedad. Yo no tenía novia. No conocía a ninguna chica que no fuese una «zorra». Había dejado de tratar con ellas, y ellas me olvidaron. Estaba solo y tremendamente frustrado.

Mis padres eran unos maestros de la manipulación. Me aseguraban que yo era un privilegiado por gozar de tan magnífica oportunidad, y que algún día lo agradecería. Encontraría a la esposa perfecta, a la mujer capaz de satisfacer nuestras elevadas normas morales. Yo hervía por dentro. Necesitaba compañía femenina y sexo. No dejaba de pensar en las llamadas «zorras».

En vez de rebelarme, reprimí la rabia y expresé mi frustración

procurando destacar en todo. Fui matrícula de honor, capitán de dos equipos deportivos del instituto y director del periódico estudiantil. Estaba decidido a darles una lección a aquellos pijos compañeros míos, y a volver las espaldas para siempre al Tilton. Durante el último curso conseguí una beca como deportista para Brown y otra por calificaciones para Middlebury. Preferí Brown, sobre todo porque me atraían más los deportes... y porque estaba ubicada en una ciudad. Mi madre era licenciada por Middlebury y mi padre se había sacado allí su título de máster, así que ellos preferían Middlebury, y eso que Brown era una de las universidades privadas de más prestigio.

-Y si te rompes una pierna, entonces ¿qué? -me preguntó mi padre-. Es mejor aceptar la beca por calificaciones.

Yo me resistía. A mi modo de ver, Middlebury no era más que una versión aumentada y corregida del instituto Tilton, sólo que no estaba en la parte rural de New Hampshire sino en la parte rural de Vermont. Cierto que era mixta, pero yo me vería pobre, y ricos a casi todos los demás. Por otra parte, hacía cuatro años que no trataba con compañeras del género femenino. Me faltaba aplomo, me sentía descolocado y avergonzado. Le supliqué a papá que me permitiera saltarme un año, o dejarlo. Quería mudarme a Bastan, vivir la vida, conocer mujeres. Él dijo que ni hablar. «¿Cómo haré creer que preparo para la universidad a los hijos de otros, si no soy capaz de hacer que se ponga a estudiar el mío?», se preguntaba.

Con el tiempo he comprendido que la vida se compone de una serie de coincidencias. Todo depende de cómo reaccionamos a ellas, de cómo ejercitamos eso que algunos llaman *libre albedrío.* Las opciones que adoptamos dentro de los límites que nos imponen los altibajos del destino determinan lo que somos. En Middlebury ocurrieron dos coincidencias que tuvieron un papel principal en mi vida. La primera se presentó bajo la forma de un iraní, hijo de un general que era consejero privado del sha; la segunda fue una hermosa joven que se llamaba Ann, lo mismo que mi ídolo de la infancia.

El primero, a quien llamaremos en adelante Farhad, había sido futbolista profesional en Roma. Estaba dotado de una constitución atlética, pelo negro ensortijado, ojos grandes de mirada aterciopelada y unos modales y un carisma que lo hacían irresistible para las mujeres. Lo contrario de mí en muchos aspectos. Me esforcé mucho por conquistar su amistad, y él me enseñó muchas cosas que me fueron muy útiles en los años venideros. También conocí a Ann.

Aunque salía en serio con un muchacho que iba a otra universidad, en cierta manera me adoptó. Nuestra relación platónica fue el primer amor auténtico que yo había conocido.

Farhad me animó a beber, a frecuentar las fiestas, a no hacer caso de mis padres. Deliberadamente había decidido abandonar los estudios, romperme la pierna académica para rebatir el argumento de mi padre. Mis calificaciones cayeron en picado y perdí la beca. En mitad del segundo año decidí dejar la universidad. Mi padre me amenazó con el repudio, mientras Farhad me incitaba. Irrumpí en el despacho del decano y me despedí de la institución. Fue un momento crucial de mi vida. .

Farhad y yo celebramos en un bar de la ciudad mi última noche de universitario. Un granjero borracho, un coloso de hombre, se encaró conmigo porque según él estaba guiñándole el ojo a su esposa. Me levantó en vilo y me arrojó contra la pared. Farhad se interpuso, sacó una navaja y le rajó la mejilla al campesino. Luego cruzó el local conmigo a rastras y escapamos por una ventana para salir a una comisa de roca que se asomaba al Otter Creek. Saltamos, y siguiendo por la orilla del río conseguimos regresar a la residencia.

La mañana siguiente, cuando me interrogó el servicio de orden, mentí y negué tener ningún conocimiento del incidente. Pero a Farhad lo expulsaron de todos modos. Juntos nos mudamos a Boston, donde compartimos un apartamento. Conseguí empleo en las oficinas de unos periódicos de Hearst, *Record American/Sunday Advertiser,* donde ingresé como adjunto al redactor jefe del *Sunday Advertiser.*

Más tarde, aquel mismo año de 1965, varios de mis amigos de la redacción recibieron la tarjeta de reclutamiento. Para evitar un destino similar me matriculé en la Escuela de Administración de Empresas de Boston. Para entonces Ann había roto con su antiguo novio y bajaba a menudo desde Middlebury para estar conmigo. Atención que desde luego mereció mi agradecimiento. Ella se licenció en 1967, cuando a mí todavía me faltaba un año para terminar en la EADE de Boston, y se negó rotundamente a venirse a vivir conmigo antes de casarnos. Yo bromeaba diciendo que esto era un chantaje, y en efecto me sentí un poco extorsionado por lo que, según me parecía, era una prolongación de las arcaicas y mojigatas normas morales de mis padres. Pero lo pasábamos bien juntos y yo deseaba estarlo más, así que nos casamos.

El padre de Ann era un ingeniero brillante que había puesto a punto el sistema automático de navegación para una importante categoría de misiles, lo que le valió un alto cargo en el Departamento

Naval. Su mejor amigo, un hombre al que Ann llamaba tío Frank (no era Frank, pero le llamaremos así en este libro), era un ejecutivo del máximo nivel en la Agencia Nacional de Seguridad *(National Security Agency,* NSA), el menos conocido y en muchos aspectos el más importante de los servicios de espionaje estadounidenses.

Poco después de nuestro matrimonio los militares me llamaron para la revisión física, que pasé, de modo que me enfrentaba a la perspectiva de ir destinado al Vietnam una vez terminase los estudios. La idea de pelear en el Sudeste asiático me desgarraba emocionalmente, aunque la guerra siempre me ha fascinado. A mí me amamantaron con las historias de mis antepasados de la época colonial, entre los cuales figuran patriotas como Thomas Paine y Ethan Allen, y había visitado en Nueva Inglaterra y en el Estado de Nueva York todos los escenarios de las batallas que se recuerdan de las guerras del francés, contra los indios y de la Independencia contra los ingleses. A decir verdad, cuando intervinieron en el Sudeste asiático las primeras unidades de fuerzas especiales del ejército estuve a punto de alistarme. Pero luego fui cambiando de opinión, a medida que los medios de comunicación denunciaban las atrocidades y las contradicciones de la política estadounidense. A menudo me preguntaba de parte de quién se habría colocado Paine. Estaba seguro de que habría abrazado la causa de nuestro enemigo el Vietcong.

Fue tío Frank quien me sacó del apuro, al decirme que un empleo en la NSA permitía solicitar prórroga y aplazar la entrada en el servicio militar. Gracias a su mediación fui entrevistado varias veces en su agencia, incluida una penosa jornada de interrogatorios bajo el detector de mentiras. A mí se me dijo que esas pruebas servirían con el fin de determinar mi idoneidad para ser reclutado y entrenado por la NSA. En caso afirmativo suministrarían además un perfil de mis puntos fuertes y débiles, que serviría para planificar mi carrera. Dada mi actitud en cuanto a la guerra de Vietnam, yo estaba seguro de no pasar las pruebas.

Cuando me lo preguntaron, confesé que en mi condición de ciudadano leal a su país yo estaba en contra de la guerra. Quedé sorprendido cuando los entrevistadores no insistieron en este punto y prefirieron interrogarme sobre mi formación, mis actitudes para con mis padres y las emociones que había suscitado en *mi* el hecho de haberme criado como un puritano pobre entre muchos señoritos ricos y hedonistas. Exploraron también mi frustración por la falta de mujeres, de sexo y de dinero en mi vida, así como el mundo de

fantasías en que me había refugiado a consecuencia de ello. También me extrañó la curiosidad que les mereció mi relación con Farhad y el interés que suscitó mi voluntad de mentirle a la policía del campus con tal de proteger a mi amigo.

Al principio supuse que todos estos detalles les parecerían ne¬gativos y motivarían el rechazo de mi candidatura a entrar en la NSA. Pero las entrevistas, a pesar de ello, continuaron. No fue hasta varios años más tarde cuando comprendí que, con arreglo a los criterios de la NSA, aquellos resultados negativos habían sido positivos en realidad. Para la evaluación de ellos, no importaba tanto la supuesta lealtad a mi país como el conocimiento de las frustraciones de mi vida. El resentimiento contra mis progenitores, la obsesión con las mujeres y el afán de darme la gran vida eran los anzuelos donde ellos podían prender su cebo. Yo era seducible. Mi determinación de sobresalir en las clases y en los deportes, la insubordinación definitiva contra mi padre, la capacidad para avenirme con personas extranjeras y la facilidad para mentirle a la policía respondían precisamente a las cualidades que ellos buscaban. Más tarde supe también que el padre de Farhad trabajaba para los servicios de inteligencia estadounidenses en Irán. Por tanto, mi amistad con aquél debió constituir un punto importante a mi favor.

Algunas semanas después de estas pruebas en la NSA, se me ofreció un empleo para iniciar mi formación en el arte del espionaje. Debía incorporarme tan pronto como recibiese el diploma de la EADE, para lo que me faltaban varios meses. No obstante, y cuando aún no había aceptado oficialmente esta oferta, obedeciendo a un impulso me apunté a un seminario que daba en la Universidad de Boston un reclutador del Peace Corps (Cuerpo de Paz). Uno de los «ganchos» que utilizaba era que el ingreso en el Peace Corps, lo mismo que los empleos de la NSA, servía de pretexto para prorrogar la incorporación a filas.

Mi decisión de participar en el seminario fue una de esas coincidencias a las que no se atribuye importancia en su momento, pero cuyas consecuencias cambian luego la vida de una persona. El reclutador describió varios lugares del mundo especialmente necesitados de voluntarios. Uno de ellos era la selva amazónica, donde, según señaló, los pueblos indígenas seguían viviendo casi como los nativos de Norteamérica en tiempos de la llegada de los europeos.

Yo siempre había soñado vivir como los abnaki, los pobladores

aborígenes de New Hampshire en la época en que se establecieron allí mis antepasados. Sabía que llevaba en mis venas un poco de sangre abnaki, y deseaba conocer las costumbres de aquellas gentes y la vida en los bosques que había sido tan familiar para ellos. Fui a hablar con el reclutador después de su charla y le interrogué en cuanto a la posibilidad de ser destinado a la Amazonia. Él me aseguró que hacían falta muchos voluntarios para esa región, y que podía contar con una gran probabilidad de ser admitido. Llamé a tío Frank.

Con no poca sorpresa por mi parte, tío Frank me animó a considerar esa posibilidad. En plan confidencial me dijo que después de la caída de Hanoi, que muchos en posiciones similares a la suya daban por cierta en aquellos tiempos, la Amazonia iba a pasar al primer plano del interés.

«Está que rebosa de petróleo -dijo-. Necesitaremos buenos agentes ahí, individuos que sepan entender a los nativos.» Me aseguró que el servicio en el Peace Corps sería un entrenamiento excelente para mí, y me instó a que procurase dominar cuanto antes la lengua española así como varios dialectos indígenas. «Es posible que acabes al servicio de una compañía privada, no del gobierno», dijo con sorna.

En aquel entonces no comprendí lo que había querido decir con estas palabras. Estaba siendo ascendido de espía a agente del gangsterismo económico, aunque aún no hubiese oído jamás esa expresión, y aún iba a tardar varios años más en oírla por primera vez. Desconocía por completo la existencia de cientos de hombres y mujeres que, repartidos por todo el mundo, trabajaban por cuenta de consultarías y otras empresas privadas, sin recibir nunca ni un centavo de salario de ninguna agencia gubernamental, pero sirviendo, no obstante, a los intereses del imperio. Ni podía adivinar entonces que hacia el fin del milenio iban a ser miles los representantes de una nueva especie, denominada más eufemísticamente, y que yo iba a representar un papel señalado en el crecimiento de semejante ejército.

Ann y yo solicitamos el ingreso en el Peace Corps y ser destinados a la Amazonia. Cuando nos llegó el aviso de incorporación, al principio sufrí un fuerte desengaño. La carta decía que íbamos destinados al Ecuador.

¡No, caramba!, pensé. Yo había solicitado la Amazonia, no África. Fui a buscar un atlas, para mirar dónde quedaba Ecuador. Cuál no sería mi contrariedad al no localizarlo en el continente africano. En el índice, sin embargo, descubrí que estaba en Latinoamérica. Y en el mapa pude ver la red fluvial que bajaba desde los glaciares andinos

hasta el poderoso Amazonas. Otras lecturas me aseguraron que las selvas ecuatorianas figuraban entre las más variadas y formidables del mundo, y que sus pobladores indígenas continuaban viviendo como habían venido haciéndolo durante miles de años. De modo que aceptamos.

Ann y yo pasamos la instrucción para el Peace Corps en el sur de California. En septiembre de 1968 partimos hacia Ecuador. En la Amazonia convivimos con los shuar, cuyo estilo de vida, efectivamente, se asemejaba al de los aborígenes de Norteamérica en la época precolombina. También trabajamos en los Andes con los descendientes de los incas. Estaba yo descubriendo un aspecto del mundo cuya existencia ni siquiera sospechaba. Hasta entonces, los únicos latinoamericanos que yo había visto eran los señoritos ricos que asistían a las clases de mi padre en el instituto. Descubrí que me caían bien aquellos nativos cazadores y agricultores. Me sentía extrañamente emparentado con ellos, y por alguna razón me recordaban a los pueblerinos que había dejado en mi país.

Hasta el día que apareció en la pista de aterrizaje comarcal un individuo en traje de ciudad. Era Einar Greve, vicepresidente de la Chas. T. Main Inc. (MAIN), consultoría internacional que practicaba una política empresarial de gran discreción. Por entonces, estaba encargado de estudiar si el Banco Mundial debía prestar a Ecuador y países limítrofes los miles de millones de dólares necesarios para la construcción de embalses hidroeléctricos y otras infraestructuras. Además, Einar era coronel de la Reserva estadounidense.

Para empezar, se puso a hablarme de las ventajas de trabajar para una compañía como MAIN. Cuando mencioné que había sido admitido por la NSA antes de ingresar en el Peace Corps, y que estaba considerando la posibilidad de incorporarme a aquélla, él puso en mi conocimiento que algunas veces actuaba de enlace con la NSA. Mientras lo decía, me miraba de una manera que me hizo sospechar que venía con el encargo de evaluar mi capacidad, entre otras cosas. Hoy creo que estaba poniendo al día mi perfil y, sobre todo, tratando de calibrar mis aptitudes para sobrevivir en unos entornos que la mayoría de mis compatriotas juzgarían hostiles.

Pasamos juntos un par de días en el Ecuador y luego seguimos en contacto por correo. Él me había pedido que le enviase informes sobre las perspectivas económicas del país. Yo tenía una pequeña máquina de escribir portátil y me gustaba escribir, de manera que atendí su petición con mucho gusto. En el plazo de un año le envié a Einar unas

quince cartas bastante extensas. En ellas especulaba sobre el porvenir económico y político del Ecuador y comentaba la creciente intranquilidad de las comunidades indígenas enfrentadas a las compañías petroleras, a las agencias internacionales de desarrollo y a otras tentativas de introducirlos en el mundo moderno aunque fuese a puntapiés.

Cuando nuestra *toumée* con Peace Corps finalizó, Einar me invitó a una entrevista de empleo en la sede central que tenía MAIN en Boston. En una conversación privada conmigo subrayó que, si bien el negocio principal de MAIN eran los proyectos de ingeniería, últimamente su principal cliente, el Banco Mundial, venía indicándole que contratase a economistas a fin de elaborar los pronósticos económicos indispensables para determinar la viabilidad y la magnitud de los mencionados proyectos. Y me confesó que antes de hablar conmigo había contratado a tres economistas muy cualificados, de credenciales impecables: dos profesores y un licenciado. Pero habían fracasado miserablemente.

-Ninguno de ellos estaba en condiciones de elaborar proyecciones económicas sobre países donde no se cuenta con estadísticas fiables explicó Einar.

Además, siguió diciendo, ninguno de ellos había aguantado hasta la fecha de expiración de sus contratos, cuyas condiciones incluían desplazamientos a lejanas regiones de países como Ecuador, Indonesia, Irán y Egipto para entrevistar a los dirigentes locales e inspeccionar personalmente las perspectivas de desarrollo económico. Uno de ellos sufrió una crisis nerviosa en una remota aldea panameña. La policía del país tuvo que escoltarlo hasta el aeropuerto y meterlo en el avión de regreso a Estados Unidos.

-Las cartas que enviaste me dieron a entender que no se te caen los anillos y que sabes buscar datos cuando no están disponibles. Y después de ver tus condiciones de vida en el Ecuador, creo que podrás sobrevivir casi en cualquier parte.

Por último, me contó que había despedido ya a uno de aquellos economistas, y que estaba dispuesto a hacer lo mismo con los otros dos si yo aceptaba su ofrecimiento.

Así fue como, en enero de 1971, me vi candidato a un empleo de economista en MAIN. Acababa de cumplir veintiséis años, la edad mágica a la que ya no podía alcanzarme la tarjeta de reclutamiento. Lo consulté con Ann y su familia. Ellos me animaron a aceptarlo, en lo que me pareció notar la influencia del tío Frank. Entonces recordé su

comentario sobre la posibilidad de acabar trabajando para una compañía privada. Sobre esto nunca se comentó nada de manera explícita, pero tuve la convicción de que mi empleo en MAIN era consecuencia de las disposiciones tomadas por tío Frank tres años antes, sumando mis experiencias en Ecuador y mi disposición para enviar informes sobre la situación económica y política del país. .

Sentí vértigo durante varias semanas y andaba por ahí con el ego bastante henchido. Yo sólo tenía una licenciatura por la Universidad de Boston, poca cosa para ingresar en el servicio de estudios económicos de tan empingorotada consultoría. Muchos ex compañeros míos de Boston rechazados por los militares y que habían continuado estudios hasta el máster y otros títulos de tercer ciclo se morirían de envidia cuando lo supieran. Me veía a mí mismo como brillante agente secreto destinado en países exóticos, acostado en una tumbona al lado de la piscina de mi hotel de lujo, el martini en la mano y rodeado de espectaculares mujeres en bikini.

Eran sólo fantasías, pero más tarde hallé que contenían algún elemento verdadero. Aunque Einar me había contratado como economista, pronto descubrí que mi verdadera misión iba mucho más allá, y se asemejaba mucho más a las de James Bond de lo que parecía a primera vista.

2
«Para toda la vida»

En términos legales podría decirse que MAIN era un coto cerrado. . Apenas un 5 por ciento de sus dos mil empleados, los llamados socios principales, tenían todas las acciones. Su posición era muy envidiada. No sólo mandaban sino que además se llevaban la mayor parte del pastel. Su actitud fundamental, la discreción. Porque trataban con jefes de Estado y otros altos dirigentes acostumbrados a exigir de sus asesores, como abogados y psicoterapeutas por ejemplo, el mayor respeto a las normas de la más estricta confidencialidad. Hablar con la prensa era tabú. No se toleraba, y punto. Como resultado, casi nadie fuera de la empresa sabía quién era MAIN, a diferencia de otras competidoras nuestras más conocidas como Arthur D. Little, Stone & Webster, Brown & Root, Halliburton y Bechtel.

He utilizado la palabra «competidoras» en sentido figurado, porque MAIN en realidad era jugadora única en su propia liga. La mayoría de los profesionales contratados eran ingenieros, pero no teníamos ninguna maquinaria ni construíamos nada, ni que fuese un barracón para guardar trastos. Muchos empleados eran ex oficiales, pero no teníamos ningún contrato con el Departamento de Defensa ni ningún otro organismo de los militares. Estábamos en una rama comercial tan diferente de las normales, que me costó varios meses averiguar de qué se trataba. Sólo sabía que mi primer destino real iba a ser Indonesia y que formaría parte de un equipo de once hombres enviados a elaborar un plan maestro de aprovisionamiento energético para la isla de Java.

También me di cuenta de que Einar y los demás que me comentaban la misión andaban empeñados en persuadirme de que la economía de Java estaba en fase de rápido crecimiento. Y que, si quería perfilarme como buen observador (digno de ofrecerle un ascenso, por tanto), mis proyecciones económicas debían demostrar eso precisamente.

«Están que se salen del mapa», gustaba decir Einar. Alzaba los dedos del papel simulando un vuelo planeado y agregaba: «¡Una economía que va a despegar como un pájaro!»

Einar salía a menudo de viaje, pero sus ausencias solían durar sólo dos o tres días. Nadie hablaba mucho de ello, ni parecía que estuvieran enterados de adonde iba. Cuando aparecía por los despachos, a menudo me invitaba al suyo para tomar unos cafés y charlar. Entonces me preguntaba por Ann, por nuestro nuevo apartamento o por el gato que nos habíamos traído de Ecuador. Cuando empecé a conocerlo un poco más, me animé a dirigirle preguntas sobre su trabajo y sobre lo que se esperaba que yo hiciera en el mío. Pero nunca recibí una contestación satisfactoria. Era maestro en el arte de desviar las conversaciones. Una de esas veces me asestó una mirada peculiar.

-No tienes de qué preocuparte -dijo-. Tenemos grandes planes para ti. El otro día estuve en Washington y ... -Se interrumpió a sí mismo, con una sonrisa inescrutable-. En cualquier caso, ya sabes que tenemos un proyecto importante en Kuwait. Será poco antes de que salgas para Indonesia. Te aconsejo que aproveches algo de tu tiempo para informarte acerca de Kuwait. La biblioteca pública de Boston es un sitio estupendo para ello, y podemos conseguirte pases para la del MIT y la de Harvard.

En consecuencia, pasé muchas horas en esas bibliotecas, sobre todo en la pública de Boston, pues quedaba cerca de la oficina y casi pegada a mi apartamento en Back Bay. Me familiaricé con Kuwait y además descubrí muchos libros de estadística económica publicados por Naciones Unidas, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Sabiendo que se me exigiría la elaboración de modelos econométricos para Indonesia y lava, se me ocurrió que podría entrenarme preparando uno para Kuwait.

Sin embargo, yo había estudiado administración de empresas y no estaba preparado para realizar cálculos econométricos, así que dediqué la mayor parte del tiempo a tratar de cubrir esa laguna. Incluso me apunté a un par de cursos sobre la cuestión. En este proceso descubrí que las estadísticas pueden manipularse y dar lugar a una gama de conclusiones muy amplia, incluyendo las que corroboren las preferencias del analista.

MAIN era una corporación machista. En 1971 sólo empleaba a cuatro mujeres en cargos profesionales. Sin embargo, tendrían unas doscientas empleadas entre la dotación de secretarias personales: una para cada vicepresidente y cada director de departamento y el equipo de mecanógrafas a disposición de todos nosotros, los demás. Yo estaba acostumbrado a esta discriminación de género, por lo que me sorprendió especialmente lo que sucedió cierto día en la sala de lectura de la biblioteca pública.

Una atractiva morena se acercó y fue a sentarse en el sillón de enfrente.
Se veía muy sofisticada con su traje sastre verde. Al observarla mientras procuraba hacerme el indiferente, o el disimulado, me pareció algunos años mayor que yo. Al cabo de un rato, sin decir palabra, ella empujó hacia mí un libro abierto. Contenía una tabla con información sobre Kuwait que yo había solicitado anteriormente, y una tarjeta de visita. El nombre decía Claudine Martin y el cargo: «Asesora especial en Chas. T. Main, Inc.» Al levantar los ojos me tropecé con la seductora mirada de sus ojos verdes. Ella me tendió la mano. «Tengo instrucciones de ayudarte en tu preparación» anunció. No podía creer que aquello me estuviera sucediendo a mí.

A partir del día siguiente nos reunimos en el apartamento que Claudine tenía en Beacon Street, no lejos de las oficinas centrales de MAlN en el Prudential Center. En nuestra primera hora de diálogo me manifestó que mi posición era poco común y exigía, entre otras cosas, la más estricta confidencialidad. Me explicó por qué nadie me había dado una descripción de mi puesto de trabajo. Nadie estaba autorizado a hacerlo ... excepto ella. Y por último me aclaró que su misión consistía en hacer de mí un gángster económico.

La expresión evocaba asociaciones de gabardinas largas y revólveres ocultos. Se me escapó una risa nerviosa, que me dejó un poco avergonzado. Ella sonrió y me aseguró que el efecto humorístico era uno de los motivos de la elección del término. «Quién se lo va a tomar en serio», comentó. -

Confesé mi total ignorancia en cuanto a las funciones de un gángster económico.

- No eres el único - rió ella -. Somos una especie rara y estamos en un negocio sucio. Nadie debe conocer tu actividad, ni siquiera tu mujer. - A continuación se puso seria y agregó -: Voy a hablarte con plena franqueza y vaya enseñarte todo lo que sé durante las semanas de que disponemos. Después de eso, te tocará a ti decidir. Será una decisión definitiva. Cuando se entra en esto, se entra para toda la vida.

Después de esta conversación casi nunca volvió a utilizar la expresión completa de economic hit man. Éramos unos EHM y nada más.

Ahora sé una cosa que desconocía entonces: que Claudine aprovechó todas mis debilidades, recogidas en el perfil de mi carácter trazado por la NSA. Ignoro quién le comunicaría la información, si fue Einar, la NSA, el departamento de personal de MAIN o alguna otra fuente. Pero supo explotarla con maestría. Aplicó una combinación de seducción física y manipulación verbal que parecía expresamente diseñada para mí. Y sin embargo, luego la he visto utilizada numerosas veces en muchos tipos

diferentes de negociación, cuando el envite es cuantioso y hay mucha prisa por cerrar el lucrativo acuerdo. Ella supo desde el primer momento que yo jamás pondría en peligro mi matrimonio con la revelación de unas actividades clandestinas que, según dejó claro con brutal franqueza; me obligarían a sumergirme en aguas más bien turbias.

En cuanto a quién le pagaba su salario, en realidad no tengo ni la menor idea, aunque tampoco tengo razones para dudar de que fuese efectivamente MAIN, como decía su tarjeta. En aquella época yo era demasiado ingenuo y muy tímido, y estaba demasiado confuso para formular las preguntas que hoy me parecen obvias.

Claudine enumeró los dos objetivos principales de mi trabajo. En primer lugar, yo debía justificar los grandes créditos internacionales cuyo dinero regresaría canalizado hacia MAIN y otras compañías estadounidenses (como Bechtel, Halliburton, Stone & Webster y Brown & Root) en pago de grandes proyectos de ingeniería y construcción. Segundo, debía conseguir la quiebra de los países que hubiesen recibido esos créditos (aunque no antes de que hubiesen pagado a MAIN y a las demás empresas contratistas estadounidenses, como es natural), a fin de dejarlos prisioneros para siempre de sus acreedores. Y así serían receptivos cuando les pidiéramos favores como bases militares, sus votos en Naciones Unidas o el acceso a sus recursos naturales, como el petróleo y otros.

Mi trabajo, siguió explicando, consistiría en estudiar los países y elaborar previsiones sobre los efectos de esas inversiones multimillonarias en dólares. Concretamente, debía producir estudios que anticipasen el ritmo del desarrollo económico a veinte o veinticinco años vista y que evaluas.en el impacto de una serie de proyectos. Por ejemplo, si se tomaba la decisión de prestar 1.000 millones de dólares a un país para disuadir a sus dirigentes de alinearse al lado de la Unión Soviética, yo tendría que comparar las ventajas de invertir dicha suma en centrales generadores de energía o en una nueva red nacional de ferrocarriles, o en un sistema de telecomunicaciones. O si las órdenes eran que se le concediese al país la oportunidad de dotarse de un moderno sistema público de suministro eléctrico, yo debía presentar cifras que demostrasen que dicho sistema produciría un desarrollo económico suficiente para justificar la cuantía del empréstito. En todos los casos, el factor crítico era el producto interior bruto (PIB). Ganaba el proyecto que produjese el mayor crecimiento anual del PIB. Y cuando fuese uno solo el proyecto considerado, mis cifras demostrarían que su realización produciría superiores beneficios en términos del PIB.

En cada uno de estos proyectos, el aspecto tácito era la intención de

originar sustanciosos beneficios para las contratistas y hacer muy feliz al puñado de las familias más ricas e influyentes del país receptor. Al mismo tiempo, dicho país quedaba sumido en la dependencia financiera por muchos años, y cautiva la voluntad de sus dirigentes políticos. Y así en todo el mundo: cuanto más grandes los créditos, mejor. La carga de la deuda privaría de atenciones sanitarias, educación y otros beneficios sociales a los ciudadanos más pobres, también durante muchos años, pero eso no se tomaba en consideración.

Claudine y yo discutimos con franqueza la naturaleza engañosa del PIB. Por ejemplo, puede reflejarse un crecimiento del PIB incluso cuando éste aproveche a una sola persona, como podría ser el caso del propietario único de la empresa monopolizadora de un servicio público, y aunque la mayoría de la población quede agobiada por el lastre de la deuda. Los ricos se vuelven cada vez más ricos, y los pobres cada vez más pobres. Pero desde el punto de vista estadístico, el resultado figura como un progreso económico.

Lo mismo que la ciudadanía estadounidense en general, muchos empleados de MAIN creían que estábamos haciendo favores a los países donde se construían las centrales eléctricas, las carreteras y los puertos. Nuestras escuelas y nuestros periódicos nos han enseñado a percibir como actos de altruismo todo lo que hacemos. En los años transcurridos he escuchado muchas veces comentarios como el siguiente: «Puesto que no hacen más que salir a quemar nuestra bandera y a manifestarse delante de nuestra embajada, ¿por qué no nos vamos de su condenado país y que se revuelquen en su propia miseria?»

Las personas que dicen cosas así, muchas veces tienen diplomas que certifican su excelente educación. Pero esas personas no tienen ni idea de que establecemos embajadas en todos los países del mundo para servir a nuestros intereses. Y éstos, durante la segunda mitad del siglo XX, se han concretado en la metamorfosis de la república estadounidense en un imperio global. Pese a sus títulos, las personas aludidas son tan ignorantes como aquellos colonizadores del siglo XVIII cuando creían a pie juntillas que los indios que peleaban por defender sus tierras eran siervos del Diablo.

Transcurridos algunos meses, yo viajaría a la isla de Java, perteneciente al Estado indonesio y descrita en la época como la parcela más superpoblada del planeta. Dicho sea de paso, Indonesia era país productor de petróleo, además de musulmán y semillero de actividades comunistas.

«Es la ficha siguiente del dominó después de Vietnam. Es preciso que nos ganemos a los indonesios. Si ellos también se unen al bloque

comunista, bueno ... », me dijo una vez Claudine cruzándose la garganta con el dedo índice mientras sonreía dulcemente. «Limitémonos a decir que debes presentar una proyección muy optimista sobre esa economía y de cómo prosperará una vez que estén construidas todas esas centrales y líneas de distribución eléctrica. Eso proporcionará a USAID y a la banca internacional la justificación para los créditos. Tú recibirás una buena remuneración, por supuesto, y podrás pasar a nuevos proyectos en otros lugares exóticos. El mundo es tu carrito del supermercado.»

Pero no dejó de advertirme que mi trabajo iba a ser duro. «Los expertos de los bancos irán por ti. El trabajo de ellos consiste en descubrir los fallos de tus proyecciones. Ellos quedan bien cuando consiguen hacerte quedar mal.»

Cierto día le recordé a Claudine que el equipo que MAIN enviaría a Java estaba formado por diez hombres además de mí, y le pregunté si todos estaban recibiendo el mismo tipo de entrenamiento. Ella me aseguró que no. «Ellos son ingenieros - dijo -. Proyectan las centrales, las líneas de transporte y de distribución, así como los puertos y las carreteras para traer el combustible. Tú eres el que predice el futuro. De tus previsiones depende el tamaño de los sistemas que ellos proyecten ... y la magnitud de los créditos. Ya lo ves. Tú eres la clave.»

Al salir del apartamento de Claudine siempre me preguntaba si estaría haciendo bien. En el fondo de mi corazón sospechaba que no. Pero me asediaban las frustraciones de mi pasado. Al parecer, MAIN me ofrecía todo lo que siempre había echado en falta. A pesar de ello, no dejaba de preguntarme qué habría dicho Tom Paine. Por último me convencí de que aprendiendo más, acumulando experiencias, más tarde podría denunciarlo todo. La vieja justificación de «conocer el pecado para combatirlo mejor».

Cuando le confié esta idea a Claudine, ella me dirigió una mirada llena de perplejidad. «No seas ridículo. Una vez que has entrado ya no se puede salir. Debes decidirlo tú antes de comprometerte más a fondo.» Lo entendí, pero lo que dijo me espantó. Al salir anduve pensativo por Cornmonwealth Avenue y, después de doblar por Dartmouth Street, me persuadí de que yo sería la excepción.

Una tarde, varios meses después, Claudine y yo estábamos sentados junto a la ventana viendo caer la nieve sobre Bacon Street.

-Formamos parte de un club reducido y selecto -dijo-o Se nos paga, y muy bien por cierto, para estafar miles de millones de dólares a muchos países de todo el mundo. Buena parte de tu trabajo consistirá en estimular a los líderes de esos países para que entren a formar parte de la extensa red que promociona los intereses comerciales de Estados Unidos.

En último término esos líderes acaban atrapados en la telaraña del endeudamiento, lo que nos garantiza su lealtad. Podemos recurrir a ellos siempre que los necesitemos para satisfacer nuestras necesidades políticas, económicas o militares. A cambio, ellos consolidan su posición política porque traen a sus países complejos industriales, centrales generadoras de energía y aeropuertos. Y los propietarios de las empresas estadounidenses de ingeniería y construcción se hacen inmensamente ricos.

Esa tarde, en el idílico ambiente del apartamento de Claudine, descansando junto a la ventana mientras la nieve se arremolinaba en el exterior, conocí la historia de la profesión en que me disponía a ingresar. Claudine me recordó cómo se han construido los imperios de casi todas las épocas: mediante el uso de la fuerza militar, o la amenaza de usarla. Pero después de la Segunda Guerra Mundial, con la emergencia de la Unión Soviética y el espectro del holocausto nuclear, la solución militar llegó a ser demasiado peligrosa.

El momento decisivo se produjo en 1951 con la rebelión de Irán contra una compañía petrolera británica que estaba esquilmando los recursos naturales del país y explotando a su gente. Esta compañía fue la antecesora de British Petroleum, la actual BP. En respuesta, un primer ministro iraní democráticamente elegido y muy popular (fue el Personaje del Año de la revista *Time* en 1951), Mohammad Mosaddeq, nacionalizó todos los yacimientos petrolíferos iraníes. Los indignados ingleses solicitaron ayuda a sus aliados de la Segunda Guerra Mundial, los estadounidenses. Pero ambos países temieron que unas represalias militares provocasen la reacción soviética en favor de Irán.

Por tanto, en vez de enviar la Infantería de Marina, Washington despachó a Kermit Rooseve1t, nieto de Theodore y agente de la CÍA. SU actuación fue brillante. Conquistó muchas voluntades mediante amenazas y sobornos. Con estas complicidades organizó . algaradas callejeras y manifestaciones violentas, lo cual creó la impresión de que Mosaddeq era un ministro tan impopular como inepto. Finalmente Mosaddeq cayó (y pasó el resto de su vida en arresto domiciliario). El proamericano Mohammad Reza Shah se erigió en dictador indiscutible. De esta manera, Kermit Roosevelt creó el escenario para una nueva profesión, la misma a cuyas filas me disponía a sumarme.[1]

Además de reconfigurar toda la historia del Oriente Próximo, la táctica de Roosevelt arrinconaba de una vez por todas las viejas estrategias de la construcción de imperios. También coincidió con los primeros experimentos de «acciones militares limitadas no nucleares», de cuya doctrina resultaron finalmente para Estados Unidos las humillaciones de

Corea y Vietnam. En 1968, el año en que fui entrevistado por la NSA, era ya evidente que si Estados Unidos quería realizar el sueño de un imperio global (tal como lo habían planteado hombres como los presidentes Johnson y Nixon), tendría que recurrir a estrategias calcadas del ejemplo iraní sentado por Roosevelt. Era la única manera de derrotar a los soviéticos sin incurrir en el riesgo de una guerra nuclear.

Restaba un problema, no obstante. Kermit Roosevelt había sido un agente de la CIA. Las consecuencias habrían podido ser funestas si lo hubiesen atrapado. Él orquestó la primera operación de Estados Unidos para derribar a un gobierno extranjero. Era probable que se recurriese a este expediente muchas veces más, pero interesaba buscar un planteamiento que no implicase directamente a Washington.

Por fortuna para los estrategas, la década de 1960 fue también testigo de otra revolución: el auge de las corporaciones multinacionales y de los organismos internacionales como el Banco Mundial y el FMl. Estos dependían para su financiación principalmente de Estados Unidos y de nuestros primos europeos, también constructores de imperios. Se desarrolló una relación simbiótica entre el gobierno, las empresas y los organismos internacionales.

En la época en que me matriculé en la EADE de Baston, la solución al problema «Roosevelt percibido como agente de la CIA» estaba ya bien diseñada. Las agencias de inteligencia estadounidenses, entre ellas la NSA, identificarían a posibles EHM y estos podrían a continuación ser contratados por las multinacionales. A los gángsteres económicos jamás les pagaría ningún organismo público, sino que serían asalariados del sector privado. En consecuencia, su trabajo sucio, caso de resultar descubierto, sería atribuido a la codicia de las empresas, no a la política gubernamental. Las compañías que los contratasen, aunque pagadas por las agencias gubernamentales y sus colaboradores necesarios de la banca internacional (con dinero del contribuyente), no estaban sometidas a la fiscalización del Congreso ni a los criterios de la opinión pública. Además quedarían protegidas por un escudo legislativo cada vez más sólido, formado por leyes sobre la propiedad comercial, el comercio internacional y restrictivas de la libertad de información.[2]

- Ya lo ves -concluyó Claudine-. No somos más que la segunda generación, herederos de la tradición gloriosa que comenzó cuando tú estabas en el tercer año de la escuela elemental.

3
Indonesia: lecciones de gangsterismo económico

Además de prepararme para mi nueva carrera, hice muchas lecturas sobre Indonesia. «Cuanto más sepas acerca de un país antes de visitarlo, más fácil te resultará la tarea», me había aconsejado Claudine. Me lo tomé a pecho.

Cuando Colón zarpó en 1492, lo que buscaba era Indonesia, conocida entonces como las islas de las especias. En toda la época colonial estuvieron consideradas un tesoro mucho más importante que las Américas. En especial Java, con sus ricas telas, sus fabulosas especias y sus opulentos reinos, era la joya de la corona y el escenario de violentas rivalidades entre los aventureros españoles, holandeses, portugueses y británicos. Holanda quedó vencedora en 1750, pero si bien controlaron Java, los holandeses necesitaron más de ciento cincuenta años para llegar a dominar los confines del archipiélago.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los japoneses invadieron Indonesia. Poca resistencia pudieron ofrecer las guarniciones holandesas. De ello resultaron terribles padecimientos para los indonesios y en especial para los javaneses. Después de la rendición del Japón surgió un líder carismático, Sukarno, que declaró la independencia. Tras cuatro años de hostilidades, los holandeses finalmente arriaron la bandera el 27 de diciembre de 1949, y devolvieron la soberanía a un pueblo que no había conocido otra cosa más que guerras y dominaciones durante más de tres siglos. Sukarno fue el primer presidente de la nueva república.

Gobernar Indonesia, sin embargo, se evidenció corno un reto mucho más difícil que derrotar a los holandeses. Ese archipiélago de unas 17.500 islas, lejos de ser homogéneo, era un hervidero de tribalismos, culturas divergentes, docenas de idiomas y dialectos y grupos étnicos que albergaban enemistades seculares. Los conflictos eran frecuentes y

brutales, y Sukarno intervino con mano de hierro. Disolvió el Parlamento en 1960 y se hizo nombrar presidente vitalicio en 1963. Selló estrechas alianzas con los regímenes comunistas a cambio de instructores y material militar. Envió sus tropas pertrechadas por los rusos a la vecina Malasia en un intento de extender el comunismo por el Sudeste asiático y merecer así la aprobación de los líderes socialistas del planeta.

Surgió la oposición, y hubo un golpe de Estado en 1965. Sukarno se salvó de ser asesinado sólo gracias a la astucia de su amante. Muchos de sus altos mandos militares y colaboradores más íntimos tuvieron menos suerte. La sucesión de los hechos recuerda la de Irán en 1953. En el desenlace final, se echó la culpa de todo al partido comunista y en especial a sus facciones prochinas. Las matanzas subsiguientes, inducidas por los militares, hicieron de trescientas mil a medio millón de víctimas, según estimaciones. El líder de los golpistas, el general Suharto, asumió la presidencia en 1968.[1]

En 1971 el interés de Estados Unidos en alejar a Indonesia de la órbita comunista era enorme, porque el desenlace de la guerra de Vietnam empezaba a verse muy incierto. El presidente Nixon había iniciado una serie de retiradas de tropas en verano de 1969 y Estados Unidos empezaba a adoptar una estrategia nueva, de un tipo más global. El objetivo de dicha estrategia consistía en contrarrestar el «efecto dominó», es decir, evitar que los países fuesen cayendo uno tras otro bajo regímenes comunistas. Se fijaron las prioridades en un par de países, pero Indonesia era la clave. El proyecto de electrificación de MAIN era parte de un plan más amplio con el objeto de asegurar el dominio estadounidense en el Sudeste asiático.

La premisa de la política exterior estadounidense era que Suharto se pondría al servicio de Washington de la misma manera que el sha en Irán. Además, Estados Unidos confiaba en que aquel país sirviera de modelo para otros de la región. En parte, Washington basaba su estrategia en la suposición de que las ventajas logradas en Indonesia repercutirían positivamente sobre todo el mundo islámico y particularmente en la explosiva región del Oriente Próximo. Por si eso no fuese incentivo suficiente, Indonesia tenía además yacimientos de petróleo. No se conocía con exactitud ni el tamaño ni la calidad de sus reservas, pero los sismólogos de las petroleras rebosaban optimismo en cuanto a sus posibilidades.

Mientras empollaba los libros de la biblioteca pública de Boston mi entusiasmo aumentaba. Mi imaginación me sugería una vida de aventuras. Como empleado de MAIN, iba a reemplazar el espartano estilo

de vida del Peace Corps por un tren mucho más espléndido y lujoso. Mis ratos con Claudine habían significado ya la realización de una de mis fantasías. Casi era demasiado bueno para ser cierto, y me sentí resarcido, al menos en parte, por mis años de encierro en el internado masculino.

Al mismo tiempo sucedían otras cosas en mi vida. Ann y yo estábamos cada vez más distanciados. Supongo que debió darse cuenta de que yo llevaba una doble vida. Yo me justificaba ante mí mismo acudiendo al resentimiento que había provocado el casarme por obligación. Aunque. ella siempre estuvo a mi lado y soportó conmigo la aspereza de la misión del Peace Corps en Ecuador, para mí Ann seguía representando la continuación de aquella pauta de sumisión a las voluntades de mis padres. Ahora que paso revista a los acontecimientos estoy seguro de que mi relación con Claudine también tuvo mucho que ver, por supuesto. Esto no podía mencionárselo a Ann, pero ella lo adivinaba. En cualquier caso, decidimos mudam6s a apartamentos separados.

Cierto día de 1971 -faltaba más o menos una semana para la fecha de partida a Indonesia-, al llegar al piso de Claudine vi la mesita de la sala puesta con un surtido de canapés y quesos variados, y también una buena botella de Beaujolais. Ella me recibió con un brindis.

-Lo has conseguido -dijo con una sonrisa, que sin embargo me pareció algo ambigua-. Ya eres de los nuestros.

Charlamos alegremente como media hora. Y luego, mientras apurábamos la botella, me dirigió una mirada que nunca le había visto. -Jamás le hables a nadie de nuestros encuentros -dijo con voz enérgica -. Nunca te lo perdonaría, y además negaría haberte conocido alguna vez.

Después de asestarme otra ojeada tan severa que por primera vez llegué a sentirme amenazado, soltó una carcajada sarcástica y agregó:

-Si mencionaras algo de esto, la vida podría llegar a ponerse peligrosa para ti.

Quedé petrificado. La sensación fue terrible. Pero más tarde, mientras regresaba solo al Prudential Center, admiré la astucia del procedimiento. De hecho, todas nuestras entrevistas habían ocurrido en el apartamento de ella. No existía ninguna prueba de nuestra relación, ni mediación alguna demostrable por parte de nadie de MAIN. Por otro lado, tuve que reconocer que me había hablado con franqueza, sin tratar de torcer mi voluntad como lo hicieron mis .padres con lo de Tilton y lo de Middlebury.

4

Salvar a una nación del comunismo

.

Yo tenía una visión idealizada de Indonesia, el país donde iba a vivir durante los próximos tres meses. En algunos de los libros que había leído había visto fotos de bellas mujeres envueltas en *sarongs* de luminosos colores, exóticas bailarinas balinesas, chamanes que escupían fuego y guerreros en sus largas canoas de troncos ahuecados remando por aguas de color esmeralda a los pies de volcanes coronados de humo. Me sorprendió especialmente una serie dedicada a los magníficos galeones de los infames piratas Bugi, con sus impresionantes velas negras, que todavía surcaban las aguas del archipiélago, y que en otros tiempos atemorizaron a los marineros europeos hasta tal punto que, cuando éstos regresaban a sus hogares y les tocaba reprender a sus hijos, solían decirles: «Si no te portas bien llamaré a los piratas Bugi y vendrán por ti». ¡Ah! ¡Cómo agitaban mi espíritu esas imágenes!

La historia y las leyendas del país presentaban una galería de personajes descomunales: dioses iracundos, dragones de Komodo, opulentos sultanes tribales. Leyendas ancestrales muy anteriores al nacimiento de Cristo habían viajado a través de las cordilleras asiáticas y los desiertos de Persia para cruzar el Mediterráneo y quedar profundamente grabadas en los repliegues más escondidos de nuestra psicología colectiva. Hasta los nombres de aquellas fabulosas islas -Java, Sumatra, Borneo, las Célebes- seducían a la imaginación. Eran tierras de misticismo, de leyenda y de erótica belleza, el tesoro que Colón buscó y nunca pudo alcanzar, la princesa deseada y jamás poseída por España, por Holanda, por los portugueses y los japoneses. Una fantasía y un sueño.

Mis expectativas eran elevadas, como las de aquellos grandes exploradores, supongo. Pero, al igual que Colón, debí haber aprendido a moderar mis fantasías. Tal vez era de prever que el faro del destino no siempre apunta a los horizontes que habíamos imaginado. Indonesia

ciertamente ofrecía tesoros, pero no era la cornucopia de todas las riquezas que yo esperaba. En efecto, mis primeros días bajo la tórrida atmósfera de su capital, Yakarta, en el verano de 1971, me reservaban muchas sorpresas.

Ciertamente, la belleza estaba allí. Mujeres espléndidas que vestían *sarongs* multicolores. Jardines exhuberantes, cargados de flores tropicales. Exóticas bailarinas balinesas. Triciclos pintados con escenas de vivos colores hasta en los respaldos de los asientos, donde los pasajeros se arrellanaban de cara al hombre que pisaba los pedales. Mansiones de estilo colonial holandés y mezquitas con minaretes. Pero la ciudad presentaba también su lado sórdido y trágico. Leprosos que alzaban muñones ensangrentados en vez de manos. Muchachas que vendían su cuerpo a cambio de unas monedas. Los canales construidos por los holandeses, antaño espléndidos, convertidos en cloacas a cielo abierto. Barracas de cartón donde vivían familias enteras sobre los vertederos que cubrían las orillas de los ríos de aguas inmundas. Bocinazos incesantes y humos apestosos. Lo bello y lo feo, lo elegante y lo vulgar, lo espiritual y lo profano. Eso era Yakarta, donde los perfumes tentadores del clavo y de la orquídea competían con las miasmas de aquellos albañales.

Sin embargo, no era la primera vez que yo veía la pobreza. Algunos de mis compañeros de colegio en New Hampshire vivían en barracas cubiertas de cartón alquitranado y se presentaban a clase vistiendo chaquetas deshilachadas y viejas zapatillas de tenis en pleno invierno, con temperaturas exteriores bajo cero, los cuerpos sin lavar que apestaban a sudor rancio y a estiércol. En los Andes había convivido con campesinos cuya dieta consistía casi exclusivamente de maíz seco y patatas, y donde a veces parecía que los recién nacidos tenían tantas probabilidades de morir como de llegar a cumplir su primer año. La pobreza, pues, no me era desconocida, pero no estaba preparado para lo de Yakarta.

Nuestro grupo se alojaba en el hotel más elegante de la ciudad, por supuesto, que era el Intercontinental Indonesia, propiedad de la Pan American Airlines como todos los de la cadena Intercontinental, presente en todo el planeta. Allí, los extranjeros ricos veían atendidos todos sus caprichos; en especial los ejecutivos de las compañías petroleras y las familias de éstos. La primera noche de nuestra estancia, Charlie Illingworth, el director de nuestro proyecto, nos agasajó con una cena en el fastuoso restaurante del ático.

Charlie era entendido en temas bélicos; dedicaba la mayor parte de su tiempo libre a leer libros de historia y novelas históricas sobre grandes caudillos militares y batallas célebres. Era el paradigma del estratega de

tertulia, y partidario de la guerra de Vietnam. Como de costumbre, aquella noche vestía pantalón bombacho color caqui y camisa también de color caqui, de manga corta y con presillas en los hombros al estilo militar.

Después de darnos la bienvenida encendió un puro. «Por la buena vida», suspiró levantando la copa de champagne. «Por la buena vida», le hicimos eco, y las copas tintinearon.

Rodeado de volutas de humo, Charlie paseó la mirada por el salón.

-Estaremos bien atendidos aquí - dijo acompañando las palabras con varios cabezazos de satisfacción. Los indonesios cuidarán de nosotros, y también los de nuestra embajada. Pero no olvidemos que hemos venido con una misión que cumplir.
Miró un puñado de fichas que tenía delante.

-Sí. Estamos aquí a fin de desarrollar un plan maestro para la electrificación de Java, el lugar más poblado del mundo. Pero eso no es más que la punta del iceberg.
Su expresión se ensombreció, me recordó al actor George C. Scott en su papel de General Patton, uno de los héroes de Charlie.

- Estamos aquí para salvar el país de las garras del comunismo. Que no es poca cosa. Como saben ustedes, Indonesia tiene una historia larga y trágica. Ahora, cuando se disponía a entrar definitivamente en el siglo XX, se ha visto enfrentada a una nueva prueba. Es nuestra responsabilidad conseguir que Indonesia no siga los pasos de sus vecinos del norte, Vietnam, Camboya y Laos. El sistema eléctrico integrado será un elemento clave. Con eso, más que con ningún otro factor, salvo la posible excepción del petróleo, quedará asegurada la presencia del capitalismo y de la democracia.

Después de una pausa para inhalar del puro y barajar sus anotaciones, prosiguió:

-Y hablando de petróleo. Todos sabemos hasta qué punto lo necesita nuestro país. Indonesia puede llegar a ser una aliada poderosa en tal sentido. De manera que, cuando desarrollen ustedes ese plan maestro, tengan la bondad de recordar lo que van a necesitar la industria del petróleo y las demás que dependen de ella, los puertos, los oleoductos, las constructoras. Debe proporcionárseles lo que haga falta en términos de consumo eléctrico para los veinticinco años de vigencia de ese plan.
Alzó los ojos de sus fichas y se encaró directamente conmigo mientras continuaba diciendo:

- Más vale exagerar, que quedarnos cortos. No vaya a caer sobre nuestras cabezas la sangre de los niños de Indonesia, o la nuestra. No vayan a tener que vivir bajo la hoz y el martillo, ¡o bajo la bandera roja de

China!

Aquella noche, acostado en mi cama a muchos metros de altura sobre la ciudad, entre la seguridad y el lujo de una suite de primera clase, evoqué la imagen de Claudine. Me desvelaban sus discursos sobre la deuda externa. Intenté tranquilizarme recordando mis cursos de teoría macroeconómica en la escuela de administración de empresas. Al fin y al cabo, me decía, estoy aquí para ayudar a Indonesia, para que salga de su economía medieval y pase a ocupar su lugar en el mundo industrial moderno. Pero yo sabía que al amanecer, cuando echase la primera ojeada desde mi ventana, más allá de la opulencia de los jardines del hotel y de las piscinas, podría ver los barrios de barracas que se extendían alrededor, hasta muchos kilómetros de distancia. No ignoraba que ahí fuera estaban muriendo muchos niños por falta de alimento y de agua potable, y que tanto los menores como los adultos padecían enfermedades horribles y soportaban condiciones de vida inhumanas.

Seguí dando vueltas en mi cama sin pegar ojo. Era innegable que tanto Charlie como los demás miembros del equipo estábamos allí por motivos egoístas. Promovíamos la política exterior de Estados Unidos y los intereses corporativos. Nos impulsaba la codicia y no un supuesto deseo de mejorar las condiciones de vida de la gran mayoría de los indonesios. Una palabra acudió a mi mente: la corporatocracia. No consigo recordar si la había escuchado en alguna parte o la inventé yo mismo, pero me pareció perfecta para describir la nueva clase dominante que se había metido entre ceja y ceja el afán de dominar el planeta.

Era una cofradía de unos pocos, estrechamente unidos por unos objetivos comunes. Los miembros de esa cofradía pasaban con facilidad de los consejos de administración a los cargos públicos, y viceversa. Se me antojaba que el entonces presidente del Banco Mundial, Robert McNamara, era el ejemplo perfecto. Había pasado de su puesto de presidente de Ford Motor Company a la secretaría de Defensa con los gabinetes de Kennedy y Johnson, y en aquellos momentos era la autoridad máxima de la institución financiera más poderosa del mundo.

Comprendía también que mis profesores de la EADE no habían captado la verdadera naturaleza de las magnitudes macroeconómicas. Que en muchos casos, contribuir al crecimiento económico de un país sólo servía para enriquecer todavía más a los que estaban en la cima de la pirámide, sin hacer nada por los de abajo excepto empujarlos más abajo "todavía. En efecto, la promoción del capitalismo muchas veces produce un sistema parecido a las sociedades feudales de la Edad Media. Si alguno de mis profesores lo sabía, nunca nos lo contó, probablemente porque las

grandes empresas y los hombres que las dirigen financian las universidades. Si aquellos profesores nos hubieran enseñado la verdad, sin duda les habría costado el empleo, lo mismo que podían costármelo a mí unas revelaciones por el estilo.

Esos pensamientos me hicieron pasar en vela todas las noches que estuve en el Hotel Intercontinental Indonesia. En el fondo, no tenía más argumentos para mi defensa que los de orden personal: había luchado mucho para escapar de aquel pueblo de New Hampshire, de aquella escuela y del servicio militar. Mediante una combinación de coincidencias y el trabajo asiduo, me había ganado una poltrona en la buena vida. También me consolaba diciéndome que mi actuación era correcta según las normas de mi propia cultura. Estaba en vías de convertirme en un analista económico prestigioso y respetado. Hada lo que la escuela de administración de empresas nos preparaba para hacer. Iba a implementar un modelo de desarrollo sancionado por las mejores cabezas de los mejores equipos pensantes del mundo.

De madrugada, no obstante, me consolaba muchas veces con una promesa: que algún día denunciaría la verdad. Después de esto me adormecía leyendo una novela de Louis l'Amour sobre aventuras de pistoleros del viejo Oeste.

5

Cómo vendí mi alma

Nuestro equipo de once personas pasó seis días en Yakarta para registrarse en la embajada, reunirse con varios funcionarios, organizarse y descansar junto a la piscina. Me sorprendió la gran cantidad de estadounidenses que vivían en el InterContinental. Me gustaba contemplar a las jóvenes y bellas esposas de los ejecutivos de las petroleras y constructoras estadounidenses, que se pasaban los días en la piscina y las noches cenando en la media docena de elegantes restaurantes del hotel y de los alrededores.

Hasta que Charlie dio la orden de trasladarnos a Bandung, una ciudad de la región montañosa. Allí el clima era más suave, la pobreza menos visible y las distracciones más escasas. Nos alojamos en un parador público llamado Wisma, con gerente, cocinero, jardinero y demás personal de servicio. Construido durante la época colonial holandesa, el Wisma era un remanso. Tenía una terraza espaciosa, con vistas a las grandes plantaciones de té que cubrían las suaves ondulaciones de las colinas y subían por las laderas de los volcanes de lava, al fondo. Además del alojamiento se nos suministraron once todo terrenos Toyota, cada uno con su chófer y su intérprete. Por último fuimos obsequiados con la inscripción gratuita en el exclusivo Bandung Golf and Racket Club e instalados en una suite de despachos perteneciente al cuartel general de la Perusahaan Umum Listrik Negara (PLN), la compañía eléctrica de titularidad pública.

Para mí, los primeros días de estancia en Bandung consistieron en una serie de entrevistas con Charlie y con Howard Parker. Era éste un septuagenario jubilado, que había sido jefe de previsión de carga de New England Electric System. En aquellos momentos era el responsable de pronosticar la cantidad de energía y la capacidad de generación (la «carga») que iba a necesitar la isla de Java en el transcurso de los próximos veinticinco años. Además, debía desglosar esas magnitudes por regiones y por ciudades. Y corno la demanda de electricidad guarda una

correlación estrecha con el crecimiento económico, las previsiones de Parker dependían de mis proyecciones económicas. Los demás del equipo elaborarían entonces el plan maestro con arreglo a estos datos, lo que significaba ubicar y proyectar las centrales generadoras, las líneas de transporte y distribución y los sistemas de transporte del combustible para abastecer las centrales, todo ello bajo la condición de satisfacer nuestras predicciones con la mayor eficiencia posible. Durante nuestras reuniones Charlie subrayaba sin cesar la importancia de mi trabajo, y me incordiaba con la necesidad de ser muy .optimista en mis proyecciones. Claudine tenía razón. Yo era la clave de todo el plan maestro.

-Dedicaremos nuestras primeras semanas aquí a recopilar los datos

-explicó Charlie.

Él, Howard y yo ocupábamos unos grandes sillones de mimbre en el fastuoso despacho particular de Charlie. Las paredes estaban decoradas con tapices de batik que representaban batallas de la antigua epopeya hindú del Ramayana. Charlie exhalaba vaharadas de un grueso puro.

- Los ingenieros van a reunir información detallada del sistema eléctrico actual, de las capacidades portuarias, las carreteras, los ferrocarriles y todo eso.

Y luego, apuntándome con el puro, añadió:

-Necesitaremos que trabaje usted con rapidez. A finales del primer mes Howard necesitará poder hacerse una idea bastante exacta de la envergadura de los milagros económicos que se producirán cuando conectemos la nueva red. A finales del segundo mes se necesitará un desglose detallado por regiones, y el último mes acabaremos de atar cabos .sueltos. Estos plazos son críticos. Vamos a ponernos manos a la obra y a colaborar estrechamente, de manera que antes de salir del país tengamos la seguridad de haber reunido toda la información necesaria. Mi lema es: «Todos en casa para el Día de Acción de Gracias». No vamos a volver aquí.

Howard aparentaba ser un abuelete cordial y amable, pero no tardé en darme cuenta de que era un viejo amargado, desengañado de la vida. Nunca consiguió llegar a la cumbre en New England Electric System, y por eso estaba lleno de resentimiento. «Me postergaron porque no quise avenirme a la política de la compañía» me repitió varias veces. Jubilado a la fuerza, e incapaz de convivir en casa con su mujer, aceptó el trabajo de asesor para MAIN. Aquélla era su segunda misión, y tanto Einar como Charlie me habían advertido que desconfiase de él. Lo describían con términos como *obstinado, ruin* y *vengativo.*

En realidad Howard fue uno de mis mejores maestros, aunque yo no

supiera verlo así por aquel entonces. Él no recibió el tipo de entrenamiento que Claudine me había dispensado a mí. Supuse que lo consideraban demasiado viejo, o tal vez demasiado tozudo. O quizá lo empleaban sólo provisionalmente, hasta que consiguieran fichar a otro más flexible, como yo, y que trabajase con plena dedicación. En todo caso, desde el punto de vista de ellos aquel hombre era un problema. Howard había entendido con claridad la situación y el papel que se le asignaba, y estaba decidido a no ser un peón de esa partida. Todos los adjetivos que usaban Einar y Charlie para describirle eran apropiados, pero su obstinación derivaba, al menos en parte, de la decisión personal de no ser un títere. No creo que nunca hubiese oído el término gángster económico, pero sabía que pretendían utilizarle para promover una forma de imperialismo con la que él no estaba de acuerdo.

Después de una de nuestras reuniones con Charlie, me llevó aparte.

Usaba audífono, y se puso a manipular el diminuto cajetín que llevaba debajo de la camisa y que servía para regular el volumen.

-Que quede entre nosotros -empezó Howard en voz baja.

Estábamos de pie junto a la ventana del despacho que compartíamos, contemplando el canal de aguas estancadas que serpenteaba cerca del edificio de la PLN. Una mujer joven se bañaba en aquellas aguas pestilentes. Procuraba mantener un simulacro de pudor ciñéndose un *sarong* alrededor del cuerpo desnudo -. Quieren convencerte de que la economía de este país va a subir como un cohete - dijo -. Ese Charlie no tiene escrúpulos. No permitas que te influya.

Al oír estas palabras me dio un vuelco el estómago y sentí deseos de llevarle la contraria y demostrar que Charlie tenía razón. Mi carrera dependía de tener contentos a mis jefes en MAIN.

-Sin duda esta economía va a explotar -dije sin apartar los ojos de la bañista -. No tienes más que mirar a tu alrededor.

-Conque ésas tenemos -murmuró, creo que sin prestar atención a la escena-. Así que estás con ellos.

Un movimiento junto al canal distrajo mi atención. Un tipo de edad madura se acercó a la orilla, se bajó los pantalones y se agachó para cumplir con las exigencias de la naturaleza. La bañista lo vio pero no dio muestras de inmutarse y siguió bañándose. Me aparté de la ventana y me encaré con Howard.

-No soy ningún novato -dije-. Podré parecerte joven, pero acabo de regresar después de pasar tres años en Suramérica. He visto lo que puede ocurrir cuando se descubre petróleo. Las cosas cambian muy deprisa.

-¡Ah! Yo tampoco soy ningún novato -se burló él-. He dado muchas vueltas por ahí, muchacho, y voy a decirte una cosa. Me importan un comino tus descubrimientos de petróleo y todo eso. Llevo toda la vida pronosticando cargas de electricidad. Durante la Depresión y la Segunda Guerra Mundial, en épocas de alza y en épocas de baja. He visto lo que supuso para Boston el llamado «Milagro de Massachusetts» de la Ruta 128. Y puedo afirmar que la carga eléctrica nunca creció más de un siete a nueve por ciento anual durante un período sostenido. Ni siquiera en los mejores tiempos. Un seis por ciento sería la cifra más razonable.

Me quedé mirándole. En parte sospechaba que tenía razón. Pero me hallaba a la defensiva y sentí la necesidad de persuadirle, porque mi propia conciencia me reclamaba una justificación.

-Esto no es Boston, Howard. En este país la gente no había tenido electricidad hasta hoy. Las cosas son diferentes aquí.

Él giró sobre sus talones e hizo un ademán, como para barrer mis argumentos.

-Adelante -gruñó-. Sigue vendiéndome la moto. Me importa un comino lo que digas. -Sacó el sillón de detrás de su escritorio y se dejó caer en él antes de continuar-: Yo haré mi pronóstico de la demanda eléctrica basándome en lo que creo, no en ningún estudio económico de vuestra cocina -y tomó un lápiz y se puso a garabatear en un bloc.

Era un desafío que yo no podía pasar por alto. Me planté delante de su escritorio.

-Vas a quedar como un necio si yo presento lo que todo el mundo espera, un *boom* como el de la fiebre del oro de California, y tú presentas un crecimiento de la demanda eléctrica comparado con el de Boston en la década de 1960.

Golpeó el escritorio con el lápiz y me lanzó una ojeada furibunda. -¡Falta de escrúpulos! ¡Eso es lo que es! Tú ... todos vosotros ... -se corrigió con un aspaviento que abarcaba la totalidad de los despachos-, habéis vendido el alma al diablo. Estáis en esto por la pasta y nada más. Y ahora... - forzó una mueca y se llevó la mano bajo la camisa -. ¡Ahora desconecto mi audífono y me vuelvo a mi trabajo!

Yo temblaba de pies a cabeza. Salí de estampida y enfilé hacia el despacho de Charlie. A medio camino, sin embargo, me detuve lleno de incertidumbre. Volví sobre mis pasos y continué escaleras abajo para salir a la luz vespertina. La bañista acababa de salir del canal ciñéndose el *sarong* y el hombre había desaparecido. Unos chicos chapoteaban en el canal chillando y echándose agua. Una vieja, sumergida hasta las rodillas, se cepillaba los dientes, y otra se dedicaba a hacer la colada.

Sentí un nudo en la garganta. Me senté sobre una losa rota de hormigón, procurando no hacer caso de la pestilencia del canal Mientras intentaba contener las lágrimas, me pregunté por qué me sentía tan abatido.

Estáis en esto por la pasta. Las palabras de Howard resonaban en mi cabeza. Había puesto el dedo en la llaga.

Los chicos siguieron bañándose y cortando el aire con sus risas estridentes. ¿Qué hacer?, me pregunté. ¿Llegaría yo a vivir alguna vez tan despreocupado como aquellos muchachos? Las dudas me atormentaban mientras contemplaba la feliz inocencia de sus juegos, al parecer inconscientes del riesgo que corrían bañándose en aquellas aguas fétidas. Apareció un anciano encorvado que se apoyaba en su garrote. Al ver a los chicos detuvo su paseo por la orilla del canal y sonrió con su boca desdentada.

Quizá debería confiarme a Howard, pensé. Juntos, tal vez podríamos alcanzar una solución. Al instante me sentí aliviado. Recogí un guijarro y lo lancé al canal. Al disiparse la agitación del agua, sin embargo, se extinguió también mi optimismo. Sabía que era imposible. Howard era un viejo amargado. Como no tenía ya ninguna oportunidad de promoción, para qué iba a dar su brazo a torcer. En cambio yo era joven, estaba empezando y desde luego no tenía ninguna intención de acabar como él.

Mientras contemplaba el maloliente canal evoqué una vez más las imágenes del instituto en la colina, allá en New Hampshire, donde pasé los veranos a solas mientras los demás asistían invitados a los bailes de las chicas que se presentaban en sociedad. Poco a poco fui comprendiendo que, una vez más, no tenía a nadie en quien confiar.

Aquella noche, tumbado en la cama, permanecí largo rato recordando a las personas que habían intervenido en mi vida. Howard, Charlie, Claudine, Ann, Einar, el tío Frank. Me preguntaba qué habría sido de mí si no las hubiese conocido. Una cosa era segura: que no me hallaría en Indonesia. También me interrogaba acerca de mi futuro. ¿A dónde me llevaría todo aquello? Medité sobre la decisión que se me planteaba. Según había dejado bien claro Charlie, se esperaba que Howard y yo planteásemos un crecimiento anual del 17 por ciento como mínimo. ¿Qué tipo de pronóstico iba a presentar yo?

De súbito se me ocurrió una idea que me tranquilizó. ¡Cómo no se me había ocurrido antes! La decisión no era de mi incumbencia. ¿No había dicho Howard que haría lo que él considerase justo, con independencia de mis conclusiones? Yo podía complacer a mis jefes presentando un

crecimiento económico elevado, y él decidiría lo que le pareciese. Mi trabajo no tendría ninguna influencia en el plan maestro. Todo el mundo hacía hincapié en la importancia de mi función, pero estaban equivocados. Sentí que se desprendía de mis hombros un peso enorme, y me quedé profundamente dormido.

Pocos días más tarde, Howard cayó enfermo de una grave infección.

Lo llevamos de urgencias al hospital de la misión católica. Los médicos le recetaron fármacos pero recomendaron su evacuación inmediata a Estados Unidos. Él nos aseguró que tenía ya todos los datos necesarios y que completaría el estudio de cargas en Boston. Sus palabras de despedida para mí fueron una repetición de su anterior advertencia.

«No hay necesidad de maquillar los números -dijo-. Di lo que quieras sobre los milagros del desarrollo económico, pero yo no voy a ser cómplice de esa estafa.»

SEGUNDA PARTE

1971 -1975

6

Mi papel de inquisidor

Según nuestros contratos con las autoridades indonesias, el Asian Development Bank y USAID, una persona de nuestro equipo debía inspeccionar los principales núcleos habitados de la región abarcada por el plan maestro. Fui nombrado para encargarme de esta misión. Como dijo Charlie: «Has sobrevivido en la Amazonia, así que ya sabes cómo arreglártelas entre insectos, serpientes y agua no potable».

Junto a mi chófer y un intérprete visité muchos lugares espléndidos y me alojé en sitios bastante lúgubres. Hablé con los hombres de negocios y los dirigentes políticos locales y escuché sus opiniones sobre las perspectivas de desarrollo económico. No obstante, me pareció notar una cierta reticencia a compartir información conmigo. Era como si les intimidase mi presencia. Por norma me decían que tenían que consultarlo con sus jefes, con las agencias de la administración o con los despachos centrales de sus empresas en Yakarta. Llegué a sospechar si existía algún tipo de conspiración de silencio contra mí.

Estos desplazamientos solían ser breves, de dos o tres días como mucho. Entre uno y otro yo regresaba al Wisma de Bandung. La mujer que lo regentaba tenía un hijo algunos años más joven que yo. Se llamaba Rasmon, pero todo el mundo excepto su madre le llamaba Rasy. Estudiaba ciencias económicas en la universidad local y no tardó en manifestar interés por mi trabajo. Intuí que tarde o temprano acabaría pidiéndome un empleo. Al mismo tiempo empezó a enseñarme el indonesio bahasa.

La creación de un idioma fácil de aprender había sido la primera preocupación del presidente Sukarno cuando consiguió librar a Indonesia de los holandeses. En ese archipiélago se hablan más de 350 lenguas y dialectos;[1] Sukarno comprendió que su país necesitaba un lenguaje común a fin de unificar a los pobladores de las numerosas islas y culturas. Para ello contrató a un equipo internacional de lingüistas, y el indonesio bahasa fue el resultado, con muy buena fortuna, por cierto. Basado en el

malayo, evitaba buena parte de las conjugaciones, los verbos irregulares y otras complicaciones características de muchas lenguas naturales. A comienzos de la década de 1970 lo hablaba la mayoría de los indonesios, aunque estos seguían empleando el javanés y los demás dialectos locales dentro de sus respectivas comunidades. Rasy era un maestro estupendo, con gran sentido del humor, y comparado con el shuar, o incluso el español, el estudio del bahasa resultaba fácil.

Rasy tenía un ciclomotor y se empeñó en mostrarme su ciudad y su gente. «Voy a enseñarte un aspecto de Indonesia que todavía no has visto», me prometió una tarde, invitándome a montar detrás de él en su máquina.

Pasamos por teatrillos de sombras, orquestas de instrumentos tradicionales, escupefuegos, malabaristas y buhoneros que vendían toda clase de artículos, desde música americana de contrabando hasta las más curiosas artesanías indígenas. Por fin aterrizamos en una minúscula cafetería poblada de hombres y mujeres jóvenes cuya indumentaria, sombreros y peinado habrían quedado perfectos en un recital de los Beatles a fines de la década de 1960. Pero todos ellos eran inconfundiblemente indonesios. Rasy me presentó a un grupo que ocupaba una de las mesas, y que nos hizo un hueco.

Todos hablaban inglés con mayor o menor soltura, pero agradecieron y elogiaron mis esfuerzos por expresarme en bahasa. Abordando el tema con franqueza me preguntaron por qué los estadounidenses nunca se tomaban la molestia de aprender su idioma. No supe qué contestar. Ni conseguía explicarme por qué era yo el único americano o europeo en aquella parte de la ciudad, cuando pululaban tantos de ellos en el Golf and Racket Club, los restaurantes finos, los cines y los supermercados de lujo.

Esa noche la recordaré toda la vida. Rasy y sus amigos me trataron como a uno de los suyos. Experimenté una sensación de euforia al hallarme allí compartiendo su ciudad, su comida y su música, aspirando el humo de los cigarrillos de clavo y otros aromas característicos de sus vidas, bromeando y riendo con ellos. Era como volver al Peace Corps y me pregunté qué me había hecho querer viajar en primera clase y alejarme de personas como aquéllas. Conforme avanzaba la velada empezaron a tirarme de la lengua, deseosos de conocer mis opiniones sobre su país y sobre la guerra que estábamos haciendo en Vietnam. Todos se manifestaron escandalizados por lo que llamaban «una invasión ilegal» y muy aliviados al comprobar que yo compartía sus puntos de vista.

Cuando regresamos era tarde y el parador estaba a oscuras. Le agradecí efusivamente a Rasy que me hubiese invitado a su mundo y él

me dio las gracias por haber hablado con franqueza a sus amigos. Prometimos repetirlo en otra ocasión, nos despedimos con un abrazo y nos encaminamos a nuestras respectivas habitaciones.

Esta experiencia con Rasy despertó mi interés por pasar más tiempo lejos de mis colegas de MAIN. La mañana siguiente tenía prevista una reunión con Charlie. Le conté mis dificultades para obtener información de los dirigentes locales. Además, muchas de las estadísticas que yo necesitaba para desarrollar las predicciones económicas se encontraban sólo en los despachos oficiales de Yakarta. En consecuencia, ambos convinimos que yo debía pasar en la capital una o dos semanas.

Charlie me expresó su pesar por verme obligado a abandonar Bandung para sumergirme en el bochorno de la metrópoli y yo fingí aceptarlo de mala gana. En mi fuero interno, sin embargo, aguardaba con impaciencia la oportunidad de pasar algún tiempo a solas, explorar Yakarta y alojarme en el elegante hotel Intercontinental Indonesia. Pero cuando llegué a Yakarta descubrí que ahora lo contemplaba todo desde una perspectiva diferente. La velada en compañía de Rasy y los jóvenes indonesios, así como mis viajes por el país, me habían cambiado. Por otra parte, también veía bajo una luz diferente a mis compatriotas. Las jóvenes americanas me parecían menos atractivas. La valla metálica que rodeaba el recinto de la piscina y las rejas de hierro en las ventanas de las plantas inferiores ahora cobraban para mí un aspecto ominoso, cuando antes apenas había reparado en ellas. La comida de los lujosos restaurantes del hotel empezó a parecerme insípida.

Y otra cosa más. Durante mis reuniones con los dirigentes políticos y empresariales había observado algunos detalles sutiles del trato que me dispensaban. Detalles a los que no había concedido importancia al principio, pero que ahora veía como indicios de que les molestaba mi presencia. Por ejemplo, cuando uno de ellos me presentaba a otro, solía utilizar palabras en bahasa que según mi diccionario se traducían por *inquisidor* e *interrogador*. Preferí ocultarles mi conocimiento del idioma (incluso mi intérprete estaba convencido de que yo sólo sabía recitar un par de frases convencionales) y me compré un buen diccionario bahasa-inglés, que consultaba con frecuencia tan pronto como salía de las reuniones.

Pensé si aquellos apelativos serían coincidencias idiomáticas o interpretaciones mías equivocadas de las acepciones del diccionario. Intenté persuadirme de que era esto último. Pero, cuanto más tiempo pasaba reunido con aquellas gentes, más me convencía de que yo era para ellas un intruso, aunque hubiesen recibido órdenes superiores de cooperar conmigo y no tuviesen más remedio que soportarme. Yo no sabía si esas órdenes procedían de algún funcionario del gobierno, de un

banquero, de un general o de la embajada estadounidense. Sólo sabía que, por mucho que me recibiesen en sus despachos, me ofreciesen té y contestasen cortesmente a mis preguntas, en el fondo quedaba una sombra de resignación y de rencor.

Empezaba a dudar también de sus contestaciones a mis preguntas y de la validez de sus datos. Por ejemplo, yo nunca podía presentarme por las buenas en los despachos con mi intérprete. Era obligado concertar cita previa. Lo cual, en sí, no constituía ningún hecho extraño, aunque implicase para mí unas pérdidas de tiempo enormes. Como los teléfonos casi nunca funcionaban, era preciso lanzarse a la caótica circulación de aquel laberinto de calles, cuyo trazado era tan complicado que a veces tardábamos una hora en llegar a unos edificios situados a menos de un kilómetro de distancia. Y una vez allí, nos obligaban a cumplimentar unos impresos. Al cabo de un rato, a lo mejor hacía acto de presencia un secretario, quien, sonriendo educadamente —siempre con esa sonrisa cortés tan característica de los javaneses— me preguntaba qué tipo de información venía a solicitar. Y, al final me daban día y hora para la entrevista.

Invariablemente, esa fecha quedaba para varios días más tarde y, cuando por fin lograba hacerme recibir, se limitaban a entregarme una carpeta con materiales preparados de antemano. Los industriales me comunicaban sus programaciones a cinco y diez años. Los banqueros ofrecían gráficos y tablas. Y los funcionarios oficiales tenían listas de los proyectos a punto de emerger de las oficinas técnicas para convertirse en motores del crecimiento económico. Todo lo que transmitían esos capitanes de la industria y de la autoridad pública, y todo lo que manifestaban durante las entrevistas, tendía a indicar que Java se disponía a abordar el *boom* posiblemente más grande que ninguna economía hubiese conocido antes. Nadie, ni uno solo, cuestionó nunca esa premisa ni me ofreció ninguna información de signo negativo.

Mientras regresaba a Bandung, sin embargo, yo iba lleno de dudas en cuanto a estas experiencias, en cuyo trasfondo se adivinaba algo muy inquietante. Era como si todo lo que estábamos haciendo en Indonesia fuese una especie de juego sin relación con la realidad. Más bien como una partida de póquer, las cartas ocultas y todos desconfiando de las informaciones que intercambiábamos. Pero ésta era una partida a muerte, pues de sus resultados iban a depender millones de vidas durante los próximos decenios.

7

La civilización a prueba

Quiero que conozcas a un *dalang* —anunció Rasy, radiante—. Ya sabes, los famosos titiriteros indonesios. —Era evidente su satisfacción por tenerme de nuevo en Bandung—. Esta noche da una función muy importante en el barrio.

Me llevó con su ciclomotor por partes de la ciudad que no sabía ni que existieran, atravesando barriadas de *kampong,* casas tradicionales de Java que parecían templos en miniatura pero en versión pobre, con cubiertas de teja. Allí no se veían las espléndidas mansiones coloniales holandesas ni los edificios de oficinas a los que yo estaba acostumbrado. La población era visiblemente humilde pero lo llevaba con gran dignidad. Vestían *sarongs* estampados en batik, deshilachados pero limpios, blusas de vivos colores y sombreros anchos de paja. En todas partes fuimos recibidos con sonrisas y cordialidad. Cuando nos detuvimos, los niños acudieron corriendo a tocarme y a palpar la tela de mis vaqueros. Una chiquilla me prendió en el cabello una fragante flor de frangipani.

Estacionamos la motocicleta cerca de un teatro al aire libre donde se habían congregado ya varios centenares de personas, unas de pie y otras sentadas en sillas plegables. El cielo completamente despejado auguraba una noche espléndida. Aunque estábamos en el centro de la ciudad vieja de Bandung, no había alumbrado público y las estrellas titilaban sobre nuestras cabezas. En el aire flotaban aromas de cacahuete, de clavo, de hogueras de leña.

Rasy desapareció entre la multitud y regresó enseguida, acompañado de muchos de los jóvenes que me había presentado en la cafetería. Me invitaron a té caliente con galletas y *sate,* que son bocaditos de carne frita en aceite de cacahuete. Debí poner cara de perplejidad al verlos, porque una de las jóvenes apuntó con el dedo a un fogón pequeño: «Carne muy fresca —rió—. Recién hecha».

Entonces comenzó la música, la mágica y alucinante melodía del *gamelan,* un instrumento cuyo sonido recuerda las campanas de los

templos.

—El *dalang* toca toda la música él solo —susurró Rasy—. También mueve todos los muñecos y compone todas las voces en varios idiomas. Iremos traduciéndote lo que diga.

Fue una representación notable, en la que se combinaron las leyendas tradicionales con los acontecimientos de actualidad. Más tarde me enteré de que el *dalang* es un chamán que actúa en estado de trance. Tenía más de un centenar de títeres y hablaba por cada uno de ellos con voz diferente. Fue una noche inolvidable para mí, que ha ejercido una influencia perdurable en toda mi vida.

Después de recitar una selección de textos clásicos del antiguo Ramayana, el *dalang* sacó un muñeco que era Richard Nixon, con la inconfundible nariz en pico de pato y los mofletes. El presidente de Estados Unidos iba vestido de Tío Sam, con el chaqué y el sombrero de copa a rayas y estrellas como la bandera nacional. Le daba la réplica otro muñeco, éste luciendo un traje de rayadillo financiero. En una mano llevaba un cesto decorado con el símbolo del dólar y en la otra empuñaba una bandera americana, con la que daba viento a Nixon como un criado abanicando a su amo.

Detrás de estos dos personajes apareció un mapa de Oriente Próximo y Extremo Oriente. Los distintos países estaban colgados de ganchos en sus posiciones. Nixon se acercó enseguida al mapa, desenganchó Vietnam y se lo llevó a la boca. En seguida se puso a gritar y lo que dijo me fue traducido como: «Está amargo! ¡Puaf. ¡Ya tenemos suficiente!», y lo arrojó al cesto.

A continuación fue haciendo lo mismo con otros países. Para sorpresa mía, sin embargo, no continuó con las demás naciones asiáticas según la «teoría del dominó». Lo hacía con los del Oriente Próximo, como Palestina, Kuwait, Arabia Saudí, Iraq, Siria e Irán. Luego continuó con Pakistán y Afganistán. Cada vez, el muñeco de Nixon gritaba algún epíteto antes de arrojar el país al cesto. Y todas esas veces, sus gritos eran improperios anti-islámicos: «perros musulmanes», «engendros de Mohammed» y «demonios islámicos».

La multitud empezaba a soliviantarse y la tensión crecía cada vez que otro país iba a parar al cesto. La gente, por lo visto, no sabía si reír, asombrarse o montar en cólera. A veces parecía que los escandalizaban las palabras del titiritero. Empecé a preocuparme. En medio de aquella multitud, mi aspecto y estatura llamaban la atención, y pensé que la indignación popular podría volverse contra mí. Entonces Nixon dijo una cosa que me puso los pelos de punta cuando Rasy me la tradujo.

—Este se lo daremos al Banco Mundial. Veamos si se puede sacar un poco de dinero de Indonesia.

Descolgó Indonesia del mapa y se acercó al cesto para arrojarla también, pero en ese preciso instante saltó a escena un nuevo protagonista. Representaba a un indonesio en camisa de batik y pantalón caqui de soldado. Llevaba un parche con su nombre claramente legible.

—Es un político popular aquí en Bandung —explicó Rasy.

El muñeco se interpuso entre Nixon y el hombre del cesto, y alzó la mano.

— ¡Alto! — gritó—. ¡Indonesia es un país soberano!

La multitud rompió en un aplauso. Entonces el hombre del cesto enarboló la bandera a modo de lanza y atravesó con ella al indonesio, que trastabilló y falleció muy dramáticamente. El público prorrumpió en abucheos, imprecaciones y gritos, agitando los puños alzados al aire. Nixon y el hombre del cesto se quedaron mirándonos, impasibles, hicieron sendas reverencias y abandonaron el escenario.

— Creo que será mejor que me vaya —le dije a Rasy. Él me rodeó los hombros con el brazo en un gesto protector—. Tranquilo —dijo—. No va contra ti personalmente.

Yo no estaba tan seguro. Cuando nos hubimos puesto a buen recaudo en la cafetería, Rasy y los demás me aseguraron que no estaban informados de que iba a haber un corto satírico Nixon-Banco Mundial.

—Nunca se sabe por dónde van a salir esos titiriteros —dijo uno de los jóvenes.

Cavilé en voz alta si se habría montado expresamente para mí. Uno de ellos rió. y comentó que yo tenía un concepto muy elevado de mí mismo. «Típicamente americano», dijo dándome unas palmaditas en la espalda.

—Los indonesios somos gente muy politizada —dijo otro que estaba sentado detrás de mí—. ¿Es que en Norteamérica no tienen espectáculos como éste?

Enfrente, una mujer muy bella, estudiante de lengua inglesa en la universidad, se inclinó hacia mí y me preguntó:

—¿Es verdad que usted trabaja para el Banco Mundial?

Le dije que actualmente era empleado del Asian Development Bank y de la USAID, la Agencia estadounidense para el desarrollo internacional.

—Pero ¿no son lo mismo? —y sin aguardar respuesta, prosiguió—: ¿No son como la función que hemos visto esta noche? ¿No es cierto que el gobierno de usted mira a Indonesia y a otros países como un cesto de...? —Se detuvo buscando la palabra.

—¿Un cesto de uvas? — ofreció uno de sus amigos.

—Exacto. Un cesto de uvas. Puedes escoger este racimo y este otro. Me quedo con Inglaterra. A China, me la como. Indonesia, no la quiero.

—Pero no sin llevarse antes todo el petróleo —remachó otra mujer.

Intenté defenderme, pero era mucha tarea para mí solo. Quise alabarme por haber entrado en aquel barrio y por haber contemplado toda la función sin protestar contra su anti-americanismo, que además podía haberme tomado como una ofensa personal. Quise que apreciaran lo que yo había hecho, que supieran que yo era el único de todo mi equipo que se había molestado en aprender bahasa y deseaba conocer su cultura, y señalar que había sido el único extranjero presente en la función. Pero decidí que sería mejor no mencionar nada de eso. Era preferible cambiar de conversación. Les pregunté por qué, en opinión de ellos, el *dalang* se había fijado en los países islámicos, con excepción de Vietnam.

La bella estudiante de inglés soltó una carcajada.

— ¡Porque ése es el plan!

—Vietnam no es más que una maniobra de diversión —intervino uno de los hombres—. Como Holanda lo fue para los nazis. Un peldaño de la escalada.

—El blanco real es el mundo musulmán —continuó la mujer.

Pensé que no podía dejarlo pasar sin réplica.

—Sin duda no creerán ustedes que Estados Unidos va contra el islam —protesté.

—Ah ¿no? —preguntó ella—. ¿Y desde cuándo no es así? No tiene más que leer a uno de sus propios historiadores. El británico Toynbee. Allá por los años cincuenta, él predijo que la auténtica guerra del próximo siglo no estaría entre comunistas y capitalistas, sino entre cristianos y musulmanes.

—¿Arnold Toynbee dijo eso? —pregunté con asombro.

—Sí. Lea usted *El juicio a la civilización* y *El mundo y el Occidente.*

—Pero ¿por qué iba a producirse tal animosidad entre musulmanes y cristianos? —planteé.

Cambiaron miradas entorno a la mesa. Como si les costase creer que alguien fuese capaz de formular una pregunta tan tonta.

—Porque Occidente... —empezó muy despacio, como quien habla a un interlocutor algo lento de entendimiento, o duro de oído—, y en especial su líder, Estados Unidos, está decidido a apoderarse del mundo, a convertirse en el imperio más grande de la historia. Ya se halla muy cerca de conseguirlo. La Unión Soviética es la única que se lo impide, pero los soviéticos van a durar poco. Toynbee supo verlo. No tienen ninguna

religión, ninguna fe, ninguna sustancia más allá de su ideología. La historia demuestra que la fe, lo espiritual, la creencia en un poder superior, es esencial. Nosotros los musulmanes la tenemos. Tenemos de eso más que nadie en el mundo, incluso más que los cristianos.

Así que estamos a la espera, mientras tanto nos hacemos cada vez más fuertes.

—Nos tomaremos nuestro tiempo —intervino otro—, y luego atacaremos como la serpiente.

—¡Qué idea más horrible! —exclamé sin poder contenerme—, ¿Qué podemos hacer para cambiar esto?

La estudiante de inglés me miró a los ojos.

—Dejar de ser tan codiciosos. Y tan egoístas —dijo—. Comprender que hay algo más en el mundo que vuestros rascacielos y vuestras tiendas de lujo. La gente se muere de hambre y vosotros sólo os preocupáis de que no falte combustible para vuestros coches. Los.niños se mueren de sed mientras vosotros buscáis las últimas modas en las revistas. Las naciones, como la nuestra, se están hundiendo en la miseria, pero vuestro pueblo no escucha los gritos pidiendo auxilio. No escucháis a quienes intentan contaros estas cosas. Los llamáis radicales, o comunistas. Sería preciso que abrierais los corazones a los pobres y desamparados, en vez de empujarlos hacia una pobreza y una servidumbre más grandes todavía. No os queda mucho tiempo. Si no cambiáis, estáis acabados.

Pocos días más tarde, el popular político de Bandung, cuyo muñeco se había rebelado contra Nixon y había sido atravesado con una lanza por el hombre del cesto, murió atropellado por un conductor que se dio a la fuga.

8

Un Jesús diferente

El recuerdo de aquel *dalang* me perseguía. Y lo mismo las palabras de la bella estudiante de inglés. Esa noche e Bandung me catapultó a un plano nuevo del pensamiento y del sentimiento. Aunque no sería exacto decir que antes hubiese ignorado las implicaciones de lo que estábamos haciendo en Indonesia, por lo general yo conseguía tranquilizarme apelando al raciocinio, a los precedentes históricos, al imperativo biológico. Justificaba nuestra intervención como un aspecto de la condición humana y me persuadía de que Einar, Charlie y los demás obrábamos, sencillamente, como siempre lo han hecho los hombres: atendiendo a las necesidades propias así como a las de nuestras familias.

Pero mi discusión con aquellos jóvenes indonesios me había obligado a ver otro aspecto de la cuestión. Mirando a través de los ojos de ellos, me daba cuenta de que un planteamiento egoísta en política exterior no sirve ni protege a las generaciones futuras en ninguna parte. Es una postura tan miope como los informes anuales de las empresas y las estrategias electorales de los políticos que definen esa política exterior.

Mientras tanto, resultaba ser cierto que la búsqueda de datos para mis proyecciones económicas me imponía frecuentes visitas a Yakarta. De este modo contaba con muchos ratos a solas para cavilar sobre estas cuestiones y escribir mis reflexiones en un diario. Caminaba por las calles de la ciudad repartiendo monedas a los mendigos y tratando de entablar conversación con leprosos, prostitutas y pilludos callejeros.

Al mismo tiempo, meditaba sobre la naturaleza de la ayuda exterior y consideraba el papel legítimo que los países desarrollados (los PD en la jerga del Banco Mundial) podían ejercer para contribuir a paliar el atraso y la miseria de los países menos desarrollados (los PMD). Empezaba a plantearme cuándo es auténtica la ayuda y cuándo no es más que codicia e interés egoísta. O mejor dicho, empezaba a dudar de que tal ayuda fuese alguna vez altruista. Y si no lo era, me preguntaba, ¿qué hacer para cambiar esa situación? Sin duda los países como el mío estaban obligados

a hacer algo decisivo para ayudar a los enfermos y los hambrientos del planeta, pero yo estaba bastante seguro de que ése no solía ser el móvil principal de nuestra intervención.

Con lo que retornábamos a la cuestión principal: si la finalidad de la ayuda exterior era el imperialismo, ¿tan malo era eso? Con frecuencia envidiaba a hombres como Charlie, tan convencidos de la bondad de nuestro sistema que andaban empeñados en imponérselo al resto del mundo. Dada la limitación de los recursos del planeta, me parecía dudoso que toda la población mundial pudiese alcanzar el opulento nivel de vida de Estados Unidos. ¡Si incluso este país tiene a millones de sus ciudadanos en condiciones de pobreza! Además, no quedaba del todo claro para mí que las gentes de otras naciones quisieran realmente vivir como nosotros. Nuestras estadísticas sobre violencia, depresiones, toxicomanías, divorcios y delincuencia indicaban que pese a ser una de las sociedades más ricas de la historia, tal vez éramos también una de las menos felices. ¿Para qué iban a desear imitarnos las demás?

Tal vez Claudine me lo había advertido. Ya no estaba muy seguro de lo que ella había tratado de explicarme. En cualquier caso, y discusiones intelectuales aparte, para mí resultaba dolorosamente claro que mis días de inocencia habían terminado. Escribí en mi diario:

> ¿Se puede ser inocente en Estados Unidos? Es verdad que quienes ocupan la cúspide de la pirámide económica cosechan grandes ganancias, pero millones de nosotros, los demás, dependemos directa o indirectamente de la explotación de los países menos desarrollados. Los recursos y la mano de obra barata que utilizan casi todas nuestras empresas provienen de lugares como Indonesia, que apenas reciben nada a cambio. Los créditos de la ayuda exterior son la garantía de que sus hijos y nietos seguirán siendo rehenes nuestros. Tendrán que permitir el saqueo de sus recursos naturales por nuestras empresas y seguirán privándose de educación, sanidad y demás servicios sociales, simplemente para pagarnos la deuda. En esa fórmula no interviene el hecho de que nuestras compañías hayan recibido ya la mayor parte del pago por la construcción de esas centrales generadoras, esos aeropuertos y esos complejos industriales. Que la mayoría de los estadounidenses desconozcan estas realidades, ¿es excusa suficiente? Desinformados y mal informados adrede, sí, pero... ¿inocentes?

Por supuesto, yo tenía que enfrentarme al hecho de ser uno de los dedicados activamente a informar mal.

El concepto de una guerra santa mundial era inquietante, pero cuanto más lo pensaba más me convencía de su posibilidad. Sin embargo, me parecía que, caso de producirse la *yihad*, ésta no sería tanto de musulmanes contra cristianos como de los PMD contra los PD, quizá con el mundo islámico en funciones de avanzadilla. Nosotros los PD éramos los usuarios de los recursos, y los PMD eran los proveedores. Es decir, el retomo del sistema mercantil colonial, y todo dispuesto en favor de los que tuviesen el poder y pocos recursos naturales, a fin de explotar a los que tenían recursos pero no el poder.

No traía conmigo ningún ejemplar de los libros de Toynbee, pero sabía de historia lo necesario para entender que cuando la explotación de los proveedores se prolonga, éstos acaban por rebelarse. No tenía más que fijarme en Tom Paine y nuestra guerra de independencia. Recordé que los británicos justificaban el cobro de tributos argumentando que Inglaterra proporcionaba ayuda a las colonias, en forma de protección militar frente a los franceses y los indios. Pero los colonos interpretaron la situación de una manera muy diferente.

Lo que Paine ofreció a sus compatriotas en su brillante panfleto *Sentido común* era lo mismo que habían dicho mis amigos indonesios: un espíritu, una idea, la fe en la justicia de un poder superior y una religión de la libertad y la igualdad diametralmente opuesta a la monarquía inglesa y su elitista sistema de clases. Los musulmanes ofrecían algo similar: la fe en un poder superior y la creencia de que los países desarrollados no tenían derecho a subyugar y explotar a los demás países del mundo. Como aquellos *minutemen* de la colonia (voluntarios para formar en menos de un minuto cuando se diese la voz de alarma), los musulmanes estaban dispuestos a luchar por sus derechos. Y nosotros, lo mismo que los británicos en 1770, calificábamos sus acciones de atentados terroristas. Más que nunca, parecía cierto aquello de que la historia se repite.

Me preguntaba qué clase de mundo tendríamos si Estados Unidos y sus aliados hubiesen dedicado el dinero que gastaron en guerras coloniales, como la de Vietnam, a erradicar el hambre o a facilitar educación y servicios básicos de sanidad a todos, incluidos los nuestros. Me pregunté cómo se verían afectadas las generaciones del futuro si nos dedicásemos a eliminar las causas de la miseria y a proteger los acuíferos, los bosques y las comarcas naturales que además de proporcionarnos agua potable y aire puro aportan otras cosas que alimentan el espíritu tanto como el cuerpo. Yo no podía creer que nuestros padres fundadores hubiesen propuesto que el derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad existiera sólo para los estadounidenses. En consecuencia,

¿por qué impulsábamos ahora estrategias tendentes a implantar valores imperialistas, como los que ellos habían combatido?

Durante mi última noche en Indonesia me despertó una pesadilla. Me senté en la cama y encendí la luz. Tenía la sensación de no estar solo en la habitación. Miré a mi alrededor contemplando el conocido mobiliario del Hotel Intercontinental, sus tapices de batik, los muñecos articulados del teatro de sombras colgados en marcos. Entonces recordé lo que acababa de soñar.

Me había visto en presencia de Jesucristo. Parecía el mismo con quien yo hablaba todas las noches cuando era niño para confiarle mis pensamientos después de recitar las oraciones de rigor. Excepto que el Jesús de mi infancia era rubio y de piel blanca, y éste tenía el pelo ensortijado y la tez oscura. Inclinándose, cargó algo sobre sus espaldas. Pero no era la cruz, sino un eje de automóvil. Una de las llantas sobresalía por encima de su cabeza a manera de aureola de metal. Por su frente rodaban gotas de grasa, en vez de sangre. Al incorporarse me miró cara a cara, y dijo:

—Si yo regresara hoy, me verías de otra manera —y al preguntarle por qué, agregó—: Porque el mundo ha cambiado.

El despertador me informó de que faltaba poco para el amanecer. Consciente de que no conseguiría volver a conciliar el sueño, me vestí, bajé con el ascensor a la recepción, que estaba desierta, y salí al jardín contiguo a la piscina. La noche era de luna llena y las orquídeas perfumaban el aire. Me senté en una tumbona y me pregunté qué estaba haciendo allí y cómo las coincidencias de la vida me habían llevado por ese camino. ¿Por qué Indonesia? Mi vida había cambiado, pero aún no sabía hasta qué punto.

A mi regreso, Ann y yo coincidimos en París para intentar una reconciliación. Pero incluso durante aquellas vacaciones francesas seguimos peleándonos. Aunque hubo muchos momentos especiales y hermosos, creo que ambos acabamos por comprender que los largos años de cólera y resentimiento eran un obstáculo insalvable. Estaban además las muchas cosas que yo no podía contar. La única persona con quien podía compartir mis impresiones era Claudine y pensaba en ella constantemente. Ann y yo aterrizamos en el bostoniano aeropuerto de Logan y el taxi nos llevó a nuestros apartamentos separados de Back Bay.

9

Una oportunidad en la vida

La verdadera prueba de Indonesia me aguardaba en el cuartel general de MAIN. Acudí al edificio Prudential Center a primera hora de la mañana. Mientras esperaba el ascensor junto con docenas de empleados, me enteré de que Mac Hall, el enigmático y octogenario presidente y consejero delegado de MAIN, había nombrado a Einar presidente de la oficina de Portíand (Qregón). En consecuencia, yo pasaba a rendir cuentas oficialmente a Bruno Zambotti.

A Bruno le llamaban «el zorro plateado» por el color de sus cabellos y por su prodigiosa habilidad para eliminar a cualquier rival que se atreviese a desafiarle. De aspecto pulcro y atildado cual Cary Grant, tenía gran elocuencia y dos títulos superiores en ingeniería y administración de empresas. Entendía de cálculos econométricos y era vicepresidente de la división de generación eléctrica de MAIN, con lo que recaía bajo su responsabilidad la mayor parte de nuestros proyectos internacionales. Era también el candidato predestinado a ocupar la presidencia de la corporación cuando se jubilase su anciano mentor Jake Dauber. Como la mayoría de los empleados de MAIN, a Bruno Zambotti yo le tenía pánico y un respeto reverencial.

Poco antes de la hora del almuerzo me llamó a su despacho. Después de un cordial diálogo acerca de Indonesia me dijo una cosa que casi me hizo saltar del asiento.

—Voy a despedir a Howard Parker. No es necesario entrar en detalles, excepto que ese hombre ha perdido el sentido de la realidad. —Sonreía con desconcertante satisfacción, sin embargo, mientras repicaba con el índice en un montón de papeles que tenía sobre el escritorio —. El ocho por ciento anual, ¡figúrate! Ésa ha sido su previsión de carga. ¡Para un país con el potencial de Indonesia!

La sonrisa se desvaneció mientras me miraba a los ojos.

— Charlie Illingworth me ha dicho que tu proyección económica

cumple los objetivos y justificará un crecimiento de la carga entre el diecisiete y el veinte por ciento. ¿Es cierto eso?

Le aseguré que lo era.

El se puso en pie y me tendió la mano.

—Te felicito. Acabas de ganar un ascenso.

Lo oportuno tal vez habría sido salir y celebrarlo en un buen restaurante con los compañeros de MAIN... o siquiera fuese a solas. Pero yo sólo pensaba en Claudine. Me moría de ganas de contarle lo del ascenso así como todas mis aventuras en Indonesia. Ella me había advertido que nunca la llamase desde el extranjero, y yo me había abstenido de hacerlo. Con no poca contrariedad por mi parte, ahora descubría que su teléfono estaba desconectado y sin ningún mensaje de continuidad que indicase un nuevo número. Salí a buscarla.

Su apartamento estaba ocupado por una pareja joven. Aunque era mediodía, me pareció que los había sacado de la cama. Visiblemente molestos, dijeron no saber nada de Claudine. Fui a hablar con la agencia inmobiliaria haciéndome pasar por un primo de ella. Según los archivos, el apartamento nunca estuvo alquilado a nombre de ninguna Claudine. El inquilino anterior había sido un hombre que prefirió mantenerse en el anonimato. Regresé al Prudential Center. En el departamento de personal de MAIN tampoco constaba el nombre. Lo que sí reconocieron fue que tenían un fichero de «asesores especiales», pero yo no estaba autorizado a consultarlo.

Por la tarde me sentí agotado y emocionalmente exhausto. Para colmo, empezaba a acusar los efectos de un fuerte *jet lag*. En mi solitario apartamento me sentí desesperadamente abandonado. El ascenso no significaba ningún aliciente para mí. Peor aún, lo que significaba era que yo estaba dispuesto a venderme.

Me arrojé sobre la cama, abrumado por la desesperación. Claudine me había utilizado y luego se había deshecho de mí. Decidí silenciar mis emociones para no permitir que se apoderase de mí la angustia. Tumbado en la cama me quedé contemplando las paredes desnudas durante lo que me parecieron horas.

Al fin conseguí rehacerme. Poniéndome en pie, vacié de un trago una cerveza y rompí la botella contra la mesa. A continuación me asomé afuera. Me pareció verla que salía de una bocacalle lejana y caminaba hacia mí. Me precipité hacia la puerta, pero enseguida regresé otra vez a la ventana para asegurarme. La mujer estaba más cerca. Era atractiva y sus andares me recordaban los de Claudine, pero no era ella. El corazón me

dio un vuelco y mis sentimientos pasaron de la cólera y el despecho al miedo.

Por un instante pasó ante mis ojos la imagen de Claudine derrumbándose, cayendo bajo una lluvia de balas, asesinada. Sacudí la cabeza, me tomé un Valium y seguí bebiendo hasta quedar dormido.

A la mañana siguiente, una llamada del departamento de personal de MAIN me despertó de mi estupor. El jefe, Paul Mormino, me aseguró que comprendía mi necesidad de descansar, pero que no dejara de pasarme por el despacho aquella misma tarde.

—Son buenas noticias. Lo mejor para rehacerse de la travesía, — dijo.

Obedecí y me enteré de que Bruno había cumplido sobradamente su palabra. No me colocaban en el puesto de Howard, sino que me ascendían a economista jefe y me daban un aumento de sueldo. Eso me levantó un poco el ánimo.

Me tomé la tarde libre y fui a pasear a orillas del río Otarles con una botella de cerveza en la mano. Me senté a contemplar las regatas mientras combatía los efectos combinados del *jet lag* y de la resaca. Me convencí de que Claudine se había limitado a hacer su trabajo y luego había pasado al siguiente. Ella siempre hacía hincapié en la necesidad del secreto. Me llamaría ella. Mormino tenía razón. La fatiga de la travesía —y la ansiedad— se disiparon.

Durante las semanas siguientes procuré no pensar en Claudine. Me dediqué a escribir mi dictamen sobre la economía indonesia, así como a corregir los pronósticos de Howard. Hasta dejar en limpio el tipo de estudio que mis jefes querían ver: un crecimiento medio del 19 por ciento en la demanda eléctrica anual durante los primeros doce años, a contar desde la puesta en marcha del nuevo sistema, disminuyendo poco a poco hasta el 17 por ciento durante los ocho años siguientes, y manteniéndose finalmente en un crecimiento del 15 por ciento durante los últimos cinco años, de los veinticinco que contemplaba la previsión.

Presenté mis conclusiones en una reunión formal con las agencias financieras internacionales encargadas de los créditos. Sus equipos de expertos me interrogaron largamente y sin contemplaciones. Para entonces mis emociones se habían convertido en una especie de determinación obstinada, no muy diferente de la rebeldía que me inflamaba en mis tiempos de instituto. Sin embargo, el recuerdo de Claudine nunca me abandonaba. Cuando un economista joven e impertinente del Asian Development Bank deseoso de destacar delante de sus jefes me acribilló a preguntas durante toda una tarde, recordé el

consejo que muchos meses antes me había dado Claudine, sentados los dos en su apartamento de Beacon Street. «¿Quién es capaz de prever el futuro a veinticinco años vista? —había preguntado—. Tus conjeturas valen tanto como las de ellos. Sólo es cuestión de tener confianza en uno mismo.»

Así pues, me convencí a mí mismo de que era un experto. Recordé que tenía más experiencia de la vida en los países menos desarrollados que muchos de los presentes, algunos de los cuales me doblaban en edad, reunidos para juzgar mi trabajo. Yo había estado en la Amazonia y había visitado lugares de Java por donde ellos ni siquiera se atreverían a pasar. Había asistido a un par de cursillos acelerados, orientados a enseñar nociones de cálculo econométrico a los ejecutivos. Me consideraba miembro de la nueva generación de jóvenes prodigio fanáticos de la estadística y enamorados de la econometría, émulos de McNamara, el altanero presidente del Banco Mundial, ex presidente de Ford Motor Company y ex secretario de Defensa en tiempos de Kennedy. Ése fue un hombre que se labró su reputación con los números, con la teoría de las probabilidades, con los modelos matemáticos, y —sospechaba yo— con una elevadísima opinión de sí mismo.

Traté de imitar a McNamara y a Bruno, mi jefe, adoptando algunos giros de expresión del primero y los andares jactanciosos del segundo, con el maletín colgado balanceándose a mi paso. Ahora que lo recuerdo, me admiro de mi propia osadía. A decir verdad, mis conocimientos eran muy limitados. Lo que me faltaba en cuanto a formación y práctica lo suplí a base de audacia.

Y salió bien. A su debido tiempo, el grupo de expertos puso su sello de «visto bueno» a mis informes.

Durante los meses siguientes asistí a reuniones en Teherán, Caracas, Guatemala, Londres, Viena y Washington. Fui presentado a personajes famosos como el sha de Irán, los ex presidentes de varios países y el mismo Robert McNamara en persona. Al igual que mi instituto, era un mundo exclusivamente masculino. Me sorprendió comprobar cómo afectaban a las actitudes de otras personas para conmigo tanto mi, nuevo título como el rumor de mis triunfos recientes ante las instituciones financieras internacionales.

Al principio, todas estas atenciones se me subieron a la cabeza. Empecé a creerme un mago Merlín cuya varita mágica agitada sobre un país haría brotar la luz eléctrica y desplegarse las industrias como otras tantas flores. Más tarde me desengañé, y desconfiaba de mis propios

motivos tanto como de los de todas las personas que me rodeaban. Me parecía que ni las licenciaturas ni otros títulos más sonoros calificaban a nadie para comprender la condición lamentable de un leproso que vive al lado de una cloaca en Yakarta; y dudaba de que la habilidad para manipular estadísticas implicase ninguna capacidad para ver el futuro. Cuanto más conocía a las personas responsables de las decisiones que determinaban la marcha del mundo, más crecía mi escepticismo en cuanto a su capacidad y sus intenciones. Y cuando los veía cerca de mí, sentados a las mesas de reunión, me costaba un gran esfuerzo disimular mi cólera.

Con el tiempo, no obstante, también esta manera de ver las cosas cambió. Pude comprender que la mayoría de aquellos hombres se hallaban convencidos de estar haciendo lo bueno y lo justo. Lo mismo que Charlie, creían que el comunismo y el terrorismo eran fuerzas del Mal, no las previsibles reacciones frente a decisiones tomadas por ellos mismos o por sus antecesores. Y se consideraban en el deber de conseguir la conversión de todo el planeta al capitalismo, por obligación ante sus países, ante sus hijos y nietos y ante Dios. Además creían en el principio de la supervivencia de los más aptos: ya que ellos habían tenido la buena suerte de nacer en el seno de una clase privilegiada, y no en una barraca de cartones, debían transmitir esa herencia a sus descendientes.

Yo dudaba de considerar a tales personas verdaderos conspiradores o simplemente miembros de una cofradía que maquinaba el propósito de dominar el mundo. Más tarde me dio por compararlos con los amos de las plantaciones sureñas de antes de la guerra civil. Serían, por consiguiente, unos hombres unidos por unas creencias comunes y unos intereses compartidos, sin necesidad de presuponer ningún grupo exclusivo que se reuniese en recónditas madrigueras para tramar sus siniestros planes. Esos latifundistas autócratas habían crecido rodeados de sirvientas y de esclavos, y se les había educado en la creencia de que tenían derecho a ello por nacimiento. E incluso se creían obligados a hacerse responsables de los «paganos» y convertirlos a la religión y al modo de vida de los amos. Aunque aborreciesen la esclavitud desde el punto de vista filosófico, siguiendo a Thomas Jefferson podían justificarla como necesidad, cuyo desmoronamiento habría desencadenado el caos económico y social. Los dirigentes de las oligarquías modernas, o lo que yo empezaba a llamar la corporatocracia, parecían encajar en ese molde.

Al mismo tiempo empezaba a plantearme quién se beneficia con la guerra y la producción en masa de armamento, la construcción de

grandes presas y la destrucción del medio ambiente y de las culturas indígenas. ¿A quién beneficia la muerte de cientos de miles de seres humanos por inanición, por beber aguas contaminadas, por enfermedades curables en otras latitudes?, me preguntaba. Poco a poco fui comprendiendo que, a la larga, eso no beneficia a nadie pero, a corto plazo, sí parecía beneficiar a los que ocupaban la cúspide de la pirámide, como mis jefes y yo. Al menos materialmente.

Pero esto planteaba otras muchas preguntas. ¿Por qué persiste tal situación? ¿Por qué ha sido tolerada tanto tiempo? ¿Reside la respuesta simplemente en el viejo principio de «la razón de la fuerza»? ¿Los que tienen el poder perpetúan el sistema?

Aducir que la situación se apoyaba en el mero uso de la fuerza no me parecía suficiente. Aunque la proposición de que los fuertes se alzan con la razón explica muchas cosas, yo intuía la presencia de otro factor más decisivo. Recordé a un profesor de teoría económica de mis tiempos en la EADE, hombre oriundo del norte de la India que solía tratar los temas de la limitación de recursos, la necesidad humana del progreso y los orígenes del esclavismo como sistema. Según aquel profesor, todos los sistemas capitalistas que han tenido éxito se han basado en jerarquías con una cadena de mando rígida, en donde un grupo reducido controlaba desde la cumbre los estratos sucesivos de subordinados, hasta llegar a la gran masa de los trabajadores, mano de obra cautiva en el sentido económico del término. Finalmente, llegué a la conclusión de que apoyamos este sistema porque la corporatocracia nos ha convencido de que Dios nos otorga el derecho a situar a algunos de los nuestros en la cima de esa pirámide capitalista y a exportar nuestro sistema al resto del mundo.

No hemos sido los primeros, por supuesto. La lista de los antecedentes se retrotrae a los antiguos imperios del norte de África, de Oriente Próximo y de Asia; y continúa con los persas, los griegos, los romanos, los cruzados cristianos y todos los europeos constructores de imperios de la época poscolombina. Ese afán imperialista fue y continúa siendo la causa de buena parte de las guerras, la contaminación, las hambrunas, la desaparición de especies y los genocidios. Y, desde siempre, ha cobrado un severo tributo a la conciencia y al bienestar de los ciudadanos, ha contribuido al malestar social y ha dado lugar a una situación en la que las culturas más prósperas de la historia de la humanidad se hallan afectadas por los índices más elevados de suicidios, toxicomanías y delitos violentos.

Sobre estas cuestiones reflexionaba asiduamente, pero procurando

evitar la consideración de mi propio papel en todo ello. Trataba de verme a mí mismo no como un gángster económico sino como un economista jefe. ¡Sonaba tan legítimo!, y si necesitaba alguna confirmación no tenía más que mirar las liquidaciones de mi sueldo: todas provenían de MAIN, una corporación privada. A mí no me daban un céntimo ni la NSA ni ningún otro organismo público. Y de este modo me tranquilizaba. Casi.

Una tarde, Bruno me llamó a su despacho. Me invitó a sentarme, se colocó al lado de mi sillón y me dio una palmada en el hombro.

—Ha hecho usted un trabajo excelente —ronroneó — . Para demostrarle que lo apreciamos, vamos a darle la gran oportunidad de su vida. Lo que muchos hombres que le doblan a usted en edad no han conseguido nunca.

10

Presidente y héroe de Panamá

Aterricé en el aeropuerto internacional Tocumen de Panamá una noche de abril de 1972, en pleno aguacero tropical. Compartí el taxi con varios ejecutivos más, según era costumbre en aquellos tiempos, y como hablaba español me senté delante, al lado del conductor. Me quedé absorto mirando al frente. A través de la cortina de lluvia, los faros del vehículo iluminaron una valla con el retrato de un hombre de agradables facciones, cejas pobladas y ojos brillantes. Llevaba un sombrero de ala ancha y levantada gallardamente a un lado. Lo conocía. Era Ornar Torrijos, el héroe del Panamá moderno.

Había preparado este viaje a mi manera acostumbrada, visitando la sala de lectura de la biblioteca pública de Boston. No ignoraba que una de las razones de la popularidad de Torrijos entre los suyos era su firme defensa tanto de la autodeterminación de Panamá como de la reivindicación de la soberanía sobre el Canal. Estaba decidido a evitar que su país, bajo su liderazgo, incurriera de nuevo en los ignominiosos errores de su historia pasada.

Panamá formaba parte de Colombia cuando el ingeniero francés Ferdinand de Lesseps, que había dirigido la construcción del canal de Suez, decidió abrir a través del istmo centroamericano una vía para enlazar los océanos Atlántico y Pacífico. Iniciadas las obras en 1881, el descomunal esfuerzo del francés sufrió una larga serie de catástrofes. Hasta que, en 1889, el proyecto acabó en la quiebra financiera. Pero le inspiró un sueño a Theodore Roosevelt. A comienzos del siglo XX, Estados Unidos exigió que Colombia firmase un tratado que ponía el istmo en manos de un consorcio norteamericano. Los colombianos se negaron.

En 1903, el presidente Roosevelt envió a la zona el acorazado *Nashville.* Los soldados estadounidenses desembarcaron, se apoderaron de un popular comandante de la milicia, al que dieron muerte y declararon la independencia de Panamá. Quedó instaurado un gobierno títere y firmado el primer Tratado del Canal. Establecía una zona estadounidense a ambos lados del trazado, legalizaba la intervención militar

estadounidense y cedía prácticamente a Washington el control sobre la recién constituida nación «independiente».

Lo más curioso es que el tratado lo firmaron Hay, secretario de Estado, y un ingeniero francés, Philippe Bunau-Varilla, que había sido miembro del equipo inicial, sin intervención de ningún panameño. En esencia, Panamá se independizó de Colombia en beneficio de Estados Unidos, en un acuerdo rubricado por un estadounidense y un francés. Un comienzo profético, si lo miramos retrospectivamente.[1]

Durante más de un siglo, Panamá estuvo regido por una oligarquía de familias ricas fuertemente vinculadas a Washington. Eran dictadores de extrema derecha que tomaban todas las disposiciones necesarias para garantizar que su país fomentase los intereses de Estados Unidos. Similares en esto a la mayoría de los dictadores latinoamericanos aliados de Washington, los dirigentes de Panamá entendieron que los intereses de Estados Unidos incluían la represión de cualquier movimiento populista que oliese a socialismo. También prestaron apoyo a la CÍA y la NSA para sus actividades anticomunistas en todo el hemisferio y ayudaron a las grandes compañías estadounidenses como la Standard Oil de Rockefeller y la United Fruit Company (más tarde adquirida por George H. W. Bush). Evidentemente, esos gobiernos no creían que favoreciese a los intereses de Estados Unidos ninguna mejora del nivel de vida de sus ciudadanos, que vivían en una miseria espantosa o trabajaban prácticamente como - esclavos en las grandes empresas y plantaciones.

Las familias dirigentes panameñas recibieron una buena recompensa por su colaboración. Para defenderlas, Estados Unidos intervino militarmente una docena de veces entre la declaración de independencia del país y 1968. Pero en esta fecha, y mientras yo estaba todavía en Ecuador como voluntario del Peace Corps, el rumbo de la historia panameña cambió de pronto. Un golpe de Estado derribó a Arnulfo Arias, el último de aquel linaje de dictadores, y Ornar Torrijos, aunque no había participado activamente en el golpe,[2] llegó a la jefatura del Estado.

Torrijos estaba muy bien considerado entre las clases medias e inferiores de Panamá. Era oriundo de Santiago de Veraguas, donde sus padres fueron maestros de escuela. Hizo una rápida carrera en las filas de la Guardia Nacional, la principal institución militar del país, que durante la década de 1960 contó con un apoyo cada vez más decidido entre las clases pobres. Torrijos tenía fama de escuchar a los desposeídos. Visitaba las calles de las barriadas de chabolas, celebraba mítines en suburbios donde ningún político se atrevía a entrar, trataba de dar trabajo a los desempleados y con frecuencia socorrió con sus propios y limitados

recursos a familias golpeadas por la enfermedad o las catástrofes.[3]

Su amor a la vida y su compasión con la gente traspasaron las fronteras de Panamá. Por iniciativa de Torrijos, el país se convirtió en refugio de perseguidos y concedió asilo a los exiliados de los dos bandos del espectro político, desde izquierdistas de la oposición chilena contra Pinochet hasta prófugos de la guerrilla anticastrista. Muchos lo consideraban un agente de la paz y esa percepción le valió los elogios de todo el hemisferio. También adquirió prestigio como dirigente capaz de salvar las diferencias que destrozaban a tantos otros países latinoamericanos, como Honduras, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Cuba, Colombia, Perú, Argentina, Chile y Paraguay. Su pequeño país de dos millones de habitantes pasaba por ser un modelo de reforma social y una inspiración para líderes tan diversos como los dirigentes obreros que tramaban el desmembramiento de la Unión Soviética y los militantes islámicos como el libio Moammar al-Gaddafi.[4]

Aquella primera noche en Panamá, detenidos frente al semáforo y mirando más allá de las ruidosas escobillas del limpiaparabrisas, me impresionó el hombre que sonreía desde el cartel: apuesto, carismático y valeroso. Por las horas pasadas en la biblioteca yo sabía que había hecho honor a sus convicciones. Por primera vez en su historia, Panamá no era un Estado títere de Washington ni de nadie. Torrijos nunca cedió a las tentaciones ofrecidas por Moscú o Pekín. Creía en la reforma social y en ayudar a los nacidos en la pobreza, pero no era partidario del comunismo. A diferencia de Castro, estaba decidido a independizarse de la tutela estadounidense sin entrar en alianzas con los enemigos de Estados Unidos.

En algún periódico de la hemeroteca me había tropezado con un artículo que elogiaba a Torrijos como el hombre que cambiaría la historia de las Américas invirtiendo la tradicional tendencia a la hegemonía estadounidense. En cuanto a ésta, el autor situaba sus orígenes en la doctrina del «Destino Manifiesto». Es decir, la creencia —muy difundida hacia 1840 entre los estadounidenses — de que la conquista de las tierras norteamericanas obedecía a un designio divino. Era Dios, por tanto, y no el hombre, quien había dispuesto el exterminio de los indios, de los bosques y de los bisontes, la desecación de los pantanos, la canalización de los ríos y la imposición de un sistema económico que requería la explotación incesante del trabajo y de los recursos naturales.

Este artículo me llevó a una serie de reflexiones sobre las actitudes de mi país frente al mundo. La doctrina Monroe de 1823, así llamada por su atribución al presidente James Monroe, se aplicó a la generalización del

Destino Manifiesto en las décadas de 1850 y 1860, al afirmar que Estados Unidos disfrutaba de una jurisdicción especial sobre todo el hemisferio, que incluía el derecho a invadir cualquier país de Centroamérica o Suramérica que no se plegase a la política estadounidense. Teddy Roosevelt invocó la doctrina Monroe para justificar la intervención estadounidense en la República Dominicana, y luego en Venezuela y durante la «liberación» de Panamá con respecto a Colombia. Y toda una serie de sucesores, en especial Taft, Wilson y Franklin Roosevelt, utilizaron el mismo argumento en apoyo de la expansión de las actividades panamericanas de Washington hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Durante la segunda mitad del siglo XX se acudió a la amenaza comunista para justificar una nueva generalización del concepto e incluir a países como Vietnam e Indonesia.

Pero ahora, por lo que parecía, un hombre estorbaba las intenciones de Washington. Yo sabía que no era el primero, al haberle precedido otros dirigentes como Castro y Allende, pero sólo Torrijos lo intentaba sin acogerse a la ideología comunista y sin decir que su movimiento fuese una revolución. Lo único que estaba diciendo era que Panamá tenía sus derechos, en particular la soberanía sobre sus gentes, sobre sus tierras y sobre la obra hidráulica que dividía a éstas en dos. Y estos derechos eran tan válidos y de origen tan sagrado como los que pudiese pretender Estados Unidos.

Torrijos protestaba también contra la presencia de la Escuela de las Américas y del centro de instrucción para la guerra tropical del Comando Sur, ambos instalados en la zona del Canal. Durante años, y por invitación de los militares estadounidenses, los dictadores y los presidentes de Latinoamérica enviaron a sus hijos así como a la oficialidad de sus ejércitos para que se formasen en dichos centros, los más grandes y los mejor equipados fuera del territorio de Estados Unidos. Allí no sólo aprendieron tácticas militares, sino también técnicas de interrogatorio y de lucha clandestina que les servirían para combatir el comunismo y proteger sus propias fortunas así como las de las compañías petroleras y otras corporaciones privadas. La asistencia proporcionaba además la oportunidad de relacionarse con los altos mandos estadounidenses.

Eran unas instituciones odiadas por los latinoamericanos, excepto por la minoría adinerada que se beneficiaba de ellas. Se sabía que allí recibían entrenamiento los escuadrones de la muerte ultraderechistas y los torturadores que habían implantado regímenes totalitarios en tantos países. Torrijos dejó bien sentado que no deseaba tener tales centros de entrenamiento en Panamá... y que consideraba incluida en sus fronteras la

zona del Canal.

Al observar al apuesto general del cartel y leer el texto impreso bajo su cara — «El ideal de Ornar es la libertad, y no se ha inventado el misil capaz de matar un ideal»—, sentí un escalofrío.

Tuve el presentimiento de que la historia de Panamá durante el siglo XX no iba a terminar tan pronto y de que le esperaban a Torrijos tiempos difíciles y tal vez trágicos.

Mientras la tormenta tropical azotaba el parabrisas, el semáforo se puso en verde y nuestro conductor urgió con el claxon al coche que teníamos delante. Me puse a reflexionar sobre mi propia situación. Se me enviaba a Panamá para cerrar el acuerdo de lo que representaría el primer plan maestro de desarrollo verdaderamente integrado que hubiese realizado MAIN. El plan sentaría las bases para que el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y USAID invirtiesen miles de millones de dólares en los sectores energético, del transporte y agrícola de ese pequeño pero crucial país. Y todo esto, naturalmente, era un subterfugio para endeudar a Panamá por los siglos de los siglos y restablecer su condición de títere.

Mientras el taxi avanzaba a través de la oscuridad sentí un fuerte remordimiento, pero me apresuré a reprimirlo. ¿Qué me importaba? Yo me había empleado a fondo en Java, había vendido mi alma, y ahora se presentaba la gran oportunidad de mi vida. Podía hacerme rico, famoso e influyente de una sola tacada.

11

Piratas en la zona del Canal

Al día siguiente, las autoridades panameñas me enviaron un guía. Se llamaba Fidel y simpaticé al instante con él. Era alto, delgado y se veía que estaba orgulloso de su país. Su tatarabuelo había combatido al lado, de Bolívar por la independencia frente a España. Yo le conté que era descendiente de Tom Paine y me complació enterarme de que Fidel había leído *Sentido común* en español. Hablaba inglés, pero cuando descubrió que yo hablaba su idioma con facilidad se mostró muy emocionado.

—Muchos compatriotas suyos pasan años aquí y nunca se han molestado en aprenderlo —comentó.

Fidel me llevó de paseo a un barrio de la ciudad que reflejaba una prosperidad impresionante. Dijo que se llamaba New Panamá. Mientras contemplábamos los modernos rascacielos de vidrio y acero, me explicó que Panamá tenía más bancos internacionales que ningún otro país al sur del Río Grande.

—A menudo nos llaman la Suiza de las Américas —dijo—. Hacemos muy pocas preguntas a nuestros clientes.

Más tarde, al atardecer y mientras el sol iba cayendo hacia el Pacífico, salimos a una avenida que seguía la curva de la bahía. Se veía una larga fila de barcos anclados. Le pregunté a Fidel si estaban teniendo alguna dificultad con el canal.

—Siempre están así —rió él—. Hacen cola esperando su turno. La mitad de ellos van a Japón o regresan de allí. Más que a Estados Unidos.

Le confesé que eso era una novedad para mí.

—No me sorprende.—contestó—. Los norteamericanos no prestan mucha atención al resto del mundo.

Detuvo el coche junto a un hermoso parque donde se veían unas ruinas antiguas recubiertas de buganvillas. Según la placa, pertenecían a un fuerte que se construyó para defender la ciudad contra las incursiones de los piratas ingleses. Una familia se disponía a acomodarse para cenar al aire libre: la madre, el padre, el niño y la niña, y un hombre anciano que

sería el abuelo de los pequeños. De súbito envidié la tranquilidad que expresaban aquellas cinco personas. Cuando pasamos, la pareja sonrió, saludó con la mano y nos dio los buenos días en inglés. Les pregunté si eran turistas y ellos soltaron una carcajada. El marido se acercó.

—Soy de la tercera generación de habitantes de la Zona —anunció con orgullo — . Mi abuelo llegó aquí tres años después de su inauguración. Conducía las muías que entonces servían para remolcar los barcos por las esclusas.

Apuntó con un ademán al viejo, que andaba ocupado con los niños y poniendo la mesa desplegable.

—Papá era ingeniero y yo he seguido sus pasos.

La mujer fue a ayudar al suegro y a los niños. A espaldas de ellos, el sol rozaba ya las aguas azules. Era una escena de idílica belleza, como un cuadro de Monet. Le pregunté al hombre si eran ciudadanos estadounidenses.

El me miró con aire de incredulidad.

— ¡Claro! La Zona del Canal es territorio estadounidense.

El chico se acercó a decirle que la cena estaba servida.

—¿El será la cuarta generación?

Mi interlocutor juntó las manos como en oración y las levantó hacia el cielo.

—Todos los días le rezo al Señor para que le conceda esa oportunidad. Es maravilloso vivir en la Zona. —Luego bajó la voz, mirando fijamente a Fidel —. Confío en que logremos mantenernos aquí otros cincuenta años. Ese déspota de Torrijos está metiendo mucho jaleo. Es un individuo peligroso.

Obedeciendo a un impulso repentino, le contesté en español:

—*Adiós*. Que lo pasen bien usted y su familia, y que aprendan jnucho de la cultura panameña.

El hombre frunció el ceño.

—No hablo el idioma de esa gente —dijo, tras lo cual me volvió la espalda y fue a reunirse con su familia y su cena.

Fidel se acercó y rodeándome los hombros con el brazo, dijo:

—Gracias.

Al regreso, Fidel se metió en una barriada que describió como «barrio bajo».

—No es el peor que tenemos, pero servirá para que se haga una idea.

Barracones de madera y charcos de aguas estancadas flanqueaban las calles. Aquellas frágiles viviendas parecían barcas varadas en un cenagal. El olor a aguas corrompidas y a podredumbre invadió el habitáculo del

coche, al que seguía una patulea de crios barrigones. Cuando nos detuvimos se congregaron a mi lado llamándome *tío* y mendigando unas monedas. Me acordé de Yakarta.

Había pintadas en muchas paredes. Algunas eran los habituales corazones flechados y con las iniciales de las parejas, pero la mayoría eran proclamas que manifestaban odio contra Estados Unidos: «Gringos fuera», «No sigan jodiendo en nuestro Canal», «Tío Sam negrero», «Nixon: Panamá no es Vietnam». Pero uno que me heló la sangre decía: «Morir por la libertad es el camino de Cristo».

—Ahora veremos el otro lado —dijo Fidel—. Yo tengo pase oficial y usted es ciudadano americano, así que podemos entrar.

Entramos en la zona del Canal bajo un cielo de color magenta. Aunque iba advertido, no fue suficiente. La opulencia del lugar era increíble: grandes edificios blancos, céspedes primorosamente segados, casas espléndidas, campos de golf, comercios, salas de cine.

—Los datos a la vista —anunció — . Aquí todo es propiedad estadounidense. Todos los comercios, los supermercados, las barberías, los salones de belleza, los restaurantes, todos están exemptos de las leyes y los impuestos de Panamá. Hay siete campos de golf de dieciocho hoyos, estafetas de correos estadounidenses donde hagan falta, juzgados y escuelas estadounidenses. Es un país dentro de otro país.

— ¡Menuda afrenta!

Fidel me miró fijamente, como para calibrar mi sinceridad.

—Sí —admitió—. Es una palabra bastante adecuada. Ahí fuera —dijo apuntando con un ademán hacia la ciudad—, la renta per capita no alcanza los mil dólares al año y el índice de paro es del treinta por ciento. Por supuesto, en la barriada que acabamos de visitar nadie llega a esos mil dólares, y casi nadie tiene trabajo.

—¿Y qué se hace al respecto?

Se volvió hacia mí con una mirada entre furiosa y triste.

— ¿Qué podemos hacer? —meneó la cabeza—. No lo sé, pero puedo decir una cosa: Torrijos lo intenta. Creo que va a ser fatal para él, pero está haciendo todo lo que puede. Es un hombre capaz de dar la vida luchando por su pueblo.

Mientras salíamos de la zona del Canal, Fidel me dijo sonriendo:

— ¿Le gusta bailar? — y sin esperar mi contestación, agregó—: Vamos a cenar, y luego le enseñaré otra cara de Panamá.

12

Soldados y prostitutas

Después de un jugoso bistec y una cerveza fresca, salimos del restaurante y" enfilamos por una calle que estaba a oscuras. Fidel me advirtió que nunca me aventurase a pie por aquellos lugares.

—Si vuelve por aquí, haga que el taxi vaya a recogerle a la puerta del restaurante.

Apuntó con el dedo y agregó:

—Ahí, al otro lado de la verja, está la zona del Canal.

Siguió conduciendo hasta que vimos un solar lleno de coches. Cuando vio una plaza libre hizo la maniobra. Un viejo se acercaba cojeando. Fidel se apeó y le palmeó la espalda. Luego pasó la mano por el parachoques de su coche.

— Cuídala bien que es mi novia —dijo al tiempo que daba propina al vigilante.

A la salida del terreno caminamos unos pasos y de súbito nos hallamos en una calle inundada de luces de neón. Dos chicos pasaron corriendo, apuntándose con palos y haciendo el ruido de unos fingidos disparos. Uno de ellos se dio de bruces con Fidel. La cabeza del muchacho apenas le llegaba a la cadera. El chico se hizo atrás.

—Perdón, señor —jadeó en español.

Fidel apoyó ambas manos sobre los hombros del crío.

—No ha sido nada, hombre —dijo—. Pero dime, ¿a quién estabais disparando?

El otro muchacho se acercó y rodeó los hombros del primero con el brazo, en un gesto protector.

—Es mi hermano — explicó—. Lo siento.

No me ha hecho daño. Estaba preguntándole que a quién disparabais. Me parece que yo también he jugado a eso.

Los dos hermanos se miraron y el mayor sonrió.

— El es el general gringo de la zona del Canal. Quería forzar a nuestra madre y yo lo estoy mandando de vuelta a donde debe estar.

—¿Y dónde debe estar? —preguntó Fidel mirándome de reojo.

— En su país, en Estados Unidos.

—¿Vuestra madre trabaja aquí?

—Ahí enfrente. —Ambos señalaron con orgullo uno de los neones de la calle—. Es camarera.

—Andando pues —concluyó Fidel dándole una moneda a cada uno—. Pero con cuidado. No os alejéis de las luces. i

—No, señor. Gracias, señor — salieron corriendo.

Mientras echábamos a andar de nuevo, Fidel me explicó que las mujeres panameñas tenían prohibido por ley el ejercicio de la prostitución. «Pueden ser camareras y bailarinas, pero no comerciar con su cuerpo. Eso se lo dejamos a las importadas.»

Entramos en el establecimiento y fuimos abofeteados por una canción popular norteamericana puesta a todo volumen. Cuando mis ojos y oídos se hubieron acomodado a aquel ambiente, vi una pareja de hercúleos soldados estadounidenses junto a la puerta. Policía militar, según los brazaletes que ostentaban.

Fidel me condujo hacia el bar y entonces vi el escenario. Sobre una tarima bailaban tres jóvenes completamente desnudas, excepto porque llevaba un gorrito de marinero, boina verde la otra y la tercera un sombrero vaquero. Tenían unos cuerpos espectaculares y reían. La coreografía representaba una especie de juego entre ellas, o tal vez una competición. Por la música, el baile y el escenario se creería que estábamos en una discoteca de Boston, salvo el detalle de que iban desnudas.

Nos abrimos paso entre un grupo de muchachos que hablaban en inglés. Aunque todos vestían camiseta y pantalón tejano, el corte de pelo militar los delataba. Eran soldados de la base de la Zona.

Fidel tocó en el hombro a una camarera. Ella se volvió y se le escapó un chillido de júbilo. Enseguida le echó los brazos al cuello. El grupo contemplaba atentamente la escena. Los chicos cambiaron miradas de desaprobación. Me pregunté si considerarían que el Destino Manifiesto incluía' a aquella panameña. Ella nos condujo a un rincón y como por arte de magia lo amuebló con una mesita y dos sillas.

Una vez sentados, Fidel cambió saludos en español con nuestros dos vecinos de mesa. Éstos, a diferencia de los militares, llevaban camisas estampadas de manga corta y pantalones de faena mugrientos. La camarera regresó con dos botellines de cerveza Balboa y, cuando giró sobre sus talones, Fidel le dio una palmada en la nalga. Ella se volvió sonriendo y le lanzó un beso. Miré a mi alrededor y quedé muy aliviado al comprobar que los jóvenes del bar ya no nos prestaban atención y estaban otra vez pendientes de las bailarinas.

La mayoría de los parroquianos eran soldados anglófonos, pero también los había panameños. Visiblemente, porque sus cabellos no habrían pasado la revista ni usaban camiseta ni pantalón vaquero. Algunos de ellos estaban sentados a las mesas y otros recostados contra las paredes. Todos parecían hallarse muy alerta, como perros pastores que guardan su rebaño de ovejas.

Las mujeres revoloteaban entre las mesas. Se movían constantemente, se sentaban sobre las rodillas de los hombres, llamaban a gritos a las camareras, bailaban, cantaban, salían por turnos al estrado. Vestían faldas ceñidas, camisetas, vaqueros, vestidos ceñidos. Los zapatos, con tacón de aguja. Una de ellas lucía un vestido de época victoriana, con velo y todo, y otra sólo llevaba un bikini. Evidentemente, sólo las mejor parecidas podían sobrevivir allí. Me asombré de que hubiese tantas inmigrantes y pensé que sería mucha la desesperación que las empujaba.

—¿Todas son de otros países? —le grité a Fidel para dominar el estrépito de la música.

Él asintió.

—Excepto... —Señaló con un ademán a las camareras—. Ellas son panameñas.

—¿De qué países?

—De Honduras, El Salvador, Nicaragua y Guatemala.

—Vecinos.

—No del todo. Costa Rica y Colombia son nuestros vecinos más próximos.

La camarera que nos había puesto la mesa se acercó a sentarse en las rodillas de Fidel. El le pasó la mano por la espalda.

— Clarisa —dijo—. Dile a mi amigo norteamericano por qué se marchan de sus países —agregó señalando el escenario. Tres nuevas bailarinas recogían los sombreros de las tres primeras, que saltaron abajo y empezaron a vestirse. Empezó a sonar una música salsera y las recién llegadas comenzaron a bailar y a desprenderse de sus prendas.

Clarisa me brindó su mano derecha.

—Encantada. —Y dicho esto, se puso en pie y recogió los botellines—. En cuanto a lo que ha dicho Fidel, esas chicas vienen aquí huyendo de los abusos. Voy a traer otras dos Balboas.

Cuando ella se alejó, me volví hacia Fidel y dije:

— ¡Anda! Vienen aquí por los dólares de Estados Unidos.

—Cierto, pero ¿por qué hay tantas de los países donde mandan dictadores fascistas?

Volví la mirada hacia el escenario. Las tres reían y se arrojaban la gorra

de marinero como si fuese una pelota. Me encaré de nuevo con Fidel.

—¿Seguro que no me tomas el pelo?

—No —replicó él muy serio — . Ya me gustaría que fuese así. Muchas de estas chicas han perdido a sus familias, padres, hermanos, maridos, novios. Saben lo que es la tortura y la muerte. Bailar y prostituirse no les parece tan malo. Aquí se gana mucho dinero, y luego emprenden otra vida, ponen una tiendecita, abren una cafetería...

Una agitación cerca del bar le interrumpió. Vi que una camarera amenazaba con el puño a uno de los soldados. Este le atrapó la muñeca al vuelo y empezó a retorcérsela. Ella gritó y cayó de rodillas. El rió y gritó a sus compañeros unas palabras que no pude entender. Todos reían. Ella intentó golpearle con la mano libre. El soldado le retorció la otra con más fuerza y el rostro de la mujer se contrajo de dolor.

Los PM seguían apostados junto a la puerta, contemplando la escena con tranquilidad. Fidel se puso en pie de un salto y empezó a caminar hacia el bar. Uno de nuestros vecinos de mesa alzó una mano para disuadirle.

—Tranquilo, hermano — dijo—. Enrique se hará cargo.

Un panameño alto y delgado salió de la trastienda, al lado del estrado. Con movimientos felinos, se abalanzó sobre el soldado sin pensárselo dos veces. Con una mano lo agarró por la garganta y con la otra le echó a la cara el agua de un vaso. La camarera escapó. Varios de los panameños que antes haraganeaban apoyados de espaldas contra las paredes formaron un semicírculo protector alrededor de quien obviamente era el encargado de echar a los alborotadores. Este levantó en vilo al soldado acorralándolo contra la barra, y le dijo algo que no pude oír. Luego alzó la voz y habló en inglés, con voz fuerte para que le entendieran todos pese a la música:

— ¡Eh, tíos! Aquí las camareras no se tocan, y las otras, sólo después de haber pagado.

Entonces entraron en acción los dos policías militares, que se acercaron al grupo de panameños y anunciaron:

— Nos lo llevamos, Enrique.

El aludido dejó que los pies del soldado tocaran el suelo y lo soltó, no sin darle un último apretón al cuello que le obligó a echar la cabeza atrás con una exclamación de dolor.

—¿Has entendido lo que dije? Se oyó un gruñido sofocado.

—Bien. — Empujó al soldado hacia los dos policías—. Sacadlo de aquí.

13

Conversaciones con el General

La invitación me llegó de manera totalmente inesperada. Una mañana, durante aquella visita mía de 1972, estaba sentado en el despacho que me habían asignado en el Instituto de Recursos Hidráulicos y Electrificación panameño, compañía de titularidad pública. Estudiaba una hoja con estadísticas cuando un hombre llamó golpeando discretamente en el marco de la puerta, que tenía abierta. Lo invité a pasar, felicitándome por la oportunidad de eludir durante un rato la lectura de cifras. El se presentó como el chófer del general y anunció que tenía orden de llevarme a una de las residencias de su jefe.

Una hora más tarde me hallaba sentado ante una mesita de centro. Frente a mí, el general Ornar Torrijos. Vestía de modo informal, en típico estilo panameño: pantalón militar caqui y camisa de manga corta azul claro con un fino dibujo verde. Era alto, atlético y bien parecido. Su conversación era de una campechanía insólita en un hombre con tan altas responsabilidades. Un rizo de cabello oscuro le caía sobre la abultada frente.

Me preguntó acerca de mis recientes viajes por Indonesia, Guatemala e Irán. Los tres países le fascinaban. Pero su curiosidad se centraba sobre todo en el soberano iraní, el sha Mohammad Reza Pahlevi, entronizado en 1941 cuando los británicos y los soviéticos derribaron a su padre acusándole de colaborar con Hitler.[1]

—¿Qué le parece? —me preguntó Torrijos—. ¡Participar en un plan para destronar a su propio padre!

El jefe de Estado panameño estaba bien informado en cuanto a la historia de aquel lejano país. Comentamos cómo se volvieron las tomas en contra del sha en 1951, cuando su propio primer ministro, Mohammad Mosaddeq, le obligó a exiliarse. Torrijos, como casi todo el mundo, sabía que fue la CÍA quien le colgó al primer ministro la etiqueta de comunista para intervenir luego y restablecer al sha en el trono. En cambio, no sabía, o al menos no mencionó la parte que me había contado Claudine, con las

brillantes maniobras de Kermit Roosevelt que inauguraron una nueva era de imperialismo. Es decir, la yesca que encendió la conflagración imperial mundial.

— Cuando lo reinstauraron —continuó Torrijos—, el sha lanzó una revolucionaria serie de programas destinados a desarrollar el sector industrial y colocar a Irán en la era moderna.

Le pregunté cómo sabía tanto acerca de Irán.

—He procurado enterarme — dijo él —. No tengo una gran opinión del sha en lo político... me refiero a lo de derribar a su propio padre y aceptar el papel de títere de la CÍA... pero parece que está haciendo cosas positivas para su país. A lo mejor podré aprender algo de él, si sobrevive.

—¿Lo pone en duda?

—Tiene poderosos enemigos.

—Y una guardia personal que figura entre las mejores del mundo.

Torrijos me dirigió una mirada sardónica.

—Su policía secreta, la SAVAK, tiene fama de ser un hatajo de sádicos sin conciencia. No es la mejor manera de hacer amigos. No durará mucho.

Hizo una pausa y alzó los ojos al cielo antes de continuar:

—¿Guardias de corps? Yo también los tengo —y con un ademán hacia la puerta, agregó—: ¿Cree que me salvarían la vida si el país de usted decidiese librarse de mí?

Le pregunté si lo consideraba una posibilidad real. El alzó las cejas, lo que me hizo notar la necedad de mi pregunta.

—Tenemos el Canal. Eso es incluso más importante que Arbenz y la United Fruit Company.

Como había leído sobre Guatemala, entendí la alusión. Políticamente, la United Fruit Company venía a ser para aquel país lo mismo que el Canal para Panamá. Fundada a finales del siglo XIX, la United Fruit no tardó en convertirse en una de las influencias más poderosas de América Central. A comienzos de la década de 1950 fue elegido presidente de Guatemala un candidato reformador, Jacobo Arbenz. Estos comicios fueron elogiados en todo el hemisferio como modelo de votación democrática. En la época, una minoría del 3 por ciento de los guatemaltecos era propietaria del 70 por ciento de las tierras del país. Arbenz prometió rescatar de la inanición a los pobres y, después de salir elegido, puso en marcha un amplio programa de reforma agraria.

— Las clases bajas y medias de toda Latinoamérica aplaudieron a Arbenz —continuó Torrijos — . Para mí personalmente, fue uno de mis héroes. Pero también nos daba mucho miedo. Sabíamos que los de la United Fruit eran contrarios a esas medidas, puesto que ellos mismos

figuraban entre los latifundistas más ricos y más opresores. También poseían grandes plantaciones en Colombia, Costa Rica, Cuba, Jamaica, Nicaragua, Santo Domingo y, aquí, en Panamá. No era cuestión de permitir que Arbenz contagiase sus ideas a los demás.

Yo conocía el resto: United Fruit lanzó una gran campaña de relaciones públicas en Estados Unidos para persuadir a la opinión pública y al Congreso de que Arbenz formaba parte de una trama comunista y de que Guatemala iba a convertirse en un país satélite de los soviéticos. En 1954, la CÍA orquestó el golpe. Aviadores de Estados Unidos bombardearon la capital y Arbenz, el presidente democráticamente elegido, fue reemplazado por el ultraderechista coronel Carlos Castillo Armas, un dictador sin escrúpulos.

Los nuevos gobernantes se lo debían todo a la United Fruit. Y demostraron su agradecimiento anulando las disposiciones de la reforma agraria y suprimiendo los impuestos sobre intereses y dividendos pagaderos a los inversores extranjeros. Abolieron el voto secreto y encarcelaron a miles de disidentes. No se podía criticar a Castillo sin ser perseguido. Los historiadores atribuyen la violencia y el terrorismo que asolaron Guatemala durante casi todo el resto del siglo a los efectos de la alianza nada secreta entre la United Fruit, la CÍA y el ejército guatemalteco bajo el régimen de su coronel dictador.[2] Torrijos continuó:

—Arbenz fue liquidado como político y también como persona. — Hizo una pausa, frunciendo el ceño—. ¿Cómo pudieron ustedes creerse las patrañas de la CÍA? A mí no me echarán tan fácilmente. Aquí los militares son de los míos. No habrá eliminación política. —Sonrió—. ¡La CÍA no tendrá más remedio que asesinarme!

Guardamos un breve silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Torrijos fue el primero en hablar.

—¿Sabe usted de quién es la United Fruit? — preguntó.

—De Zapata Oil, la compañía de George Bush... nuestro embajador ante Naciones Unidas.

—Un personaje ambicioso. —Se inclinó hacia mí y, bajando la voz, dijo —: Ahora voy contra sus compinches de la Bechtel.

Tuve un sobresalto. La Bechtel era la compañía de ingeniería más poderosa del mundo, y había colaborado en muchos proyectos con MAIN. En el caso del plan maestro para Panamá, yo la creía una de nuestras principales competidoras.

—¿A qué se refiere usted?

—Estamos estudiando la construcción de un nuevo canal a nivel del mar. Sin esclusas. Podrían pasar los barcos de los mayores tonelajes. A los

japoneses tal vez les interesaría financiarlo.

—Son los principales clientes del Canal.

—Exacto. Por supuesto, si ellos ponen el dinero, ellos serán **los** adjudicatarios de la obra.

Fue una revelación súbita para mí.

—Y la Bechtel se queda al margen.

— La obra de ingeniería más grande de la historia reciente —y prosiguió—: el presidente de Bechtel es George Shultz, el secretario del Tesoro de Nixon. Ya imaginará usted la influencia que tiene, además de su notorio mal genio. La Bechtel está atiborrada de amiguetes de Nixon, de Ford y de Bush. Me han dicho que la familia Bechtel maneja los entresijos del partido republicano.

La conversación empezaba a crearme una gran incomodidad. Yo era uno de los dedicados a perpetuar el sistema que él aborrecía tanto, y estaba seguro de que lo sabía. Según todas las apariencias, mi encargo de persuadirle para que aceptase créditos internacionales a cambio de contratar a gabinetes de ingeniería y constructoras estadounidenses acababa de chocar con un muro infranqueable. Decidí atacar de frente.

—General —pregunté—, ¿para qué me ha mandado llamar?

Miró el reloj y sonrió.

—Sí, es hora de ocuparnos de lo nuestro. Panamá necesita su ayuda. Yo la necesito.

—¿Mi ayuda? —pregunté, sorprendido — . ¿En qué puedo ayudarles?

—Vamos a recuperar el Canal. Pero con eso no basta. —Se arrellanó en su sillón—. Es preciso que sirvamos de modelo. Debemos demostrar que nos preocupan nuestros pobres y demostrar, al mismo tiempo, sin lugar a dudas, que la decisión de ganar nuestra independencia no viene dictada por Rusia ni por China ni por Cuba. Que el mundo vea que Panamá es un país razonable, que no estamos contra Estados Unidos sino a favor de los derechos de los pobres.

Cruzó las piernas y prosiguió:

—Para conseguirlo hay que construir una base económica que no tenga parangón en este hemisferio. Electricidad, sí, pero electricidad que llegue hasta los más humildes, subvencionada. Y lo mismo para el transporte y las comunicaciones, y sobre todo para la agricultura. Eso requiere dinero. El dinero de ustedes, del Banco Mundial y del Banco Interamericano de Desarrollo.

Una vez más se inclinó hacia mí para mirarme fijamente.

—Tengo entendido que su empresa necesita más trabajo y suele conseguirlo inflando las dimensiones de los proyectos: carreteras más

anchas, centrales generadoras más potentes, puertos con más capacidad. Pero esta vez será diferente. Usted me da lo que le conviene a mi pueblo, y yo les doy todo el trabajo que quieran.

Aquella propuesta totalmente inesperada me sorprendió y me excitó. Ciertamente contradecía todo lo que yo había aprendido en MAIN. Sin duda, sabía que el juego de la ayuda exterior era una estafa... no podía dejar de saberlo. Consistía en hacerle rico a él y encadenar a su país con el endeudamiento. De manera que los panameños quedarían atados para siempre a Estados Unidos y a la corporatocracia. Todo ello para que Latinoamérica no se saliera de la senda del Destino Manifiesto y siguiera sometida para siempre a Washington y a Wall Street. Yo no podía dudar de que estaba al tanto de que el sistema se basaba en el postulado de que todos los poderosos son corruptibles, y de que su decisión de no aprovecharse personalmente sería contemplada como un peligro, una nueva «línea de fichas de dominó» que tal vez iniciaría una reacción en cadena susceptible de derribar todo el sistema.

Al otro lado de la mesita estaba yo contemplando a un hombre que desde luego había comprendido que la posesión del Canal le daba una posición de fuerza muy especial y única, pero especialmente precaria al mismo tiempo. Debía maniobrar con cuidado. Se había significado ya como líder entre los líderes de los países menos desarrollados. Si estaba decidido a mantener su posición, como su héroe Arbenz, el mundo entero sería testigo. ¿Cuál iba a ser la reacción del sistema? O, más concretamente, ¿cuál iba a ser la reacción del gobierno estadounidense? Los héroes difuntos abundan demasiado en la historia de Latinoamérica.

Al mismo tiempo me daba cuenta de que las palabras de aquel hombre ponían en tela de juicio todas mis autojustificaciones. Ese hombre tendría sus defectos personales, pero no era ningún pirata. No era como aquellos Henry Morgan y Francis Drake, aventureros de capa y espada que legitimaban sus acciones de filibusteros con las patentes de corso que les concedían los soberanos ingleses. El retrato de la valla publicitaria todavía no se había convertido en otro de esos típicos engaños de la política: «El ideal de Ornar es la libertad, y no se ha inventado el misil capaz de matar un ideal». ¿Acaso Tom Paine no había escrito algo parecido?

Lo cual, sin embargo, me suscitaba algunas dudas. Es admisible que los ideales no mueren, pero ¿y las personas que los sustentan? Che, Arbenz, Allende. Y otra pregunta: ¿cómo reaccionaría yo si Torrijos resultaba precipitado al papel de mártir?

Cuando nos despedimos, quedó entendido entre ambos que MAIN

conseguiría el contrato del plan maestro y que yo me encargaría de lograr que resultase de acuerdo con los designios de Torrijos.

14

Comienza un nuevo y siniestro período de la historia económica

En tanto que economista jefe yo estaba al frente de un departamento de MAIN y era el responsable de los estudios que se realizaban en todos los lugares del mundo. Pero también se esperaba de mí que estuviese al corriente de las nuevas tendencias y teorías de la ciencia económica. El comienzo de la década de 1970 fue una época de grandes cambios en la economía internacional.

Durante la década de 1960, varios países se unieron para formar la OPEP, organización de países productores de petróleo, que fue en gran medida una reacción contra el poder de las grandes refinerías. También Irán fue un factor en eso. El sha debía su trono y tal vez su vida a la intervención clandestina de Estados Unidos que acabó con Mosaddeq. Sin embargo, o quizá debido precisamente a ello, el sha tenía aguda conciencia de que podían volverse las tornas contra él, otra vez y en cualquier momento. Los dirigentes de otros países ricos en petróleo compartían esa convicción y la paranoia consiguiente. También sabían que las principales compañías petroleras internacionales, conocidas como «las Siete Hermanas», colaboraban para mantener bajos los niveles de precios del crudo y, por tanto, lo que ellas pagaban a los países productores, para cosechar así beneficios extraordinarios. La OPEP se organizó con el fin de dar la réplica.

Todos estos factores confluyeron a comienzos de la década de 1970, cuando la OPEP humilló a los gigantes industriales. Mediante una serie de acciones concertadas, simbolizadas por el embargo de 1973, cuyo emblema más visible fueron las largas colas de coches ante las gasolineras estadounidenses, amenazaron con una catástrofe económica peor que la Gran Depresión. El golpe apuntaba directamente al sistema económico del mundo desarrollado y era de una magnitud que pocas personas empezaban a comprender por aquel entonces.

La crisis del petróleo no podía llegar en peor momento para Estados

Unidos. La nación estaba confusa, desmoralizada y llena de dudas, abatida por la derrota en la guerra de Vietnam y con un presidente que estaba a punto de dimitir. Los problemas de Nixon no se confinaban al Sudeste asiático y al escándalo del Watergate. Había accedido al poder en un momento que, contemplado retrospectivamente, parecería a muchos el umbral de una nueva época de la política y la economía mundiales. En aquellos días se hubiera dicho que los «pequeños» iban a prevalecer, si contábamos entre ellos a los países de la OPEP.

Estos acontecimientos mundiales a mí me fascinaban. Yo vivía de la corporatocracia, pero en mi fuero interno algún repliegue secreto se alegraba al ver cómo había alguien que ponía a raya a mis amos. Supongo que eso calmaba un poco mis remordimientos. Imaginaba el fantasma de Tom Paine aplaudiendo entre bastidores a los de la OPEP.

Ahora bien, en el momento en que se produjo el embargo ninguno de nosotros podía tener una idea completa de sus repercusiones. Teníamos nuestras teorías, desde luego, pero no veíamos lo que ha quedado bien claro en el tiempo transcurrido desde entonces. Ahora, *aposteriori*, observamos que después de la crisis los índices de crecimiento económico quedaron reducidos a la mitad, en comparación con los promedios de las décadas de 1950 y 1960, y que se enfrentaban a presiones inflacionistas mucho más intensas. Además, el menguado crecimiento había cambiado estructuralmente, en el sentido de que apenas creaba puestos de trabajo, y el desempleo se había disparado. Para colmo, el sistema monetario internacional había recibido un duro golpe. En esencia, se hundió la red de los tipos de cambio fijos establecida desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

En esa época me reunía a menudo con los amigos para discutir estas cuestiones durante el almuerzo, o alrededor de unas cervezas al final de la jornada. Algunas de esas personas trabajaban a mis órdenes. Mi equipo comprendía a algunos hombres y mujeres muy hábiles, jóvenes por lo general y librepensadores en su mayor parte, al menos según los criterios convencionales. Otros eran ejecutivos de prestigiosos gabinetes bostonianos y profesores de la universidad. Uno de ellos era consejero de un congresista del Estado. Eran reuniones informales, algunas veces reducidas a dos interlocutores y otras, con una docena de tertulianos, pero siempre animadas y vociferantes.

Al recordar aquellas discusiones me avergüenzo un poco del sentimiento de superioridad que me invadía. Yo sabía muchas cosas que no podía decir. Mis amigos presumían a veces de sus credenciales: sus relaciones dentro del mundo político local o el de Washington, sus

cátedras y sus títulos. Yo replicaba poniéndome en mi papel de economista jefe de una consultaría importante, de alguien que viajaba en primera clase por todo el mundo. Pero no podía mencionar mis entrevistas cara a cara con hombres como Torrijos, o lo que sabía sobre nuestra manera de manipular a los países de todos los continentes. Esto era una fuente de arrogancia interior, pero también de frustración.

Cuando hablábamos del poder de «los pequeños», me veía obligado a ejercer gran dominio sobre mí mismo. Yo sabía lo que ellos no tenían modo de saber. Que la corporatocracia, su banda de gángsteres económicos y los chacales agazapados detrás nunca permitirían que los pequeños tomasen el mando de los asuntos. Bastaba con fijarse en los ejemplos de Arbenz y Mosaddeq y en otro caso más reciente, éste de 1973: la caída de Salvador Allende, el presidente democráticamente elegido por los chilenos. A mi modo de ver, el dominio omnímodo del imperio global de hecho estaba reforzándose, pese a la OPEP... o con la ayuda de la OPEP, como ya sospechaba entonces, pero no pude confirmarlo sino más tarde.

Nuestras conversaciones giraban a menudo alrededor de las semejanzas que encontrábamos entre los comienzos de dos décadas, la de 1970 y la de 1930. Ésta significó una importante divisoria en la economía internacional y en las maneras de estudiarla, analizarla e interpretarla. La década de 1930 abrió las puertas a la teoría económica keynesiana y a la idea de que las administraciones deben desempeñar un papel principal como orientadoras de los mercados y suministradoras de servicios; por ejemplo la sanidad, el subsidio de desempleo y otras formas de providencia social. Nos alejábamos de los supuestos tradicionales sobre autorregulación de los mercados y mínima intervención de los organismos públicos.

La Depresión dio lugar al New Deal. Las disposiciones políticas promovieron la regulación económica, el intervencionismo de las autoridades financieras y el uso generalizado de los instrumentos fiscales. Tanto la Depresión como la Segunda Guerra Mundial condujeron además a la creación de organizaciones como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT, *General Agreement on Tariffs and Trade).* La de 1960 fue una década crucial de este período y para el paso de la economía neoclásica a la keynesiana. Eso ocurrió bajo las administraciones Kennedy y Johnson, y debido fundamentalmente a la influencia de un solo hombre, Robert McNamara.

McNamara era un visitante asiduo de nuestra tertulia... *in absentia,* por

supuesto. Todos conocíamos su meteórico ascenso a la celebridad, 'de director de planificación y análisis financiero en Ford Motor Company en 1949 a presidente de la Ford en 1960, el primero no perteneciente a la familia Ford en esa compañía. Poco después de esto, Kennedy lo nombró secretario de Defensa.

McNamara se mostró muy partidario de los planteamientos keynesianos en la administración e introdujo modelos matemáticos y enfoques estadísticos para determinar la dotación de tropas, la asignación de fondos y otras estrategias en Vietnam. Su postulado del «liderazgo agresivo» hizo numerosos partidarios tanto entre los gestores de la cosa pública como entre los ejecutivos empresariales. Fue el fundamento de un nuevo método filosófico de enseñanza de la gestión en las mayores escuelas de ciencias empresariales del país y, con el tiempo, engendró toda una nueva raza de gerentes y directores generales destinados a formar la avanzadilla del imperio global.[1]

Mientras discutíamos los acontecimientos mundiales alrededor de nuestra mesa, nos fascinaba en especial el papel de McNamara como presidente del Banco Mundial, cargo que aceptó poco después de dejar la secretaría de Defensa. Muchos de mis amigos destacaban que con esto se convertía en el símbolo de lo que muchos llamaron por aquel entonces «el complejo militar-industrial». Había ocupado el cargo máximo en una gran corporación, en un gabinete ministerial y ahora en el banco más poderoso del mundo. A muchos les horrorizaba tan obvia infracción al principio de separación de poderes; entre ellos, yo era quizás el único que no se sorprendía lo más mínimo.

En la actualidad, considero que la contribución más grande e históricamente más siniestra de McNamara fue desvirtuar el Banco Mundial hasta convertirlo en agente del imperio global a una escala nunca vista con anterioridad. Además sentó un precedente. Su capacidad para saltarse los compartimientos entre los sectores primordiales de la corporatocracia fue perfeccionada por sus sucesores. George Shultz, por ejemplo, fue secretario del Tesoro y presidente del Consejo de Política Económica bajo Nixon, luego presidente de la Bechtel y seguidamente secretario de Estado bajo Reagan. Después de vicepresidente y miembro del consejo de administración de Bechtel, Caspar Weinberger fue secretario de Defensa con Reagan. El director de la CÍA en tiempos de Johnson, que fue Richard Helms, recibió luego de Nixon el nombramiento de embajador en Irán. Richard Cheney ha sido secretario de Defensa bajo George H. W. Bush, presidente de la Halliburton y vicepresidente de Estados Unidos con George W. Bush. E incluso un presidente de Estados

Unidos, el citado George H. W. Bush, empezó como fundador de Zapata Petroleum Corp., ejerció como embajador ante Naciones Unidas bajo los presidentes Nixon y Ford y fue nombrado director de la CÍA por Ford.

Al recordar esa época me sorprende todavía la ingenuidad que la caracterizaba. En muchos aspectos éramos todavía prisioneros de la idea tradicional de la construcción de imperios. Kermit Roosevelt nos había mostrado un camino mejor, cuando derribó a un demócrata iraní para reemplazarlo por un rey despótico. Nosotros los gángsteres económicos llegamos a cubrir muchos de nuestros objetivos en lugares como Indonesia y Ecuador. Y, sin embargo, Vietnam fue un ejemplo asombroso de lo fácil que podía ser volver a caer en las viejas rutinas.

El país miembro principal de la OPEP, Arabia Saudí, vino a cambiar todo eso.

15

Arabia Saudí y el caso del blanqueo de dinero

En 1974, un diplomático de Arabia Saudí me mostró unas fotografías de Riad, la capital de su país. En una de las fotos se veía un rebaño de cabras que hurgaba entre montones de desperdicios al lado de unas oficinas públicas. Cuando pregunté al diplomático, su respuesta me escandalizó. Dijo que las cabras eran el principal sistema de recogida de residuos de la ciudad.

—Ningún saudí que se respete a sí mismo se dedica a recoger la basura —dijo—. Eso se lo dejamos a los animales.

¡Cabras! En la capital del reino petrolero más grande del mundo. Era increíble.

En esa época yo formaba parte de un grupo de asesores que trataban de hilvanar una solución para la crisis del petróleo. Las cabras me permitieron intuir de qué manera iría germinando dicha solución, sobre todo teniendo en cuenta los esquemas de desarrollo de aquel país durante los últimos tres siglos.

Su historia está llena de episodios de violencia y fanatismo religioso. En el siglo XVIII un caudillo local, Muhammad ibn Saud, se alió con los fundamentalistas de la ultraconservadora secta wahabí. La unión se evidenció poderosa y durante los dos siglos siguientes la familia Saud y sus aliados conquistaron la mayor parte de la península arábiga, incluidas las dos ciudades más santas, La Meca y Medina.

La sociedad saudí era un reflejo de las ideas puritanas de sus fundadores y en ella se impuso una interpretación estricta de las creencias coránicas. Una policía religiosa se encargaba de hacer cumplir el mandato de las cinco oraciones diarias. Las mujeres debían taparse desde la cabeza hasta los pies. Los delitos se castigaban con severidad. Las decapitaciones y lapidaciones públicas eran moneda corriente. En mi primera visita a Riad quedé muy sorprendido cuando mi chófer me dijo que podía dejar la cámara, el portafolios e incluso la billetera a la vista dentro del coche,

estacionado junto al zoco, sin necesidad de echar el cierre.

—A nadie se le ocurre robar aquí. A los ladrones les cortan las manos — dijo.

Poco después propuso llevarme a visitar la plaza de las ejecuciones públicas, ya que estaba prevista una decapitación para ese mismo día. La adhesión del wahabismo a lo que nosotros calificaríamos de puritanismo extremo consigue limpiar las calles de ladrones... pero exige los castigos corporales más severos para quienes transgreden las leyes. Decliné la invitación.

El criterio saudí de la religión como elemento importante de lo político y lo económico tuvo que ver con el embargo del petróleo que sacudió el mundo occidental. El 6 de octubre de 1973, día del Yom Kippur o del Gran Perdón, uno de los más santos del calendario judío, Egipto y Siria lanzaron sendos y simultáneos ataques contra Israel. Éste fue el comienzo de la guerra de Octubre, la cuarta y la más destructiva de las guerras árabigo-israelíes y la que más impresionó al mundo entero. El presidente de Egipto, Sadat, presionó al rey Faisal de Arabia Saudí para que castigase la complicidad de Estados Unidos con los israelíes utilizando lo que Sadat llamó «el arma del petróleo». El 16 de octubre, Irán y los cinco estados árabes del Golfo, entre ellos Arabia Saudí, anunciaron un aumento del 70 por ciento sobre el precio oficial del crudo.

Reunidos en la capital de Kuwait, los ministros árabes del petróleo consideraron otras opciones. El representante iraní era vehemente partidario de tomar medidas contra Estados Unidos. Pidió al resto de los delegados la nacionalización de los activos estadounidenses localizados en el mundo árabe, la imposición de un embargo total del petróleo a Estados Unidos y a todas las demás naciones amigas de Israel y la retirada de los depósitos árabes de todos los bancos estadounidenses. Argumentó que las cuentas bancarias árabes eran sustanciales y que esa medida tal vez desencadenaría un pánico similar al de 1929.

Varios ministros árabes titubeaban en adherirse a un plan tan radical. El 17 de octubre decidieron actuar sobre las líneas de un embargo algo más limitado, con un recorte de producción inicial del 5 por ciento seguido de nuevos recortes del 5 por ciento cada mes, hasta que se cumpliesen los objetivos políticos. Hubo acuerdo en el sentido de que Estados Unidos merecía más severidad por su apoyo a los israelíes, y por tanto el embargo contra este país debía ser más severo. Algunos de los países asistentes anunciaron recortes del 10 por ciento en vez del cinco.

El 19 de octubre, el presidente Nixon solicitó al Congreso 2.200 millones de dólares para ayudar a Israel. Al día siguiente, Arabia Saudí y otros productores árabes impusieron un embargo total sobre las

expediciones de crudo con destino a Estados Unidos.[1]

El embargo concluyó el 18 de marzo de 1974. Su duración fue breve pero su impacto, inmenso. El precio de venta del crudo saudí pasó de los 1,39 dólares por barril del 1 de enero de 1970 a los 8,32 dólares del 1 de enero de 1974.[2] Los políticos y las administraciones posteriores no olvidaron jamás las enseñanzas de la primera mitad de ese decenio. A largo plazo, esos breves pero traumáticos meses sirvieron para reforzar la corporatocracia. Sus tres pilares — las grandes empresas, la banca internacional y el gobierno — se unieron con más solidez que nunca, y esa unión se reveló duradera.

El embargo produjo también significativos cambios de actitud en lo político. Wall Street y Washington estuvieron de acuerdo en que tal embargo no debía volver a ser tolerado jamás. Proteger nuestro aprovisionamiento de crudo había sido siempre una prioridad, pero después de 1973 pasó a constituir una obsesión. Con el embargo, Arabia Saudí adquirió la categoría de protagonista digna de consideración en la política mundial, viéndose Washington obligada a reconocer la estratégica importancia de aquel reino para nuestro sistema económico. Los líderes de la corporatocracia estadounidense buscaron con desesperación los métodos que les permitieran repatriar petrodólares a Estados Unidos, lo que dio lugar a reflexiones sobre el hecho de que las autoridades saudíes carecían de la infraestructura administrativa e institucional necesaria para gestionar adecuadamente el rápido crecimiento de su fortuna.

Para Arabia Saudí, el incremento de renta resultante de los sucesivos aumentos en el precio del crudo no traía sólo ventajas. Cierto que las arcas del país se llenaban de miles de millones de dólares. Pero, al mismo tiempo, esa repentina riqueza minaba algunas de las estrictas creencias religiosas de los wahabíes. Los saudíes ricos viajaban por todo el planeta. Cursaban estudios en los institutos y las universidades de Europa y Estados Unidos. Compraban coches de lujo, y llenaban sus casas de enseres occidentales. Las creencias religiosas conservadoras estaban siendo reemplazadas por una nueva forma de materialismo. Y fue este materialismo el que sugirió el remedio a los temores de una repetición futura de la crisis del petróleo.

Casi tan pronto como acabó el embargo, Washington empezó a negociar con los saudíes para ofrecerles asistencia técnica, armamento e instrucción militar. Y, además, la oportunidad de colocar el país en el siglo XX a cambio de petrodólares y de algo más importante todavía, el compromiso de no volver a decretar un embargo del petróleo. El resultado de estas negociaciones fue la creación del organismo más extraordinario que se haya visto jamás, la comisión económica conjunta

Estados Unidos-Arabia Saudí. Conocida como JECOR, incorporaba un concepto innovador, a diferencia de los programas tradicionales de ayuda internacional: pagar con el dinero saudí a las empresas contratistas estadounidenses encargadas de la construcción de ese país.

Aunque la administración general y la responsabilidad fiscal se delegaron al departamento estadounidense del Tesoro, esta comisión gozaba de gran independencia. En fin de cuentas se gastaron miles de millones de dólares durante un período superior a los veinticinco años, prácticamente sin supervisión parlamentaria alguna. Como los fondos públicos de Estados Unidos no intervenían para nada, el Congreso carecía de jurisdicción sobre el tema, pese al papel del Tesoro. En un detenido estudio sobre la JECOR, David Holden y Richard Johns concluyen que «fue el acuerdo más amplio de este tipo jamás concluido por Estados Unidos con un país en vías de desarrollo. Auguraba la posibilidad de un arraigo permanente de Estados Unidos en ese Reino, reforzando el concepto de interdependencia mutua».[3]

Muy pronto, el departamento del Tesoro acudió al asesoramiento de MAIN. Fui convocado y se me anunció que iba a encargarme de una misión crítica. Y que todo lo que hiciese y llegase a saber tendría consideración de altamente confidencial. A mi modo de ver, aquello se parecía bastante a una operación clandestina. En la época se me hizo creer que MAIN sería la asesora principal del proceso; más adelante me di cuenta de que no éramos más que una entre varias consultorías solicitadas por su conocimiento experto.

Como todo se hacía con el mayor secreto, no tuve comunicación de lo hablado por el Tesoro con otros asesores y, por tanto, tampoco estoy seguro de la poca o mucha importancia de mi contribución a ese acuerdo que iba a sentar precedentes. Sí me consta, en todo caso, que la negociación estableció nuevas normas para el gangsterismo económico y que puso en marcha iniciativas innovadoras en comparación con los planteamientos tradicionales de los forjadores de imperios. También me consta que la mayoría de los supuestos desarrollados en mis estudios se llevaron finalmente a la práctica. La MAIN fue premiada con uno de los primeros grandes contratos de Arabia Saudí, que resultó sumamente rentable, y aquel año yo cobré una sustanciosa paga extra.

Mi tarea consistió en desarrollar predicciones de lo que podría suceder en Arabia Saudí suponiendo que se realizasen grandes inversiones de infraestructura, y en proponer diversas alternativas para la asignación de dichas inversiones. En una palabra, se me requería que aplicase la mayor imaginación posible para justificar la inyección de cientos de millones de dólares en el sistema económico saudí, condicionada a la contratación de

compañías estadounidenses de ingeniería y construcción. Se me ordenó que me encargase personalmente y sin requerir la colaboración de mi equipo, a cuyo fin quedé secuestrado en una salita de reuniones varios pisos más arriba de donde estaban los despachos de mi departamento. Se me advirtió que mi trabajo era asunto de seguridad nacional y además prometía gran rentabilidad para MAIN.

Yo había comprendido, por supuesto, que en este caso la finalidad primaria no era la acostumbrada —echar sobre el país un fardo de deuda que nunca pudiese reembolsar—, sino encontrar procedimientos para conseguir que una gran parte de los petrodólares emprendiesen el camino de regreso a Estados Unidos, de tal manera que Arabia Saudí quedase comprometida, su economía cada vez más entrelazada con la nuestra y dependiente de ella. Al mismo tiempo era de suponer que el país iría occidentalizándose y, por tanto, simpatizaría más con el sistema en que se integraba.

Tan pronto como puse manos a la obra entendí que las cabras trashumantes por las calles de Riad eran la clave simbólica, el punto álgido de aquellos saudíes que volaban por todo el mundo en clase preferente. Las cabras estaban pidiendo ser reemplazadas por algo más apropiado para ese reino del desierto impaciente por ingresar en el mundo moderno. También sabía que los economistas de la OPEP recomendaban la adquisición de más productos de alto valor añadido por parte de los países productores, a cambio del petróleo de éstos. En vez de limitarse a exportar el crudo, decían los economistas, esos países debían desarrollar industrias propias. Es decir, utilizar el petróleo para producir derivados que se venderían al resto del mundo a precios superiores a los obtenidos con la venta del crudo.

Esta doble conclusión abría la puerta a una estrategia que, a mi parecer, prometía una situación en la que todos saldrían ganando. Por supuesto, las cabras no serían más que el comienzo. Las rentas del petróleo se emplearían en contratar compañías estadounidenses que sustituirían a aquéllas por sistemas modernos de recogida y tratamiento de residuos, los mejores que se encontrasen en el mundo, para que los saudíes pudiesen enorgullecerse de su progreso técnico.

Para mí las cabras eran uno de los elementos de una ecuación que sería aplicable a casi todos los sectores de la economía del reino, y una fórmula para el éxito a ojos de la familia real, del departamento estadounidense del Tesoro y de mis jefes en MAIN. De acuerdo con esa fórmula, el dinero se asignaría a la creación de un sector industrial centrado en la transformación del crudo en productos derivados exportables. Así crecerían en el desierto grandes complejos petroquímicos y, alrededor de

ellos, grandes parques industriales. Como es natural, semejante proyecto exigiría también la instalación de miles de megavatios de capacidad generadora, con sus correspondientes líneas de transporte y distribución, así como de carreteras, oleoductos, redes de comunicaciones. Los sistemas de transporte comprenderían nuevos aeropuertos, ampliación de los puertos de mar, una amplia gama de servicios y demás infraestructura esencial para que girasen todos esos engranajes.

Todos albergábamos las máximas esperanzas, en el sentido de que este plan suministrase un modelo para actuaciones futuras en el resto del mundo. Aquellos saudíes tan aficionados a viajar por el planeta llevarían a todas partes el elogio de nuestra actuación. Los dirigentes de muchos países serían invitados a visitar Arabia Saudí para contemplar los milagros realizados por nosotros, y luego nos llamarían para que desarrollásemos planes parecidos en sus países. Y cuando éstos no perteneciesen al círculo de la OPEP, recurriríamos al Banco Mundial u otros métodos de endeudamiento para financiarlos. El imperio mundial estaba servido.

Mientras estudiaba estas ideas pensaba en las cabras, y las palabras de mi chófer resonaban a menudo en mis oídos: «Ningún saudí que se respete a sí mismo se dedica a recoger la basura». Esa frase la había oído muchas veces en varios contextos diferentes. Era evidente que los saudíes no tenían la menor intención de poner a trabajar a sus ciudadanos en tareas serviles, ni como obreros en las instalaciones industriales ni en la construcción física de ninguno de los proyectos. Para empezar, no contaban con una población suficiente. Además, la Casa Real de Saud había indicado su intención de proporcionar a esos ciudadanos un nivel de educación y un estilo de vida incompatibles con la condición de obreros manuales. Los saudíes quizá dirigirían a otros, pero no tenían interés alguno ni deseo de convertirse en trabajadores de fábrica o de la construcción. Por tanto, sería preciso importar mano de obra de otros países. Países de salarios bajos y de mucho desempleo, de Oriente Próximo a ser posible, u otros del mundo islámico. Por ejemplo, Egipto, Palestina, Pakistán y Yemen.

Esta perspectiva creaba una estratagema todavía más grande con vistas a las oportunidades de desarrollo. Sería necesario construir enormes bloques de viviendas para esos trabajadores; y también centros comerciales, hospitales, parques de bomberos y comisarías de policía, plantas de tratamiento de agua potable y de residuos, centrales eléctricas, vías de comunicación y redes de transporte. De hecho, se trataba de construir ciudades modernas donde antes sólo existía el desierto. Era también una oportunidad para explorar nuevas tecnologías, por ejemplo

plantas de desalinización, transmisiones por microondas, complejos hospitalarios y sistemas informáticos.

Arabia Saudí era el sueño del planificador convertido en realidad y también el premio gordo para cualquier persona relacionada con negocios de ingeniería y construcción. Ofrecía una oportunidad económica nunca vista en la historia: un país subdesarroUado, pero con recursos financieros virtualmente ilimitados y con el deseo de entrar en el mundo moderno a lo grande, y cuanto antes.

He de confesar que disfruté enormemente con este trabajo. No existían, ni en Arabia Saudí ni en la biblioteca pública de Boston ni en parte alguna, datos sólidos y susceptibles de justificar el empleo de modelos econométricos en aquel contexto. En realidad, la magnitud del designio —la transformación total e inmediata de todo un país a una escala nunca antes planteada— significaba que, aunque hubiesen existido datos históricos, éstos habrían sidodel todo irrelevantes.

Por otra parte, nadie me pedía este tipo de análisis cuantitativo, al menos en esa fase del juego. Se trataba de poner a trabajar la imaginación, sencillamente, y de escribir dictámenes que pintasen un futuro glorioso para el reino. Yo disponía de algunas estimaciones a ojo de buen cubero para valorar esas cosas, como el coste aproximado de producción de un megavatio de electricidad o de un kilómetro de carretera, o el coste del abastecimiento de agua, del tratamiento de residuos, de la vivienda, de la alimentación y demás servicios por cada trabajador enrolado. No se me exigía que ajustase dichas estimaciones, ni que presentase conclusiones finales. Mi trabajo consistía en describir una serie de planes (o tal vez sería más exacto decir «visiones») de lo que pudiese hacerse, junto con unas estimaciones aproximadas de lo que, en su caso, iban a costar.

En todo momento tuve presentes los verdaderos objetivos: maximizar la rentabilidad para las compañías estadounidenses y conseguir que Arabia Saudí dependiese cada vez más de Estados Unidos. No tardé mucho en comprender que lo uno iba estrechamente vinculado a lo otro. Casi todos los proyectos que realizar exigirían mantenimiento permanente y actualización continua, y eran de un carácter tan técnico que sería forzoso confiar a las contratistas originales esas tareas de conservación y modernización. Y, en efecto, conforme adelantaba en mi tarea, empecé a establecer dos listas para cada uno de los proyectos que planteaba: la primera, para los tipos de contratos de diseño y construcción a que podíamos aspirar y, la segunda, para los acuerdos a largo plazo en cuanto a servicios de asistencia técnica y administración. MAIN, Bechtel, Brown & Root, Halliburton, Stone & Webster y otras muchas compañías estadounidenses de proyectos y contratas cosecharían espléndidos

beneficios durante varios decenios.

Más allá del terreno puramente económico, Arabia Saudí iba a quedar dependiente de nosotros por otro motivo muy distinto y bastante más recóndito. Era de prever que la modernización del acaudalado reino petrolero suscitaría reacciones adversas. Por ejemplo, enfurecería a los musulmanes conservadores. Israel y otros países vecinos se sentirían amenazados. El desarrollo económico de aquel país daría lugar al florecimiento de otra industria: la protección de la península árabe. Las compañías privadas especializadas en este género de actividades, así como los militares y la industria de defensa estadounidenses también podían aspirar a generosos contratos... acompañados, una vez más, de protocolos de servicio y administración a largo plazo. Su presencia exigiría otra fase de diseño y construcción de aeropuertos, emplazamientos de misiles, alojamientos para el personal y las demás infraestructuras asociadas a tal género de instalaciones.

Yo enviaba mis informes por medio del correo interior, en sobres cerrados y dirigidos al «Director de proyectos del departamento del Tesoro». En ocasiones me reuní con un par de miembros de nuestro equipo, vicepresidentes de MAIN y superiores míos. Como nuestro proyecto no tenía denominación oficial, puesto que todavía se hallaba en fase de investigación y desarrollo y aún no había sido comunicado a la JECOR, cuando hablábamos de él —siempre en voz baja— lo llamábamos SAMA, iniciales de «caso del blanqueo de dinero árabe saudí» *(Saudi Arabian Money-Laundering Affair)*, pero que escondían otro juego de palabras malicioso, dado que el banco central de los saudíes tenía el nombre oficial de Saudi Arabian Monetary Agency.

A veces se nos unía algún representante del Tesoro. Durante estas reuniones hice pocas preguntas. Cuando hablaba era sobre todo para describir mi trabajo, contestar a los comentarios de los demás y aceptar lo que quisieran encargarme. Los vicepresidentes y el delegado del Tesoro quedaron especialmente impresionados por mis ideas sobre los servicios de asistencia técnica y administración. Sobre esto, uno de los vicepresidentes acuñó una frase que luego citábamos con frecuencia, cuando dijo que el reino saudí era «la vaca que ordeñaremos hasta que se ponga el sol sobre nuestra jubilación». Para mí, esa frase evocaba siempre imágenes de cabras, antes que de vacas.

Fue durante estas reuniones cuando me enteré de que varias de nuestras competidoras se hallaban embarcadas en tareas paralelas; todos esperábamos que nuestros esfuerzos fuesen finalmente premiados mediante lucrativos contratos. Supuse que tanto MAIN como las demás consultorías corrían con los gastos de estos trabajos preliminares,

aceptando el riesgo inmediato a cambio de una futura tajada del pastel. Un indicio corroboraba esta suposición: que los boletines en donde se anotaban las horas de trabajo personal dedicadas a la actividad llevaban el código de la cuenta a cargar, y éste era un número de los correspondientes a gastos generales y administrativos. Esta disposición era típica de las fases preliminares de investigación y desarrollo de la mayoría de los proyectos. En aquel caso el volumen de la inversión inicial era desde luego muy superior a lo habitual, pero los vicepresidentes se mostraban muy confiados en cuanto a las posibilidades de recuperarla.

Aun sabiendo que nuestras competidoras intervenían también, todos suponíamos que habría pastel para todos. Yo llevaba en el sector tiempo * suficiente para prever que las remuneraciones reflejarían el grado de satisfacción del Tesoro con el trabajo que habíamos realizado, y que las consultorías cuyas sugerencias se llevasen finalmente a efecto se adjudicarían los contratos más sabrosos. De modo que me planteé un reto personal: los distintos supuestos que elaboraba tendrían que profundizar hasta la etapa de diseño y construcción. Mi estrella en MAIN se hallaba en órbita ascendente y esa trayectoria se aceleraría mucho si yo lograba una posición destacada en el SAMA y el éxito consiguiente.

En estas reuniones se discutía también la probabilidad de que el SAMA y toda la operación JECOR sentasen nuevos precedentes. Representaba un enfoque innovador para operaciones lucrativas en países que no tuviesen necesidad de endeudarse a través de los bancos internacionales. Irán e Iraq acudían enseguida a la imaginación como posibles ejemplos de tales países. Además, y teniendo en cuenta la naturaleza humana, nos parecía probable que los dirigentes de estos países se sintieran motivados para tratar de emular a la Arabia Saudí. No cabían muchas dudas de que el embargo petrolero de 1973 —que tan funesto había parecido al principio— acabaría por ofrecer muchos regalos inesperados al sector de la ingeniería y la construcción, y seguiría ayudando a allanar el camino para crear un imperio mundial.

En esta fase visionaria estuve ocupado unos ocho meses, aunque nunca más de un par de días seguidos (pero eso sí, muy intensos), recluido en mi salita privada o en mi apartamento con vistas al casco viejo de Boston. Mis colaboradores tenían otros cometidos y sabían desenvolverse solos, aunque de vez en cuando les hacía una visita de inspección. Con el tiempo, el secreto que envolvía nuestro trabajo empezó a relajarse un poco. Muchas personas sabían que se preparaba «algo gordo» en relación con Arabia Saudí. La excitación subía de grado y circulaban muchos rumores. Los vicepresidentes y los delegados del Tesoro empezaron a aflojar su hermetismo. En parte, me parece, porque

ellos mismos recibían ya más información conforme iban perfilándose los detalles del ingenioso plan.

De acuerdo con lo que íbamos sabiendo, Washington deseaba que los saudíes garantizasen el aprovisionamiento de petróleo en volumen y precio. Estos valores podían fluctuar pero siempre debían mantenerse en los límites de lo aceptable para Estados Unidos y nuestros aliados. Si otros países como Irán, Iraq, Indonesia o Venezuela amenazaban con el embargo, Arabia Saudí con sus inmensos recursos petrolíferos intervendría para cubrir la diferencia, y la simple constancia de que podía hacerlo a la larga sería suficiente para disuadir a los demás países de * considerar siquiera el embargo. A cambio de esta garantía, Washington ofrecería a la Casa de Saud un acuerdo irresistiblemente seductor: Estados Unidos se comprometía a darle pleno apoyo político y (en caso necesario) militar, con lo que aquélla perpetuaría su dominio sobre el país.

Era un trato al que la Casa de Saud prácticamente no podía negarse, teniendo en cuenta su ubicación geográfica, su debilidad militar y su vulnerabilidad, en todos los sentidos, frente a vecinos como Irán, Siria, Iraq e Israel. En lógica consecuencia, Washington utilizaba su ventaja para imponer otra condición crítica. Era una condición susceptible de redefinir el papel del gangsterismo económico en el mundo —y de proporcionar un modelo que luego trataríamos de aplicar en otros países, en especial Iraq. En retrospectiva, a veces me cuesta entender cómo pudo Arabia Saudí aceptar esa condición. Desde luego el resto del mundo árabe, la OPEP y otros países islámicos se escandalizaron cuando descubrieron los términos del acuerdo y la manera en que la casa real había capitulado ante las exigencias de Washington.

Esa condición *fue* que Arabia Saudí dedicase sus petrodólares a comprar bonos de la deuda pública estadounidense. A cambio, los intereses devengados por estos títulos serían invertidos por el departamento estadounidense del Tesoro de manera que garantizasen el despegue de aquella sociedad medieval y su entrada en el mundo industrializado y moderno. O dicho de otro modo, el interés calculado sobre los miles de millones de dólares de la renta petrolera del reino serviría para pagar a las compañías estadounidenses encargadas de realizar la visión que yo y (era de suponer) algunos de mis competidores habíamos concebido a fin de transformar a Arabia Saudí en una moderna potencia industrial. Nuestro propio departamento del Tesoro nos contrataba, pagando los saudíes, para construir proyectos de infraestructura y hasta ciudades enteras en toda la península árabe.

Aunque los saudíes se reservaban poder opinar en relación con la naturaleza general de esos proyectos, la realidad era que un cuerpo

escogido de forasteros (la mayoría infieles, según la manera de ver de los musulmanes) iba a determinar tanto el aspecto como la sustancia económica de la península árabe, y esto en un reino fundado sobre los principios wahabíes más conservadores y regido con arreglo a ellos durante un par de siglos. Era pedirles un acto de fe muy grande, pero habida cuenta de las circunstancias y de las probables presiones políticas y militares que sin duda debió poner en juego Washington, me pareció que no le quedaban muchas alternativas a la familia Saud.

Desde nuestro punto de vista, las perspectivas de inmensos beneficios parecían no tener límites. Era una prebenda extraordinaria, con posibilidades de constituirse en precedente. Y para hacerla todavía más apetitosa, nadie se vería en la necesidad de solicitar la aprobación del Congreso, trámite siempre odiado por las corporaciones y más especialmente por las compañías privadas como Bechtel y MAIN, que prefieren no abrir sus libros a nadie ni tener que compartir sus secretos. Thomas W. Lippman, especialista adjunto al Middle East Institute y en su día periodista, resume con elocuencia los puntos destacados de aquel acuerdo:

> Los saudíes, atiborrados de efectivo, entregarían cientos de millones de dólares al Tesoro y éste controlaría los fondos hasta que se necesitasen para pagar a los vendedores o al personal. Con este sistema se garantizaba el reciclado del dinero saudí devolviéndolo a la economía estadounidense [...] También se garantizaba que los gerentes de la comisión pudieran abordar cualesquiera proyectos acordados entre ellos y los saudíes sin necesidad de dar explicaciones al Congreso.[4]

El establecimiento de los parámetros para esta histórica empresa llevó menos tiempo del que cualquiera habría imaginado. Pero luego, como es natural, faltaba determinar la manera de implementarlos. A fin de poner en marcha el proceso tendría que desplazarse a Arabia Saudí alguna de nuestras autoridades, pero del máximo nivel. El cometido era sumamente confidencial y nunca he sabido con exactitud quién fue. Creo que enviaron a Henry Kissinger.

Quienquiera que fuese, su primera misión consistiría en recordarle a la familia real lo ocurrido en la vecina Irán cuando Mosaddeq quiso deshacerse de los intereses petroleros británicos. A continuación, debió describir aquel plan tan atractivo —demasiado para no aceptarlo—, dando a entender de paso que los saudíes no tenían muchas alternativas más. No dudo de que se quedaron con la clara impresión de que, o bien

aceptaban nuestra oferta, adquiriendo así la seguridad de continuar como soberanos contando con nuestra ayuda y protección, o bien podían negarse... y correr la misma suerte que Mosaddeq. Cuando el enviado regresó a Washington llevaba la noticia de que los saudíes estaban dispuestos a cumplir con su parte.

Restaba un pequeño obstáculo. Tendríamos que convencer a otras personalidades clave del régimen saudí. Según se nos informó, era un asunto de familia. Aunque Arabia Saudí no fuese una democracia, al parecer dentro de la Casa de Saud se decidía por consenso.

En 1975 recibí el encargo de trabajar con uno de dichos personajes clave. Para mí siempre fue el príncipe W., aunque nunca he averiguado si era realmente de la línea sucesoria. Mi misión consistía en persuadirle de que el «caso del blanqueo de dinero» iba a ser tan beneficioso para su país como para él personalmente.

No era tan fácil como pudiera parecer a primera vista. El príncipe W. se consideraba un buen wahabí y manifestó que no le gustaría ver cómo su país seguía los pasos del mercantilismo occidental. Además, dijo haber entendido la naturaleza insidiosa de nuestras propuestas. Sostenía que nosotros perseguíamos los mismos objetivos que los cruzados de hace mil años: la cristianización del mundo árabe. En realidad no iba del todo desencaminado. En mi opinión la diferencia entre los cruzados y nosotros era cuestión de grado. Los cristianos de la Europa medieval proclamaban la intención de salvar del purgatorio a los musulmanes. Nosotros afirmábamos el propósito de ayudar a la modernización de los saudíes. En realidad creo que los cruzados, lo mismo que la corporatocracia, iban principalmente a por la expansión de su imperio.

Creencias religiosas aparte, el príncipe W. tenía una debilidad, que eran las rubias guapas. Ahora resulta casi escandaloso aludir a lo que se ha convertido en un estereotipo incorrecto y, además, debo mencionar que, de los muchos saudíes que he tratado, el príncipe W. ha sido el único en manifestar esa proclividad, o por lo menos el único que la manifestaba en mi presencia. Pero no puede silenciarse porque tuvo su papel en la estructuración de aquel convenio histórico, y demuestra hasta qué extremos estaba yo dispuesto a llegar con tal de cumplir con mi misión.

16

Ejerciendo de proxeneta y financiando a Osama bin Laden

Desde el primer momento, el príncipe W. me hizo saber que todas las veces que me visitase en Boston, deseaba ser atendido por una mujer de su agrado, de quien requeriría otros servicios además de los de simple acompañante. Pero también dejó sentado que no se conformaría con una prostituta profesional, con quien él mismo o alguien de su familia pudiese tropezarse en la calle o en cualquier recepción. Mis reuniones con el príncipe W. eran secretas, así que resultaba más fácil atender a sus deseos.

«Sally» era una bella rubia de ojos azules que vivía en el extrarradio de Boston. El marido, un piloto de United Airlines muy viajado en lo profesional y en lo particular, no hacía ningún esfuerzo por ocultar sus infidelidades. La actitud de Sally en cuanto a las actividades de su marido era de una soberana indiferencia. Apreciaba el sueldo, el cómodo piso de propiedad en Boston y las demás ventajas que la esposa de un piloto disfrutaba en aquellos tiempos. Diez años antes había sido una hippie acostumbrada a mantener relaciones promiscuas. Aceptó enseguida la idea de una fuente secreta de ingresos y se avino a dar una oportunidad al príncipe W., con una sola condición: que el futuro de su relación dependería por completo de la actitud y trato que él manifestase hacia ella.

Por suerte para mí, cada uno estuvo a la altura de los criterios del otro.

El asunto del príncipe W. con Sally, capítulo secundario del asunto del blanqueo de dinero saudí, creaba para mí una serie de problemas aparte. MAIN prohibía estrictamente a sus asociados que hiciesen nada ilícito y, desde el punto de vista legal, yo estaba ejerciendo de proxeneta (al facilitar servicios sexuales), actividad prohibida por las leyes de Massachusetts. De modo que el problema principal consistía en cómo pagar los servicios de Sally. Por fortuna, el departamento de contabilidad me concedía muchas libertades con mi cuenta de gastos. Yo tengo la costumbre de dar propinas, así que no me fue difícil conseguir que los ca-

mareros de algunos de los restaurantes más lujosos de Boston me pasaran recibos en blanco. Esto ocurría en la época en que no eran los ordenadores, sino las personas, quienes rellenaban los recibos.

Con el tiempo, el príncipe W. se volvió cada vez más atrevido, hasta que me pidió que persuadiera a Sally para que se fuese a vivir una temporada a su residencia privada en Arabia Saudí. Esa petición no era demasiado insólita en aquellos días. Existía un activo comercio de mujeres jóvenes entre ciertos países europeos y Oriente Próximo. Estas mujeres firmaban unos contratos por tiempo determinado, transcurrido el cual se volvían a casa con sus cuentas bancarias bien nutridas. Robert Baer, que ha sido analista de la dirección operativa de la CÍA durante veinte años, y especialista en Oriente Próximo, lo resume así: «A principios de la década de 1970, cuando empezaron a correr los petrodólares, algunos libaneses emprendedores empezaron a meter de contrabando en el reino prostitutas para los príncipes... Y como nadie de la familia real sabe cuadrar un talonario de cheques, esos libaneses se hicieron fabulosamente ricos».[1]

Yo conocía esa situación e incluso conocía algunas personas en condiciones de arreglar tales contratos. Pero esto tenía dos inconvenientes principales para mí: Sally y el pago. Estaba seguro de que Sally no se avendría a dejar Boston para ir a habitar una mansión del desierto en Oriente Próximo. Y era evidente que ninguna colección de recibos de restaurante en blanco alcanzaría a cubrir ese gasto.

El príncipe W. despejó la segunda de estas preocupaciones di-ciéndome que él se encargaría en persona de pagar a su nueva amante. Únicamente me pedía que le solucionase la intermediación. También me tranquilizó mucho cuando dijo que la Sally de Arabia Saudí no tenía por qué ser necesariamente la misma persona que le había acompañado en Estados Unidos. Entonces llamé a varios amigos que tenían contactos con libaneses de Londres y Amsterdam. Al cabo de unas dos semanas, una Sally sucedánea firmaba su contrato.

El príncipe W. era una persona complicada. Con Sally había satisfecho un deseo físico y yo me había ganado su confianza con mi habilidad al ayudarle en esto. Pero no estaba nada convencido de que el SAMA fuese una estrategia que él quisiera recomendar para su país. Tuve que trabajar muy duro para conseguir mi propósito. Dediqué muchas horas a enseñarle las estadísticas y a ayudarle a analizar los estudios que habíamos realizado para otros países, entre ellos, unos modelos econométricos que yo había desarrollado para Kuwait durante mi entrenamiento con Claudine, en los meses anteriores a mi desplazamiento

a Indonesia. Al final transigió.

Desconozco los detalles de lo ocurrido entre otros colegas míos gángsteres económicos y los demás personajes saudíes clave. Lo único que sé es que finalmente la familia real dio su aprobación a todo el paquete de medidas. MAIN, por su parte, fue recompensada con uno de los primeros y más lucrativos contratos, administrado por el departamento del Tesoro estadounidense. El encargo consistía en realizar una evaluación completa del desorganizado y anticuado sistema eléctrico del país y diseñar otro nuevo conforme a las normas técnicas vigentes en Estados Unidos.

Como de costumbre, me correspondió enviar el primer equipo de trabajo a fin de obtener las previsiones de desarrollo económico y carga eléctrica para cada región del país. Tres de los hombres que trabajaban para mí, todos ellos expertos en proyectos internacionales, se disponían a partir hacia Riad cuando nos llegó un comunicado del departamento jurídico recordando que según las condiciones del contrato estábamos obligados a haber montado un despacho en RIAD, y tenerlo en marcha, en el plazo de muy pocos meses, de los cuales ya había transcurrido uno, sin que nadie se hubiese fijado en esa cláusula. Además, nuestro acuerdo con el Tesoro estipulaba que todo el equipamiento debía ser de fabricación estadounidense o de Arabia Saudí. Como en este país no existía ninguna fábrica que produjese tal género de artículos, sería necesario enviarlo todo desde Estados Unidos. Grande fue nuestra consternación cuando nos enteramos de que los puertos de la península árabe estaban bloqueados por largas colas de petroleros esperando carga. Podían pasar meses antes de que entrasen en el reino los enseres enviados.

Pero no iba a ser MAIN quien perdiese un contrato valioso por culpa de un par de despachos amueblados. En una reunión de todos los interesados estuvimos reflexionando hasta encontrar la solución, que consistió en fletar un Boeing 747, cargado de enseres comprados en Boston y alrededores, y enviarlo rumbo a Arabia Saudí. Se me ocurrió entonces que sería bonito que ese avión perteneciese a la United Airlines y fuese pilotado por cierto comandante cuya esposa había desempeñado un papel tan esencial en persuadir a la Casa de Saud.

El acuerdo entre Estados Unidos y Arabia Saudí transformó el reino, prácticamente, de la noche a la mañana. Las cabras fueron sustituidas por doscientos camiones compactadoreá de residuos, ultramodernos, pintados de amarillo y suministrados por Waste Management, Inc. bajo

un contrato de 200 millones de dólares.[2] Todos los sectores de la economía saudí fueron modernizados de manera similar, desde la agricultura y la energía hasta la educación y las comunicaciones. Como observó Thomas Lippman en 2003:

> Un vasto y desértico paisaje de tiendas de nómadas y chozas de adobe de los campesinos ha sido reestructurado por los norteamericanos a su propia imagen y semejanza, desde el Starbucks de la esquina hasta las rampas para sillas de ruedas en los edificios públicos más recientes. Hoy Arabia Saudí es un país de autovías, ordenadores, centros comerciales con aire acondicionado y tiendas donde se encuentran los mismos chismes que en cualquier próspera urbanización estadounidense, hoteles elegantes, restaurantes de comidas rápidas, televisión vía satélite, hospitales ultramodernos, rascacielos de oficinas y parques temáticos llenos de diversiones.[3]

Los planes que concebimos en 1974 sentaron la norma para futuras negociaciones con los países ricos en petróleo. En cierta manera, SAMA/JECOR fue el segundo peldaño, después del que Kermit Roosevelt estableció en Irán. Suponía la incorporación de un innovador grado de sofisticación al arsenal de armas político-económicas que usaban la nueva generación de soldados que peseguían crear un imperio global.

El «caso del blanqueo de dinero árabe saudí» y la Comisión conjunta sentaron también nuevos precedentes de jurisprudencia internacional, como quedó bien claro con el caso de Idi Amin. En 1979, cuando el célebre dictador ugandés pasó al exilio, solicitó y obtuvo asilo en Arabia Saudí. Aunque todos le considerasen un déspota asesino causante de entre cien mil y trescientas mil víctimas, pudo jubilarse rodeado de lujos, sin exceptuar los coches y el servicio doméstico puestos a su disposición por la Casa de Saud. Desde Estados Unidos se oyeron discretas protestas, pero no se quiso insistir para no comprometer el entendimiento con los saudíes. Amin pasó los últimos años de su vida pescando y paseando por la playa, hasta que en 2003 murió de un fallo renal en Yiddah, a la edad de ochenta años.[4]

Más sutil, y en último término mucho más pernicioso, fue el papel que desempeñó Arabia Saudí al tolerársele la financiación del terrorismo internacional. Estados Unidos no hizo ningún secreto de su deseo de que la Casa de Saudí apoyase económicamente la guerra afgana de Osama bin Laden contra la Unión Soviética durante la década de 1980. Riad y Washington contribuyeron juntos con unos 3.500 millones de dólares a la

causa de los mujaidin.[5] Pero no quedó sólo en eso la participación estadounidense y saudí.

A finales de 2003 la *U.S. News & World Reportpublicó* un exhaustivo estudio titulado «La Conexión saudí». La revista había revisado miles de páginas de actas judiciales e informes de la inteligencia estadounidense y de otros países, entre otros documentos, y entrevistado a docenas de funcionarios públicos y expertos en terrorismo y en el Oriente Próximo. Entre sus resultados figura lo siguiente:

> Las pruebas eran innegables. Arabia Saudí, veterano aliado de Estados Unidos y primer país productor de petróleo del mundo, se había convertido de algún modo, como ha dicho un alto funcionario del departamento del Tesoro, en «el epicentro» de la financiación terrorista
>
> […]
>
> A partir de finales de la década de 1980 —después del doble trauma de la revolución iraní y de la guerra de los soviéticos en Afganistán— las organizaciones benéficas cuasi-oficiales de Arabia Saudí se convirtieron en fuente principal de fondos para el rápido crecimiento de la *yihad.* En una veintena de países, ese dinero se invirtió en montar campos de instrucción paramilitar, adquirir armamento y reclutar nuevos miembros [...]
>
> Seducidos por la generosidad saudí, los funcionarios estadounidenses miraron para otro lado, según declaran algunos oficiales de inteligencia. Miles de millones de dólares en contratos, subvenciones y salarios han beneficiado a un amplio grupo de ex funcionarios estadounidenses en tratos con los saudíes: embajadores, jefes locales de la CÍA e incluso secretarios de Estado [...]
>
> Las conversaciones intervenidas por vía electrónica implican a miembros de la familia real en la financiación de otros grupos terroristas además de a Al-Qaeda.[6]

Después de los atentados de 2001 contra el World Trade Center y el Pentágono han ido apareciendo más pruebas de la relación oculta entre Washington y Riad. En octubre de 2003 la revista *Vcmity Fair* publicó informaciones no reveladas con anterioridad en un trabajo de investigación titulado «Salvando a los saudíes». Lo que decían sobre las relaciones entre la familia Bush, la Casa de Saud y la familia Bin Laden no me sorprendió especialmente. Yo sabía que dichas relaciones databan por lo menos de la época del «caso del blanqueo de dinero árabe saudí», iniciado en 1974, y de la actividad de George H. W. Bush como embajador

ante Naciones Unidas (1971-1973) y como director de la CÍA (1976-1977). Lo sorprendente era que la prensa se hubiese enterado por fin. *Vanity Fair* concluía:

> La familia Bush y la Casa de Saud, que son las dos dinastías más poderosas del mundo, mantienen estrechos vínculos personales, de negocios y políticos desde hace más de veinte años
>
> En el sector privado, los saudíes sacaron de dificultades a Harken Energy, la petrolera en que participaba George W. Bush. Más recientemente, el ex presidente H. W. Bush y su veterano aliado el ex secretario de estado James A. Baker III intervinieron cerca de los saudíes a fin de allegar fondos para el Carlyle Group, probablemente el fondo de inversiones privado más grande del mundo. En la actualidad, el presidente Bush sigue siendo consejero de esa compañía, entre cuyos inversores figura, según se asegura, un saudí acusado de estar relacionado con grupos de apoyo a actividades terroristas [...]
>
> Días antes del 11-S, numerosos saudíes adinerados entre los que se encontraban varios miembros de la familia Bin Laden fueron sacados de Estados Unidos en aviones privados. Nadie dice haber autorizado esos vuelos y los pasajeros no fueron interrogados. ¿Tuvo eso algo que ver con las viejas relaciones entre la familia Bush y los saudíes?[7]

TERCERA PARTE

1975 -1981

17

Las negociaciones del Canal de Panamá y Graham Greene

Arabia Saudí ha impulsado muchas carreras. La mía iba bien encaminada desde antes, pero mis éxitos en el reino del desierto desde luego me abrieron puertas nuevas. En 1977 me había montado un pequeño imperio que incluía un equipo de unos veinte profesionales en nuestro cuartel general de Boston y una pléyade de asesores de otros departamentos y despachos de MAIN diseminados por todo el planeta. Me convertí en uno de los socios más jóvenes en la centenaria historia de la compañía. Además de mi título de economista jefe, ostentaba el de gerente de planificación económica y regional. Daba conferencias en Harvard y otros lugares y los periódicos me pedían artículos sobre los acontecimientos de actualidad.[1] Tenía un amarre para mi velero en el puerto de Boston al lado del histórico acorazado *Constitution,* alias «Oíd Ironsides», el mismo que sirvió para someter a los piratas berberiscos poco después de nuestra guerra de Independencia. Cobraba un sueldo excelente y tenía participaciones que prometían elevarme al selecto círculo de los millonarios antes de cumplir los cuarenta. Cierto que mi matrimonio había fracasado, pero amenizaba mi tiempo con bellas y fascinantes mujeres de varios continentes.

Bruno me propuso sus ideas para un planteamiento innovador en predicciones, un modelo econométrico basado en la obra de un matemático ruso de comienzos del siglo XX. El modelo consistía en asignar probabilidades subjetivas a las predicciones de crecimiento de determinados sectores específicos de cualquier economía. Parecía un instrumento ideal para justificar los exagerados índices de crecimiento que solíamos presentar en apoyo de nuestros inflados créditos. Así que Bruno me pidió que estudiase el concepto, a ver si me servía de algo.

Fiché para mi departamento a un joven matemático del MIT, el doctor Nadipuram Prasad, y le asigné un presupuesto. A los seis meses tenía a punto un desarrollo del método de Markov aplicado a los modelos

econométricos. Juntos elaboramos una serie de artículos técnicos destinados a presentar el método de Markov como un sistema revolucionario para predecir cómo repercuten sobre el desarrollo económico las inversiones en infraestructuras.

Era exactamente lo que necesitábamos: un instrumento que «demostrase» científicamente que estábamos haciéndoles un gran favor a los países cuando los ayudábamos a cargarse de préstamos que jamás estarían en condiciones de devolver. Por otra parte, incluso un economista altamente cualificado necesitaría mucho tiempo y dinero para comprender los intríngulis del método de Markov o cuestionar sus conclusiones. Los artículos fueron publicados por varias instituciones prestigiosas y presentados formalmente por nosotros en conferencias y universidades de varios países. Estos trabajos cobraron mucho prestigio en el sector —y nosotros, sus autores, también.[2]

Ornar Torrijos y yo hicimos honor a nuestro acuerdo secreto. Me aseguré de que nuestros estudios fuesen correctos y de que nuestras recomendaciones tuvieran presentes las necesidades de los pobres. Aunque llegaron a mis oídos algunas quejas porque mis previsiones para Panamá no aparecían tan infladas como de costumbre, y además se olfateaba en todo ello un recio relente a socialismo, la realidad fue que la administración de Torrijos iba adjudicando contratos a MAIN. En ellos se incluía una novedad: la elaboración de planes maestros innovadores que incluyesen a la agricultura junto con los sectores de infraestructura más tradicionales. Y fui testigo de los contactos entre Torrijos y Jimmy Cárter para la renegociación del tratado del Canal.

Estas negociaciones sobre el Canal generaron mucho interés y mucho apasionamiento en todo el mundo. La opinión pública en todas partes estaba expectante sobre si Estados Unidos iba a hacer lo que parecía justo al resto del mundo —es decir, permitir que los panameños asumieran el control — o si, por el contrario, trataríamos de restablecer nuestra versión global del Destino Manifiesto, algo maltrecha tras el desastre de Vietnam. A muchos les pareció que se había elegido para la presidencia de Estados Unidos a un hombre razonable y compasivo justo en el momento más oportuno. En cambio, los bastiones del conservadurismo en Washington y los pulpitos religiosos retumbaron de indignación. ¿Cómo era posible abandonar aquel baluarte de la defensa nacional, aquel símbolo del ingenio estadounidense, aquella franja de agua que ataba los destinos de Suramérica a los caprichos del interés comercial estadounidense?

Durante mis viajes a Panamá solía alojarme en el hotel Continental. Pero en mi quinta visita me pasé al otro lado de la calle para residir en el

Panamá, porque el Continental estaba en obras de reforma y el ruido era insoportable. Al principio la mudanza me molestó un poco, porque el Continental había sido como un segundo hogar. Pero luego, sentado en la fastuosa recepción, con sus sillones de mimbre y sus ventiladores de techo de anchas palas, empezó a gustarme el Panamá. Era como estar en el plato de *Casablanca;* uno podía imaginar que Humphrey Bogart iba a entrar en cualquier momento. Dejé a un lado el ejemplar de la *New York Review of Boóks,* tras acabar de leer un artículo de Graham Greene sobre Panamá, y levanté la mirada hacia los ventiladores mientras recordaba una velada ocurrida casi dos años antes.

—Ford es un presidente débil, que no será reelegido —había predicho Ornar Torrijos en 1975, hablando ante un grupo de panameños influyentes y siendo yo el único extranjero invitado al viejo y elegante club también con sus ventiladores de techo—. Por este motivo he decidido agilizar este asunto del Canal. Es el momento idóneo para lanzar una campaña política a todos los niveles con el fin de recuperarlo.

Ese discurso me inspiró. Cuando regresé al hotel escribí rápidamente una carta al *Boston Globe.* Uno de sus responsables reaccionó y cuando regresé a Boston llamó a mi despacho para invitarme a escribir un artículo de opinión. «En 1975 no ha lugar al colonialismo en Panamá» ocupó casi media plana junto a la página de los artículos editoriales en el número de 19 de septiembre de 1975.

El artículo citaba tres razones concretas para transferir el Canal a los panameños. Primera, «la situación actual es injusta, lo que constituye buen motivo para cualquier decisión». Segunda, «el tratado actual crea riesgos de seguridad mucho más graves de los que resultarían de la devolución a los panameños». Para argumentarlo, citaba un estudio realizado por la Comisión Interoceánica del Canal según cuyas conclusiones «el tráfico podría quedar colapsado durante dos años mediante la colocación de una bomba junto a la presa de Gatún, cosa que plausiblemente podría realizar un solo hombre», punto que el mismo general Torrijos había subrayado en público. Y tercero, «la situación actual origina serios problemas para unas relaciones Estados Unidos-Latinoamérica que no están pasando por su mejor momento». Y concluía diciendo:

> La mejor manera de asegurar el funcionamiento continuado y eficiente del Canal es ayudar a los panameños para que recuperen el control y la responsabilidad sobre él. Si lo hiciéramos así, podríamos enorgullecemos de iniciar una acción que reafirmaría el compromiso

> para con la causa de la autodeterminación que nosotros mismos abrazamos hace doscientos años. El colonialismo estaba tan de actualidad a la vuelta del siglo (alrededor del 1900) como en 1775. Es posible que la ratificación de semejante tratado pueda entenderse en el contexto de aquella época. Hoy carece ya de justificación. No ha lugar al colonialismo en 1975. Nosotros, que estamos celebrando nuestro bicentenario, deberíamos comprenderlo así y actuar en consecuencia.[3]

La publicación de este artículo fue una jugada atrevida por mi parte, sobre todo porque era reciente mi nombramiento como socio de MAIN y se esperaba que los socios evitaran a la prensa y, por supuesto, se abstuvieran de publicar diatribas políticas en las páginas de opinión del periódico más prestigioso de Nueva Inglaterra. Por el correo interior recibí montones de notas hostiles, la mayoría anónimas, grapadas con recortes del artículo. En una de ellas reconocí con toda seguridad la letra de Charlie Illingworth. Mi primer director de proyecto llevaba diez años en MAIN y yo sólo cinco, pero a él todavía no le habían hecho socio. En un lugar destacado de la nota había dibujado una calavera y las tibias cruzadas. El mensaje sólo decía: «¿De veras han hecho socio de nuestra empresa a este comunista?»

Bruno me llamó a su despacho y dijo:

— Este asunto te va a crear muchos disgustos. MAIN es una empresa bastante conservadora. Pero quiero que sepas que tu actitud me parece muy astuta. A Torrijos le encantará, supongo que ya le habrás enviado una copia. Bien. En cuanto a esos graciosos de nuestra oficina, los que consideran a Torrijos socialista, en el fondo no les importará un rábano con tal de que los contratos sigan entrando.

Bruno tenía razón, como de costumbre. Estábamos ya en 1977, con Cárter en la Casa Blanca, y las negociaciones sobre el Canal iban en serio. Muchas competidoras de MAIN se habían equivocado de alianzas y no tenían nada que hacer en Panamá, mientras nosotros teníamos trabajo a manos llenas. Y yo estaba sentado en la recepción del hotel Panamá y había acabado de leer el artículo publicado por Graham Greene en la *New York Review ofBooks.*

El articulo, «El país con cinco fronteras», era un texto atrevido que incluía un comentario sobre los casos de corrupción entre la oficialidad superior de la Guardia Nacional panameña. El autor señalaba que el mismo general había confesado la concesión de privilegios especiales a muchos de sus colaboradores, por ejemplo mejores viviendas, diciendo «si no los pago yo, lo hará la CÍA». La implicación evidente era que las

organizaciones de inteligencia estadounidenses se hallaban decididas a contrariar los designios del presidente Cárter, y que si fuese necesario no titubearían en sobOmar a los jefes militares panameños a fin de sabotear las negociaciones del tratado.[4] No pude dejar de preguntarme si los chacales estarían rondando ya a Torrijos.

Yo había visto una fotografía en la sección «Gente» de la revista *Time*, o quizá fuera en *Newsweek*, en la que Torrijos aparecía reunido con Greene. El titular decía que el escritor era un invitado especial que había llegado a ser un buen amigo. Me pregunté qué le parecería al general eso de que el novelista, en quien por lo visto confiaba, hubiese escrito un artículo tan crítico.

Este artículo de Graham Greene planteaba otro interrogante, vinculado con aquel día de 1972 en que me vi cara a cara con Torrijos con una mesita y unos servicios de café por medio. En aquella época yo había dado por supuesto que Torrijos sabía que el juego de la ayuda externa estaba planteado para hacerle rico a él mientras el país quedaba sumido en el endeudamiento. Estaba seguro de que no ignoraba que el proceso se basaba en el supuesto de que todos los hombres son corruptibles, y que su decisión de no lucrarse personalmente y de aplicar la ayuda extranjera en verdadero beneficio de su pueblo sería considerada por algunos una amenaza capaz de arruinar todo el sistema. El mundo miraba a ese hombre, y sus actos tenían ramificaciones que iban mucho más allá de Panamá y por tanto no serían tomados a la ligera.

Me había preguntado cómo reaccionaría la corporatocracia si los créditos concedidos a Panamá se empleaban en beneficio de los pobres sin contribuir a una deuda impagable. Ahora me preguntaba si Torrijos se arrepentiría del acuerdo alcanzado conmigo aquel día —por mi parte, tampoco estaba muy seguro de haber acertado. Había renegado de mi papel de gángster económico. Había jugado su partida, no la mía, al aceptar su proposición de sinceridad mutua a cambio de más contratos. En términos puramente económicos había sido una decisión beneficiosa para MAIN. Pero de todas maneras contradecía lo que me había enseñado Claudine, puesto que no favorecía la expansión del imperio global. ¿Se había soltado a los chacales?

Recuerdo que el día que salí del *bungalow* de Torrijos pensé que la historia de Latinoamérica abundaba demasiado en héroes muertos. Un sistema basado en corromper a los personajes públicos no suele ser piadoso con los personajes públicos que se niegan a ser corrompidos.

En ese momento creí ver visiones. Una figura conocida cruzaba la recepción a paso lento. Estaba tan confuso que llegué a creer que era

Humphrey Bogart. Pero hacía años que Bogart estaba muerto. Entonces reconocí en el hombre que pasaba.de largo a uno de los genios de la literatura contemporánea en inglés. El autor de *El poder y la gloria,* de Los *comediantes,* de *Nuestro hombre en La Habana* y del artículo que yo acababa de dejar a mi lado sobre la mesita. Graham Greene titubeó un momento, miró a su alrededor y se encaminó hacia la cafetería.

Sentí la tentación de llamarlo o de echar a correr detrás de él, pero me contuve. Una voz interior me advirtió que quizá necesitaba estar a solas consigo mismo — otra me dijo que tal vez me rehuiría. Recogí la *New York Review ofBooksy* un instante más tarde me sorprendí al hallarme junto a la entrada de la cafetería. Había desayunado antes y el jefe del servicio me miró con sorpresa. Miré a mi alrededor. Graham Greene estaba solo, sentado a una mesa junto a la pared. Señalé la mesa vecina.

—Allí —le dije al empleado—. ¿Puedo desayunar otra vez?

Como he dicho, yo siempre doy propina. El *maítre* sonrió con aire de complicidad y me condujo a la mesa.

El novelista estaba enfrascado en su periódico. Pedí un café y un cruasán con miel. Deseaba averiguar las opiniones de Greene sobre Panamá, Torrijos y el asunto del Canal, pero no veía la manera de iniciar la conversación. Entonces él alzó los ojos disponiéndose a tomar un sorbo de su vaso.

—Disculpe —dije.

El me miró algo incomodado, o así me lo pareció.

-¿Sí?

—Perdone la molestia, pero ¿usted es Graham Greene, verdad?

—Eso creo — sonrió él —. En Panamá no se me conoce mucho.

Hablando como una ametralladora le dije que él era mi novelista favorito y le expuse mi curriculum, sin omitir mi trabajo en

MAIN ni mis reuniones con Torrijos. Él preguntó si era yo el consultor que había escrito un artículo diciendo que Estados Unidos debía **dejar** Panamá.

— En el *Boston Globe,* si no recuerdo mal.

Quedé asombrado.

—Un texto valiente, habida cuenta de la situación de usted. ¿Quiere acompañarme?

Me trasladé a su mesa y estuvimos como una hora y media charlando. Durante la conversación me di cuenta de que le había tomado mucho afecto a Torrijos. A ratos hablaba del general como un padre refiriéndose a su hijo.

—El general me invitó a escribir un libro sobre su país —dijo—. Estoy

en ello. Esta vez no será una novela... es algo fuera de lo habitual en mí.

Le pregunté por qué solía escribir novelas en vez de obras de no ficción.

—La narrativa es más segura —contestó—. Muchos de mis temas son conflictivos. Vietnam. Haití. La revolución mexicana. Muchos editores tendrían miedo de publicar un libro que tratase de los hechos reales.

Hizo un ademán hacia mi *New York Review of Books,* que yo había dejado sobre la mesa.

—Una palabra así puede hacer mucho daño —y agregó sonriendo—: Además, prefiero la narrativa. Me concede más libertad.

Luego, mirándome con intención, dijo:

—Lo importante es escribir sobre cosas serias. Como su artículo del *Globe* acerca del Canal.

Su admiración hacia Torrijos era evidente. Por lo visto, el jefe de Estado panameño no impresionaba sólo a los pobres y desheredados. También era obvia la preocupación de Greene por la vida de su amigo.

—Atreverse con el Gigante del Norte es empresa ardua. —Meneó la cabeza, atribulado—. Temo por su seguridad.

Dicho esto se puso en pie.

—Tengo que tomar un avión para Francia. —Al tiempo que me ofrecía la mano y, mirándome fijamente, dijo—: ¿Por qué no escribe usted un libro? —y luego agregó asintiendo con la cabeza como para darme ánimos —: Lo lleva dentro. Pero recuerde, hay que tratar de cosas serias.

Luego giró sobre sus talones y se alejó, pero enseguida volvió sobre sus pasos.

— No se preocupe. El general triunfará y conseguirá la devolución del Canal.

Torrijos lo consiguió. El mismo año 1977 negoció con éxito dos tratados con el presidente Cárter que formalizaban la transferencia tanto de la Zona como del Canal a control panameño. Faltaba que la Casa Blanca persuadiese al Congreso. La batalla de la ratificación fue larga y difícil. En la votación final, el tratado quedó ratificado por mayoría de un solo voto. Los conservadores juraron venganza.

Muchos años después, cuando apareció el libro documental de Graham Greene *Conoríendo al generfd,* iba dedicado «a los amigos de mi amigo Ornar Torrijos en Nicaragua, El Salvador y Panamá».[5]

18

Irán y su Rey de Reyes

Entre 1975 y 1978 visité Irán con frecuencia. A veces viajaba de ida y vuelta entre Latinoamérica o Indonesia y Teherán. El sha de shas (literalmente, «Rey de Reyes» que era su título oficial) planteaba una situación que no se asemejaba en nada a la de los demás países donde trabajábamos.

Irán tenía petróleo en abundancia y, al igual que Arabia Saudí, no necesitaba endeudarse para financiar su ambiciosa lista de proyectos. Pero Irán difería en grado significativo de Arabia Saudí, aun hallándose también en Oriente Próximo, por la densidad de su población y por no ser ésta de etnia árabe, aunque sí de religión musulmana mayoritariamente. Además el país presentaba una larga historia de conflictos políticos, tanto internos como en sus relaciones con los vecinos. En consecuencia, elegimos una vía diferente: Washington y el mundo empresarial unieron fuerzas para presentar al sha como un símbolo del progreso.

Mediante un esfuerzo enorme, se intentó representar ante la opinión mundial lo que era capaz de conseguir un amigo fuerte y democrático de los intereses empresariales y políticos de Estados Unidos. Nada importaba su título, tan obviamente antidemocrático, ni en el hecho algo menos obvio del golpe orquestado por la CÍA contra aquel primer ministro democráticamente elegido; Washington y sus aliados europeos estaban decididos a presentar el régimen del sha como una alternativa frente a aquellos que como Iraq, Libia, China y Corea permitían que aflorase una corriente de antiamericanismo cada vez más poderosa.

Todo parecía indicar que el sha era progresista y amigo de los desfavorecidos. En 1962 dispuso el reparto de los grandes latifundios. El año siguiente inauguró su «revolución blanca», que incluía un extenso programa de reformas socioeconómicas. Con el creciente poderío de la OPEP en el decenio de 1970, el sha llegó a ser un líder mundial cada vez más influyente. Al mismo tiempo, Irán se convirtió en la mayor potencia militar del Oriente Próximo musulmán.[1]

MAIN intervino en proyectos que afectaban a casi todas las regiones del país, desde zonas turísticas a orillas del mar Caspio, al norte, hasta instalaciones militares secretas que dominaban el estrecho de Ormuz, al

sur. Una vez más, lo principal de nuestra misión consistió en estudiar las posibilidades regionales y, según resultasen los pronósticos, diseñar las capacidades de generación eléctrica así como los sistemas de transporte y de distribución, puesto que la energía era indispensable para impulsar el crecimiento industrial y comercial correspondiente a aquellas predicciones.

Con el tiempo llegué a visitar la mayor parte de las regiones principales. Seguí la ancestral ruta de las caravanas a través de las montañas del desierto, desde Kirman hasta Bandar'Abbas. Paseé por las ruinas de Persépolis, el legendario palacio de los reyes antiguos que fue una de las maravillas del mundo clásico. Vi los monumentos más famosos y espectaculares del país: Shiraz, Isfahan y el campamento de lujo alzado cerca de Persépolis para la solemne coronación del sha. Estos viajes me hicieron concebir un profundo afecto al país y a la complejidad de sus gentes.

A primera vista, Irán parecía un modelo ejemplar de cooperación entre cristianos y musulmanes. No tardé en descubrir que aquella apariencia tranquila encubría profundos resentimientos.

Una noche, en 1977, regresé tarde al hotel y cuando entré en mi habitación vi que me habían deslizado un papel por debajo de la puerta. La firma me sorprendió. Era de un hombre llamado Yamin. No lo conocía, pero me lo habían señalado durante una sesión de coordinación con las autoridades como un radical notorio, y de lo más subversivo. Con una bella caligrafía inglesa me invitaba a reunirme con él en un determinado restaurante. Pero incluía una advertencia: que acudiese solamente en el caso de estar dispuesto a explorar un aspecto de Irán que la mayoría de las gentes «de mi posición» nunca llegaba a ver. Me pregunté qué idea tendría Yamin de mi verdadera posición. Era consciente de que iba a correr un gran riesgo. Pero al mismo tiempo, la tentación de conocer a aquel enigmático personaje era irresistible.

El taxi me dejó delante de una puertecilla abierta en una tapia muy alta, tanto que ocultaba por completo el edificio. Una bella iraní con una larga túnica negra me dio la bienvenida y me introdujo en un pasillo iluminado por artísticas lámparas de aceite que colgaban de un techo muy bajo. Al final entré en una estancia vivamente iluminada. Era como hallarse en el interior de un diamante, su resplandor me cegaba. Cuando por fin mis ojos se acostumbraron, vi las paredes consteladas de piedras semipreciosas y madreperla. El restaurante estaba iluminado por numerosos cirios blancos puestos en artísticos candelabros de bronce.

Un hombre alto, de cabello largo y negro, que lucía traje azul marino visiblemente hecho a medida, se acercó y me estrechó la mano. Cuando Yamin habló para presentarse, su acento me dio a entender que aquel iraní se había criado en los mejores internados británicos, y desde luego

' no me encajaba con ninguna imagen de radical subversivo. Pasamos entre las mesas ocupadas por parejas que cenaban tranquilamente y me llevó a un reservado en donde, según dijo, podríamos hablar con total confidencialidad. Tuve la nítida impresión de que aquel restaurante servía para citas amorosas clandestinas. La nuestra probablemente era la única no romántica de aquella noche.

Yamin estuvo muy cordial. Durante nuestra conversación comprendí que había visto en mí a un consejero económico sin otras segundas intenciones. Explicó que me había elegido porque sabía que yo había sido voluntario del Peace Corps y también le habían dicho que aprovechaba todas las ocasiones posibles para familiarizarme con su país y codearme con su gente.

— Es usted muy joven, comparado con la mayoría de sus colegas —observó—. Demuestra un sincero interés hacia nuestra historia y nuestros problemas actuales. En eso reside nuestra esperanza.

Estas palabras, así como la situación, el aspecto del interlocutor y la presencia de tantas personas en el restaurante, me tranquilizaron hasta cierto punto. Para mí no era nuevo que se intentase trabar amistad conmigo, como me había ocurrido con Rasy en Java y con Fidel en Panamá. Lo aceptaba como un cumplido y una oportunidad. Tenía conciencia de ser distinto de otros norteamericanos; me enamoraba de los lugares que visitaba. He averiguado que la gente toma confianza enseguida cuando uno abre los ojos, los oídos y el corazón a su cultura.

Yamin me preguntó si estaba al corriente del proyecto llamado «Desierto Florido».[2]

—El sha cree que nuestros desiertos fueron en otros tiempos llanuras fértiles y espléndidos bosques. Al menos, eso es lo que dice. Según su teoría, en tiempos de Alejandro Magno maniobraban por estas tierras ejércitos inmensos con un séquito de millones de cabras y ovejas. Los rebaños se comieron la hierba y toda la vegetación. La desaparición del manto vegetal trajo la sequía y, con el tiempo, toda la región se desertificó. Ahora, dice el sha, bastará repoblar plantando millones y más millones de árboles. De esa manera, las lluvias volverán por arte de magia y los desiertos volverán a florecer. Por supuesto, habrá que gastar miles de millones de dólares en semejante operación —sonrió con aire condescendiente —. Las compañías como la suya se alzarán con grandes beneficios.

—Me parece que no cree usted en esa teoría.

—El desierto es un símbolo. Convertirlo en un vergel implica mucho más que agricultura.

Varios camareros se acercaron portando bandejas de platos iraníes bellamente presentados. Tras solicitar mi permiso, Yamin procedió a elegir un surtido para los dos. Hecho esto se volvió de nuevo hacia mí.

—Quiero hacerle una pregunta, señor Perkins, si no es impertinencia. ¿Qué fue lo que destruyó las culturas de los nativos de su país, los indios?

Contesté que eso se debió a muchos factores, entre ellos la codicia y la superioridad de las armas de fuego.

—Sí, cierto. Pero por encima de todo, ¿lo que ocurrió no puede resumirse en la destrucción del medio ambiente?

Y pasó a explicar cómo una vez extinguidos los bosques y los animales como el bisonte, las culturas caen por la desaparición de sus fundamentos.

— Es lo mismo que puede pasar aquí, ¿comprende? —concluyó—. El desierto es nuestro medio ambiente. El proyecto del Desierto Florido amenaza con la destrucción de todo nuestro tejido social. ¿Vamos a permitir que eso suceda?

Contesté que según tenía entendido, toda la inspiración del proyecto se la había sugerido al sha su propio pueblo. El soltó una carcajada sarcástica y dijo que la idea había sido implantada en el cerebro del soberano por la administración estadounidense, y que el sha no era más que un títere de nuestras autoridades.

—Un persa auténtico jamás permitiría cosa semejante —dijo Yamin, y se lanzó a una larga disertación sobre los vínculos entre su pueblo, los beduinos y el desierto. Comentó que muchos iraníes habitantes de las ciudades pasaban en el desierto sus vacaciones. Montaban tiendas con capacidad suficiente para toda la familia y se quedaban viviendo en ellas una semana o más.

—Nosotros, mi pueblo, somos parte del desierto. El pueblo al que el sha dice gobernar con su mano de hierro no se limita a ser del desierto. Nosotros *somos el* desierto.

A continuación me contó varias anécdotas de sus experiencias personales en el desierto. Concluida la velada, me acompañó hasta la salida. Mi taxi esperaba en la calle. Yamin me estrechó la mano y me manifestó su agradecimiento por el tiempo que le había dedicado. De nuevo hizo alusión a mi juventud y mi actitud abierta, y al hecho de que mi posición le inspiraba esperanza de cara al porvenir.

—Celebro que haya concedido este rato a mi humilde persona —dijo reteniendo mi mano—. Querría pedirle un favor más, uno solo. No es un capricho. Se lo pido únicamente porque después de lo que hemos comentado esta noche me consta que entenderá usted la importancia de la cuestión, y le permitirá comprender otras muchas cosas. •

—¿En qué puedo complacerle?

— Me gustaría presentarle a un amigo mío, un hombre que le contará muchas cosas de nuestro Rey de Reyes. Tal vez le chocará, pero le prometo que no lamentará usted el tiempo que le dedique.

19

Confesiones de un hombre torturado

Varios días después, Yamin me sacó de Teherán. El coche cruzó un barrio de chabolas polvoriento y degradado, recorrió una vieja pista para camellos y siguió hasta el borde del desierto. Mientras el sol se ponía detrás de la ciudad, se detuvo junto a un grupo de barracas de adobe que se alzaban en medio de un palmeral.

—Es un oasis muy antiguo —me explicó—. De muchos siglos antes de Marco Polo.

Echó a andar hacia una de las casuchas.

—El hombre que vive ahí es doctor en filosofía por una de las universidades de ustedes más prestigiosas. Por razones que entenderá enseguida, nuestro anfitrión debe permanecer en el anonimato. Llamémosle Doc.

Llamó a la puerta de madera y se oyó una respuesta sofocada. Yamin empujó la puerta y me hizo pasar. La estancia era pequeña, sin ventanas, alumbrada sólo por un candil de aceite puesto sobre una mesa baja que se hallaba en un rincón. Cuando mis ojos se habituaron a la penumbra vi que el piso de tierra estaba cubierto de alfombras persas. Luego distinguí la silueta de un hombre. Estaba sentado delante del candil, de manera que no se le veían las facciones. Únicamente se adivinaba que estaba envuelto en mantas y tenía algo enrollado en la cabeza. Ocupaba una silla de ruedas, que con la mesita era el único mobiliario de la habitación. Con un ademán, Yamin me indicó que me sentara sobre una alfombra. Él se incorporó y fue a abrazar al hombre con afecto, le susurró unas palabras al oído y luego fue a sentarse otra vez a mi lado.

—Ya le hablé del señor Perkins —dijo — . Es un honor para ambos la oportunidad que nos brinda de visitarle, señor.

—Bienvenido, señor Perkins. —Hablaba sin apenas acento discernible, en voz baja y ronca. Me incliné hacia él como tratando de reducir la escasa distancia que había entre ambos—. Lo que tiene delante es un hombre roto. No siempre he sido así. En otro tiempo fui fuerte, como usted, y un íntimo consejero del sha, con cuya confianza contaba.

Hubo una larga pausa.

— El Sha de Shas, el Rey de Reyes. — El acento era más de tristeza que de resentimiento—. He conocido en persona a muchos dirigentes mundiales. Eisenhower, Nixon, De Gaulle. Ellos confiaron en mí para ayudar a conducir a este país al capitalismo. El sha confiaba en mí, y yo...

—Emitió un sonido que pudo ser algo de tos pero yo interpreté como una risa sorda—. Yo confiaba en el sha, creía en su retórica. Estaba convencido de que el sha conduciría el mundo musulmán hacia una nueva época, de que Persia haría honor a su compromiso, al que parecía nuestro destino... el del sha, el mío, el de todos los que cumplíamos con el designio al que nos creíamos destinados.

El montón de mantas se movió, la silla de ruedas rechinó y giró un poco. Nuestro interlocutor quedó recortado de perfil al contraluz. Vi la barba enmarañada y entonces, sobrecogido, un rostro plano. ¡Le faltaba la nariz! Me estremecí y contuve una exclamación.

— Desagradable espectáculo, ¿verdad, señor Perkins? Lástima que no pueda verlo a plena luz. Es de lo más grotesco.

Una vez más aquella risa ahogada.

— Creo que comprenderá mi deseo de permanecer en el anonimato. Es obvio que podría averiguar mi identidad si se empeñase en ello, pero quizá le dirían que estoy muerto. Oficialmente, he dejado de existir.

Confío en que no lo intente usted. Es mejor para usted y para su familia seguir ignorando quién soy. El brazo del sha y de la SAVAK es muy largo y llega a todas partes.

La silla de ruedas rechinó y recuperó su posición anterior. Sentí un poco de alivio, como si dejando de ver el perfil se remediase en algo la violencia infligida. Por aquel entonces desconocía yo esa costumbre de algunas culturas islámicas. A los individuos responsables de deshonrar o atraer la desgracia sobre la sociedad o sus jefes, se les castiga cortándoles la nariz. De este modo, quedan marcados de por vida, como bien demostraba el semblante de mi anfitrión.

—Sin duda se preguntará por qué le he invitado a venir, señor Perkins. —Sin esperar contestación, el hombre de la silla de ruedas continuó—: Pues bien, ese hombre que se hace llamar Rey de Reyes en realidad es un subdito de Satán. Su padre fue depuesto por la CÍA, lamento decir que con mi ayuda, porque decían que era colaborador de los nazis. Y luego sucedió el desastre de Mosaddeq. Hoy nuestro soberano está superando a Hitler en los caminos del mal. Y lo hace con pleno conocimiento y apoyo de su gobierno.

—¿Porqué?

—Muy sencillo. Es el único aliado verdadero que tienen ustedes en Oriente Próximo, y el mundo industrializado gira alrededor de ese eje del petróleo que es Oriente Próximo. También tienen a Israel, desde luego, pero eso es una carga, no una baza. Ni tampoco hay petróleo allí. Sus políticos necesitan conquistar al votante judío. Necesitan el dinero judío para financiar sus campañas. Así que no tienen otro remedio sino continuar con Israel, me temo. Sin embargo, la clave es Irán. Las compañías petroleras, que esgrimen incluso más poder que los judíos, nos necesitan. Ustedes necesitan a nuestro sha... o creen necesitarlo, al igual que creían necesitar a los corruptos dirigentes de Vietnam.

—¿Qué es lo que está sugiriendo? ¿Irán equivale a Vietnam?

—Es mucho peor, en potencia. Sabe, este sha no va a durar mucho. El mundo musulmán le odia. Y no digo únicamente los árabes, sino los musulmanes de todas partes, de Indonesia, de Estados Unidos... Pero sobre todo, los de aquí. Su propio pueblo persa.

Se oyó un golpe sordo y me di cuenta de que había dado con el puño en el brazo del sillón.

— ¡Es el mal en persona! ¡Los persas le aborrecemos!

Se hizo un silencio, como si la alteración lo hubiese fatigado en exceso.

—Doc se halla muy próximo a la postura de los mullahs —me dijo Yamin, hablando en voz baja—. Hay una poderosa corriente subversiva entre las facciones religiosas, y se ha propagado por todo el país, excepto entre el reducido grupo de mercaderes beneficiarios del capitalismo del sha.

—No lo dudo —respondí—. Pero debo decir que en mis cuatro visitas a este país no he visto nada de eso. Mis interlocutores siempre se han mostrado encantados con el sha y agradecen el desarrollo económico.

—Esto es porque no habla usted farsi —observó Yamin—. Sólo oye lo que le cuentan los más beneficiados por el sistema, los que han estudiado en Estados Unidos o en Inglaterra y que ahora trabajan para el sha. Aquí Doc es una excepción... por ahora.

Hizo una pausa como para sopesar bien lo que iba a decir.

—Lo mismo ocurre con sus periodistas. Sólo hablan con su entorno próximo, con su círculo. Y, ademas, buena parte de esa prensa está controlada por las compañías petroleras. De modo que oyen lo que desean escuchar y escriben lo que sus anunciantes quieren leer.

—¿Por qué estamos diciéndole todo esto, señor Perkins? —habló Doc con la voz aún más ronca que al principio. Parecía que el esfuerzo de hablar y las emociones le robasen las escasas energías que sin duda había procurado economizar para aquella reunión—. Pues porque nos gustaría

conseguir que vaya y persuada a su compañía para que se marchen de nuestro país. Quiero advertirle. Aunque crean que tienen un gran negocio aquí, es una ilusión. Este régimen no va a durar. —Una vez más descargó la mano sobre el brazo del sillón—. Y cuando caiga, los que le sustituyan no tendrán ninguna simpatía para con ustedes y los que son como ustedes.

—¿Que no cobraremos, quiere decir?

Doc tuvo un ataque de tos y le faltó poco para ahogarse. Yamin se acercó a darle fricciones en la espalda. Cuando acabó el sofoco, le habló a Doc en farsi y luego regresó a mi lado.

— Esta conversación debe terminar —me anunció Yamin—. Pero antes contestaremos a su pregunta. Está usted en lo cierto. No cobrarán. Harán todo el trabajo y a la hora de percibir los honorarios el sha ya no estará aquí.

Durante el camino de regreso le pregunté a Yamin qué más les daba a ellos si MAIN se ahorraba o no el desastre financiero que Doc había pronosticado.

—Celebraríamos ver la quiebra de esa compañía. Pero preferimos que se vayan ustedes de Irán. La marcha de una empresa como la suya podría sentar un precedente, o así lo esperamos. ¿Entiende? No deseamos que haya un baño de sangre aquí, pero el sha debe irse y somos partidarios de intentar cualquier cosa que lo facilite. Por eso rezamos a Alá para que consiga usted convencer a su señor Zambotti, ahora que todavía están a tiempo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Durante la cena que tuvimos, al hablar del proyecto del Desierto Florido me pareció que usted estaba abierto a la verdad. Entonces supe que nuestras informaciones eran correctas. Usted es un hombre entre dos mundos, un mediador.

Me pregunté cuántas cosas más sabrían acerca de mí.

20

La caída de un rey

Una tarde de 1978 estaba solo, sentado en el lujoso bar adosado a la recepción del hotel Intercontinental de Teherán, cuando noté que alguien me tocaba la espalda. Me volví. Era un iraní corpulento, en traje occidental.

—¡John Perkins! ¿No me reconoces?

—El ex futbolista había engordado muchos kilos, pero su voz era inconfundible. Se trataba de Farhad, mi amigo de los tiempos de Middlebury. Hacía más de diez años que no nos veíamos. Nos abrazamos y fuimos a sentarnos a una mesa. Enseguida resultó evidente que él lo* sabía todo acerca de mí y de mi trabajo, y no menos evidente que no iba a dejar que trasluciera demasiado del suyo.

—Vayamos al grano —dijo después de pedir la segunda ronda de cervezas—. Mañana me voy a Roma, donde viven mis padres. Tengo pasaje para ti en el mismo vuelo. Aquí las cosas van a ponerse muy feas. Es mejor que te marches.

Y me dio un billete de avión. Ni se me ocurrió poner en duda sus palabras.

Llegados a Roma, cenamos en casa de los padres de Farhad. Su padre, un general iraní retirado que en una ocasión se interpuso en la trayectoria de una bala para evitar que el sha muriese en un atentado, estaba muy desengañado con su ex jefe. Dijo que en los últimos años el soberano había revelado su auténtica manera de ser, su arrogancia y su codicia. Según el general, la política estadounidense —en especial el apoyo incondicional a Israel, a los líderes corruptos y a los gobiernos despóticos— era la causa del odio que inundaba Oriente Próximo. Predijo que la caída del sha era cuestión de meses.

— Ustedes sembraron la semilla de esta rebelión a comienzos de los años cincuenta, ¿sabe? Cuando derribaron a Mosaddeq. Eso les pareció muy hábil entonces... y a mí también. Pero ahora las consecuencias caerán sobre ustedes, mejor dicho sobre todos nosotros.[1]

Quedé atónito ante estos pronunciamientos. Algo parecido me habían

dicho Yamin y Doc, pero viniendo de aquel hombre cobraban otro significado nuevo para mí. En esa época todo el mundo conocía la existencia de un movimiento fundamentalista islámico en la clandestinidad, pero nos habíamos convencido de que el sha gozaba de inmensa popularidad entre la mayoría de su pueblo y de que, por tanto, era políticamente invencible. Pero el general era categórico.

— Recuerde lo que voy a decirle — dijo en tono solemne—. La caída del sha no será más que el comienzo. Será un anticipo del rumbo que va a tomar todo el mundo musulmán. La cólera ha hervido demasiado tiempo oculta bajo la arena. No tardará en hacer erupción.

Durante esa cena se habló mucho del ayatolá Ruhollah Jomeini. Tanto Farhad como su padre dejaron bien claro que no compartían su chiísmo fanático, pero estaban visiblemente impresionados por el mucho terreno que le había conquistado al soberano. Me contaron que ese mullah, cuyo nombre significa «inspirado por Dios», era de una familia chiíta de estudiosos de los textos sagrados y había nacido en 1902 en una aldea cercana a Teherán.

A comienzos de la década de 1950 Jomeini se abstuvo de intervenir en la lucha entre Mosaddeq y el sha. Pasó a la oposición activa en el decenio siguiente y sus críticas contra el sha fueron tan virulentas que motivaron su destierro a Turquía, primero, y luego a la ciudad santa iraquí de An Najaf, desde donde se convirtió en el líder reconocido de la oposición. Enviaba cartas, artículos y mensajes grabados invitando al levantamiento de los iraníes, a la deposición del monarca y a la creación de un Estado clerical.

Dos días después de aquella cena con Farhad y sus padres, se recibieron de Irán las primeras noticias de atentados con bomba y disturbios. El ayatolá Jomeini y sus mullahs, los clérigos musulmanes, iniciaban la ofensiva que no tardaría en llevarlos al poder. Después de esto los acontecimientos se sucedieron rápidamente. La cólera que había descrito el padre de Farhad estalló, en efecto, y se convirtió en una violenta insurrección islamista. El sha huyó a Egipto en enero de 1979, donde se le diagnosticó un cáncer que le llevó a una clínica neoyorquina.

Los seguidores del ayatolá Jomeini exigieron su regreso. En noviembre de 1979, una multitud islamista asaltó la embajada de Estados Unidos en Teherán y retuvo a cincuenta y dos rehenes estadounidenses durante cuatrocientos cuarenta y cuatro días.[2] El presidente Cárter intentó negociar la puesta en libertad de los rehenes. Ante su fracaso, ordenó una operación militar de rescate, que se lanzó en abril de 1980. Fue un desastre, y fue el martillo que clavó el último clavo en el féretro de la

presidencia de Cárter.

Pese a su enfermedad, el sha se marchó de Estados Unidos forzado por la tremenda presión de numerosos grupos comerciales y políticos estadounidenses. Desde el día de su salida de Teherán había tenido muchas dificultades en hallar asilo, porque todos sus amigos le volvieron la espalda. Pero el general Torrijos se mostró compasivo una vez más y ofreció asilo en Panamá al sha, pese a desagradarle personalmente la política de éste. El soberano llegó y halló refugio en el mismo complejo turístico donde se había negociado no hacía mucho tiempo el nuevo Tratado del Canal.

Los mullahs musulmanes exigieron la devolución del sha a cambio de los rehenes de la embajada. En Washington, los adversarios de la renegociación del tratado acusaron a Torrijos de corrupción, de connivencia con el sha y de poner en peligro las vidas de ciudadanos estadounidenses. Ellos también exigían que el monarca fuese puesto en manos del ayatolá Jomeini. Irónicamente, sólo unas pocas semanas antes, muchos de ellos figuraban entre los más sólidos apoyos del sha. El antaño tan orgulloso Rey de Reyes regresó a Egipto, donde falleció del cáncer.

Se había realizado la predicción de Doc. MAIN y muchas de nuestras competidoras perdieron millones de dólares en Irán. El presidente Cárter perdió toda oportunidad de reelección y el tándem Reagan-Bush entró en Washington entre promesas de liberar a los rehenes, derribar a los mullahs, devolver la democracia a Irán y corregir la situación del Canal de Panamá.

Para mí las enseñanzas eran irrefutables. Irán ilustraba más allá de toda duda que Estados Unidos era una nación dedicada a negar su verdadero papel en el mundo. Parecía incomprensible que estuviéramos tan mal informados en lo tocante al sha y a la oleada de cólera que iba a levantarse contra él. Ni siquiera supimos verlo nosotros, los de las compañías que como MAIN teníamos despachos y personal en el país. Yo albergaba la convicción de que tanto la NSA como la CÍA estaban al corriente de lo que era obvio para Torrijos desde mucho antes, tal como él mismo me manifestó en nuestra entrevista' de 1972. Pero nuestros servicios de información nos habían alentado intencionadamente a permanecer ciegos y sordos ante ello.

21

Colombia, la clave de Latinoamérica

Arabia Saudí, Irán y Panamá ofrecían materia de estudio tan fascinante como inquietante, pero parecían al mismo tiempo excepciones a la regla general. Por la existencia de inmensas reservas de petróleo en los dos primeros países y la presencia del Canal en el tercero, no encajaban en la norma. La situación de Colombia, en cambio, era más típica y MAIN se adjudicó el proyecto y la dirección técnica de un magno sistema hidroeléctrico.

Un profesor universitario colombiano que estaba escribiendo un libro de la historia de las relaciones panamericanas me dijo una vez que Teddy Roosevelt había entendido la importancia de su país. Señalando Colombia en un mapa, el presidente estadounidense y ex combatiente voluntario en Cuba había dicho «es la clave del arco de Suramérica». No tengo comprobada esta anécdota, pero es verdad que vista en un mapa, Colombia parece la piedra que remata el resto del continente. Conecta a todos los países más meridionales con el istmo centroamericano, es decir, con los de América Central y del Norte.

Dijese Roosevelt estas palabras para describir a Colombia o no, lo cierto es que fueron muchos los presidentes que comprendieron la importancia crucial del país. Desde hace casi dos siglos, Estados Unidos viene contemplando a Colombia como la clave o, mejor dicho, como la puerta de entrada al hemisferio Sur para sus negocios y su política.

Colombia es también un país dotado de grandes bellezas naturales: playas espléndidas ribeteadas de palmerales tanto en la costa atlántica como en la del Pacífico, montañas majestuosas, pampas que rivalizan con los grandes llanos del Medio Oeste de Estados Unidos y enormes extensiones de bosque tropical húmedo con una enorme biodiversidad. Los habitantes también son de una particularidad especial, resultado de la combinación de los rasgos físicos, culturales y artísticos de distintas etnias, desde los aborígenes taironas hasta las diversas importaciones de África, Asia, Europa y el Oriente Próximo.

Históricamente, el papel de Colombia también ha sido crucial en la

historia y la cultura de América Latina. En la época colonial fue la sede del virreinato para todos los territorios españoles al norte del Perú y al sur de Costa Rica. Las grandes flotas de galeones zarpaban rumbo a España desde el puerto de Cartagena de Indias, con su carga de metales preciosos, de tesoros incalculables procedentes del sur, de lo que hoy es Chile y Argentina. Y muchas de las batallas cruciales para la independencia se libraron en Colombia. Por ejemplo, la de Boyacá en 1819, cuando las fuerzas al mando de Simón Bolívar derrotaron a los españoles.

En la época moderna Colombia tiene la reputación de producir algunos de los artistas, escritores, filósofos y otros intelectuales más brillantes de Latinoamérica, así como gobiernos responsables en lo fiscal y relativamente democráticos. Fue el modelo que se intentó aplicar a toda América Latina en el programa de reconstrucciones nacionales del presidente Kennedy. A diferencia de Guatemala, su gobierno no sufría el desprestigio de ser obra de la CÍA y, a diferencia de Nicaragua, era un gobierno electo que representaba una alternativa a las dictaduras de extrema derecha y a los regímenes comunistas. Por último, y a diferencia de tantos otros países, como los poderosos Brasil y Argentina, Colombia no desconfiaba de Estados Unidos. La imagen de esta nación como aliada fiable se ha mantenido, pese a la lacra de los cárteles de la droga.[1]

Las glorias de la historia colombiana tienen, sin embargo, la contrapartida del odio y la violencia. La sede del virrey español lo fue también de la Inquisición. Magníficos fuertes, haciendas y ciudades se alzaron sobre los huesos de los esclavos indios y africanos. Los tesoros que transportaban los galeones, los objetos de culto y las piezas artísticas maestras que se llevaban previamente fundidas para facilitar su transporte, eran arrancados de los corazones de razas antiguas cuyas culturas arrasaban al mismo tiempo las espadas de los conquistadores y sus enfermedades contagiosas. En época más reciente, una controvertida elección presidencial de 1945 produjo una profunda división entre los partidos políticos y dio lugar al período llamado *La Violencia* (1948-1957), en el que perecieron más de doscientas mil personas.

Pese a los conflictos y a las paradojas, históricamente tanto Washington como Wall Street han visto siempre en Colombia un factor esencial para la promoción de sus intereses políticos y comerciales panamericanos. Lo cual se debe a varios factores, además de a la crucial situación geográfica del país. Entre ellos, la percepción de que todos los dirigentes del hemisferio miran a Bogotá en busca de inspiración y guía, y el hecho de que el país es al mismo tiempo un proveedor de muchos

artículos que compra Estados Unidos —el café, los plátanos, los productos textiles, las esmeraldas, las flores, el petróleo y la cocaína — y un mercado para los bienes y los servicios que ofrecemos.

Uno de los servicios más importantes que hemos vendido a Colombia durante la última parte del siglo xx es nuestra experiencia en ingeniería y construcción. Colombia fue un caso típico, entre los muchos lugares donde he trabajado. Resultaba relativamente fácil demostrar que el país era capaz de soportar ingentes volúmenes de deuda, y de amortizarla con los beneficios que aportasen tanto los proyectos mismos como los grandes recursos naturales de su territorio. Mediante fuertes inversiones en redes eléctricas, autovías y sistemas de telecomunicación, Colombia quedaría en condiciones de emprender la explotación de sus cuantiosos recursos gasísticos y petrolíferos y de sus regiones amazónicas apenas utilizadas todavía. Estos proyectos, a su vez, generarían las rentas necesarias para pagar los intereses y devolver los préstamos.

Todo esto, según la teoría. En la práctica, y en coherencia con nuestro verdadero propósito en el mundo, se trataba de someter a Bogotá y ampliar el imperio global. Mi misión, lo mismo que en tantas otras ocasiones, consistía en argumentar la necesidad de unos créditos abultadísimos. En Colombia no se contaba con ningún Torrijos. Por consiguiente, consideré que no me quedaba más salida que presentar predicciones exageradas de crecimiento de la economía y de la carga eléctrica.

Salvo algunos brotes de remordimiento por lo de mi trabajo, Colombia se convirtió en un refugio personal para mí. Ann y yo habíamos pasado un par de meses allí a comienzos de la década de 1970, e incluso habíamos depositado una fianza para la compra de un pequeño cafetal situado en las montañas cercanas a la costa caribeña. Creo que durante los días que estuvimos juntos nos hallamos más cerca que nunca de curar las antiguas heridas infligidas en los años precedentes. Sin embargo, al fin llegamos a la conclusión de que eran unas heridas demasiado profundas y nuestro matrimonio estaba ya deshecho cuando llegué a conocer el país más a fondo.

Durante esa década, MAIN había sido el adjudicatario de una serie de contratos para desarrollar varios proyectos de infraestructura que incluían una red de centrales hidroeléctricas así como la red de transporte para llevar la electricidad desde las profundidades de la selva hasta las ciudades de la región montañosa. Se me asignó un despacho en la ciudad costera de Barranquilla. Y fue allí donde conocí, en 1977, a una bella colombiana que llegó a ser la causante de importantes cambios en mi

vida.

Paula tenía el cabello largo y rubio, y ojos de un verde intenso, que no es la idea que muchos extranjeros tienen de las colombianas. Su padre y su madre eran inmigrantes oriundos del norte de Italia. Ella siguió la tradición familiar del diseño de moda, pero no se detuvo ahí sino que fundó un pequeño taller donde transformaba sus creaciones en prendas, que vendía en *boutiques* de lujo de todo el país así como en Panamá y Venezuela. Era una mujer profundamente compasiva, que me ayudó a superar algunos de los traumas personales de mi fracaso matrimonial, y también empezó a corregir algunas de mis actitudes hacia las mujeres que afectaban negativamente a mi conducta. También me enseñó mucho sobre las consecuencias de lo que yo haría en mi trabajo.

Como he mencionado antes, creo que la vida se compone de una serie de casualidades imprevisibles para nosotros. Desde mi punto de vista éstas comprendían: ser hijo de un maestro, criarme entre chicos en un instituto rural de New Hampshire, conocer a Ann y al tío Frank, la guerra de Vietnam y conocer a Einar Greve. Sin embargo, las casualidades nos exigen tomar decisiones. Nuestro modo de reaccionar, las acciones que emprendemos para enfrentarnos a las situaciones, ahí es donde demostramos que somos distintos. Por ejemplo, destacar en aquel instituto, casarme con Ann, ingresar en el Peace Corps, elegir la carrera del gangsterismo económico... todas estas decisiones me habían conducido al lugar en que ahora me encontraba.

Paula fue otra coincidencia, por cuyo influjo emprendí acciones que cambiaron el rumbo de mi vida. Antes de conocerla me había acostumbrado a hacer mis componendas con el sistema. A menudo cuestionaba lo que estaba haciendo, y otras veces sentía remordimientos, pero siempre encontraba la manera de racionalizar mi permanencia dentro del sistema. Me parece que Paula apareció en el momento más oportuno. Tal vez me habría lanzado de todos modos, después de todo lo que había experimentado en Arabia Saudí, Irán y Panamá. No obstante, estoy seguro de que así como fue una mujer, Claudine, quien intervino en grado decisivo para que me uniese a las filas de los gángsteres económicos, así también otra mujer, Paula, fue el catalizador que yo necesitaba en este otro momento. Ella me persuadió de mirar dentro de mí mismo y darme cuenta de que jamás sería feliz si continuaba por ese camino.

22

La república americana contra el imperio global

Voy a hablarte con franqueza —dijo Paula, sentados los dos en una cafetería—. Los indios y los granjeros cuyas fincas se hallan a orillas del río donde estáis construyendo vuestro pantano os odian a muerte. Hasta los habitantes de las ciudades, aun sin estar directamente afectados, simpatizan con la guerrilla que ha empezado a atacar la obra. Vuestro gobierno dice que son unos comunistas, unos terroristas y unos narcotrafícantes, pero la verdad es que no son más que personas que tienen familia y que vivían en las tierras que tu compañía está destruyendo.

Yo acababa de mencionarle lo de Manuel Torres. Era éste un ingeniero empleado de MAIN y uno de los que habían sufrido recientemente el ataque de la guerrilla en los lugares donde levantábamos la presa. Manuel era colombiano y lo empleábamos porque el Departamento de Estado había promulgado una norma que prohibía enviar ciudadanos estadounidenses a esa obra. Nosotros llamábamos a esto «la doctrina de los colombianos prescindibles», lo que simbolizaba para mí una actitud que había acabado por aborrecer. Y mis sentimientos hacia esas políticas estaban empezando a complicarme la vida demasiado.

—Según Manuel, dispararon con sus AK-47, primero al aire y luego a sus pies —le conté a Paula—. Parecía tranquilo cuando me lo contó pero yo sé que estaba casi histérico. No mataron a nadie.

Se limitaron a darles ese mensaje y luego los enviaron río abajo en sus barcas.

— ¡Dios mío! — exclamó Paula —. Estaría aterrorizado el pobre.

—Sí que lo estaba. —Y luego recordé que le había preguntado a Manuel si le habían parecido de las FARC o del M-19, refiriéndome a los dos grupos guerrilleros colombianos más temidos.

-¿Y qué?

— El dice que ni de lo uno ni de lo otro. Pero que cree lo que anuncian en esta carta.

Paula recogió el periódico que yo había traído y leyó en voz alta el

comunicado.

«Nosotros, los que trabajamos a diario para sobrevivir, juramos por la sangre de nuestros antepasados que jamás permitiremos embalses sobre nuestros ríos. No somos más que sencillos indios y mestizos, pero preferimos morir antes que contemplar cómo inundan nuestras tierras. Una advertencia para nuestros hermanos colombianos: no trabajéis más para las constructoras.»

Dejó el periódico a un lado.

—¿Y qué le dijiste?

Me detuve a pensarlo, pero sólo fue un instante.

— No tenía elección. He de marcar la línea de la compañía. Le pregunté si le parecía que un campesino sería capaz de escribir un mensaje así.

Ella calló, mirándome con paciencia.

— Él se limito a encogerse de hombros. —Nuestros ojos se encontraron—. ¡Ah, Paula! Me aborrezco a mí mismo interpretando este papel.

—¿Qué más hiciste? —insistió ella.

—Descargar un puñetazo sobre la mesa. Para intimidarlo. Le pregunté si veía lógico que unos campesinos anduviesen por ahí armados con fusiles de asalto. Luego le pregunté si sabía quién había inventado el AK-47.

—¿Lo sabía?

—Sí, aunque le salió la respuesta apenas con un hilo de voz. «Un ruso», dijo. Claro que sí. Le aseguré que tenía razón, que el inventor había sido un ruso comunista llamado Kalashnikov, un oficial muy condecorado del Ejército Rojo. Le di a entender que los autores del mensaje eran unos comunistas.

—¿Tú lo crees así? —preguntó ella.

La pregunta me dejó sin palabras. Francamente, ¿qué podía contestarle? Me acordé de Irán y de cuando Yamin me describió como un hombre atrapado entre dos mundos. En cierto modo me habría gustado hallarme en la obra cuando atacó la guerrilla, o ser uno de los guerrilleros. Me invadió un sentimiento extraño. Envidiaba a Yamin, a Doc, a los rebeldes colombianos. Esas eran personas que tenían convicciones. Ellos habían elegido mundos reales, no la tierra de nadie entre los de aquí y los de allá.

—Tengo un trabajo con é1 que cumplir.

Ella sonrió amablemente.

—Lo aborrezco —proseguí.

Pensé en los hombres cuyas imágenes había evocado tantas veces durante los pasados años. Tom Paine, los demás héroes de la Independencia, los piratas, los pioneros del Oeste. Ellos no se quedaban flotando entre dos aguas. Sabían el lugar que les correspondía. Tomaban

partido y asumían las consecuencias.

—Cada día aborrezco mi trabajo un poco más — dije.

—¿Tu trabajo? — Ella me tomó de la mano. Nos mirarnos y entendí la insinuación.

—A mí mismo.

Ella me apretó la mano y asintió lentamente. Sólo con haberlo confesado sentí un alivio inmediato.

—¿Qué piensas hacer, John?

No tenía respuesta. Del alivio pasé a una actitud defensiva. Balbucí las justificaciones acostumbradas: que trataba de hacer algo bueno, que estudiaba la manera de cambiar el sistema desde dentro, y —el viejo tópico — que, si lo dejaba, se encargaría de la misma faena otro peor que yo. Pero adiviné, por la manera en que me miraba, que no se creía ni media palabra. Peor aún: yo tampoco me creía una palabra. Paula me obligó a captar la verdad esencial: la culpa no era de mi trabajo, sino mía.

—Y tú, ¿qué me dices? ¿Tú qué crees?

Ella exhaló un breve suspiro y soltó mi mano.

—¿Tratando de cambiar de conversación?

Asentí.

—Bien, pero bajo una condición. Que la reanudaremos otro día.

Tomó una cucharilla y fingió inspeccionarla.

—Sé que algunos guerrilleros han recibido instrucción en Rusia y en China.

Sumergió la cucharilla en su café con leche, lo removió y luego la sacó y la chupó lentamente.

—¿Qué otra cosa pueden hacer? Necesitan aprender a manejar las armas modernas, a luchar contra los soldados que han pasado por vuestras academias. A veces venden cocaína para conseguir dinero con que aprovisionarse. ¿Cómo conseguir armas, si no? Luchan con una desventaja terrible. Vuestro Banco Mundial no los ayuda a defenderse. Mejor dicho, los obliga a adoptar esa postura —tomó un sorbo de café—. Creo que pelean por una causa justa. La electricidad beneficiará a unos pocos, a los colombianos más ricos, pero otros miles morirán porque las aguas y los peces van a quedar envenenados cuando hayáis construido vuestro embalse.

Se me puso la carne de gallina al oír que se ponía de parte de la gente que luchaba contra nosotros... contra mí. Me clavé los dedos en los antebrazos.

—¿Cómo sabes tanto de la guerrilla? —Pero apenas lo hube dicho tuve una sensación como de desmayo, o como un presentimiento de que no deseaba escuchar la respuesta.

— Algunos de ellos han sido compañeros míos en el colegio — dijo ella, y después de un titubeo apartó la taza y dijo—: Mi hermano se ha unido

al movimiento.

Ya estaba dicho. Quedé completamente abatido. Creía saberlo todo de ella, pero esto... Por mi mente pasó la imagen fugaz del marido que regresa a casa y encuentra a su mujer en la cama con otro hombre.

—¿Por qué no me lo habías dicho nunca?

—No venía a cuento. ¿Por qué iba a hacerlo? No son cosas de las que una vaya ufanándose por ahí. — Hizo una pausa—. Hace dos años que no lo veo. Tiene que ser muy precavido.

—¿Cómo sabes que está vivo?

—No lo sé en realidad. Sólo sé que las autoridades han publicado su nombre en una lista de buscados. Es buena señal.

Combatí el afán de discutir, o de tratar de justificarme. Confiaba en que ella no se diera cuenta de mis celos.

—¿Cómo es que se unió a ellos? —pregunté. Por fortuna, ella estaba mirando su taza.

— Estaba en una manifestación frente a los despachos de una compañía del petróleo... la Occidental, creo. Protestaban contra las perforaciones en territorio indígena, en la selva de una tribu que se enfrenta al exterminio. Eran él y una docena de amigos suyos. Fueron atacados por los militares, molidos a palos y encerrados en la cárcel. Y no habían hecho nada ilegal, fíjate, sólo plantarse delante del edificio llevando carteles y cantando. —Volvió los ojos hacia la ventana más próxima—. Estuvo preso casi seis meses. Nunca ha contado lo que ocurrió allí, pero cuando salió estaba irreconocible.

Fue la primera de muchas conversaciones parecidas con Paula. Ahora sé que estas discusiones prepararon el escenario para lo que iba a ocurrir después. Yo tenía el alma desgarrada, pero aún me podía mucho la billetera y aquellas otras debilidades que la NSA identificó cuando elaboró mi perfil diez años antes, allá por 1968. Al obligarme a verlo así, al ayudarme a entender las raíces profundas de mi fascinación por los piratas y los rebeldes, Paula me puso en el camino de la salvación.

Más allá de mi propio dilema personal, la estancia en Colombia me sirvió para comprender la diferencia entre la vieja república norteamericana y el nuevo imperio global. La República ofrecía una esperanza al mundo. Sus fundamentos eran morales y filosóficos antes que materialistas. Se basaban en los conceptos de igualdad y justicia para todos. Pero también supo ser pragmática, no un mero sueño utópico sino una entidad viva, activa y magnánima. Abría los brazos a los perseguidos y les concedía asilo. Fue una inspiración y, al mismo tiempo, una fuerza con la que era preciso contar: en caso necesario, podía pasar a la acción, como lo hizo durante la Segunda Guerra Mundial para defender los principios que representaba. Las mismas instituciones que amenazan la República, las grandes empresas, la banca y las burocracias gu-

herramentales, podrían servir para instituir cambios fundamentales en el mundo. Ellas tienen las redes de comunicaciones y los sistemas de transporte necesarios para acabar con el hambre, la enfermedad e incluso las guerras... si fuese posible convencerlas para que tomaran ese rumbo.

El imperio global, por otra parte, es la ruina de la República. Es un sistema egocéntrico, egoísta, codicioso y materialista, basado en el mercantilismo. Como todos los imperios anteriores, sólo abre los brazos para acumular recursos, para apoderarse de todo y llenar sus insaciables tripas. Y sus dirigentes recurrirán siempre a todos los medios que consideren útiles para hacerse cada vez más ricos y poderosos.

Conforme iba entendiendo esta distinción también veía más claro mi papel. Claudine me lo había advertido. Me había anunciado con toda sinceridad lo que se me exigiría si aceptaba el trabajo que me ofrecía MAIN. Pero hacía falta la experiencia de trabajar en países como Indonesia, Panamá, Irán y Colombia para una comprensión profunda de lo que eso significaba. Y también hacía falta la paciencia, el amor y los antecedentes de una mujer como Paula.

Yo era leal a la república norteamericana, pero lo que estábamos perpetrando a través de esa nueva y muy sutil forma de imperialismo era, en lo financiero, la repetición de lo que habíamos intentado en Vietnam por lo militar. Sin embargo, el Sudeste asiático nos había enseñado que los ejércitos tienen sus limitaciones. Los economistas reaccionaron ideando un plan mejor. Y las agencias internacionales de ayuda, así como los contratistas privados al servicio de ellas (o mejor dicho, que se beneficiaban de los servicios de ellas), habían aprendido a ejecutar ese plan con gran eficacia.

En los países de todos los continentes yo veía cómo los hombres y mujeres que trabajaban para las empresas estadounidenses, aunque no formasen parte oficialmente de las redes del gangsterismo económico, participaban en algo mucho más pernicioso que lo denunciado por las teorías conspirativas al uso. Como la mayoría de los técnicos de MAIN, estos trabajadores estaban ciegos a las consecuencias de sus acciones, convencidos de que los talleres y fábricas piratas que producían zapatos y repuestos de automóvil para sus compañías contribuían a redimir de su pobreza a los pobres, sin darse cuenta de que los empujaban hacia una esclavitud muy parecida a la de los feudos medievales y las plantaciones sureñas. Y al igual que en esas manifestaciones primitivas de la explotación, los modernos siervos o esclavos eran inducidos a creer que habían mejorado su suerte, en comparación con los infelices marginales que habitaban las regiones míseras de Europa, las selvas de África o el Oeste salvaje norteamericano.

Mientras tanto, la batalla interior que yo libraba a cerca de si debía continuar en MAIN o abandonarla se había convertido en una guerra

abierta. Sin duda mi conciencia me incitaba a salir, pero aquel otro lado de mi personalidad, o lo que me gustaba llamar la máscara formada en la escuela de administración empresarial, no estaba tan seguro. Yo también tenía un imperio en expansión y sumaba empleados, países y títulos bursátiles a mis diversas carteras y a mi amor propio. Aparte de las seducciones del dinero y del tren de vida lujoso, estaba la adrenalina, el erotismo del poder. Con frecuencia recordaba la advertencia de Claudine: cuando se entraba en eso, era para toda la vida. Paula, naturalmente, desdeñaba esa sentencia:

— ¡Qué sabrá ella!

Señalé cómo Claudine había acertado en muchas cosas.

— De eso hace mucho tiempo. Las vidas cambian. Y por otra parte, ¿en qué consiste la diferencia? Estás descontento contigo mismo. ¿Puede haber algo peor, venga de Claudine o de quien venga?

Paula volvió muchas veces sobre el asunto y al fin tuve que darle la razón. Le confesé a ella y me confesé a mí mismo que el dinero, la aventura y el brillo ya no justificaban la zozobra, los remordimientos y el estrés. Como socio principal de MAIN me estaba haciendo rico y sabía que, si tardaba mucho en decidirme, quedaría atrapado definitivamente.

Cierto día mientras paseábamos por la playa cerca del viejo fuerte español de Cartagena, plaza atacada infinidad de veces por los piratas de otros tiempos, Paula me propuso un planteamiento que a mí no se me había ocurrido.

— ¿Y si nunca dices nada de lo que sabes? —preguntó.

—¿Quieres decir... que me calle?

—Exacto. No darles una excusa para ir por ti. O mejor dicho, darles buenos motivos para que te dejen en paz, para no remover las aguas.

Era bastante sensato y me extrañó que no se me hubiese ocurrido. Renunciaría a escribir libros, a contar la verdad de lo que estaba viendo. No emprendería ninguna cruzada, sino que me dedicaría a mi vida privada, a pasarlo bien, a viajar sólo por placer. Y tal vez incluso a formar una familia con una persona como Paula. Estaba harto. Simplemente quería dejarlo todo.

—Todo lo que te enseñó Claudine es un engaño —continuó Paula—. Tu vida es una gran mentira.

Sonrió, condescendiente, y agregó:

—¿Has leído tu propio curriculum últimamente?

Confesé que no.

—Hazlo —me aconsejó ella—. El otro día leí la versión en español. Si el texto inglés dice lo mismo, creo que te parecerá muy interesante.

23

Un curriculum engañoso

Mientras me hallaba en Colombia llegó la noticia de la jubilación de Jake Dauber como director general de MAIN. Según estaba previsto, el presidente y consejero delegado, Mac Hall, nombró sucesor a Bruno. Las líneas telefónicas entre Boston y Barranquilla echaban humo. Todo el mundo pronosticaba que yo también sería ascendido en breve. AI fin y al cabo, era uno de los pupilos de más confianza de Bruno.

Estos cambios y rumores me incentivaron a reconsiderar mi propia posición. Estando todavía en Colombia seguí el consejo de Paula y leí la versión en español de mi curriculum. Quedé atónito. De regreso a Boston, busqué el original en inglés así como el ejemplar de *Mainlines*, el boletín interno de la compañía, fechado en noviembre de 1978, que incluía un artículo sobre mí bajo el título «Especialistas ofrecen nuevos servicios a la clientela de MAIN» (ver páginas 163 y 164).

En otros tiempos yo estaba muy orgulloso de aquel curriculum y aquel artículo. En cambio ahora, al leerlo a través de los ojos de Paula, sentí crecer en mí la cólera y el abatimiento. El contenido de aquellos documentos no era más que una serie de engaños deliberados. Y traslucían un significado más profundo, una realidad que es reflejo de nuestra época y da de lleno en el corazón de nuestra actual marcha hacia un imperio global. Eran la condensación de una estrategia calculada para ofrecer apariencias ocultando los hechos subyacentes. De un modo extraño simbolizaban la historia de mi vida, una superficie artificial recubierta por una brillante capa de barniz.

Por supuesto no me servía de consuelo saber que buena parte de la responsabilidad de lo que decía mi curriculum era mía. Según las normas de régimen interior, se nos requería que tuviéramos al corriente un curriculum breve así como un fichero con la información de apoyo necesaria acerca de los clientes atendidos y el tipo de trabajo realizado. De esta manera, si alguien de marketing o un director de proyecto tenía necesidad de incluirme en una propuesta, o de utilizar mis credenciales para cualquier otra finalidad, no tenía más que decorar esos datos

elementales de modo que favoreciesen sus particulares intenciones.

Por ejemplo, podía interesarle destacar mi experiencia en Oriente Próximo o defendiendo nuestros proyectos ante el Banco Mundial y otros foros internacionales. Siempre que se hacía esto, en teoría el interesado debía solicitar mi aprobación antes de publicar el curriculum revisado. Pero como los empleados de MAIN viajábamos mucho, con frecuencia se consentían excepciones a esta regla. Por esta razón, tanto el curriculum que Paula me aconsejó leer como su original en inglés eran del todo nuevos para mí, si bien la información ciertamente figuraba en mi ficha personal.

A simple vista parecía un curriculum bastante inocente. En el apartado de «Experiencia» mencionaba los proyectos de qué había sido responsable en Estados Unidos, Asia, Latinoamérica y Oriente Próximo, y resumía la naturaleza de éstos: planificación de desarrollos, proyecciones económicas, previsiones de la demanda energética, etc. Esta parte concluía con una descripción de mi trabajo con el Peace Corps en Ecuador, pero omitiendo toda referencia al Peace Corps mismo, lo que daba la impresión de que yo había sido el gerente profesional de un fabricante de materiales para la construcción, no un voluntario que colaboraba en una pequeña cooperativa de fabricación artesanal de ladrillos, compuesta por campesinos andinos analfabetos.

Al final citaba una larga lista de clientes, desde el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (nombre oficial del Banco Mundial) y el Asian Development Bank, pasando por el go bierno de Kuwait, el Ministerio iraní de energía, la Arabian-American Oil Company de Arabia Saudí y el Instituto de Recursos Hidráulicos y Electrificación, hasta la Perusahaan Umum Listrik Negara y otros muchos. Me asombró que una lista así hubiese llegado a hacerse pública, aunque obviamente formaba parte de mi ficha.

Dejando momentáneamente a un lado el curriculum, centré mi atención en el artículo de *Mainlines.* Recordé con claridad mi diálogo con la entrevistadora, una joven de mucho talento y buenas intenciones. Antes de publicarlo tuvo el detalle de someterlo a mi aprobación. Agradecí mucho que hubiese pintado un retrato tan favorecedor de mi persona, y lo autoricé sin demora. Una vez más la responsabilidad no recaía en otros hombros sino en los míos. El artículo comenzaba:

> Al observar las caras de los que se sientan detrás de los escritorios, es fácil adivinar que Estudios Económicos y Planificación Regional es una de las disciplinas más recientes y de más rápido crecimiento de MAIN [...]

JOHN M. PERKINS



EXPERIENCE

John M. Perkins is Manager of the Economics Department of the Power and Environmental Systems Division.

Since joining MAIN, Mr. Perkins has been in charge of major projects in the United States, Asia, Latin America and the Middle East. This work has included development planning, economic forecasting, energy demand forecasting, marketing studies, plant siting, fuel allocation analysis, economic feasibility studies, environmental and economic impact studies, investment planning and management consulting. in addition, many projects have involved training clients in the use of techniques developed by Mr. Perkins and his staff.

Recently Mr. Perkins has been in charge of a project to design computer program packages for 1) projecting energy demand and quantifying the relationships between economic development and energy production, 2) evaluating environmental and socio-economic impacts of projects, and 3) applying Markov and econometric models to national and regional economic planning.

Prior to joining MAIN, Mr. Perkins spent three years in Ecuador conducting marketing studies and organizing and managing a construction materials company, He also conducted studies of the feasibility of organizing credit and savings cooperatives throughout Ecuador.

EDUCATION

Bachelor of Arts in Business Administration
Boston University
Post Graduate Studies:
Model Building, Engineering Economics,
Econometrics, Probability Methods
LANGUAGES
English, Spanish

PROFESSIONAL AFFILIATIONS

American Economic Association Society for international Development.

PUBLICATIONS

"A Markov Process Applied to Forecasting the Demand for Electricity"
"A Macro Approach *to* Energy Forecasting"
"A Model for Describing the Direct and Indirect Interrelationships between the Economy *and* the Environment"
"Electric Energy from Interconnected Systems"
"Markov Method Applied to Planning"

CREDENTIALS

Forecasting Studies
Marketing Studies
Feasibility Studies
Site Selection Studies
Economic Impact Studies
Investment Planning
Fuel Supply Studies
Economic Development Planning
Training Programs
Project Management
Allocation Planning
Management Consulting

Clients served:

- Arabian-American Oil Company, Saudi Arabia
- Asian Development Bank
- Boise Cascade Corporation
- City Service Corporation
- Dayton Power & light Company
- General Electric Company
- Government of Kuwait
- Instituto de Recursos Hidraulicos y Electrificacion, Panama
- Inter-American Development Bank
- International Bank for Reconstruction and Development
- Ministry of Energy, Iran
- New York Times
- Power Authority of the State of New York
- Perusahaan Umum Listrik Negara, Indonesia
- South Carolina Electric and Gas Company
- Technical Association of *the* Pulp and Paper Industry
- Union *Camp* Corporation
- U .S. Treasury Dept., K ingdom of Saudi Arabia

MAIN

Specialists offer MAIN's clients new services

by Pauline Ouelfette

Looking over the faces behind the desks, it's easy to tell that Economics and Regional Planning is one of the most recently formed and rapidly growing disciplines at MAIN. To date, there are about 20 specialists in this group, gathered over a seven-year period. These specialists include not only economists, but city planners, demographers, market specialists and MAIN'S first sociologist.

While several people were influential in getting the economics group started, it basically came about through the efforts of one man, **John Perkins,** who is now head of the group.

Hired as an assistant to the head load forecaster in January, 1971, John was one of the few economists working for MAIN at the time. For his first assignment, he was sent as part of an 11 -man team to do an electricity demand study in Indonesia.

"They wanted to see if I could survive there for three months/' he said laughing remintscently. But with his background, John had no trouble "surviving." He had just spent three years in Ecuador with a Construction Materials Co-op helping the Quechua Indians, direct descendants of the Incas. The Indians, John said, were being exploited in their work *as* brick makers so he was asked by an Ecuadorian agency to form a co-op. He then rented a truck to help them sell their bricks directly to the consumers. As a result, profits rapidly increased by 60%. The profits were divided among the members of the co-op which, after 2*Vz* years, included 200 families. It was during this time that John Perkins met **Einar Greve** (a former employee) who was working in the town of Paute, Ecuador, on a hydroelectric project for MAIN. The two became friendly and, through continual correspondence, John was offered a position with MAIN.

About a year later, John became the head load forecaster and, as the demands from clients and institutions such as the World Bank grew, he realized that more economists were needed at MAIN. "While MAIN is *an* engineering firm," he said, "the clients were telling us we had to be more than that." He hired more economists in 1973 to meet the clients' needs and, as a result, formed the discipline which brought him the title of Chief Economist.



Perkins

John's latest project involves agricultural development in Panama from where he recently returned after a month's stay. It was in Panama that MAIN conducted its first sociological study through **Martha Hayes,** MAIN'S first sociologist. Marti spent *Vh* months in Panama to determine the impact of the project on people's lives and cultures. Specialists in agriculture and other related fields were also hired in conjunction with this study.

The expansion of Economics and Regional Planning has been fast paced, yet John feels he has been lucky in that each individual hired has *been* a hard working professional. As he spoke to me from across his desk, the interest and support he holds for his staff was evident and admirable.

Aunque fueron varias las influencias que impulsaron la creación del grupo de estudios económicos, básicamente su realización se debe al esfuerzo de un solo hombre, John Perkins, en la actualidad jefe del grupo.

> Contratado en enero de 1971 como ayudante del jefe de previsión de cargas, John fue uno de los primeros economistas que figuraron en la nómina de MAIN. En su primera misión formó parte del equipo de once hombres enviado a realizar un estudio de la demanda eléctrica en Indonesia.

El artículo resumía mi historial en pocas palabras, mencionaba que había «pasado tres años en Ecuador» y luego seguía diciendo:

> Por aquel entonces John Perkins conoció a Einar Greve (un ex empleado de la compañía) [la dejó más tarde para asumir la presidencia de Tucson Gas & Electric Company] que se hallaba en la ciudad ecuatoriana de Paute ocupado en un proyecto hidroeléctrico para MAIN. Ambos trabaron amistad y después de un intercambio de correspondencia se le ofreció a John un cargo en MAIN.
>
> Alrededor de un año más tarde John fue nombrado jefe de previsión de carga y, conforme aumentaban las demandas de los clientes y de instituciones como el Banco Mundial, comprendió que hacían falta más economistas en la compañía.

Nada de lo que decían ambos documentos era mentira flagrante: todo estaba documentado en los archivos y en mi ficha. Pero transmitían una percepción que, al releerlos, me pareció tendenciosa y maquillada. En una cultura que practica la idolatría de los documentos oficiales, estos perpetraban además algo todavía más siniestro. Una mentira flagrante puede ser refutada. Pero los documentos de ese tipo eran irrebatibles porque se basaban en retazos de verdad, no engañaban abiertamente, y la fuente era una corporación que había merecido la confianza de otras corporaciones, de los bancos internacionales y de las autoridades de varios países.

Esto resultaba todavía más cierto en el caso del curriculum, que era un documento oficial, a diferencia de la entrevista, cuyo contenido sólo comprometía a la firmante del artículo. El logotipo de MAIN, puesto al pie del curriculum y en las cubiertas de todas las propuestas y dictámenes que dicho curriculum venía a ad Ornar, tenía un peso considerable en el mundo de los organismos internacionales. Era como un marchamo de autenticidad destinado a inspirar el mismo grado de confianza que los

sellos oficiales de los diplomas y certificados que vemos encuadrados en los consultorios de los médicos y de los abogados.

Aquellos documentos me retrataban como a un economista muy competente, jefe de departamento en una consultoría prestigiosa, y que viajaba por todo el mundo para realizar una amplia gama de estudios gracias a los cuales el planeta se convertiría en un lugar más civilizado y próspero. El engaño no estaba en lo que decían, sino en lo que callaban. Mirado desde fuera, es decir, objetivamente, me era forzoso confesar que tales omisiones planteaban muchas interrogantes.

No se mencionaba, por ejemplo, mi reclutamiento por la NSA ni la vinculación de Einar Greve con los militares ni su función de enlace con la NSA. Como es evidente, tampoco mencionaban las tremendas presiones a que yo estaba sometido para que inflase las predicciones económicas, ni que la mayor parte de mi trabajo servía para facilitar la concesión de créditos enormes que países como Indonesia y Panamá jamás podrían devolver. No se incluía ningún elogio a la integridad de mi predecesor, Howard Parker. Tampoco, evidentemente, ninguna mención al hecho de que fui jefe de previsión de carga gracias a mi disposición para suministrar los estudios tendenciosos que necesitaban mis jefes, en vez de decir lo que creyese verdadero, como Howard, y hacerme despedir. Pero lo más sorprendente era la última anotación en la lista de mis clientes: *U. S. Treasury Department, Kingdom of Saudi Arabia.*

Una y otra vez releía esa línea misteriosa. Me preguntaba cómo lo interpretaría la gente. Habría quien se interrogaría por la relación entre el Departamento del Tesoro estadounidense y el reino de Arabia Saudí. Otros supondrían una errata tipográfica: dos líneas diferentes, confundidas en una por la omisión de un punto y aparte. Pocos lectores acertarían con la verdad: que figuraba escrito así por una razón concreta. En el mundo en donde yo me movía, los que formaban parte de este círculo entenderían que yo había participado en el equipo que gestionó el tratado del siglo, el tratado que cambió el rumbo de la historia pero que nunca asomó a las páginas de los periódicos. Yo había ayudado a crear el acuerdo que garantizó la continuidad de los suministros de petróleo para Estados Unidos, salvaguardó la dominación de la casa de Saud y. contribuyó a la financiación de Osama bin Laden y a la protección de delincuentes internacionales como ldi Amin en Uganda. Aquella línea de mi curriculum estaba escrita para los enterados. Decía que el economista jefe de MAIN era un hombre que hacía honor a los encargos recibidos.

El último párrafo del artículo publicado por *Mainlines* era una observación personal de la autora y ponía el dedo en la llaga:

> Aunque la expansión de Estudios Económicos y Planificación Regional ha sido rápida, John considera que ha tenido mucha suerte, en el sentido de que todos los individuos contratados se han revelado como auténticos y laboriosos profesionales. Mientras hablaba conmigo, sentados alrededor de su escritorio, el interés y el apoyo que le merece su personal fueron tan evidentes como admirables.

En realidad yo nunca me he considerado un verdadero economista. Me licencié en administración de empresas, con la especialidad de marketing, por la Universidad de Boston. Siempre he sido muy malo en matemáticas y estadística. En el Middlebury College mi especialidad fue la literatura norteamericana. Tenía buena pluma. Por tanto, mi categoría de economista jefe y director del departamento de estudios económicos y planificación regional no debía atribuirse a mi capacidad para la teoría económica o la planificación. Era función de mi voluntad de suministrar el tipo de dictamen y de conclusiones que mi jefe y mis clientes deseaban, todo ello combinado con una facilidad natural para persuadir a otros mediante la palabra escrita. En segundo lugar, tuve el acierto de elegir colaboradores muy competentes. Muchos de ellos poseían un máster y había dos doctorados. Este equipo conocía mucho mejor que yo mismo los detalles técnicos de nuestra actividad. Así, no era de extrañar que la autora del artículo detectase que «el interés y el apoyo que le merece su personal» eran «tan evidentes como admirables».

Guardé estos dos documentos y otros parecidos en el cajón superior de mi escritorio y los releí con frecuencia. Después de esto, muchas veces salía de mi despacho y paseaba entre los escritorios de mis ayudantes, contemplando a aquellos hombres y mujeres que trabajaban para mí. Sentía remordimiento por lo que estaba haciéndoles, y por la manera en que todos nosotros contribuíamos a ensanchar el abismo entre ricos y pobres. Mi imaginación me representaba a los que mueren de inanición todos los días, mientras mis colaboradores y yo dormíamos en hoteles de cinco estrellas, comíamos en los mejores restaurantes y engordábamos nuestras carteras de inversiones.

Pensé en el hecho de que personas a las que yo había formado hubieran pasado a formar parte del gangsterismo económico. Yo las había reclutado e instruido. Pero la situación no era la misma que cuando yo me incorporé. El mundo había cambiado y la corporatocracia había progresado. Éramos mejores, es decir, más perniciosos. Los que estaban a mis órdenes eran de otra especie. Para ellos no hubo detectores de

mentiras de la NSA, ni ninguna Claudine. Nadie les explicó lo que se iba a exigir de ellos, ni cuál iba a ser su parte en la misión del imperio global. Ellos nunca oyeron el término «gangsterismo económico» ni las siglas *EHM* ni les advirtió nadie que estaban en ello para toda la vida. Ellos simplemente se fijaron en mi ejemplo y en mi sistema de castigos y recompensas. Sabían que estaban allí para entregar el tipo de dictámenes y de resultados que yo exigía. Sus salarios, sus pagas extras de Navidad y hasta sus mismos puestos de trabajo dependían de mi beneplácito.

Por supuesto, yo hice todo lo posible para aliviarles la carga. Escribí artículos, pronuncié conferencias y aproveché todas las oportunidades para persuadirlos de la importancia de las previsiones optimistas, de los grandes créditos, de las inyecciones de capital que acelerarían el crecimiento del PIB y harían del mundo un lugar mejor. Se necesitaron menos de diez años para llegar a este punto en que la seducción y la coerción revestían una forma mucho más sutil: la de una especie de amable lavado de cerebro. Aquellos hombres y mujeres sentados en la oficina contigua a mi despacho con vistas a la bostoniana Back Bay saldrían al mundo para fomentar la causa del imperio global. En todos los sentidos, eran creaciones mías, igual que yo lo era de Claudine. Pero había una diferencia. A ellos se les mantenía en la candidez.

Pasé muchas noches en blanco pensando, cavilando sobre estas cosas. La alusión de Paula a mi curriculum había abierto la caja de Pandora. Con frecuencia envidiaba la ingenuidad de mis empleados. Yo los engañaba intencionadamente, pero al hacerlo les ahorraba problemas de conciencia. Ellos no tenían que luchar con las cuestiones morales que me atormentaban a mí.

También reflexionaba mucho sobre la noción de la integridad en los negocios, sobre la contradicción entre las apariencias y la realidad. Es verdad, me decía, que desde que hay historia los humanos se han engañado los unos a los otros. La leyenda y la tradición popular abundan en cuentos de verdades tergiversadas y de contratos fraudulentos: mercaderes de alfombras embusteros, prestamistas usureros y sastres dispuestos a convencer al emperador de que sus ropas sólo son invisibles para él mismo.

No obstante, por mucho que yo desease llegar a la conclusión de que todo seguía igual que siempre y que tanto la fachada de mi curriculum en MAIN así como la verdad que escondía eran meros reflejos de la naturaleza humana, en el fondo de mi corazón sabía que no era así. Las cosas habían cambiado. Empezaba a comprender que habíamos alcanzado un plano superior del engaño, uno que nos llevaría a la

destrucción —no sólo moral, sino también física, en tanto que cultura—, a menos que realicemos sin demora cambios significativos.

El ejemplo de la delincuencia organizada me parecía ofrecer una metáfora. Los jefes de la mafia con frecuencia empiezan haciendo de matones callejeros. Pero, con el tiempo, los que consiguen escalar las posiciones más altas cambian de aspecto. Adoptan la costumbre de vestir impecables trajes a medida, regentan empresas legales y se rodean de todos los atributos de la buena sociedad. Contribuyen a las organizaciones benéficas y son miembros respetados de sus comunidades. No tienen inconveniente en prestar dinero a las personas en apuros. Como el John Perkins descrito en el curriculum de MAIN, aparentan ser ciudadanos modélicos. Cuando los deudores no pueden pagar, aparecen los representantes del gangsterismo exigiendo su parte. Si no la consiguen, intervienen los chacales con sus bates de béisbol. Y finalmente, como último recurso, hablan las pistolas.

Comprendía que mi relumbrón de economista jefe y director de Estudios Económicos y Planificación Regional no era un simple engaño de vendedor de alfombras, frente al cual puede prevenirse el comprador. Formaba parte de un siniestro sistema encaminado no a burlar al desprevenido cliente sino, más bien, a impulsar la forma de imperialismo más eficaz y más sutil que el mundo haya conocido nunca. Todos los empleados de mi departamento eran titulados superiores: analistas financieros, sociólogos, economistas, jefes de estudios económicos, especialistas en econometría, expertos en formación de precios y así sucesivamente. Sin embargo, ninguno de esos títulos expresaba que cada uno de ellos fuera, a su manera, un gángster económico al servicio de los intereses del imperio global.

Tampoco ninguno de esos títulos informaba de que todos nosotros no éramos más que la punta del iceberg. Todas las grandes multinacionales —desde las que venden zapatillas y otras prendas deportivas hasta las fabricantes de maquinaria pesada— poseía sus EHM equivalentes. La marcha había comenzado y estaba acorralando rápidamente al planeta. Los bandidos prescindían de sus cazadoras de cuero, se ponían trajes de financieros y adoptaban un aire de respetabilidad. Hombres y mujeres salían de los cuarteles generales de sus empresas en Nueva York, Chicago, San Francisco, Londres y Tokio para desplegarse por todos los continentes y convencer a los políticos corruptos de consentir que la corporatocracia cargase de cadenas a sus países —forzando con ello a sus desesperados habitantes a vender sus cuerpos a los talleres clandestinos, a las maquiladoras y a las líneas de montaje.

Era inquietante llegar a la deducción de que los detalles omitidos en las palabras de mi curriculum y del artículo definían un mundo de señales ficticias, destinadas a encadenarnos a un sistema moralmente repugnante y, en último término, autodestructivo. Al obligarme a leer entre líneas, Paula me había empujado un paso más, haciéndome adentrar en la senda que con el tiempo transformó mi vida.

24

El presidente de Ecuador contra las grandes petroleras

Mi trabajo en Colombia y en Panamá me proporcionaba muchas oportunidades de visitar y permanecer en contacto con el primer país extranjero que me sirvió de hogar fuera de casa. Ecuador había sufrido una larga serie de dictaduras y de oligarquías de extrema derecha manipuladas por los intereses políticos y comerciales de Estados Unidos. En cierto modo, el país era la república bananera quintaesencia! y allí la corporatocracia tenía mucho terreno conquistado.

La explotación petrolera de la Amazonia ecuatoriana comenzó en serio hacia finales de la década de 1960 y produjo una fiebre compradora. De resultas de ella, el reducido club de las familias dueñas del país quedó en manos de la banca internacional. Habían arrojado sobre Ecuador un endeudamiento enorme, confiando en la promesa de los beneficios del petróleo. El país se llenó de carreteras, de parques industriales, de embalses hidroeléctricos, de sistemas de transporte y distribución y todavía proliferaban los proyectos de más centrales generadoras. Una vez más, la verdadera mina era la que encontraron las empresas de ingeniería y las constructoras.

Un hombre cuya estrella empezaba a ascender sobre el país andino constituía una excepción a esa regla de la corrupción política y la complicidad con la corporatocracia. Cerca de cumplir los cuarenta años, abogado y profesor universitario, Jaime Roídos tenía carisma y don de gentes. Tuve ocasión de tratarlo varias veces y en una de éstas, llevado por mi entusiasmo, me ofrecí como asesor gratuito y dispuesto a tomar el avión para Quito siempre que hiciese falta. En parte, lo dije en broma, pero no me habría importado hacerlo durante mis vacaciones, porque simpatizaba con él. Para mí cualquier excusa era buena con tal de poder visitar su país, y así se lo dije. Él rió y contestó en los mismos términos, ofreciéndome su asistencia profesional siempre que me viese en la necesidad de negociar la factura del petróleo.

Se había ganado la reputación de populista y nacionalista. Creía firmemente en los derechos de los pobres y en la responsabilidad, por parte de los políticos, de administrar con prudencia los recursos naturales del país. Cuando emprendió su campaña para las presidenciales de 1978 llamó la atención de sus compatriotas y de los ciudadanos de todos los países cuyo petróleo estuviera siendo explotado por intereses extranjeros, o donde existiera un fuerte deseo de librarse de la influencia de fuerzas exteriores poderosas. Como político, Roídos pertenecía al género no muy abundante de los que no temen oponerse al *status quo*. Por eso se enfrentó a las compañías petroleras y al sistema no excesivamente sutil en que éstas se apoyan.

Denunció, por ejemplo, una siniestra complicidad del Summer Institute of Linguistics (SIL, un grupo misionero evangelista estadounidense) con las petroleras. A esos misioneros yo los conocía bien desde mis tiempos en el Peace Corps. Su organización se había presentado en Ecuador, lo mismo que en tantos otros países, con el pretexto de estudiar, inventariar y traducir las lenguas indígenas.

El SIL había trabajado asiduamente con los huaorani, una tribu de la cuenca amazónica, durante los primeros años de la explotación petrolera. En aquel momento empezó a hacerse evidente una pauta inquietante. Cada vez que los sismólogos transmitían a las oficinas centrales que las características de determinada región indicaban gran probabilidad de contener un yacimiento en el subsuelo, aparecían los del SIL para sugerir a los indígenas que dejaran sus tierras y pasaran a alojarse en las reservas de los misioneros, donde se les daría gratis alimento, cobijo, ropas, cuidados médicos y educación religiosa. Eso sí, a condición de donar las tierras a las compañías petroleras.

Según rumores asiduos, los misioneros del SIL practicaban varias técnicas turbias a fin de persuadir a los indígenas y conseguir que dejaran sus poblados para residir en las misiones. Una versión muy repetida era que les daban alimentos mezclados con laxantes... y luego les ofrecían medicinas para curar la supuesta epidemia de diarrea. Y que en todo el territorio huaorani lanzaban con paracaídas cestas de comida provistas de doble fondo, conteniendo transmisores de radio miniaturizados, cuyas emisiones eran sintonizadas por los militares de la base estadounidense de Shell con ayuda de avanzados receptores de comunicaciones. De esta manera, cuando a alguno de la tribu le mordía una serpiente venenosa, o caía gravemente enfermo, no tardaban en hacer acto de presencia los representantes del SIL provistos del antídoto o de los fármacos adecuados — a menudo, transportados por los helicópteros de las mismas compañías

del petróleo.

En los primeros tiempos de las prospecciones se encontraron los cadáveres de cinco misioneros del SIL, atravesados por jabalinas de los huaorani. Estos reivindicaron la acción poco después, diciendo que había sido una advertencia para que no hubiese más intrusos. Nadie hizo caso de este mensaje. Más bien surtió el efecto contrario. Rachel Saint, hermana de uno de los asesinados, emprendió una gira por Estados Unidos con apariciones en la televisión para recaudar dinero y recabar apoyos en favor del SIL y de las compañías petroleras que, según ella, estaban contribuyendo a civilizar y educar a aquellos «salvajes».

Las organizaciones humanitarias de los Rockefeller subvencionaban al SIL. Por eso Jaime Roídos señalaba estas conexiones con los Rockefeller y sostenía que el SIL era en realidad un escaparate que disimulaba el expolio de las tierras indígenas y la extensión de las prospecciones. Hay que recordar que el patriarca de la familia, John D. Rockefeller, fue el fundador de la Standard Oil, mas tarde escindida en las grandes del petróleo, entre ellas Chevron, Exxon y Mobil.[1]

A mí me pareció que Roídos seguía la senda inaugurada por Torrijos. Ambos estaban enfrentados a la superpotencia más fuerte del mundo. Torrijos deseaba recuperar el Canal, mientras que la actitud enérgicamente nacionalista de Roídos amenazaba a las compañías más influyentes del mundo. Como Torrijos, Roídos tampoco era comunista, pero defendía el derecho de su país a decidir su futuro. Y también como en el caso de Torrijos, los expertos pronosticaron que los grandes de los negocios y Washington jamás tolerarían la presidencia de Roídos, y que caso de salir elegido tendría un final parecido al de Arbenz en Guatemala o al de Allende en Chile.

Me pareció que esos dos hombres en unión quizá llegarían a constituir la punta de lanza de un movimiento nuevo en el mundo político latinoamericano, y que ese movimiento tal vez sería la base de unos cambios susceptibles de afectar a todas las naciones del planeta. No eran unos Castro ni unos Gaddafi. No eran compañeros de viaje de Rusia ni de China ni, como en el caso de Allende, del movimiento socialista internacional. Eran líderes populares inteligentes y carismáticos. Unos pragmáticos, no unos dogmáticos. Eran nacionalistas pero no antinorteamericanos. Y si la corporatocracia se alzaba sobre tres columnas —las grandes empresas, la banca internacional y los gobiernos en connivencia—, Roídos y Torrijos apuntaban la posibilidad de eliminar la columna de la complicidad gubernamental.

En la plataforma de Roídos desempeñaba papel principal lo que se

llamó «la política de hidrocarburos». Esta política se fundaba en la premisa de que el mayor recurso en potencia de Ecuador era el petróleo, y de que toda explotación futura de dicho recurso tendría que realizarse de manera que aportase el máximo beneficio al más amplio porcentaje de la población. Roídos creía firmemente en la obligación estatal de ayudar a los pobres y desvalidos. Confiaba en que la política de hidrocarburos pudiera servir de vector de la reforma social. Era necesario hilar fino, sin embargo, porque Roídos sabía que en Ecuador, como ocurría en tantos otros países, nunca saldría elegido sin contar con el apoyo de una parte, al menos, de las familias más influyentes. E incluso si lograse ganar las elecciones sin ellas, le sería preciso contar con esos apoyos para poner en práctica sus programas.

Personalmente me aliviaba que el inquilino de la Casa Blanca, en esa época, fuese Cárter. Pese a las presiones de la Texaco y otros intereses petroleros, Washington se abstuvo de inmiscuirse, lo que, como yo sabía, no habría sido el caso con otras administraciones, demócratas o republicanas.

Creo que fue la política de hidrocarburos, más que ninguna otra cuestión, la que convenció a los ecuatorianos y aupó a Roídos al palacio presidencial de Quito: el primer presidente democráticamente elegido después de una larga sucesión de dictadores. Las bases de su política quedaron resumidas en el discurso de posesión presidencial del 10 de agosto de 1979:

> Debemos tomar medidas efectivas para defender los recursos energéticos de la nación. El Estado [debe] mantener la diversificación de sus exportaciones y no perder su independencia económica [...] Nuestras decisiones se inspirarán únicamente en los intereses nacionales y en la defensa incondicional de nuestros derechos de soberanía.[2]

Una vez investido, Roídos se vio obligado a centrar su atención en Texaco, entonces jugadora principal en la partida del petróleo. La relación fue sumamente espinosa. La gigante petrolera no confiaba en el nuevo presidente ni deseaba colaborar en ninguna política que sentara precedentes nuevos. No se le escapaba que tales precedentes habrían servido de modelo para otros países.

Un discurso pronunciado por José Carvajal, uno de los asesores de confianza de Roídos, resumía la actitud del nuevo gobierno:

> Cuando un socio [Texaco] no quiere correr riesgos ni realizar inversiones en prospección ni explorar los territorios de una concesión petrolera, el otro socio tiene derecho a realizar esas inversiones por su cuenta y asumir luego la titularidad [...] Creemos que nuestras relaciones con las compañías extranjeras deben ser justas; es preciso ser duros en la lucha; estamos preparados para recibir todo tipo de presiones, pero no debemos manifestar temor ni complejo de inferioridad en la negociación con los extranjeros.[3]

El día de Año Nuevo de 1980 tomé una determinación. Comenzaba un nuevo decenio. Me faltaban veintiocho días para cumplir treinta y cinco años. Decidí que el nuevo año iba a ser el de un cambio crucial en mi vida y que en adelante trataría de emular a los héroes contemporáneos, como Jaime Roídos y Ornar Torrijos.

Por otra parte, había ocurrido un acontecimiento traumático. Bajo criterios de estricta rentabilidad, Bruno había sido el mejor presidente en toda la historia de MAIN. Pese a lo cual fue despedido bruscamente y sin previo aviso por Mac Hall.

25

Mi marcha

La defenestración de Bruno por Mac Hall afectó como un terremoto a MAIN. La confusión y la discordia se apoderó de la compañía. Bruno tendría su cuota de enemigos, pero incluso algunos de éstos se manifestaron escandalizados. Muchos de los empleados entendieron que el motivo no había sido otro sino los celos. En las conversaciones durante las comidas o alrededor de la máquina del café, los murmuradores decían que Hall se sintió amenazado por aquel hombre quince años más joven que él, y que había llevado la empresa a niveles de rentabilidad hasta entonces desconocidos.

—Hall no podía permitir que Bruno se luciese tanto —decía uno de ellos—. El viejo se dio cuenta de que sólo era cuestión de tiempo que Bruno se adueñase de todo y le diese la jubilación a él.

Como para corroborar estas teorías, Hall nombró nuevo presidente a Paul Priddy, que había sido durante muchos años uno de los vicepresidentes de MAIN. Era un ingeniero, competente en lo suyo y de carácter campechano pero, a mi modo de ver, mediocre y sumiso a los caprichos del presidente. No sería él quien lo desafiase presentando unos beneficios inauditos. Otros muchos compartían mi opinión.

Para mí la salida de Bruno fue un desastre. Había sido mi mentor personal y el factor clave de nuestras misiones internacionales. En cambio Priddy estaba especializado en operaciones interiores y poco o nada sabía en cuanto a la verdadera naturaleza de nuestras actividades en el extranjero. Yo necesitaba saber el rumbo que iba a tomar la compañía en adelante, de modo que llamé a Bruno a su casa, y descubrí que se lo tomaba con filosofía.

—Pues mira, John. El sabía que no tenía motivos —me dijo refiriéndose a Hall —. Así que le pedí una sustanciosa indemnización y la conseguí. Tampoco podía hacer otra cosa, puesto que Mac controla un bloque considerable de votos en la junta de accionistas.

A continuación dio a entender que varios bancos multinacionales que habían sido clientes nuestros le habían ofrecido cargos de alto nivel, y que

estaba estudiando esas oportunidades. Le pedí consejo.

—Manten los ojos bien abiertos —contestó—. Mac Hall ha perdido el contacto con la realidad, pero nadie querrá decírselo... especialmente ahora, después de lo que ha hecho conmigo.

A finales de marzo de 1980, y todavía conmocionado por estas batallas, me tomé unas vacaciones en las Islas Vírgenes con mi velero y con una joven colega de MAIN a la que llamaremos «Mary». Aunque no se me ocurrió cuando elegí el lugar, ahora me doy cuenta de que la historia de la región fue uno de los factores que me ayudaron a tomar la decisión que iniciaba la puesta en práctica de mis buenos propósitos de Año Nuevo. El primer atisbo se produjo una tarde, mientras costeábamos la isla de Saint John y enfilábamos el canal de Sir Francis Drake, que separa del continente las Islas Vírgenes, algunas de ellas todavía colonias británicas.

Ese canal recibe su nombre, obviamente, por el marino inglés que fue el azote de los galeones españoles. Y me recordó las muchas veces que, durante los últimos diez años, había pensado yo en los piratas y demás figuras históricas que como Drake y sir Henry Morgan habían robado, explotado y saqueado, y sin embargo recibieron elogios e incluso títulos nobiliarios por sus actividades. A mí se me había educado en el respeto a esos personajes. En consecuencia, me preguntaba, ¿por qué debía tener reparos en explotar a países como Indonesia, Panamá, Colombia y Ecuador? Muchos de mis héroes particulares — Ethan Alien, Thomas Jefferson, George Washington, Daniel Boone, Davy Crockett, Lewis y Clark, por nombrar sólo unos cuantos— fueron explotadores de indios y de esclavos negros, y se apoderaron de tierras que no eran suyas. A menudo recurría yo a estos ejemplos para tranquilizar mi conciencia. Pero ahora, mientras me adentraba en el canal Sir Francis Drake, comprendía lo absurdo de mis pasadas racionalizaciones.

Recordé algunas cosas que por comodidad había preferido olvidar durante los pasados años. Ethan Alien había pasado muchas semanas cargado con catorce kilos de grilletes en la apestosa y abarrotada sentina de un barco-prisión inglés, y después algún tiempo más en una mazmorra inglesa. Era un prisionero de guerra, capturado en 1775 durante la batalla de Montreal, cuando luchaba por el mismo género de libertades que Jaime Roídos y Ornar Torrijos reivindicaban ahora para sus gentes. Thomas Jefferson, George Washington y los demás padres fundadores se habían jugado la vida por semejantes ideales. La victoria de la revolución no estaba garantizada en absoluto. Ellos sabían que en la eventualidad de ser derrotados, morirían en la horca por sediciosos. Daniel Boone, Davy Crockett y Lewis y Clark, también habían soportado

tribulaciones y realizado grandes sacrificios.

¿Y en cuanto a Drake y Morgan? No estaba yo muy fuerte en ese período de la historia, pero recordaba que la Inglaterra protestante se había sentido muy seriamente amenazada por la católica España. Era preciso admitir la posibilidad de que Drake y Morgan se hubiesen dedicado a la piratería con intención de golpear en el corazón del Imperio español, en aquellos galeones que transportaban las riquezas de América, para defender el santuario de Inglaterra y no para encumbrarse a sí mismos.

Mientras dábamos bordadas luchando contra el viento en medio del canal e íbamos viendo cada vez más cerca esas montañas que emergen de las aguas, Great Thatch Island al norte y Saint John al sur, yo seguía hilvanando pensamientos sin poder apartarlos de mi mente. Mary me pasó una cerveza y aumentó el volumen de una canción de Jimmy Buffett. Pese a la belleza del paisaje y a la sensación de libertad que siempre produce la navegación a vela, yo estaba de mal humor. Traté de disiparlo y apuré la cerveza.

Aquel estado de ánimo no me abandonaba. Estaba enfurecido con las voces de la historia y con mi manera de tergiversarlas para justificar mi propia codicia. Estaba furioso con mis padres y con Tilton —aquel instituto prepotente en lo alto de su colina—, que me habían impuesto toda esta historia. Abrí otra botella de cerveza. Pensé que sería capaz de matar a Mac Hall por lo que le había hecho a Bruno.

Una barca de madera pasó cerca de nosotros corriendo a favor del viento, las velas hinchadas, enarbolando la bandera del arco iris. Tres o cuatro parejas jóvenes nos saludaron a voces y agitando los brazos. Eran hippies envueltos en túnicas de vivos colores. En la proa iban un hombre y una mujer completamente desnudos. El aspecto de la embarcación y el de sus pasajeros revelaba que hacían vida a bordo. Una comunidad de piratas modernos, libres, desinhibidos.

Quise contestar al saludo pero mi brazo no me obedeció, paralizado por la envidia.

De pie en la cubierta, Mary los siguió con la mirada mientras ellos se alejaban a popa.

—¿Te gustaría esa clase de vida? — me preguntó.

Entonces lo comprendí. No eran mis padres. No era Tilton ni Mac Hall. Era mi propia vida lo que yo aborrecía. La persona responsable y aborrecible era yo.

Entonces oí la voz de Mary. Estaba diciéndome algo y apuntando con el dedo a estribor, por la parte de proa. Luego se acercó y repitió:

—Leinster Bay. Nuestro fondeadero de esta noche.

Ahí estaba, excavada en la isla de Saint John. Una ensenada desde cuyo abrigo acechaban las naves piratas, aguardando el paso de la flota del oro por aquella misma manga de agua en que nos encontrábamos. Cuando estuvimos más cerca le cedí el timón a Mary y me dirigí a la cubierta de proa. Mientras ella negociaba Watermelon Cay y embocaba la hermosa bahía, me incliné para cazar el foque y saqué el ancla. Ella recogió la mayor. Eché el ancla. La cadena corrió y se sumergió en las transparentes aguas. La embarcación fue inmovilizándose.

Después de nadar un rato, Mary bajó a echar una siesta. Le dejé una nota y remé con el bote neumático hasta la costa. Lo saqué del agua cerca de las ruinas de una antigua plantación azucarera y me quedé largo rato sentado en la orilla procurando no pensar, concentrado en tratar de vaciar de emociones la mente. Pero no lo conseguí.

Más tarde me puse a trepar ladera arriba y me hallé entre los ruinosos muros de la vieja plantación. Volví la mirada hacia nuestro velero anclado en la bahía. El sol caía a poniente sobre las aguas del Caribe. Todo parecía muy idílico, pero yo no ignoraba que aquella plantación había sido escenario de sufrimientos inenarrables. Centenares de esclavos africanos habían muerto allí, forzados a punta de escopeta, construyendo la casona señorial, cultivando la caña y manejando el ingenio que convertía la melaza en ron. La tranquilidad del lugar ocultaba una historia de brutalidad, lo mismo que en aquellos momentos ocultaba la rabia que volvía a hervir dentro de mí.

El sol desapareció detrás del perfil montañoso de una isla. Un gran arco de color magenta se extendió por el cielo. Las aguas se oscurecieron y yo me vi obligado a afrontar una conclusión sorprendente: que también yo había sido un esclavista. Mi trabajo en MAIN no se limitaba a promover el endeudamiento de los países pobres para atarlos al imperio global. Mis proyecciones infladas eran algo más que meros vehículos para asegurarnos nuestra parte del botín, es decir, el petróleo que necesitase mi país. Y mi posición de socio principal era algo más que un expediente para mejorar la rentabilidad de la compañía. Mi'actividad también tenía que ver con las personas y sus familias. Personas parecidas a las que habían muerto en la construcción de la tapia donde yo estaba sentado en aquel momento. Personas explotadas por mí.

Haría diez años que me había convertido en sucesor de aquellos esclavistas que visitaban las selvas de África y arrebataban hombres y mujeres para conducirlos a sus naves. El mío era un procedimiento más moderno, más sutil. Yo nunca me había visto en la necesidad de

contemplar cuerpos agonizantes ni de oler el hedor a carne en putrefacción ni de escuchar los gritos de terror. Lo que yo hacía no era menos siniestro. Pero quedaba lejos de mí, y así yo podía abstraerme de los aspectos personales, de esos cuerpos, esa carne, esos gritos. Por lo ' mismo, en último análisis quizá mi delito era más grande.

Volví de nuevo la mirada hacia el balandro. La marea atirantaba la cadena del ancla. Mary holgazaneaba en cubierta, probablemente tomándose un «margarita» y esperando mi regreso para servirme otro. En aquel momento, contemplándola bajo la última claridad del día, tan tranquila, tan confiada, caí en la cuenta de lo que estaba haciéndole a ella y a todos los que trabajaban para mí. Estaba convirtiéndolos a todos en gángsteres económicos. Hacía de ellos lo mismo que me hizo Claudine, pero sin la sinceridad de Claudine. Mediante promesas de ascenso y aumentos de sueldo, los seducía para que se hicieran esclavistas. Y sin embargo, ellos también eran explotados por el sistema. También estaban esclavizados, lo mismo que yo.

Me volví de espaldas al mar, a la bahía y al cielo color magenta. Cerré los ojos a los muros construidos por esclavos arrebatados a sus tierras africanas. Deseaba desentenderme de todo. Cuando abrí los ojos vi un palo, casi una viga, tan gruesa como un bate de béisbol y casi el doble de larga. Me acerqué de un salto, agarré el palo y la emprendí contra los muros de piedra. Les di de garrotazos hasta que caí agotado, y me quedé tumbado sobre la hierba, boca arriba, viendo desfilar las nubes sobre mí.

Por último regresé adonde había dejado el bote. De pie en la playa, me quedé contemplando el velero que flotaba sobre las aguas azules y supe lo que tenía que hacer. Supe que estaba perdido sin remedio si regresaba a mi vida anterior, a MAIN y a todo lo que ésta representaba. Los aumentos de sueldo, los planes de pensiones, los seguros, los paquetes de acciones y los demás privilegios... Cuanto más lo dudase, más me costaría salir.

Me había convertido en un esclavo. Podía seguir azotándome como había azotado aquellos muros de piedra, o podía escapar. Regresé a Boston dos días más tarde. El 1 de abril de 1980 fui al despacho de Paul Priddy y presenté mi dimisión.

CUARTA PARTE
De 1981-Al presente

26

Ecuador: muere un presidente

No fue fácil dejar MAIN. Paul Priddy no quiso tomarme en serio. —La típica inocentada, ¿no?* —y me guiñó un ojo.

Le aseguré que iba en serio. Recordé el consejo de Paula: que no me enfrentase con nadie y que no diese pie a sospechas de posible indiscreción en cuanto a mi trabajo como gángster económico. Hice mucho hincapié en que agradecía todo lo que MAIN había hecho por mí. Pero que necesitaba cambiar de ambiente. Que siempre había sentido el deseo de escribir sobre los pueblos del mundo que pude conocer gracias a MAIN. Nada político, naturalmente. Colaboraciones para *National Geographic* y otras revistas, sobre todo para poder seguir viajando. Declaré mi lealtad a la compañía y juré que haría elogio de ella a la menor oportunidad. Finalmente Paul cedió.

Después de eso, cuantos hablaban conmigo intentaban disuadirme. Se me recordó muchas veces lo bien que estaba allí y algunos preguntaron si me había vuelto loco. Finalmente comprendí que, al menos en parte, nadie deseaba admitir el hecho de que me iba por decisión propia, porque eso los cuestionaba a ellos mismos. Si yo, que me iba, no estaba loco, entonces ellos tendrían que plantearse si obraban con cordura quedándose. Resultaba más cómodo concluir que yo era el que no estaba en sus cabales.

Especialmente dolorosa fue la reacción de mis colaboradores. Para ellos, yo los dejaba en la estacada y sin un sucesor claro. Pero lo tenía decidido. Después de tantos años de vacilaciones, había decidido hacer borrón y cuenta nueva.

Por desgracia las cosas no salieron así. Había dejado de trabajar para ellos, eso era cierto, pero en aquel momento todavía me quedaba mucho para ser un socio de pleno derecho, la realización de mis acciones no daba lo suficiente para jubilarme. Si hubiera retrasado mi marcha algunos años

En Estados Unidos, como en Gran Bretaña, el equivalente al día de los Santos Inocentes se celebra el 1 de abril. (N. del E.)

más, tal vez me habría convertido en millonario a los cuarenta años, como alguna vez soñé. Pero a los treinta y cinco, todavía me faltaba mucho para alcanzar ese objetivo. El mes de abril en Boston se presentaba frío y poco acogedor.

Cierto día me llamó Paul Priddy con el ruego de que acudiese a su despacho.

— Uno de nuestros clientes amenaza con dejarnos —anunció — . Nos contrataron porque querían que tú declararas como experto en representación de ellos.

Yo lo tenía muy pensado. Cuando me senté en el despacho de Paul mi decisión ya estaba tomada. Dije mi precio, unos honorarios que representaban el triple de lo que venía cobrando en MAIN. La sorpresa para mí fue que él aceptó y así me vi lanzado a una nueva carrera.

Durante varios años estuve empleado y muy bien remunerado como perito, principalmente por cuenta de compañías eléctricas estadounidenses que deseaban construir nuevas centrales generadoras y necesitaban la autorización de las comisiones planificadoras de los servicios públicos. Una de mis clientes fue la Public Service Company de New Hampshire y mi trabajo consistió en justificar, bajo juramento, la viabilidad económica de la muy controvertida central nuclear de Seabrook.

Aunque ya no me relacionaba directamente con Latinoamérica, no dejé de seguir los acontecimientos. Como experto técnico disponía de mucho tiempo entre aparición y aparición en el estrado de los testigos. Me mantenía en contacto con Paula y renové antiguas amistades de mis tiempos con el Peace Corps en Ecuador.

El país acababa de adquirir protagonismo en el escenario de la política petrolera mundial.

Jaime Roídos había decidido dar el paso adelante, tomándose en serio sus promesas electorales. Lanzó un ataque en todos los frentes contra las compañías petroleras. Se hubiera dicho que él veía claras muchas cosas que otros, a ambos lados del canal de Panamá, ignoraban o preferían ignorar. Entendía las corrientes ocultas que amenazaban con transformar el mundo en un imperio global y relegar a las gentes de su país a un papel muy secundario, rayano en la servidumbre. Cuando leí lo que decía de él la prensa, quedé tan impresionado por su determinación como por su capacidad para comprender los aspectos fundamentales. Y esos aspectos apuntaban al hecho de que comenzaba una nueva época de la política mundial.

En noviembre de 1980 Cárter perdió las elecciones presidenciales

frente a Ronald Reagan. En esto tuvieron mucho que ver el tratado del Canal negociado con Ecuador y la situación en Irán, especialmente el caso de los rehenes retenidos en la embajada estadounidense y el desastroso intento de rescate. Al mismo tiempo estaba ocurriendo algo más sutil. Un presidente cuyo principal objetivo había sido la paz mundial, y que se había empeñado en reducir la dependencia de Estados Unidos con respecto al petróleo, estaba siendo reemplazado por un hombre convencido de que el lugar que correspondía a Estados Unidos era la cúspide de una pirámide mundial mantenida mediante el poder militar, y de que el control de los yacimientos petrolíferos dondequiera que se hallasen formaba parte de nuestro «Destino Manifiesto». Un presidente que había instalado paneles solares en los tejados de la Casa Blanca estaba siendo reemplazado por otro que mandó desmontarlos tan pronto como pasó a ocupar el despacho oval.

Cárter quizás fuera un político ineficaz, pero tenía una visión de su país coherente con las definiciones de nuestra declaración de independencia. En retrospectiva, ahora puede parecemos un político ingenuamente arcaico, una vuelta a los ideales que dieron forma a la nación y llevaron a sus orillas a muchos de nuestros antepasados. En efecto, fue una anomalía si lo comparamos con sus antecesores y sucesores más inmediatos. Su filosofía no era compatible con el gangsterismo económico.

En cambio Reagan fue desde luego un constructor del imperio global y un sirviente de la corporatocracia. En la época de su elección, ésta me pareció de lo más coherente con su pasado de actor de Hollywood, de hombre acostumbrado a obedecer las órdenes de los magnates, de quienes sabían cómo dirigir la película. Ese iba a ser su rasgo más característico: estar al servicio de los que transitaban entre las direcciones generales de las grandes empresas, los consejos de administración de la banca y los pasillos gubernamentales. Al servicio de los que fingían servirle a él pero eran los verdaderos amos del gobierno, hombres como el vicepresidente George H. W. Bush, el secretario de Estado George Shultz, el secretario de Defensa Caspar Weinberger o Richard Cheney, Richard Helms y Robert McNamara. El propugnaría todo cuanto estos hombres quisieran: Estados Unidos dueño del mundo y de todos sus recursos, y un mundo obediente a las órdenes de Estados Unidos. Unas fuerzas armadas que impondrían la obediencia a las normas emanadas de Estados Unidos y unas organizaciones del comercio internacional y de la banca mundial que apoyarían a Estados Unidos como director general del imperio planetario.

Al considerar el porvenir, me pareció que entrábamos en una época sumamente favorable para el gangsterismo económico. Paradojas de la vida, en ese mismo momento histórico se me ocurría a mí dejarlo. Cuanto más lo pensaba, más seguro estaba. Me daba cuenta de que había elegido el momento idóneo.

En cuanto a lo que esto pudiese representar a largo plazo, yo no tenía ninguna bola de cristal que me lo anunciase. Pero la historia enseña que los imperios no son duraderos y que el péndulo siempre oscila en ambas direcciones. Desde mi punto de vista, los hombres como Roídos ofrecían alguna esperanza. Estaba seguro de que el nuevo presidente de Ecuador entendía muchas de las sutilezas de la situación del momento. Había proclamado su admiración por Torrijos y aplaudido el coraje de Cárter en la cuestión del canal de Panamá. Me pareció que no iba a contemporizar. Era de esperar que su fortaleza encendiese una luz para los dirigentes de otros países, muy necesitados del tipo de inspiración que él y Torrijos estaban en condiciones de suministrar.

A comienzos de 1981 la administración Roídos presentó formalmente al parlamento ecuatoriano la ley de hidrocarburos. De ser aprobada, reformaría las relaciones entre el país y las compañías petroleras. Por diversas razones, muchos la consideraron revolucionaria e incluso radical. Ciertamente iba encaminada a cambiar la conducción de los negocios en el sector, y su influencia saltaría las fronteras de Ecuador para irradiar a toda Latinoamérica y al resto del mundo.[1]

Las compañías petroleras reaccionaron como era de prever: sin contemplaciones. Sus agentes de relaciones públicas emprendieron una campaña de difamación contra Jaime Roídos y sus grupos de presión invadieron Quito y Washington, carteras en mano cargadas de amenazas y de sobornos. Intentaron presentar al primer presidente ecuatoriano democráticamente elegido de la era moderna como un nuevo Castro. Sin embargo, Roídos no cedió a los intentos de intimidación, sino que reaccionó denunciando la conjura entre la política, el petróleo... y la religión. El Summer Institute of Linguistics fue acusado de connivencia con las petroleras y se decretó, en una medida audaz y quizá temeraria, su expulsión del país.[2]

Pocas semanas después de enviar al Parlamento este paquete legislativo, y un par de días después de la expulsión de los misioneros del SIL, Roídos advirtió no sólo a las compañías petroleras sino a todos los intereses extranjeros que debían poner en marcha proyectos de utilidad para el pueblo ecuatoriano, o serían expulsados a su vez. Después de pronunciar un gran discurso en el Estadio Olímpico Atahualpa de Quito,

emprendió viaje hacia una pequeña comunidad de la parte meridional del país.

Allí pereció el 24 de mayo de 1981 al incendiarse y caer el helicóptero en que viajaba.[3]

El mundo quedó consternado. En Latinoamérica el escándalo fue enorme. «¡Asesinado por la CÍA!», proclamaron los periódicos de todo el hemisferio. Además de la inquina que le tenían Washington y las compañías del petróleo, otras muchas circunstancias parecían apoyar la acusación. Las sospechas crecían conforme fueron descubriéndose más detalles. Nunca se demostró nada, pero los testigos presenciales afirmaron que Roídos, advertido de la posibilidad de un atentado, había tomado sus precauciones. Entre ellas, la de viajar con dos helicópteros. En el último momento, uno de sus funcionarios de seguridad le convenció para que viajara en el aparato de escolta. Y ése fue el que estalló.

Pese a la reacción mundial, el suceso apenas tuvo eco en la prensa estadounidense.

Osvaldo Hurtado asumió la presidencia del país. El Summer Institute of Linguistics y sus patrocinadoras, las compañías del petróleo, pudieron regresar. A finales del mismo año, Hurtado lanzó un ambicioso programa de perforaciones a cargo de Texaco y otras compañías extranjeras en el golfo de Guayaquil y en la cuenca amazónica.[4]

Ornar Torrijos, en su elogio postumo a Roídos, le llamó «hermano». También confesó que temía por su propia vida y que tenía pesadillas. En una de ellas se había visto cayendo del cielo, envuelto en una gran bola de fuego. Fue un sueño premonitorio.

27

Panamá: muere otro presidente

La muerte de Roídos fue un duro golpe para mí. Pero quizá no debería haberlo sido. Puesto que yo era cualquier cosa menos ingenuo y estaba al tanto de lo ocurrido con Arbenz, Mosaddeq, Allende. Y con otros muchos cuyos nombres nunca aparecerán en los periódicos ni en los libros de historia, pero cuyas vidas también fueron destruidas y en ocasiones abreviadas por haberse enemistado con la corporatocracia. Sin embargo, me sorprendió mucho. Era demasiado flagrante.

Yo creía, después de nuestro fenomenal éxito en Arabia Saudí, que la intervención descarada era cosa de otros tiempos y que los chacales habían quedado relegados a los zoológicos. Luego me di cuenta de que estaba equivocado. Sin duda la muerte de Roídos no había sido un accidente. Tenía todos los rasgos de un atentado orquestado por la CÍA. Si la ejecución fue tan flagrante, comprendía yo ahora, era porque se deseaba enviar un mensaje. La nueva administración Reagan, con su imagen hollywoodiense de vaqueros de gatillo fácil, iba a ser el vehículo ideal para transmitir tal mensaje. Los chacales habían regresado y convenía que tomaran nota lo mismo Ornar Torrijos como cualquier otro que sintiese _ veleidades de unirse a una cruzada contra la corporatocracia.

Pero Torrijos no iba a echarse atrás. Al igual que Roídos, no se dejó intimidar. Él también expulsó a los del Summer Institute of Linguistics y se negó en redondo a la renegociación del tratado del Canal que le demandaba la administración Reagan.

Dos meses después de la muerte de Roídos, la pesadilla de Ornar Torrijos se vio cumplida. Murió en un accidente de aviación. Era el 31 de julio de 1981.

La estupefacción recorrió Latinoamérica y el resto del mundo. Torrijos no había sido ningún desconocido. Se le respetaba como el hombre que había forzado la devolución del Canal a sus legítimos dueños, y que seguía manteniendo el tipo frente a Ronald Reagan. Era el defensor de los derechos humanos, el jefe de Estado que abrió las puertas a los refugiados de todo el espectro político sin exceptuar al sha de Irán, la voz carismática

que reclamaba la justicia social y, según creían muchos entonces, un posible candidato al premio Nobel de la paz. Y había muerto. «¡Asesinado por la CÍA!», proclamaron una vez más los titulares y los artículos de opinión.

En su libro *Conociendo al general*, escrito a raíz de una visita anterior durante la cual tuvimos aquella conversación en el Hotel Panamá, Graham Greene comienza así:

> En agosto de 1981 tenía hecho el equipaje para mi quinta visita a Panamá cuando me anunciaron por teléfono la muerte del general Ornar Torrijos Herrera, mi amigo y anfitrión. La avioneta en que se dirigía a su casa de Coclesito, en la región montañosa de Panamá, se estrelló y no hubo supervivientes. Pocos días después, la voz de su guardia de seguridad, el sargento José de Jesús Martínez, alias Chuchu, ex profesor de filosofía marxista en la Universidad de Panamá, profesor de matemáticas y poeta, me anunciaba: «Ese avión llevaba una bomba. Sé que iba una bomba en el avión, pero no puedo revelar a través del teléfono por qué lo sé».[1]

El mundo entero lloró la muerte de aquel hombre, que se había ganado la reputación de defensor de los pobres y desvalidos. Se alzó un clamor solicitando a Washington una investigación sobre las actividades de la CÍA. Pero tal cosa no iba a ocurrir. Torrijos tenía muchos enemigos y la lista incluía a gentes dueñas de un poder inmenso. Antes de su desaparición le habían manifestado público aborrecimiento el presidente Reagan, el vicepresidente Bush, el secretario de Defensa Weinberger, la junta de jefes de Estado Mayor y los directores generales de muchas empresas poderosas.

Los jefes militares norteamericanos estaban especialmente irritados por los artículos del tratado Torrijos-Cárter que les obligaban a cerrar la Escuela de las Américas y el Comando Sur especializado en la guerra tropical, lo cual les planteaba un serio problema. O se encontraba la manera de saltarse las condiciones del tratado o tendrían que buscar otro país dispuesto a acoger aquellas instalaciones, lo que no era empresa fácil en aquellos decenios finales del siglo xx. Quedaba otra opción, por supuesto: eliminar a Torrijos y renegociar el tratado con el sucesor.

En el mundo empresarial, Torrijos tuvo por enemigas a las grandes multinacionales, muchas de éstas estrechamente vinculadas a políticos estadounidenses e interesadas en la explotación de la mano de obra y los recursos naturales de Latinoamérica —el petróleo, la madera, el zinc, el

cobre, la bauxita y las tierras de cultivo. Entre ellas se contaban compañías manufactureras, de comunicaciones, navieras, grupos del transporte, así como compañías de ingeniería y otras empresas especializadas en tecnologías.

El grupo Bechtel era un buen ejemplo de las relaciones privilegiadas que tenían lugar entre la empresa privada y la administración estadounidense. Yo conocía bien a Bechtel. Habíamos colaborado estrechamente con ella en MAIN y uno de sus principales arquitectos llegaría a ser un buen amigo personal. Bechtel era la empresa de ingeniería y construcción más influyente de Estados Unidos y contaba en su consejo de administración con personajes como George Shultz y Caspar Weinberger, que habían declarado su desprecio por Torrijos ante la osadía de éste al favorecer el plan japonés de reemplazar el canal existente por otro nuevo y más capaz.[2] Iniciativa que además de transferir de Estados Unidos a Panamá la propiedad del canal excluiría a Bechtel del contrato más prestigioso y posiblemente más lucrativo del siglo.

Torrijos se enfrentó con esos hombres; y lo hizo con finura, simpatía y un maravilloso sentido del humor. Pero murió y le sustituyó uno de sus protegidos, Manuel Noriega, que no tenía ni el ingenio ni el carisma ni la inteligencia de Torrijos. Muchos sospecharon que no tenía nada que hacer frente a los Reagan, los Bush y las Bechtel de este mundo.

Yo estaba destrozado con esa tragedia. Pasé muchas horas recordando mis conversaciones con Torrijos. Una noche me quedé largo rato contemplando su fotografía en una revista. Recordé mi primera noche en Panamá, el viaje en taxi bajo el aguacero y el alto frente al cartel con el retrato gigante y la leyenda «el ideal de Ornar es la libertad, y no se ha inventado el misil capaz de matar un ideal». El recuerdo de esa inscripción me estremeció, lo mismo que aquella tormentosa noche.

Entonces yo no sabía que Torrijos colaboraría con Cárter para devolver el canal de Panamá al pueblo, que merecía ser su legítimo propietario, ni que esta victoria, junto con sus tentativas para allanar diferencias entre el socialismo latinoamericano y las dictaduras, enfurecería a la administración Reagan-Bush hasta el punto de pensar en asesinarlo.[3] Tampoco podía saber que en otra noche oscura se accidentaría durante un vuelo de rutina con su Twin Otter, ni que la mayor parte del mundo excepto Estados Unidos echaría a la larga cuenta de la CÍA la desaparición de Torrijos, muerto a la edad de cincuenta y dos años.

Si hubiese vivido, indudablemente habría tratado de contrarrestar la creciente violencia que ha asediado a tantos países de Centroamérica y Suramérica. Si nos atenemos a sus antecedentes, podemos suponer que

habría tratado de llegar a un acuerdo para limitar la destrucción de las regiones amazónicas de Ecuador, Colombia y Perú por las compañías petroleras internacionales. Y esa iniciativa, entre otros resultados, habría aliviado los terribles conflictos que según Washington son guerras de terroristas y del narcotráfico, pero que Torrijos habría sabido reconocer como acciones de gentes desesperadas y decididas a defender sus familias y sus hogares. Y lo más importante, estoy seguro de que habría servido de modelo a una nueva generación de dirigentes de América, de África y de Asia. Lo que, por supuesto, no podían consentir la CÍA, la NSA ni el gangsterismo económico.

28

Enron, George W. Bush y mi compañía eléctrica

Cuando murió Torrijos hacía varios meses que no veía a Paula. Yo estaba saliendo con otras mujeres, como Winifred Grant, una joven arquitecta paisajista que había conocido en MAIN y cuyo padre era, casualmente, el arquitecto jefe de Bechtel. Mientras tanto, Paula salía con un periodista colombiano. Seguíamos siendo amigos pero decidimos cortar nuestra relación sentimental.

Yo seguía peleándome con mi trabajo de perito experto, sobre todo con la justificación de la nuclear de Seabrook. A menudo tenía la sensación de haberme vendido otra vez, de haber recaído en el papel acostumbrado sólo por el dinero. Winifred fue una ayuda preciosa para mí durante ese período. Aunque era una ecologista confesa, entendía las necesidades prácticas de una demanda eléctrica siempre creciente. Se había criado en el área de Berkeley de la bahía este de San Francisco y licenciado en la Universidad de California. Era una librepensadora cuyas opiniones contrastaban mucho con el puritanismo de mis padres y de Ann.

Nuestra relación progresó. Winifred pidió una excedencia en MAIN y recorrimos en mi velero toda la costa atlántica de norte a sur hasta Florida. No teníamos prisa y a menudo recalábamos en algún puerto para que yo pudiera tomar un avión para ir a declarar como perito, y luego regresar. Hasta que finalizó el crucero en West Palm Beach (Florida), donde alquilamos un apartamento.

Nos casamos y nuestra hija Jessica nació el 17 de mayo de 1982. Tenía yo entonces treinta y seis años, bastantes más que la mayoría de los futuros padres que se aburrían en los cursillos prenatales.

En el asunto de la nuclear de Seabrook, parte de mi trabajo consistía en convencer a la comisión de servicios públicos de New Hampshire. Debía demostrar que dicho tipo de central generadora era el mejor y el más económico para cubrir las necesidades energéticas de aquel Estado. Por desgracia, cuanto más estudiaba el caso más empezaba a dudar de la validez de mis argumentos. En aquella época la bibliografía estaba en

permanente cambio, lo cual reflejaba el incremento de investigación en ese tema. Y estos nuevos estudios indicaban de forma creciente que otras formas alternativas de generación de energía podían ser técnicamente superiores y más económicas que las nucleares.

Se empezaba pues a poner en tela de juicio la pretendida seguridad de las centrales nucleares. Serias dudas se suscitaban en cuanto a la integridad de los sistemas de emergencia, la formación del personal de servicio, la propensión humana a cometer errores, el agotamiento de los materiales y la insuficiencia de los sistemas de procesado de los residuos. En el plano personal, cada vez me resultaba más incómoda la postura que, a cambio de una remuneración, estaba obligado a defender bajo juramento y en presencia de lo que, a todas luces, venía a ser algo muy parecido a un tribunal. Al mismo tiempo me daba cuenta de que algunas de las técnicas emergentes ofrecían procedimientos para la obtención de electricidad compatibles con la preservación medioambiental. Sobre todo, en el sector del aprovechamiento de materiales antes considerados residuos.

Hasta que un día informé a mis superiores de New Hampshire que mis convicciones me impedían seguir testificando a favor de la compañía. Abandoné aquella carrera tan lucrativa y decidí fundar una compañía que pusiera en práctica aquellas nuevas tecnologías que sólo estaban en la teoría. Winifred me apoyó al cien por cien, pese a lo incierto de la aventura y al hecho, nuevo para ella, de estar empezando a crear una familia.

En 1982, varios meses después del nacimiento efe Jessica, fundé Independent Power Systems (IFS), una compañía que planteaba, entre otras cosas, el desarrollo de centrales generadoras ecológicamente beneficiosas con intención de establecer modelos que más adelante serían emulados por otros. Era un negocio de alto riesgo en el que fracasarían muchas de nuestras competidoras. A nosotros, sin embargo, nos salvó una serie de «casualidades». O mejor dicho, estoy seguro que las numerosas ocasiones en que alguien acudió en nuestra ayuda en realidad fueron premios a mis pasados servicios y a la promesa de silencio.

Bruno Zambotti aceptó finalmente un alto cargo en el Banco Interamericano de Desarrollo. También aceptó figurar en el consejo de administración de IPS y ayudó a financiar la incipiente compañía. Recibimos apoyo económico de Bankers Trust, ESI Energy, la aseguradora Prudential, el Chadboume and Parke (importante gabinete jurídico de Wall Street, uno de cuyos socios principales era el ex senador, ex candidato presidencial y ex secretario de estado Ed Muskie) y la Riley

Stoker Corporation (una empresa de ingeniería, filial de Ashland Oil Company, que diseñaba y construía unos ultramodernos y novedosos generadores de vapor para centrales eléctricas). Incluso recibimos el respaldo del Congreso cuando se aprobó expresamente para IPS una exención fiscal muy concreta que nos supuso una ventaja decisiva frente a las compañías rivales.

En 1986, IPS y Bechtel habían desarrollado de manera simultánea pero independiente centrales que utilizaban tecnologías punta de última generación para quemar residuos del carbón sin producir lluvia acida. Al final del decenio esas dos centrales habían revolucionado el sector eléctrico y contribuido directamente a que se promulgasen normas anticontaminación nacionales, demostrando de manera concluyente que los llamados productos de desecho podían convertirse en electricidad, y que la combustión del carbón sin producir lluvia acida era posible, en contra de lo que venían afirmando los portavoces de las compañías tradicionales. Nuestra central demostró también la posibilidad de financiar una técnica nueva, y de resultado todavía desconocido, a través de una compañía pequeña e independiente que tuviese acceso a Wall Street y otras fuentes convencionales.[1] Como ventaja añadida, el calor excedente producido por nuestra central se aprovechaba para un invernadero de una hectárea dedicado a cultivos hidropónicos, en vez de disiparlo mediante estanques o torres de refrigeración.

En mis funciones de presidente de IPS llegué a tener un buen conocimiento de las interioridades del sector de la energía, y traté a muchos de los personajes más influyentes de él: abogados, agentes de los grupos de presión, banqueros de inversiones y altos ejecutivos de las compañías principales. Además contaba con otra ventaja, un suegro con más de treinta años de antigüedad en Bechtel, durante los cuales había alcanzado la categoría de arquitecto jefe, y que en aquellos momentos estaba levantando toda una ciudad en Arabia Saudí... resultado directo, a su vez, de mi trabajo realizado allí a comienzos de la década de 1970, durante lo que se llamó el caso del blanqueo de dinero árabe saudí. Wrnifred se había criado a la sombra de las oficinas centrales de Bechtel en San Francisco, y ella misma también había sido miembro de la familia corporativa, ya que su primer empleo después de licenciarse en Berkeley fue en Bechtel.

El sector de la energía estaba atravesando una reestructuración importante. Las grandes empresas de ingeniería rivalizaban por apoderarse de las compañías de servicios públicos (o por lo menos, repartírselas) que antes habían disfrutado de privilegios equivalentes a

sendos monopolios locales. Pero ahora, el santo y seña del día era la «desregulación», y las reglas estaban cambiando de la noche a la mañana. Abundaban las oportunidades para sujetos ambiciosos que quisieran aprovecharse de una situación que pillaba con las defensas bajas a los tribunales y al Congreso. Los gurús del sector decían que se había declarado la era del «Oeste salvaje de la energía».

Una de las víctimas de este proceso fue MAIN. Tal como Bruno había pronosticado, Mac Hall perdió el contacto con la realidad y nadie se atrevió a decírselo. Paul Priddy nunca acertó a adueñarse del mando y la dirección de MAIN, además de no acertar a aprovechar los cambios que recorrían como un vendaval el sector, cometió una serie de errores fatales. Pocos años después del récord de beneficios marcado por Bruno, MAIN tuvo que abandonar su papel protagonista en el gangsterismo económico y se vio en serios apuros financieros. Los socios la vendieron a una de las grandes compañías de ingeniería y construcción que sí supieron jugar con acierto sus cartas.

En 1980 yo había liquidado mi cartera y me había embolsado treinta dólares por acción. Unos cuatro años más tarde, los socios remanentes vendieron sus participaciones por menos de la mitad. Cien años de meritorios servicios terminaban así con una humillación. Fue triste presenciar la desaparición de esa compañía, pero al mismo tiempo me sentí justificado por haberme separado de ella en el momento en que lo hice. La marca MAIN continuó durante algún tiempo bajo los nuevos propietarios, pero luego desapareció también. La cabecera antaño tan respetada en muchos países de todo el planeta no tardó en caer en el olvido.

MAIN era un ejemplo de compañía que no supo adaptarse al ambiente cambiante de la industria energética. En el extremo opuesto del espectro había aparecido otra compañía que a nosotros, los *insiders*, nos fascinaba: Enron. Con un crecimiento de los más rápidos del sector, surgida aparentemente de la nada, en seguida empezó a hacerse con los contratos más descomunales. A menudo las reuniones de negocios se inician con un rato de charla ociosa mientras los participantes buscan sus asientos, se sirven tazas de café y sacan los papeles de los portafolios. En aquellos días, estas tertulias solían girar alrededor de Enron. Ninguna de las personas ajenas a esta empresa tenía ni la menor idea de cómo eran posibles los milagros que realizaba. Los que estaban dentro, simplemente sonreían y callaban. Algunas veces, cuando se les insistía mucho, hablaban de nuevos planteamientos de gestión, de «financiación creativa» y de la política de contratar ejecutivos que supieran desenvolverse en los

pasillos del poder de las capitales de todo el mundo.

A mí, todo esto me sonaba a nueva versión de las viejas técnicas del gangsterismo económico. El imperio global continuaba en marcha, sólo que a paso cada vez más rápido.

Nosotros, los interesados en los temas del petróleo y del panorama internacional, teníamos otro tema que discutir con asiduidad: George W. Bush, el hijo del vicepresidente. Su primera compañía energética, Arbusto (la traducción al castellano de *Bush),* había sido un fracaso y tuvo que ser rescatada en 1984 mediante la fusión con Spectrum 7. Más tarde la misma Spectrum 7 se halló al borde de un percance y fue comprada en 1986 por Harken Energy Corporation. En cuanto a G. W. Bush, permaneció en el consejo de administración con categoría de consejero y con una remuneración anual de 120.000 dólares.[2]

Todos dábamos por supuesto que el hecho de tener un padre vicepresidente de Estados Unidos habría contado para algo en esa decisión, desde luego no justificada por los merecimientos que exhibía el benjamín de los Bush como ejecutivo petrolero. Tampoco pareció coincidencia el hecho de que Harken aprovechase la oportunidad para intervenir en operaciones internacionales por primera vez en la historia de la compañía, y emprender la prospección activa de inversiones petroleras en Oriente Próximo. Como informó la revista *Vanity Fair,* «tan pronto como Bush pasó a ocupar su poltrona en el consejo de administración, a Harken empezaron a pasarle cosas maravillosas. Nuevas inversiones, fuentes de financiación insospechadas, prodigiosas concesiones de perforación».[3]

En 1989 Amoco estaba negociando con las autoridades de Bahrein unos derechos de perforación en la plataforma costera. Entonces el vicepresidente Bush salió elegido presidente. Poco después Michael Ameen —un asesor del departamento de Estado que tenía la misión de aconsejar a Charles Hostler, recién confirmado embajador estadounidense en Bahrein— logró que se iniciaran conversaciones entre el gobierno bahreiní y Harken Energy. Aunque Harken nunca había perforado fuera del territorio de Estados Unidos, ni mucho menos en el mar, finalmente consiguió los derechos exclusivos de perforación en Bahrein, cosa inaudita en todo el mundo árabe. En el transcurso de pocas semanas, la cotización de las acciones de Harken Energy subió más de un veinte por ciento, de 4,50 a 5,50 dólares por acción.[4]

Hasta los más veteranos del sector se quedaron atónitos ante lo sucedido en Bahrein.

—Confío en que G. W. no se haya metido en algo de lo que su padre

tenga que arrepentirse —comentó un abogado amigo mío especializado en la industria energética y gran patrocinador del partido republicano. Estábamos tomando cócteles en un bar a la vuelta de la esquina de Wall Street, en lo alto del World Trade Center. Mi interlocutor insistió en su extrañeza—. Me pregunto si realmente vale la pena arriesgar la presidencia por salvar la carrera de tu hijo.

Yo no estaba tan sorprendido como mis interlocutores, supongo que porque gozaba de una perspectiva exclusiva. Había trabajado para las autoridades de Kuwait, Arabia Saudí, Egipto e Irán. Conocía la política de Oriente Próximo y sabía que Bush, al igual que los ejecutivos de Enron, formaba parte de la red creada por mí y demás colegas del gangsterismo económico. Eran como los señores feudales y los amos esclavistas de las plantaciones. [5]

29

Acepto un soborno

En esa época de mi vida llegué a comprender que realmente estábamos entrando en una nueva era de la economía mundial. La escalada de acontecimientos iniciada con los ministerios de Robert McNamara —el hombre cuyo ejemplo había sido una de mis inspiraciones— en la secretaría de Defensa y en la presidencia del Banco Mundial, excedía mis temores más pesimistas. El planteamiento económico keynesiano de McNamara y su doctrina del liderazgo agresivo prevalecían en todas partes. El concepto del gangsterismo económico se generalizaba para incluir a ejecutivos de todos los niveles en gran número de actividades distintas. Aun admitiendo que no los seleccionaba ni reclutaba la NSA, para el caso sus funciones eran de lo más similar.

Ahora la única diferencia consistía en que los gángsteres económicos de las corporaciones no se implicaban necesariamente en la utilización de fondos prestados por la banca internacional. Aunque la vieja especialidad, la mía, seguía prosperando, las nuevas derivaciones revestían algunos aspectos todavía más siniestros. Durante la década de 1980 surgieron de las filas del mando intermedio muchos hombres y mujeres jóvenes convencidos de que todos los medios justificaban el fin: mejorar la cuenta de resultados. El imperio global no era más que otro camino hacia la maximización del beneficio.

Estas nuevas tendencias se veían tipificadas en el sector de la energía que a mí me ocupaba. El estatuto de los servicios públicos *(Public Utility Regulatory Policy Act,* PURPA) fue votado por el Congreso en 1978 y después de una serie de avatares jurídicos quedó elevado definitivamente a la categoría de ley en 1982. En principio se planteaba como un medio para incentivar a las pequeñas compañías independientes, como la mía, a que desarrollasen combustibles alternativos y otras propuestas innovadoras para la producción de electricidad. Según la ley, las grandes compañías del sector debían comprar bajo tarifas justas y razonables la energía generada por las pequeñas. Esta política fue consecuencia de uno de los deseos de Cárter, empeñado en reducir la dependencia esta-

dounidense con respecto al petróleo. Con respecto a todo el petróleo, y no sólo del importado, para ser exactos. La ley venía a cumplir una doble finalidad: propiciar el desarrollo de fuentes alternativas de energía y fomentar la aparición de compañías independientes que reflejasen el espíritu emprendedor americano. Lo que resultó en la realidad fue algo muy diferente.

Durante el decenio de 1980 y hasta bien entrado el de 1990, el énfasis pasó del espíritu emprendedor a la desregulación. Fui testigo de cómo la mayoría de las pequeñas compañías independientes acabaron devoradas por las grandes compañías de ingeniería y de construcción. Estas supieron encontrar vacíos legales que les permitían crear sociedades de cartera propietarias tanto de las compañías del servicio público (reguladas) como de las empresas productoras (no reguladas e independientes). Muchas de aquéllas pusieron en marcha agresivas campañas para arruinar a las independientes y luego absorberlas. Otras sencillamente prefirieron partir de cero y desarrollaron sus propias equivalencias de empresas supuestamente independientes.

La idea de reducir nuestra dependencia del petróleo se perdió en algún lugar del camino. La carrera de Reagan había sido muy deudora de las compañías petroleras. En cuanto a Bush, se había hecho rico con el petróleo. Y la mayoría de los personajes principales de ambas administraciones y miembros de sus gabinetes también pertenecían al sector, o formaban parte de las compañías de ingeniería y construcción tan vinculadas a él. Por otra parte, y en último término, el petróleo y la construcción no eran cuestiones partidistas: muchos demócratas figuraban en esas compañías o les debían favores también.

IPS continuó manteniendo su visión de una energía benigna con el medio ambiente. De esta manera defendíamos los objetivos originarios del PURPA, y parecíamos tocados por un aura mágica. Fuimos una de las escasas empresas independientes que además de sobrevivir incluso prosperaron. No tengo la menor duda de que ello se debió a mis pasados servicios a la corporatocracia.

Esta evolución del sector energético simbolizaba toda la tendencia que estaba afectando al planeta en su conjunto. Las preocupaciones de providencia social, medio ambiente y otras cuestiones tocantes a la calidad de vida pasaban a un segundo plano, postergadas por el afán de lucro. En este proceso, todo el énfasis iba a la promoción de la empresa privada. Al principio se trató de justificarlo aduciendo razones teóricas, como la noción de que el capitalismo era superior al comunismo y acabaría por reducirlo al absurdo. Con el paso del tiempo, sin embargo,

tales justificaciones dejaron de ser necesarias. Se admitió como axiomático que un proyecto planteado por unos inversores adinerados tenía que ser inherentemente mejor que cualquier cosa que propusieran los gobiernos. Las organizaciones internacionales como el Banco Mundial hicieron suya dicha noción y se dedicaron a impulsar la desregulación y la privatización del abastecimiento de agua, de los sistemas de tratamiento de residuos, de las comunicaciones, de las redes de servicios públicos y de otras infraestructuras hasta entonces gestionadas por los gobiernos (el Estado).

En consecuencia, no fue difícil generalizar el concepto del gangsterismo económico al marco más amplio, y enviar ejecutivos de las más diversas actividades a misiones en otro tiempo reservadas a una minoría, la de los que formábamos una especie de club exclusivo. Ahora esos ejecutivos se distribuían por todo el planeta en busca de las reservas de mano de obra más barata, de los recursos más accesibles, de los mercados más multitudinarios. No se planteaban muchos problemas de conciencia. Lo mismo que los gángsteres económicos predecesores suyos —como yo en Indonesia, en Panamá y en Colombia—, cuando sentían la necesidad de racionalizar sus tropelías nunca les faltaban argumentos. Y lo mismo que nosotros, dejaban atrapados a los países y las comunidades que visitaban. Les prometían la opulencia y que el fomento del sector privado los ayudaría a librarse del endeudamiento. Construían escuelas y carreteras y donaban teléfonos, televisiones y servicios médicos. Aunque, finalmente, si encontraban trabajadores más baratos o recursos más accesibles en otro lugar, se marchaban. Pero al abandonar la comunidad cuyas esperanzas habían suscitado, las consecuencias solían ser desastrosas. Ellos, según todos los indicios, lo hacían sin mayor titubeo ni ver en ello motivo de cavilaciones.

Yo me preguntaba, sin embargo, si no quedarían psicológicamente afectados en algún sentido, si tendrían sus ratos de duda como me había ocurrido a mí. ¿Estuvieron alguna vez a orillas de un canal paradisíaco viendo cómo se bañaba una joven al mismo tiempo que un viejo defecaba aguas arriba? ¿Quedaba algún Howard Parker que les planteara problemas de conciencia?

Aunque yo disfrutaba de mis éxitos en IPS y también de la vida de familia, no conseguía evitar los momentos de profunda depresión. Tenía una hija y lógicamente me preguntaba qué clase de porvenir iba a dejarle. Me acosaban los remordimientos por mis pasadas actuaciones.

Además, el análisis retrospectivo permitía contemplar una tendencia histórica muy inquietante. El sistema financiero internacional moderno nació cuando faltaba poco para el fin de la Segunda Guerra Mundial, en

una reunión de dirigentes de muchos países que tuvo lugar en Bretton Woods, una localidad de New Hampshire, mi Estado natal. El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional creados entonces debían servir para la reconstrucción de una Europa devastada por la guerra, y el éxito fue notable. El sistema se extendió con rapidez. Fue ratificado por los principales aliados de Estados Unidos y aclamado como una panacea contra la opresión. Se nos prometió que todos seríamos salvados de las garras del pérfido comunismo.

No obstante, era inevitable preguntarse adonde conducía todo eso. A finales de la década de 1980, con el derrumbamiento de la Unión Soviética y del movimiento comunista mundial, obviamente la disuasión dejaba de ser un motivo. Y también resultaba evidente que el dominio global fundamentado en el capitalismo iba a imperar sin cortapisas. Tal como observa Jim Garrison, presidente del foro State of the World:

> Acumulativamente, la integración del mundo en un solo conjunto, sobre todo en términos de globalización económica con las míticas propiedades del «libre mercado», representa un auténtico «imperio» por derecho propio [...] Ningún país del mundo ha logrado resistir el magnetismo ineluctable de la globalización. Pocos escapan a los «ajustes estructurales» y los «condicionamientos» del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional ni a los arbitrajes de la Organización Mundial del Comercio, cuyas instituciones financieras, por más que inadecuadas, determinan todavía el significado de la globalización económica, cuáles son sus reglas y cómo se recompensa la sumisión y se penalizan las infracciones. Es tal el poder de la globalización que la generación actual probablemente presenciará la integración de todas las economías nacionales del mundo en un solo sistema de mercado global, libre pero no equitativo.

Mientras rumiaba estas cuestiones decidí que había llegado el momento de contarlo todo en un libro: *La conciencia de un gángster económico.* Pero no lo llevé con discreción. Nunca he sido *capaz* de escribir aislado en un despacho. Necesito discutir mi trabajo con otras personas, que me aportan inspiraciones y me ayudan a recordar y a poner en perspectiva los acontecimientos del pasado. Me gusta leerles pasajes de mis borradores a los amigos, a fin de escuchar sus reacciones. Aunque entiendo que esta manera de trabajar tiene sus riesgos, para mí no hay otra. Así pues, no fue ningún secreto que yo estaba escribiendo un libro sobre mis tiempos en MAIN.

Una tarde de 1987 se puso en contacto conmigo otro ex socio de MAIN y me ofreció un contrato de consultoría muy sustancioso con la Stone & Webster Engineering Corporation (SWEC). En esa época, SWEC era una de las compañías de ingeniería y construcción más grandes del mundo, y trataba de asegurarse un lugar en el cambiante entorno de la industria energética. Según mi contrato, yo debía reportar a una nueva filial, una empresa independiente de desarrollos energéticos creada a imagen y semejanza de mi IPS y las demás de ese tipo. Leí con alivio que no se solicitaría mi participación en proyectos internacionales ni del género del gangsterismo económico.

En realidad no se me solicitaría gran cosa, según me explicó mi interlocutor. Yo era de los pocos que habían fundado y dirigido con éxito una eléctrica independiente y gozaba de un buen prestigio en el sector. Lo que le interesaba sobre todo a SWEC era poder utilizar mi curriculum y que mi nombre figurase en su lista de consejeros, lo cual era legal y se hallaba dentro de las prácticas habituales del mundo empresarial. Para mí la oferta era especialmente atractiva porque debido a una serie de circunstancias, estaba considerando vender IPS. La proposición de unirme a la escudería de SWEC y de recibir una remuneración espectacular llegaba en el momento oportuno.

El día que cerramos el acuerdo, el director general de SWEC y yo tuvimos un almuerzo privado. La charla informal duró un rato y durante la misma me di cuenta de que una parte de mí deseaba retomar a la actividad asesora y olvidar las complejas responsabilidades de la dirección de una compañía eléctrica, como tener más de un centenar de personas a mi cargo cuando construíamos una instalación y afrontar los muchos riesgos que conlleva la construcción y la explotación de las plantas generadoras. Estaba ya considerando cómo me gastaría los sustanciosos honorarios que a no dudar iban a serme ofrecidos. Tenía decidido invertirlos, junto con otros recursos, en una organización nueva sin ánimo de lucro.

A la hora de los postres, mi anfitrión llevó la conversación al tema de un libro publicado por mí, *The Stress-Free Habit.* Dijo que le habían hablado muy bien de la obra. Y luego añadió, mirándome cara a cara:

—¿Piensa escribir más libros?

Sentí un nudo en el estómago. Todo encajaba de repente, y no lo dudé:

—No — dije—. No tengo intención de publicar ningún libro por ahora.

—Lo celebro —replicó él—. En esta compañía, lo mismo que en MAIN, valoramos la discreción.

—Lo comprendo.

El se arrellanó en su asiento y sonrió, visiblemente más tranquilo.

—Por supuesto, otro libro como ese último, sobre el estrés y cosas así, podría ser perfectamente aceptable. En ocasiones algo así incluso puede favorecer la carrera de uno. En tanto que asesor de SWEC, es usted muy dueño de publicar sobre esa clase de temas. —Y me miró como quedándose pendiente de mi respuesta.

—Es bueno saberlo.

—Sí. Perfectamente aceptable. Ni que decir tiene, por supuesto, que nunca mencionará usted el nombre de nuestra compañía en sus libros y que no escribirá de nada que afecte a la naturaleza de nuestros negocios aquí ni a las actividades que desarrolló usted en MAIN. No aludirá a temas políticos ni a operaciones con la banca internacional o proyectos de desarrollo. —Me dirigió otra mirada escrutadora—. Simple cuestión de confidencialidad.

—Ni que decir tiene — le aseguré.

Por un instante mi corazón dio un vuelco y noté otra vez aquella extraña sensación, la misma que con Howard Parker en Indonesia o mientras recorría la capital de Panamá con Fidel o tomaba el café con Paula en Colombia. La sensación de haberme vendido otra vez. Aquello no era un soborno en el sentido jurídico. Era perfectamente normal y legítimo que una compañía me pagase por incluir mi nombre en su cuadro de honor, y por requerir mis consejos o mi presencia ocasional en alguna junta. Pero el motivo real de mi contratación era evidente.

Me ofrecía unos honorarios anuales equivalentes al salario de un ejecutivo.

Aquella misma tarde, sentado en el aeropuerto en una especie de estado de estupefacción mientras esperaba mi vuelo de regreso a Florida, otra vez me pareció que me había prostituido. Peor aún, me pareció que había traicionado a mi hija, a mi familia, a mi país. Y sin embargo, me dije, apenas tenía otra opción. Sabía que, de no haber aceptado tal soborno, habrían intentado lo mismo con amenazas.

30

Estados Unidos invade Panamá

Desaparecido Torrijos, Panamá seguía, no obstante, ocupando un lugar especial en mi corazón. Como vivía en el sur de Florida, tenía acceso a muchas fuentes de información sobre los acontecimientos de la actualidad centroamericana. El legado de Torrijos le había sobrevivido, aunque tamizado a través de unas personas que no tenían ni la personalidad compasiva ni el carácter vigoroso del general. Después de la muerte de éste, los intentos de allanar diferencias en el hemisferio habían continuado, y lo mismo la determinación panameña de forzar el cumplimiento de los pactos del tratado del Canal por parte de Estados Unidos.

Al principio, Manuel Noriega, el sucesor de Torrijos, se mostró decidido a seguir por la senda de su mentor. Nunca conocí personalmente a Noriega, pero todo atestigua que en sus comienzos se había propuesto seguir defendiendo la causa de los pobres y los oprimidos de Latinoamérica. Uno de sus proyectos más importantes consistía en seguir explorando la posibilidad de construir un nuevo canal, con financiación y ejecución de las obras a cargo de los japoneses. Como era de prever, halló mucha resistencia por parte de Washington y de las compañías privadas estadounidenses. Como ha escrito el mismo Noriega:

> El secretario de estado George Shultz había sido ejecutivo de Bechtel, la multinacional de la construcción. El secretario de Defensa, Caspar Weinberger, había sido vicepresidente de Bechtel. Nada le habría parecido mejor a Bechtel que embolsarse los miles de millones de ingresos que generaría la construcción del canal [...] Las administraciones Reagan y Bush temieron la posibilidad de que Japón llegase a dominar el eventual proyecto de construcción del canal, así por consideraciones de seguridad que realmente no eran del caso, como por la cuestión de la rivalidad comercial. Para las constructoras estadounidenses se hallaban en juego miles de millones de dólares.[1]

Pero Noriega no era Torrijos. No poseía ni el carisma ni la integridad de su antiguo jefe. Con el tiempo fue adquiriendo mala reputación por corrupción y narcotráfico, e incluso se sospechó que había urdido el asesinato de un rival político, Hugo Spadafora.

Noriega había adquirido su reputación como coronel ¡efe de la unidad G-2 de las fuerzas de defensa panameñas. Era el servicio de inteligencia militar que enlazaba a nivel nacional con la CÍA. En esas funciones desarrolló una estrecha relación con William J. Casey, el director de la CÍA, y la Agencia utilizó esta conexión a fin y efecto de impulsar sus programas para el Caribe, Centroamérica y Suramérica. En 1983, por ejemplo, cuando la administración Reagan quiso prevenir a Castro de la inminente invasión de la isla de Granada por Estados Unidos, Casey se lo hizo saber a Noriega y le solicitó que hiciera de mensajero. El coronel también ayudó a la CÍA cuando ésta se propuso infiltrarse en los cárteles de la droga colombianos y de otros lugares.

En 1984, Noriega había ascendido a general y comandante en jefe de las fuerzas de defensa panameñas. Se ha dicho que aquel mismo año, cuando visitó la capital de Panamá y fue recibido en el aeropuerto por el jefe local de la CÍA, lo primero que hizo Casey fue preguntar: «¿Dónde está mi chico? ¿Dónde está Noriega?» Y cuando el general visitó Washington, los dos tuvieron una reunión privada en el domicilio de Casey. Muchos años más tarde Noriega confesó que su íntima vinculación con Casey le había transmitido una sensación de invencibilidad. Creía que la CÍA era la rama más poderosa de la autoridad estadounidense, como lo era el G-2 en su país. Y estaba convencido de que Casey no le retiraría su protección, pese a la postura de Noriega en las cuestiones del tratado y de la base militar estadounidense en la zona del Canal.[2]

De manera que, allí donde Torrijos había sido icono internacional de la justicia y la igualdad, Noriega se convirtió en símbolo de la corrupción y la decadencia. Su notoriedad en tal sentido quedó asegurada el 12 de junio de 1986, cuando el *New York Times* publicó un artículo en primera plana bajo el titular: «Hombre fuerte de Panamá supuestamente implicado en narcotráfico y blanqueo de dinero». El texto, escrito por un periodista galardonado con el Pulitzer, decía que el general era socio oculto e ilegal de varias actividades en Latinoamérica, que había espiado tanto a Estados Unidos como a Cuba por cuenta de ambos actuando a manera de agente doble, que era cierto que el G-2 había decapitado a Hugo Spadafora por orden suya y que Noriega había dirigido personalmente «la organización de narcotráfico más significada de Panamá».

El artículo venía acompañado de un retrato poco favorecedor del general y anunciaba para el día siguiente una segunda parte con más detalles.[3]

Por si fuesen pocas dificultades, Noriega tuvo que cargar con otra más, la de su contemporaneidad con un presidente de Estados Unidos afectado por un problema de imagen, o lo que algunos periodistas llamaban «el factor pelele» de George H. W. Bush.[4] Este aspecto cobró especial significación cuando Noriega se negó a considerar una prórroga de quince años para la presencia de la Escuela de las Américas. En las memorias del general encontramos una revelación interesante:

> Aunque estábamos decididos a continuar el legado de Torrijos, motivo de orgullo para nosotros, Estados Unidos no estaba dispuesto a consentirlo. Deseaba una prórroga o una renegociación para esa instalación [la Escuela de las Américas], aduciendo que todavía la necesitaban en vista de los crecientes preparativos bélicos en Centroamérica. Pero, para nosotros, la Escuela de las Américas era una vergüenza. No queríamos tener en nuestro territorio un campo de entrenamiento para escuadrones de la muerte y militares represores de ultraderecha.[5]

Aunque después de lo dicho tal vez el mundo debía haber intuido lo que iba a ocurrir, el 20 de diciembre de 1989 el planeta asistió con asombro al ataque lanzado por Estados Unidos contra Panamá poniendo en juego un volumen de medios aéreos nunca visto, según se dijo, desde el final de la Segunda Guerra Mundial.[6] Fue un ataque sin provocación previa dirigido contra población civil. Panamá y su pueblo no representaban absolutamente ningún peligro para Estados Unidos ni para país alguno del planeta. En todas partes los políticos, los gobiernos y la prensa denunciaron la acción unilateral de Estados Unidos como una violación flagrante del derecho internacional.

Si esa operación militar se hubiese dirigido contra un país responsable de perpetrar genocidios u otros delitos contra los derechos humanos — digamos, el Chile de Pinochet, el Paraguay de Stroessner, la Nicaragua de Somoza, El Salvador de Roberto D'Aubuisson o el Iraq de Saddam— el mundo tal vez lo habría entendido. En cambio Panamá no había hecho nada de ese género, sólo había tenido la osadía de contrariar las voluntades de un puñado de poderosos, políticos y ejecutivos empresariales. Se había empeñado en hacer cumplir el tratado del Canal, había tenido conversaciones con reformadores sociales y había estudiado la posibilidad de construir un nuevo canal con financiación japonesa y

empresas constructoras japonesas. Por lo cual tuvo que sufrir consecuencias devastadoras. Como dice Noriega:

> Quiero dejarlo bien claro: la campaña de desestabilización lanzada por Estados Unidos en 1986, y que culminó en la invasión de 1989, fue resultado del rechazo estadounidense de cualquier supuesto en que el futuro control del canal de Panamá se transfiriese a manos de un Panamá soberano e independiente, con el apoyo de Japón [...] Mientras tanto, Shultz y Weinberger, escudados en las apariencias de funcionarios que trabajaban por el interés público y explotando la ignorancia popular en cuanto a los poderosos intereses económicos que en realidad representaban, montaban la campaña de propaganda dirigida a liquidarme.[7]

Toda la justificación oficial de Washington para la operación se centró en su persona. Noriega era el único argumento de Estados Unidos para enviar a sus jóvenes, hombres y mujeres a arriesgar la propia vida y la conciencia en la matanza de un pueblo inocente, incluido un número incontable de niños. Noriega fue descrito como un malvado, un enemigo del pueblo, un monstruo del narcotráfico. Y en tanto que tal, suministraba a la administración el pretexto para la mastodóntica invasión de un país de dos millones de habitantes... a los que la casualidad había colocado en uno de los pedazos de tierra más codiciados del mundo.

A mí, la invasión me trastornó tanto que me lanzó a una depresión prolongada durante muchos días. No ignoraba que Noriega tenía su guardia personal, pero no lograba dejar de pensar que los chacales podían eliminarlo, al igual que habían hecho con Roidós y con Torrijos. Muchos de sus guardaespaldas habían recibido su instrucción en los centros militares de Estados Unidos. No era descartable que fuesen capaces de cobrar por mirar a otro lado, o de asesinarle ellos mismos.

Cuanto más leía y reflexionaba sobre la invasión, por tanto, más me convencía de que significaba un retroceso de la política estadounidense a los viejos métodos de los constructores de imperios. La administración Bush había decidido ir más allá que la de Reagan y demostrarle al mundo que no titubearía en utilizar la fuerza máxima con tal de favorecer sus fines. También me pareció que, en Panamá, el fin perseguido no era sólo el de reemplazar el legado de Torrijos por una administración títere y propicia a Estados Unidos, sino intirnidar y someter además a otros países, como Iraq.

David Harris, colaborador del *New York Times Magazine* y autor de

muchos libros, hace una observación interesante en su libro *Shooting ihe Moon* cuando escribe:

> De todos los millares de soberanos, potentados, hombres fuertes, juntas militares y señores de la guerra con que han tratado los estadounidenses en todos los rincones del mundo, el general Manuel Antonio Noriega es el único que ha merecido semejante persecución. Sólo una vez en sus doscientos veinticinco años de existencia oficial como país ha invadido Estados Unidos a otra nación para llevarse preso al dirigente de ésta, con el fin de juzgarlo y encarcelarlo en Estados Unidos por actos que eran delictivos según el derecho estadounidense, pero cometidos en el territorio nativo de dicho dirigente.[8]

Después del bombardeo, los estadounidenses se vieron de pronto en una situación delicada, y durante algún tiempo pareció que iba a salirles el tiro por la culata. La administración Bush podía haber acallado los rumores que la tildaban de «pelele», pero quedaba el problema de la legitimidad, de parecer unos matones sorprendidos en pleno acto de terrorismo. Se reveló que, durante tres días, los militares habían prohibido a la prensa, a la Cruz Roja y a otros observadores ajenos la entrada en las zonas duramente bombardeadas, mientras los soldados incineraban y enterraban a las víctimas. La prensa hizo muchas preguntas acerca de cuántas pruebas de atrocidades y otros actos delictivos se habían destruido y acerca de cuántos habían muerto por denegación del auxilio médico. Pero nadie contestó a esas preguntas.

Seguiremos ignorando muchos detalles de esa invasión, lo mismo que la verdadera dimensión de la matanza. Cheney, el secretario de Defensa, cifró el número de víctimas mortales en unas quinientas o seiscientas, pero algunas organizaciones independientes de defensa de los derechos humanos calculan que fueron de tres mil a cinco mil, y además otros veinticinco mil ciudadanos perdieron sus viviendas.[9] Noriega fue detenido, enviado en avión a Miami y sentenciado a cuarenta años de cárcel. En aquella época, era la única persona de Estados Unidos oficialmente clasificada como prisionero de guerra.[10]

En todo el mundo hubo indignación por esta vulneración del derecho internacional con destrucción gratuita de vidas inocentes a manos de la potencia militar más fuerte del planeta. En Estados Unidos, por el contrario, pocos repararon en la tropelía ni en los delitos perpetrados por Washington. Hubo poca cobertura por parte de la prensa impresa. A esto

contribuyó cierto número de factores: la deliberada política de las autoridades, llamadas de la Casa Blanca a los editores de los periódicos y a los ejecutivos de las televisiones, congresistas que no se atrevieron a interpelar no fuesen ellos los tildados de «peleles» y periodistas persuadidos de que la opinión pública reclama héroes y no le interesa la objetividad.

Hubo alguna excepción, como Peter Eisner, redactor de *News doy* y reportero de la Associated Press que cubrió la invasión de Panamá y continuó analizándola durante varios años. En *Memoirs of Manuel Noriega: America's Prisoner,* publicada en 1997, escribe:

> La mortandad, la destrucción y la injusticia realizadas en nombre de la lucha contra Noriega —así como las mentiras con que rodearon el acontecimiento— amenazaban los principios básicos de la democracia estadounidense [...] En Panamá los soldados recibieron órdenes de matar, y así lo hicieron después de habérseles dicho que iban a rescatar un país de las garras de un dictador cruel y depravado. Y una vez hubieron actuado, el pueblo de su país [Estados Unidos] cerró filas detrás de ellos.[11]

Después de documentarse largamente y habiendo entrevistado incluso a Noriega en su celda carcelaria de Miami, Eisner declara:

> En cuanto a los puntos clave, no creo que las pruebas presentadas demuestren que Noriega fuese culpable de lo que se le acusó. No creo que sus actos como jefe militar extranjero o como jefe de un Estado soberano justificasen la invasión de Panamá, ni que él mismo representase un peligro para la seguridad nacional de Estados Unidos.[12]

Y concluye:

> Mi análisis de la situación política y mi actividad informativa en Panamá antes, durante y después de la invasión me llevan a concluir que la invasión de Panamá por Estados Unidos fue un abominable abuso de poder. Esa invasión sirvió principalmente a los fines de unos políticos estadounidenses arrogantes y a los aliados panameños de éstos, al precio de un considerable derramamiento de sangre.[13]

Quedó reinstaurada entonces la familia Arias junto con las demás de la

oligarquía pre-Torrijos, títere de Estados Unidos desde que Panamá fue segregado de Colombia hasta que Torrijos accedió al poder. El nuevo tratado del Canal quedaba condenado a la irrelevancia puesto que, *defacto,* Washington recuperaba el control de esa vía marítima dijeran lo que dijeran los documentos oficiales.

Mientras reflexionaba sobre estos incidentes y sobre todo lo que había experimentado durante mi trabajo en MAIN, sin darme cuenta iba repitiéndome las mismas preguntas una y otra vez: ¿Cuántas decisiones, incluidas las de gran trascendencia histórica que afectan a millones de personas, van a cargo de hombres y mujeres movidos por afanes personales, en lugar de por el deseo de hacer lo que es justo? ¿Cuántos de nuestros altos funcionarios actúan a impulsos del deseo de enriquecimiento personal, en lugar de por el interés público? ¿Cuántas guerras habrán estallado sólo porque un presidente no quiere que sus conciudadanosle tengan por un «pelele»?

Pese a lo prometido durante mi conversación con el presidente de SWEC, mi contrariedad y mis sensaciones de impotencia ante la invasión de Panamá me indujeron a reanudar el trabajo con mi libro, salvo que esta vez decidí centrarme en Torrijos. Veía en su caso una posibilidad para exponer muchas de las injusticias que agobian a nuestro mundo, así como una manera de librarme de mis remordimientos. Esta vez, no obstante, preferí guardar reserva sobre lo que estaba haciendo, en lugar de pedir consejos a los amigos y los colegas.

Mientras me documentaba para el libro quedé consternado al comprobar la dimensión de lo realizado por nosotros, los gángsteres económicos, en tantos lugares diferentes. Intentaba concentrarme en algunos de los casos más notables, pero la lista de los países en donde yo había trabajado y que habían quedado peor que antes era asombrosa. Al mismo tiempo quedé horrorizado por el alcance de mi propia corrupción. Pese a mis muchos exámenes de conciencia, sólo ahora comprendía que mientras estuve enfrascado en mis actividades cotidianas no había alcanzado a ver la perspectiva general. De modo que cuando estuve en Indonesia cavilaba sobre los temas que discutíamos Howard Parker y yo, o los que me planteaban los jóvenes amigos de Rasy. Cuando trabajé en Panamá me afectaron las implicaciones de lo que veía en los barrios degradados que me mostraba Fidel, la zona del Canal y la discoteca. En Irán fue inmenso el trastorno que me produjeron mis entrevistas con Yarnin y con Doc. Pero ahora, al reunirlo todo en un libro, alcanzaba por primera vez una visión de conjunto y entendía cómo había sido fácil pasar por alto el panorama general y, por consiguiente, que se me escapase el

verdadero significado de mis actos.

Explicado así, todo parece muy sencillo y evidente. Sin embargo, la naturaleza de tales experiencias tenía un carácter insidioso que me recuerda la vivencia del soldado. Ingenuo al principio, quizá se cuestiona alguna vez la moralidad de matar a otros seres humanos, pero lo que más le ocupa es su propio miedo, la necesidad de sobrevivir. La primera vez que mata a un enemigo, las emociones le abruman. Tal vez se le ocurrirá pensar en la familia de ese muerto y experimentará algún arrepentimiento. Pero conforme pasa el tiempo y él va tomando parte en más batallas, y matando más gente, el soldado se curte. Se ha convertido en un profesional. Yo también fui un soldado profesional. Al admitirlo así, quedó abierta la puerta a una mejor comprensión del proceso por el cual se perpetran crímenes y se construyen imperios. Ahora comprendía cómo era posible que se cometiesen tantas atrocidades. Cómo, por ejemplo, unos buenos padres de familia iraníes entraron a trabajar en la brutal policía secreta del sha, cómo unos buenos alemanes obedecieron las órdenes de Hitler o cómo unos honrados estadounidenses bombardearon la capital de Panamá.

En tanto que gángster económico, yo jamás había cobrado directamente de la NSA ni de ningún otro organismo estatal. Mi salario me lo pagaba MAIN. Yo era un ciudadano particular, empleado de una corporación privada. Al entenderlo así pude ver clara la figura emergente del «ejecutivo corporativo convertido en gángster económico». Un nuevo tipo de soldado aparecía en el escenario mundial y se insensibilizaba, con la práctica, ante sus propios actos. Escribí entonces:

> Hoy esos hombres y mujeres van a Tailandia, a Filipinas, a Botswana, a Bolivia y a cualquier parte donde esperan encontrar gentes que necesitan con desesperación un trabajo. Van a esos países con la intención deliberada de explotar a los desdichados, a seres que tienen hijos desnutridos o famélicos, que viven en barrios de chabolas y que han perdido toda esperanza de una vida mejor; que incluso han dejado de soñar en un futuro. Esos hombres y mujeres salen de sus fastuosos despachos de Manhattan, de San Francisco o de Chicago, se desplazan entre los continentes y los océanos en lujosos jets, se alojan en hoteles de primera categoría y se agasajan en los mejores restaurantes que esos países puedan ofrecer. Luego salen a buscar gente desesperada.
>
> Son los negreros de nuestra época. Pero ya no tienen necesidad de aventurarse en las selvas de África en busca de ejemplares robustos

para venderlos al mejor postor en las subastas de Charleston, Cartagena o La Habana. Simplemente recluían a esos desesperados y construyen una fábrica que confeccione las cazadoras, los pantalones vaqueros, las zapatillas deportivas, las piezas de automoción, los componentes para ordenadores y los demás miles de artículos que aquéllos saben colocar en los mercados de su elección. O tal vez prefieren no ser los dueños de esas fábricas, sino que se -limitan a contratar con los negociantes locales, que harán el trabajo sucio por ellos.

Esos hombres y mujeres se consideran gente honrada. Regresan a sus países con fotografías de lugares pintorescos y de antiguas ruinas, para enseñárselas a sus hijos. Asisten a seminarios en donde se dan mutuas palmadas en las espaldas e intercambian consejos sobre cómo burlar las arbitrariedades aduaneras de aquellos exóticos países. Sus jefes contratan abogados que les aseguran la perfecta legalidad de lo que ellos y ellas están haciendo. Y tienen a su disposición un cuadro de psicoterapeutas y otros expertos en recursos humanos, para que les ayuden a persuadirse de que, en realidad, están ayudando a esas gentes desesperadas.

El esclavista a la antigua usanza se decía a sí mismo que su comercio trataba con una especie no del todo humana, a cuyos individuos ofrecía la oportunidad de convertirse al cristianismo. Al mismo tiempo, entendía que los esclavos eran indispensables para la supervivencia de su propia sociedad, de cuya economía constituían el fundamento. El esclavista moderno se convence a sí mismo (o a sí misma) de que es mejor para los desesperados ganar un dólar al día que no ganar absolutamente nada. Y además se les ofrece la oportunidad de integrarse en la más amplia comunidad global. El o ella también comprenden que esos desesperados son esenciales para la supervivencia de sus compañías, y que son los fundamentos del nivel de vida que sus explotadores disfrutan. Nunca se detienen a reflexionar sobre las consecuencias más amplias de lo que ellos y ellas, su nivel de vida y el sistema económico en que todo eso se asienta están haciéndole al planeta [...] ni sobre cómo, finalmente, todo eso repercutirá en el porvenir de sus propios hijos.

31

Un fracaso del gangsterismo económico en Iraq

Mis funciones como presidente de IPS durante la década de 1980, y como asesor de SWEC a finales de ese decenio y durante buena parte de los años 1990, me permitieron acceder a informaciones acerca de Iraq no disponibles para la mayoría. A decir verdad, durante la década de 1980 pocos estadounidenses sabían nada de dicho país. Sencillamente, no aparecía en su pantalla de radar. Por mi parte, yo estaba fascinado con los acontecimientos.

Me mantenía en contacto con viejos amigos, en la época empleados del Banco Mundial, de USAID, del FMI o alguna otra organización financiera internacional, y también con gentes de Bechtel (como mi suegro, sin ir más lejos), de Halliburton y de las demás grandes contratistas de ingeniería y construcción. Muchos de los técnicos que empleaban las subcontratistas de IPS y de otras eléctricas independientes intervenían al mismo tiempo en proyectos del Oriente Próximo. En consecuencia, estaba al tanto de la intensa actividad de los *EHM en* Iraq.

Las administraciones Reagan y Bush tenían la intención de convertir a Iraq en una nueva Arabia Saudí. Era de prever que Saddam Hussein seguiría el ejemplo de la Casa de Saud, por muchas razones poderosas. No tenía más que fijarse en los beneficios acaparados por ésta en el «caso del blanqueo de dinero».

Desde que se cerró ese acuerdo habían brotado ciudades modernas en medio del desierto saudí. En Riad, las cabras consumidoras de desperdicios habían sido reemplazadas por eficientes camiones de recogida, y en aquellos momentos los saudíes disfrutaban de algunas de las tecnologías más avanzadas del mundo: ultramodernas plantas desalinizadoras, sistemas de tratamiento de residuos, redes de comunicaciones y de distribución eléctrica.

Sin duda Saddam Hussein también se daría cuenta de que los saudíes gozaban de un trato privilegiado en materia de derecho internacional. El

amigo americano hacía la vista gorda ante muchas actividades de los saudíes, como por ejemplo financiar grupos fanáticos —muchos de ellos considerados en todo el mundo unos radicales sospechosos de terrorismo— y dar asilo a proscritos internacionales. O para ser más exactos, Washington incluso instó y consiguió que sus aliados saudíes apoyasen económicamente la campaña de Osama bin Laden en Afganistán contra la Unión Soviética. Las administraciones Reagan y Bush no sólo incentivaron a los saudíes en ese aspecto, sino que además presionaron a otros muchos países para que hicieran lo mismo... o para que hicieran también la vista gorda.

La presencia de los EHM en Bagdad fue muy numerosa en la década de 1980. Creían que Saddam acabaría por ver la luz, y yo no podía por menos que darles la razón. Al fin y al cabo, si Iraq alcanzaba un acuerdo con Washington similar al de los saudíes, Saddam quedaba en condiciones de gobernar su país como se le antojase, e incluso podía pensar en ir ampliando su círculo de influencia en esa región del mundo.

Poco importaba que fuese un tirano patológico, ni que tuviese las manos ensangrentadas por matanzas masivas, ni que sus maneras y la brutalidad de sus actos evocasen el recuerdo de Adolf Hitler. No sería la primera vez que Estados Unidos toleraba e incluso apoyaba a gentes de tal especie. Nosotros le ofreceríamos con mucho gusto los títulos de la deuda pública estadounidense a cambio de sus petrodólares, siempre que garantizase la continuidad de los suministros de petróleo y aceptase un acuerdo en virtud del cual los intereses devengados por esos títulos se invirtiesen en contratar a compañías estadounidenses para modernizar las infraestructuras iraquíes, crear nuevas ciudades, y convertir los desiertos en vergeles. Con mucho gusto le venderíamos también tanques, y aviones de caza, y le construiríamos plantas químicas y nucleares, tal como habíamos hecho en tantos otros países, y aunque esas tecnologías pudieran ser aplicadas igualmente a la fabricación de armamento avanzado.

Para nosotros Iraq era de suma importancia, de una importancia mucho más grande de lo que pareciese a primera vista. En contra de lo que se cree comúnmente, el petróleo no era el único tema. Intervenían asimismo el agua y las consideraciones geopolíticas. Los ríos Tigris y Eufrates pasan por Iraq. De entre todos los países de esa región del mundo, Iraq controla las fuentes principales de esos recursos hídricos cada vez más escasos. Fue en la década de 1980 cuando la trascendencia tanto política como económica del agua empezó a destacar con claridad para los que andábamos interesados en el sector energético y de

ingeniería. En la carrera de la privatización, muchas de las compañías principales que habían puesto sus miras en absorber las pequeñas eléctricas independientes pasaron a plantearse la privatización de los sistemas de abastecimiento del agua en África, Latinoamérica y el Oriente Próximo.

Además de petróleo y agua, Iraq posee una situación estratégica muy valiosa. Tiene fronteras con Irán, Kuwait, Arabia Saudí, Jordania, Siria y Turquía, y salida al mar en el golfo Pérsico. Tiene en el radio de acción de sus misiles a Israel y a la ex Unión Soviética. Los estrategas militares comparan la posición del Iraq moderno con la del valle del Hudson durante nuestras guerras contra los franceses y los indios, y contra Inglaterra en la de Independencia. Hoy día es del dominio público que quien controla Iraq tiene la llave de todo el Oriente Próximo.

Sobre todo esto, Iraq supone un mercado inmenso para la tecnología y el conocimiento experto estadounidenses. El hecho de estar asentado sobre algunos de los yacimientos petrolíferos más extensos del mundo (más importantes incluso que los de

Arabia Saudí, según algunas estimaciones) le garantiza la posibilidad de financiar grandes programas de infraestructura y de industrialización. Todos los que tenían algo interesante que ofrecer, andaban pendientes de Iraq: las contratistas de ingeniería y construcción, los proveedores de sistemas informáticos, los fabricantes de aviones, misiles y tanques, las compañías químicas y las químico -farmacéuticas.

A finales de la década de 1980, sin embargo, quedó claro que Saddam «no tragaba» con el guión de los EHM: gran decepción y no pequeño apuro para la primera administración Bush. Junto con Panamá, Iraq contribuyó a la reputación de «flojo» de George H. W. Bush. Precisamente cuando éste andaba buscando nuevas maneras de lavar su imagen, Saddam le dio la partida hecha. En agosto de 1990 invadió Kuwait, rico territorio de jeques petroleros. Bush reaccionó denunciando la vulneración del derecho internacional perpetrada por Saddam, y eso que aún no había transcurrido un año desde la invasión no menos ilegal y unilateral de Panamá, dispuesta por el mismo Bush.

De modo que, al fin, el presidente no sorprendió a nadie cuando lanzó la orden de ataque por tierra, mar y aire. Quinientos mil soldados estadounidenses fueron enviados formando parte de la expedición internacional. En los primeros meses de 1991 la aviación se lanzó a bombardear objetivos militares y civiles en Iraq. A esto le siguieron cien horas de operaciones terrestres y la desbandada del ejército iraquí, desmoralizado y muy inferior en potencia de fuego. Era la salvación de Kuwait y el escarmiento para un auténtico déspota, que sin embargo no

fue conducido ante la justicia. La popularidad de Bush ante la opinión pública estadounidense alcanzó el 90 por ciento.

En la época de la invasión de Iraq, yo estaba en Boston asistiendo a unas reuniones, que fue una de las pocas ocasiones en que SWEC realmente me solicitó para hacer algo. Recuerdo el entusiasmo con que fue redbida la decisión de Bush. Por supuesto, la gente de la organización de Stone & Webster estaba entusiasmada porque habíamos mantenido el tipo frente a un dictador homicida, pero también porque una victoria estadounidense en Iraq les suponía oportunidades de grandes beneficios, aumentos de sueldo y promodones.

El entusiasmo no quedó limitado a los hombres de negocios que iban a beneficiarse directamente de la guerra. En todo el país, la gente se manifestaba casi ansiosa por presendar una demostradón de firmeza militar. Me parece que esa actitud obededó a una serie de razones, entre ellas, el cambio de filosofía que acarreó la derrota de Cárter frente a Reagan, la liberación de los rehenes en Irán y el empeño reaganiano en renegociar el tratado del canal de Panamá. La invasión de Panamá por Bush fue como añadir leña al fuego.

Tras la retórica patriotera y las llamadas a la acción, sin embargo, creí advertir una transformación mucho más sutil en la manera en que los intereses comerciales de Estados Unidos (y con ellos, la mayoría de las personas que trabajaban en las corporaciones estadounidenses) contemplaban el mundo. La marcha hacia el imperio global había cobrado realidad y buena parte del país participaba en ella. En los ánimos de todos influían en grado significativo dos conceptos íntimamente asociados: globalizadón y privatización.

En último análisis esto no sucedía sólo en Estados Unidos. El imperio global era justamente eso, global, pasando por encima de todas las fronteras. Las corporadones que antes considerábamos estadounidenses, eran ahora internadonales en el pleno sentido, incluso jurídico, de la palabra. Porque, al estar constituidas y registradas en muchos países, podían estudiar y elegir las legislaciones y las reglamentaciones que más les convinieran para conducir sus actividades. Un gran número de organizadones y de acuerdos comerdales globalizadores les facilitaba la tarea todavía más. Las palabras *democracia, socialismo y capitalismo* caían casi en la obsolescenda. La corporatocrada prevaleda y se afirmaba cada vez más como la influencia principal cuando no única en la economía y la política del mundo.

En un extraño giro de los acontecimientos, yo también me había rendido a la corporatocrada en noviembre de 1990, cuando vendí IPS. Fue

un negocio lucrativo para mis socios y para mí, pero en realidad vendimos principalmente cediendo a .la tremenda presión que nos aplicaba la Ashland Oil Company. Luchar contra ellos habría supuesto un coste enorme en muchos sentidos, como sabía yo por experiencia. Vendiendo, en cambio, nos hacíamos ricos. De todas maneras, no dejó de parecerme sarcástico que una petrolera pasara a ser nueva propietaria de mi empresa de energía alternativa. En cierto modo me sentí como un traidor.

La SWEC me demandaba muy poco de mi tiempo. De vez en cuando me llamaban a Boston para asistir a una reunión, o para ayudar a elaborar una propuesta. Otras veces me enviaban a lugares como Río de Janeiro, para parlamentar con los que manejaban el cotarro allí. Una vez volé a Guatemala en un jet privado. Solía llamar a los directores de proyecto para recordarles que me tenían en nómina y a su disposición. Me daba apuro cobrar tanto dinero por hacer tan poco. Yo conocía bien el sector y deseaba contribuir con algo útil. Pero eso, sencillamente, no estaba previsto.

Aquella imagen de hombre entre dos mundos me atormentaba. Quería hacer algo que justificase mi existencia y que contrarrestase lo negativo de mi pasado aportando algo positivo. En secreto seguía trabajando en mi *Conciencia de un gángster económico*, aunque muy irregularmente. Además, no me engañaba en cuanto a las posibilidades de ver publicado alguna vez el libro.

En 1991 empecé a hacer de guía para grupos reducidos que iban a la Amazonia con la finalidad de pasar algún tiempo con los shuar y aprender de ellos, que nos enseñaban de buena gana sus conocimientos sobre preservación medioambiental y técnicas de sanación tradicionales. Durante los últimos años, la demanda de este tipo de excursiones había aumentado rápidamente. De ello resultó una organización no venal, la Dream Change Coalition. Dedicada a cambiar la manera en que los ciudadanos de los países industrializados contemplan la Tierra y nuestra relación con ella, Dream Change halló muchos seguidores en todo el mundo y capacitó a otras gentes para que crearan organizaciones con cometidos similares en muchos países. Fue seleccionada por la revista *Time* como una de las trece organizaciones cuyas páginas en la Red reflejaban con más fidelidad los ideales y los objetivos del Día de la Tierra.[1]

Durante la década de 1990 me comprometí más a fondo con el mundo de las organizaciones no lucrativas. Ayudé a crear varias de ellas y figuré en los consejos de administración de otras. Muchas de éstas surgieron de

iniciativas de los elementos más emprendedores de Dream Change, e implicaban el trabajo con los pueblos indígenas de Latinoamérica, los shuar y achuar de la Amazonia, los quichuas andinos, los mayas guatemaltecos, o informar a las gentes de Estados Unidos y de Europa acerca de esas culturas. Esta obra filantrópica se realizaba con la anuencia de la SWEC, ya que armonizaba con la afiliación de ésta al programa humanitario United Way. También escribí más libros, todos ellos sobre temas de la sabiduría indígena y evitando cualquier alusión a mis actividades como EHM. Además de paliar mi aburrimiento, estas ocupaciones me ayudaron a permanecer en contacto con Latinoamérica y con las cuestiones políticas que más me interesaban.

Pero, por más que trataba de persuadirme de que reequilibraba la balanza, de que enmendaba mis pasados actos con estas empresas no lucrativas y mi dedicación a escribir, cada vez me costaba más creerlo. En el fondo, sabía que estaba rehuyendo mis responsabilidades ante mi hija. Jessica heredaría un mundo en el que millones de niños nacen cargados de deudas que nunca llegarán a poder saldar. Yo debía asumir la responsabilidad por ello.

Mis libros tenían cada vez más aceptación, especialmente uno titulado *The World Is As You Dream It.* Este éxito me obligaba a participar en talleres y a dar conferencias con creciente asiduidad. A veces, cuando me tocaba enfrentarme al público de Boston, de Nueva York o de Milán, me chocaba la paradoja: Si el mundo es como uno lo sueña, ¿cómo había soñado yo un mundo así? ¿Cómo había llegado a desempeñar un papel activo en la manifestación de semejante pesadilla?

En 1997 el Omega Institute organizó una semana de trabajo en un complejo turístico de la caribeña isla de Saint John. Recibí el encargo de dirigir ese taller. Llegué allí a medianoche y la mañana siguiente, cuando desperté y salí al balconcillo, me di cuenta de que estaba contemplando exactamente la misma bahía en donde, diecisiete años antes, había tomado la decisión de dejar MAIN. Abrumado por la emoción, me dejé caer en una silla.

Durante toda la semana pasé buena parte de mi tiempo libre en aquel balcón, mirando hacia Leinster Bay y tratando de recomponer mis sentimientos. Comprendía que, pese a haber dejado la empresa, había omitido el paso siguiente. Mi decisión de quedarme a medio camino empezaba a cobrarse un tributo devastador. Hacia el final de aquella semana concluí que el mundo que me rodeaba no era el que yo deseaba soñar, y que debía hacer exactamente lo que les enseñaba a mis alumnos: cambiar mis sueños de manera que correspondiesen a lo que yo

realmente deseaba para mi vida.

Cuando regresé a casa dimití de mi asesoría. El presidente de SWEC que me había contratado estaba ya jubilado. El nuevo jefe era un hombre más joven que yo, y por lo visto no le preocupaba que yo me dedicase a contar mis historias. Acababa de lanzar un plan de reducción de costes, y se alegró mucho de poder ahorrarse los exorbitantes honorarios que me pagaban.

Entonces decidí terminar el libro en el que había trabajado durante todo este tiempo. Esta decisión fue suficiente para suscitar una maravillosa sensación de alivio. Consulté mi intención de escribir con varios amigos de confianza, casi todos pertenecientes al mundo de las organizaciones no lucrativas y dedicados al estudio de las culturas indígenas y a la defensa del bosque "tropical húmedo. La sorpresa para mí fue que trataron de disuadirme. Temían que publicar fuese contraproducente para mi actividad de enseñanza y además comprometiese a las organizaciones no lucrativas con las que yo trabajaba. Muchos de nosotros colaborábamos con las tribus de la Amazonia en la defensa de sus territorios, codiciados por las compañías petroleras. Si yo ponía todas las cartas boca arriba, dijeron, mi credibilidad sería puesta en duda y todo el movimiento resultaría perjudicado. Algunos incluso amenazaron con retirar su participación.

Así que, una vez más, dejé de escribir y me consagré a hacer de cicerone por las profundidades de la Amazonia, mostrando una tribu y un lugar apenas contaminados por el mundo moderno Allí me hallaba yo, por cierto, el 11 de septiembre de 2001.

32

El 11 de septiembre y las consecuencias sobre mi persona

El 10 de septiembre de 2001 yo navegaba río abajo por la Amazonia ecuatoriana con Shakaim Chumpi, coautor de mi libro *Spirit of the Shuar*. Guiábamos a un grupo de dieciséis norteamericanos hasta la comunidad de mi acompañante, en lo más hondo de la selva. Venían para aprender de sus gentes y ayudarlas a preservar el valioso bosque tropical.

Shakaim había peleado como soldado en el reciente conflicto ecuato-peruano. Muchas personas de los principales países consumidores de petróleo jamás han oído hablar de esa guerra, cuyo motivo principal fue que no les fallase a ellas el aprovisionamiento de petróleo. Entre estos dos países existía una disputa de fronteras desde hacía muchos años, pero el contencioso cobró una urgencia repentina cuando las petroleras decidieron que necesitaban saber con qué país debían negociar las concesiones para la explotación de determinados yacimientos. Era menester que las fronteras estuviesen bien definidas.

Los shuar formaron la primera línea de defensa ecuatoriana y se comportaron como luchadores aguerridos, que muchas veces derrotaron a fuerzas superiores en número y mejor equipadas. Ellos nada sabían de los móviles políticos de la guerra, ni que el desenlace de ésta abriría las puertas a las compañías del petróleo. Peleaban porque eran descendientes de una larga tradición de guerreros, y porque no estaban dispuestos a permitir la presencia de soldados extranjeros en sus territorios.

Mientras bogábamos río abajo, contemplando la chillona bandada de loros que pasaba sobre nuestras cabezas, le pregunté a Shakaim si se había respetado la tregua.

—Sí —contestó—. Pero temo que ahora tendremos que ir a la guerra contra ustedes.

Y explicó que, por supuesto, no se refería a mí personalmente, ni a las personas de nuestro grupo.

— Ustedes son amigos.

Se refería, continuó diciendo, a nuestras compañías petroleras que entrarían en la selva y a las fuerzas militares que las escoltarían.

—Hemos visto lo que hicieron con los huaorani. Destruyeron su selva, ensuciaron sus ríos y mataron a muchos, hombres, mujeres y niños. Hoy los huaorani casi han dejado de existir como nación. No permitiremos que nos ocurra a nosotros. No dejaremos que entren las petroleras en nuestro territorio, lo mismo que no permitimos la entrada de los peruanos. Todos hemos jurado luchar hasta que caiga el último.[1]

Esa noche nuestro grupo se sentó alrededor del hogar central, en una bella casa comunal de los shuar, pavimentada de caña de bambú y cubierta por un techo de paja. Les conté mi conversación con Shakaim. Todos nos preguntábamos qué otros pueblos del mundo tendrían parecida opinión en cuanto a nuestras compañías petroleras y nuestro país. ¿Cuántos temían, como los shuar, nuestra irrupción en sus vidas, y la ruina de su cultura y sus territorios? ¿Cuántos nos odiaban?

La mañana siguiente bajé a la pequeña oficina donde teníamos nuestro radiotransmisor, para llamar a los pilotos que debían pasar a recogernos pocos días después. Mientras estaba hablando con ellos se oyó un grito.

— ¡Dios mío! exclamó a través de las ondas—. ¡Nueva York está siendo atacada!

El operador estadounidense aumentó el volumen de la radio comercial que hasta ese momento había suministrado música de fondo. De esta manera recibimos minuto a minuto, y durante media hora, la narración pormenorizada de lo que estaba ocurriendo. Jamás olvidaré ese día, como supongo que les ocurrirá a cuantos lo han vivido.

De regreso en mi casa de Florida sentí la necesidad de visitar la Zona Cero, el lugar donde estuvieron emplazados los rascacielos del World Trade Center. Aproveché la primera oportunidad para volar a Nueva York y llegué a mi hotel de las afueras hacia la primera hora de la tarde. Aunque estábamos en noviembre, el día era soleado, casi primaveral. Paseé muy animado por Central Park, y luego me dirigí a aquella parte de la ciudad donde había pasado tantísimo tiempo, al sector próximo a Wall Street que ahora llaman la Zona Cero.

A medida que me acercaba, mi entusiasmo se desvaneció reemplazado por una sensación de horror. La vista y el olfato recibían las impresiones más fuertes: la destrucción increíble, los esqueletos retorcidos y fundidos de los que habían sido unos titánicos edificios, el humo acre, los restos carbonizados, el hedor a carne quemada. No era lo mismo verlo por la televisión que hallarse allí.

Yo no había previsto nada por el estilo... ni, especialmente, la actitud

de las personas. Aunque habían transcurrido dos meses ya, los que antes de la tragedia habían vivido o trabajado en aquel lugar, los supervivientes, continuaban allí. Ocioso, de pie delante de su pequeño establecimiento de zapatero remendón, un egipcio meneaba la cabeza con aire de incredulidad.

— Es que no consigo acostumbrarme —murmuró—. He perdido muchos clientes, muchos amigos. Mi sobrino murió ahí —agregó con un ademán hacia el cielo azul —. Creo que vi cómo saltaba... No estoy seguro, ¡fueron tantos! Se agarraban de las manos y agitaban los brazos como si pudieran volar.

La sorpresa fue que los transeúntes hablaban los unos con los otros, ¡en Nueva York! Y hacían algo más que hablar. Las miradas se encontraban, tristes pero con una expresión compasiva, con una media sonrisa que decía más que un millón de palabras.

Pero había algo más, una impresión extraña que transmitía el lugar mismo. Al principio no conseguí definirla, hasta que me di cuenta: era la luz. La parte baja de Manhattan siempre había sido un desfiladero sombrío, allá por los tiempos en que andaba yo por aquellos lugares tratando de reunir capital para IPS y discutiendo la estrategia con mis banqueros de inversiones mientras almorzábamos en el comedor del Windows on the World. Era preciso subir muy alto para ver la luz, hasta lo más alto del Word Trade Center. Ahora llegaba al nivel de la calle. El desfiladero estaba reventado y los que caminábamos por las aceras junto a las ruinas recibíamos de lleno los rayos del sol. No pude dejar de preguntarme si sería esa visión del cielo y de la luz lo que había contribuido a abrir los corazones de la gente. Sólo pensarlo me daba reparo.

Doblé la esquina de Trinity Church y enfilé por Wall Street, de regreso a la Nueva York de siempre, envuelta en sombras. Ni cielo, ni luz. La gente caminaba por las aceras a paso rápido, sin hacer caso de nadie. Un guardia le echaba una bronca a un automovilista que había calado el motor.

Me senté en la primera escalera que encontré. Era el número catorce. De algún lugar salía un ruido como de un ventilador o un sopladero gigantesco. Parecía brotar del inmenso muro de piedra del edificio de la Bolsa. Me fijé en las gentes que dejaban a toda prisa las oficinas para encaminarse a sus casas, o en busca de un restaurante o un bar donde continuar discutiendo de negocios. Algunos, no muchos, caminaban emparejados en animada charla. Pero la mayoría iban solos, callados, rehuyendo la mirada del observador curioso.

El alarido de una alarma me sobresaltó. Un hombre salió a toda prisa de un despacho y apuntó hacia su coche con la llave para silenciar la alarma. Al cabo de un rato, hurgué en mi bolsillo y saqué un pedazo de papel cuidadosamente doblado que contenía unas estadísticas.

Entonces lo vi. Caminaba por la acera con los ojos bajos. Luda una barba gris alborotada y un abrigo mugriento que desentonaba mucho en esa tarde calurosa y en Wall Street. Adiviné que era un afgano.

El me miró, titubeó un instante y subió los peldaños. Con una breve inclinación de cabeza, se sentó a mi lado pero dejando como un metro de distancia entre ambos. La mirada fija al frente me indicó que si deseaba conversación, debía ser yo quien la empezase.

— Bonito día.

—Muy bonito. En tiempos así se agradece un poco de sol —habló con marcado acento.

—¿Por lo del World Trade Center, quiere decir?

Él asintió.

—Usted es de Afganistán, ¿no?

Me miró con sorpresa.

—¿Tanto se me nota?

—Es que he viajado mucho. Hace poco visité los Himalaya. Y Cachemira.

—Cachemira. — Se mesó la barba—. Guerra.

—Sí. La India y el Pakistán. Hindúes y musulmanes. Como para dudar de las religiones, ¿verdad?

Su mirada se tropezó con la mía. Tenía los ojos de color pardo muy oscuro, casi negro, y me parecieron tristes y cargados de experienda. Se volvió hada el edificio de la Bolsa y lo señaló con el largo y huesudo índice.

—Sí. —Entendí el gesto—. Tal vez sea por la economía, no por la religión.

—¿Eras soldado?

No pude contener una sonrisa.

— No. Asesor económico. — Le mostré el papel lleno de estadísticas —. Éstas eran mis armas.

Él tomó el papel en sus manos. —Números...

— Estadísticas del mundo.

Él se quedó mirando el papel y luego soltó una breve carcajada. —No sé leer.

—Y me lo devolvió.

— Esos números dicen que todos los días mueren de hambre

veinticuatro mil seres humanos.

Profirió un leve silbido, consideró un rato lo que acababa de escuchar y luego suspiró.

—Yo he estado a punto de ser uno de ellos. Tenía un pequeño huerto de granados cerca de Kandahar. Hasta que llegaron los rusos. Los mujaidin los esperaban detrás de los árboles y metidos en las acequias. — Alzó las manos haciendo el gesto de apuntar—. Una emboscada.

Bajó las manos.

—Destrozaron mis árboles y mis acequias.

— ¿Qué hizo usted entonces?

Él hizo un ademán hacia el papel que aún tenía yo entre las manos**.**

—¿Dice ahí cuántos mendigos hay en el mundo?

No lo decía, pero contesté hablando de memoria:

—Unos ochenta millones, creo.

—Yo lo fui. — Meneó la cabeza. Luego se sumió en sus pensamientos y permanecimos un rato en silencio, hasta que él prosiguió—: No me gusta pedir limosna. Perdí un hijo. Así que me puse a cultivar amapolas.

-¿Opio?

—Sin árboles ni agua. La única manera de alimentar a nuestras familias.

Sentí un nudo en la garganta y una tristeza deprimente, acompañada de remordimiento.

—Aquí decimos que está mal cultivar la amapola del opio, pero muchos de nuestros ricos deben su fortuna al comercio de la droga.

Me miró fijamente y fue como si sus ojos penetrasen hasta el fondo de mi alma.

—Tú has sido soldado —dijo, asintiendo con la cabeza como para corroborar tan elemental constatación.

Dicho esto se puso en pie y se alejó cojeando escaleras abajo. Deseé que se quedase pero no pude articular palabra, entonces conseguí ponerme en pie yo también, y me dispuse a seguirle. Un cartel me detuvo. Mostraba una imagen del edificio en cuya escalinata acababa de sentarme, y un letrero que notificaba a los transeúntes que el cartel lo había puesto el servicio de rutas turísticas de Nueva York. Decía:

> El Mausoleo de Halicarnaso puesto sobre la torre del campanario de San Marcos en Venecia en la esquina de las calles Wall y Broad, tal es el concepto inspirador de Wall Street número 14, en su tiempo el edificio bancario más alto del mundo. En sus 539 pies de altura se alojaron originariamente las oficinas centrales del Bankers Trust, una de las instituciones financieras más adineradas del país.

Levanté la mirada y contemplé el rascacielos con respeto. A comienzos del siglo pasado, el 14 de Wall Street representaba lo mismo que más tarde significó el World Trade Center, el símbolo óptimo del poderío, de la prepotencia económica. Bankers Trust había sido una de las empresas que me ayudaron a financiar mi compañía productora de electricidad. Formaba parte de mi patrimonio. El patrimonio de un soldado, como había diagnosticado el afgano con gran exactitud.

Que mi jornada hubiese concluido con semejante conversación me pareció una extraordinaria coincidencia. Coincidencia. Una vez más esa palabra me hizo reflexionar. Yo opinaba que son nuestras reacciones a las coincidencias las que dan forma a nuestras vidas. ¿Cómo debía reaccionar en este caso?

Seguí caminando, buscando con la mirada entre las cabezas de la multitud, pero no volví a verlo. Al pasar frente al edificio siguiente vi una estatua inmensa envuelta en un plástico azul. La inscripción de la piedra proclamaba que aquello era el Palacio Federal, en el 26 de Wall Street, donde George Washington juró como primer presidente de Estados Unidos, el 30 de abril de 1789. Es decir, exactamente el lugar donde un hombre asumió por primera vez, mediante juramento, la responsabilidad de garantizar la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad para todos. Tan cerca de la Zona Cero. Tan cerca de Wall Street.

Rodeé la manzana para entrar en Fine Street. Allí me tropecé cara a cara con el cuartel general del Chase, el banco creado por David Rockefeller con la semilla del petróleo y la dedicación de hombres como yo. Ese banco, institución al servicio de los EHM y maestro en la promoción del imperio global, en muchos sentidos era el verdadero símbolo de la corporatocracia.

Recordé haber leído alguna vez que el World Trade Center había sido un proyecto lanzado por David Rockefeller en 1960, y que últimamente muchos lo consideraban una especie de albatros, una entidad fallida desde el punto de vista financiero, mal adaptada a las modernas tecnologías de la fibra óptica y de Internet, y agobiada por una dotación de ascensores ineficiente y demasiado costosa. La voz popular llamó David y Nelson a esas torres gemelas. Hasta que cayó el albatros.

Seguí caminando despacio, casi de mala gana. Aunque la tarde era calurosa, sentí un estremecimiento y noté que se adueñaba de mí una extraña ansiedad, como un presentimiento. Al desconocer su origen, traté de sacudírmelo y aceleré el paso. De esta manera, al poco me hallé de nuevo frente al agujero humeante, el metal retorcido, la gran cicatriz de la Tierra. Apoyé el hombro en un edificio que se había salvado de la

destrucción, y dirigí la mirada hacia el abismo. Traté de imaginar las personas que salían' corriendo ante la inminencia del hundimiento de la torre, y los bomberos que entraban para tratar de salvarlas. Y la desesperación de los que saltaban. Pero no conseguí ver nada de eso.

Lo que vi fue a Osama bin Laden aceptando dinero y armas por valor de muchos millones de un hombre empleado por una consultoría contratada a su vez por las autoridades de Estados Unidos. Luego me vi a mí mismo sentado frente a un ordenador con la pantalla en blanco.

Dando la espalda a la Zona Cero, miré a mi alrededor, a las calles de Nueva York que se habían salvado del fuego y ahora recobraban la normalidad. Me pregunté qué pensarían de todo eso las personas que caminaban por aquellas calles. No sólo de la destrucción de las torres, sino también acerca de los huertos de granados arrasados y de los veinticuatro mil famélicos que mueren todos los días. ¿Se les ocurriría pensar en tales cosas, y desentenderse de sus trabajos, y de sus coches sedientos de gasolina, y de sus deudas y sus hipotecas, para pensar un momento en el mundo que iban a dejar a sus hijos? Me pregunté si sabrían algo de Afganistán, no el Afganistán de la televisión lleno de campamentos militares y tanques de Estados Unidos, sino el Afganistán de mi viejo interlocutor. Y me pregunté lo que deben pensar esos veinticuatro mil que mueren todos los días.

Entonces me vi otra vez sentado delante del ordenador con la pantalla apagada.

Con un esfuerzo, volví otra vez mi atención a la Zona Cero. De momento, una cosa era segura: que mi país pensaba en la venganza, y que se había fijado en países como Afganistán. Pero también me acordé de los muchos lugares del mundo en donde se odia a nuestras compañías, a nuestros militares, a nuestra línea política y a nuestra marcha hacia el imperio global.

¿Qué iba a ser de Panamá, de Ecuador, de Indonesia, de Irán, de Guatemala, de la mayor parte de África?, pensé.

Apartándome de la pared, eché a andar otra vez. Un tipo bajo y grasiento agitaba al aire un periódico, al tiempo que lo voceaba en español. Me detuve.

— ¡Venezuela al borde de la revolución! —gritaba para hacerse oír entre el ruido de la circulación, los bocinazos y la barabúnda de la gente.

Compré el periódico y me detuve un momento a leer el artículo de fondo. Trataba de Hugo Chávez, el presidente venezolano y antiyanqui democráticamente elegido, y del mar de fondo generado por las políticas estadounidenses en América Latina.

¿Qué iba a ser de Venezuela?

33

Venezuela salvada por Saddam

Venía yo siguiendo a Venezuela desde hacía muchos años. Era el ejemplo clásico del país elevado de la pobreza a la prosperidad gracias al petróleo. Y también un modelo del trastorno que el petróleo fomenta, del desequilibrio entre ricos y pobres, y de nación desvergonzadamente explotada por la corporatocracia. Era el compendio de todos los lugares donde los gángsteres económicos al antiguo estilo, como yo, venían a coincidir con los de la versión corporativa, de nueva escuela.

Los acontecimientos que describía el periódico del día que visité la Zona Cero eran resultado directo de las elecciones de 1998 en que los pobres y los desheredados de Venezuela eligieron presidente a Hugo Chávez por aplastante mayoría.[1] Sin pérdida de tiempo, éste instituyó medidas drásticas para controlar la judicatura y otras instituciones, y disolvió el parlamento venezolano. Denunció el «desvergonzado imperialismo» de Estados Unidos, vituperó la globalización, e introdujo una ley de hidrocarburos que recordaba, incluso por el nombre, a la que Jaime Roídos hizo promulgar en Ecuador poco antes de que se estrellase su helicóptero. Esa ley duplicaba los derechos a pagar por las compañías extranjeras del petróleo. A continuación Chávez desafió la tradicional independencia de la estatal Petróleos de Venezuela, reemplazando a los directivos de ésta por personas de su confianza.[2]

El crudo de Venezuela es imprescindible para muchas economías del mundo. En 2002 este país era el cuarto exportador mundial, y el tercero en importancia de los proveedores de Estados Unidos.[3] Con cuarenta mil trabajadores y una facturación anual de 50.000 millones de dólares, Petróleos de Venezuela aporta el 80 por ciento de los ingresos por exportación. Es, con mucho, el factor principal de la economía venezolana.[4] Al pasar a controlar esa industria, Chávez se perfilaba como uno de los protagonistas del escenario mundial.

Para muchos venezolanos, esto era un desenlace anunciado, la culminación de un proceso iniciado ochenta años antes. El 14 de

diciembre de 1922 brotó de la tierra, cerca de Maracaibo, un gran surtidor de petróleo. Cien mil barriles de crudo saltaron al aire a diario durante tres días seguidos. Y fue este incidente geológico lo que cambió a Venezuela para siempre. En 1930 este país era el primer exportador mundial. Los venezolanos veían en el petróleo la solución de todos sus problemas.

Durante los cuarenta años siguientes, las rentas del petróleo hicieron posible que Venezuela pasara de ser uno de los países más empobrecidos del mundo a uno de los más prósperos de Latinoamérica. Todas las estadísticas vitales mejoraron: las atenciones sanitarias, la educación, el empleo, la longevidad y los índices de supervivencia de recién nacidos. Las empresas prosperaban.

En 1973 los precios del crudo se dispararon por efecto del embargo decretado por la OPEP y el presupuesto nacional venezolano se multiplicó por cuatro. El pistolerismo económico puso manos a la obra. La banca internacional volcó sobre el país empréstitos a raudales con que construir vastas infraestructuras, proyectos industriales, y los rascacielos más altos del hemisferio. En la década de 1980 empezaron a llegar los EHM de la variante corporativa. Era para ellos la gran oportunidad de empezar a practicar el oficio aprendido. Las clases medias venezolanas habían cobrado un tamaño considerable y representaban un mercado abierto para toda clase de productos. Al mismo tiempo, quedaba un sector muy numeroso de pobres dispuestos a trabajar en factorías y maquiladoras.

A continuación se hundieron los precios del crudo y Venezuela no pudo pagar sus deudas. En 1989 el FMI impuso severas medidas de austeridad y Caracas fue presionada para colaborar con la corporatocracia de otras muchas maneras. La reacción venezolana fue violenta. En los disturbios murieron más de doscientas personas. Atrás quedaba la ilusión del petróleo como manantial inagotable de riqueza. Entre 1978 y 2003, la renta venezolana per cápita cayó más de un 40 por ciento.[5]

A medida que cundía la pobreza se intensificó el resentimiento. Se registró una polarización de la sociedad, con enfrentamientos entre las clases medias y los pobres. Como tantas veces ha ocurrido en los países cuya economía depende de la producción petrolífera, hubo un cambio radical de los equilibrios demográficos. La contracción de la economía perjudicó a las clases medias y aumentó el número de pobres.

Esta nueva situación demográfica creó las condiciones para Chávez... y para el conflicto con Washington. Una vez en el poder, el presidente tomó iniciativas que fueron recibidas como otros tantos desafíos por la administración Bush. A pocas fechas del 11 de septiembre, Washington

consideraba sus opciones. Los EHM habían fracasado. Tal vez sería hora de enviar a los chacales.

El 11-S cambió todas las prioridades. El presidente Bush y sus consejeros se vieron en la necesidad de buscar aliados entre la comunidad internacional en apoyo de la campaña estadounidense en Afganistán y de una invasión de Iraq. Para colmo, la economía estadounidense había entrado en recesión. Venezuela quedó relegada al fondo de la cocina. Tarde o temprano, sin embargo, Chávez y Bush tendrían que verse las caras. Si el crudo de Iraq y otros del Oriente Próximo estaban amenazados, Washington no podía correr el riesgo de descuidar a Venezuela durante demasiado tiempo.

Mis excursiones por la Zona Cero y Wall Street, la conversación con el viejo afgano y las noticias de la Venezuela de Chávez me llevaron al punto que durante muchos años había tratado de evitar: el momento de echar una fría ojeada a las consecuencias de mis actos de los últimos tres decenios. Imposible negar el papel que había desempeñado, ni el hecho de que mi labor en el pistolerismo económico afectaba a la generación de mi hija, con resultados sumamente negativos. Me daba cuenta de que no podía seguir aplazando la acción expiatoria de saldar cuentas con la vida pasada, de tal manera que abriese los ojos a otras personas en cuanto al significado de la corporatocracia y que hiciese comprender por qué nos odiaba medio mundo.

Empecé a escribir otra vez, pero me pareció entonces que lo que llevaba escrito se había quedado anticuado. Era necesario ponerlo al día de alguna manera. Incluso pensé viajar a Afganistán, Iraq y Venezuela para escribir un comentario actualizado sobre esos tres países. A mi modo de ver, ejemplificaban otras tantas paradojas de la vida política actual. Los tres habían sufrido grandes trastornos y se hallaban en poder de unos líderes que dejaban bastante que desear (el talibán cruel y despótico, el psicópata de Saddam, y el inepto en cuestiones de economía Chávez). Pero en ninguno de los casos la reacción de la corporatocracia estuvo dirigida a remediar los problemas de fondo de esos países, sino que se limitó a tratar de desestabilizar a los dirigentes cuando amenazaban nuestra política petrolera. En muchos aspectos Venezuela presentaba el caso más interesante, porque si bien la intervención militar era ya una realidad en Afganistán, y parecía inminente en Iraq, la posible respuesta de la administración frente a Chávez seguía envuelta en el misterio. A mí no me interesaba dilucidar si Chávez era buen o mal dirigente, sino cómo reaccionaría Washington ante un líder que se plantaba como un obstáculo en la marcha de la corporatocracia hacia el imperio global.

Las circunstancias intervinieron una vez más, sin darme tiempo a

organizar ese viaje. Mis actividades humanitarias me llevaron varias veces a Suramérica en el transcurso del 2002. En una de mis excursiones a la Amazonia me acompañó una familia venezolana cuyos negocios estaban viéndose arruinados por el régimen de Chávez. Nos hicimos grandes amigos, y de esta manera pude escuchar su versión del caso. También hablé con latinoamericanos del otro extremo del espectro social, que veían en Chávez a un salvador. La marcha de los acontecimientos en Caracas me pareció sintomática del mundo creado por nosotros, los EHM.

En diciembre de 2002 la situación llegó al punto de crisis tanto en Venezuela como en Iraq. Los dos países formaban un contrapunto perfecto. En Iraq, y visto que los esfuerzos sutiles de los EHM y los chacales no doblegaban a Saddam, se preparaba la solución última, la invasión. En Venezuela, la administración Bush ponía en juego el modelo iraní de Kermit Roosevelt. Como informó el *New York Times:*

> Cientos de miles de venezolanos salieron hoy a la calle para declarar su adhesión a la huelga nacional, que entra hoy en su 28° día con el designio de forzar la dimisión del presidente Hugo Chávez. La huelga, cuyo seguimiento se estima en unos 30.000 trabajadores del petróleo, amenaza con causar estragos en esta nación —la quinta entre las principales productoras mundiales— en los meses venideros [...]
>
> En los últimos días la huelga ha alcanzado una especie de punto muerto. El señor Chávez está utilizando a los obreros dispuestos a trabajar para tratar de normalizar el funcionamiento de la petrolera estatal. Sin embargo, sus adversarios, encabezados por una coalición de dirigentes de la patronal y de los sindicatos, aseguran que la huelga llevará al colapso a esa compañía, y por tanto al gobierno Chávez.[6]

Así, exactamente, fue como derribó la CÍA a Mosaddeq y lo reemplazó por el sha. El paralelismo era estrecho a más no poder. Era como una asombrosa repetición de la historia cincuenta años más tarde. Cinco décadas, y todavía el petróleo como fuerza motriz de todo.

El 4 de enero de 2003 se produjo un choque entre los partidarios de Chávez y sus oponentes. El tiroteo dejó dos muertos y docenas de heridos. Al día siguiente hablé con un viejo amigo que había tenido que ver con los chacales durante muchos años. Lo mismo que yo, nunca trabajó directamente a sueldo de ninguna administración, pero condujo operaciones clandestinas en muchos países. Me contó que un contratista privado se había puesto en contacto con él para pedirle que fomentase huelgas en Caracas y sobornase a oficiales del ejército, muchos de ellos formados en la Escuela de las Américas, para que se sublevasen contra su

presidente electo. Él no aceptó la propuesta, pero, según comentó: —El que ha aceptado el trabajo sabe lo que se trae entre manos.[7] Aquel mismo mes de enero de 2003 los precios del crudo alcanzaron nuevos máximos y las reservas de Estados Unidos llegaron a su nivel más bajo desde hacía veintiséis años. Yo sabía que la administración Bush estaba movilizando todos sus recursos para derribar a Chávez. Al poco se supo que lo había conseguido, que Chávez acababa de caer. El *New York Times* aprovechó este giro de los acontecimientos para transmitir una perspectiva histórica... y de paso, identificaba al hombre que por lo visto había desempeñado el papel de Kermit Roosevelt en la Venezuela contemporánea:

> En defensa de sus intereses económicos y políticos, Estados Unidos [...] viene apoyando a los regímenes autoritarios de Centroamérica y Suramérica desde los tiempos de la Guerra fría. En la diminuta Guatemala y en 1954, la Agencia Central de Inteligencia montó un golpe para derribar el gobierno democráticamente elegido, y durante cuatro decenios respaldó luego a los sucesivos regímenes ultraderechistas frente a los pequeños grupos rebeldes de izquierdas. Hubo unas 200.000 víctimas entre la población civil.
> En Chile, un golpe apoyado por la CÍA contribuyó al acceso del general Pinochet al poder, que ocupó desde 1973 hasta 1990. En Perú, un frágil gobierno democrático investiga todavía la actuación de la Agencia durante una década en apoyo del hoy depuesto y exiliado' presidente Alberto K. Fujimori y del malfamado jefe de sus servicios de espionaje, Vladirniro L. Montesinos.
> Estados Unidos tuvo que invadir Panamá en 1989 para derribar a su narcodictador Manuel A. Noriega, quien había sido durante veinte años un valioso informante para la inteligencia estadounidense. En el afán de organizar una oposición armada contra el régimen izquierdista de Nicaragua por cualquier medio, incluida la venta de armas a Irán a cambio de dinero en efectivo, se llegó al enjuiciamiento de varios altos funcionarios de la administración Reagan.
> Entre los investigados entonces figuraba Orto J. Reich, un veterano de las luchas latinoamericanas. El señor Reich nunca ha sido procesado oficialmente. Más tarde fue nombrado embajador de Estados Unidos en Venezuela, y actualmente desempeña por nombramiento presidencial directo el cargo de subsecretario de estado para los asuntos interamericanos. Con la caída del señor

> Chávez se ha colgado otra medalla.[8]

El señor Reich y la administración Bush aún estarían celebrando el golpe contra Chávez cuando un suceso inesperado vino a interrumpir la fiesta. En un golpe de mano sorprendente, Chávez se rehizo y recobró el poder cuando aún no habían transcurrido setenta y dos horas. A diferencia del iraní Mosaddeq, Chávez pudo contar con la lealtad de sus militares, pese a todos los intentos de indisponer contra él a la alta oficialidad. Además tenía de su parte a la poderosa petrolera estatal; Petróleos de Venezuela desafió a sus millares de huelguistas y consiguió reanudar su funcionamiento.

Cuando se sosegó un poco la situación, Chávez reforzó su control sobre los trabajadores de la petrolera, apartó de las filas del ejército a los escasos oficiales insurrectos, y envió al exilio a muchos de sus principales adversarios políticos. Para los dos dirigentes más destacados de la oposición, teledirigidos desde Washington y aliados de los chacales en la dirección de la huelga nacional, se solicitaron veinte años de cárcel.[9]

En último análisis, toda esta serie de acontecimientos fue catastrófica para la administración Bush. Como escribió Los *Angeles Times:*

> El pasado martes, funcionarios de la administración Bush reconocieron que venían discutiendo desde hacía meses la deposición del presidente venezolano Hugo Chávez con miembros de la dirigencia militar y civil [...] La gestión del fracasado golpe por parte de la administración está siendo investigada con creciente atención.[10]

Obviamente el pistolerismo económico había fracasado y los chacales también. Venezuela en 2003 resultaba ser muy diferente de Irán en 1953. Yo me preguntaba si eso sería premonitorio, o una simple anomalía... y sobre todo, qué iba a hacer Washington en consecuencia.

En mi opinión se había evitado una crisis seria en Venezuela, al menos de momento, y se había salvado Chávez gracias a Saddam Hussein. La administración Bush no podía ocuparse de Afganistán, Iraq y Venezuela, todo al mismo tiempo. Por el momento, no le alcanzaban ni los recursos militares, ni los apoyos políticos. Pero yo sabía que tales circunstancias pueden cambiar en muy poco tiempo, y que el presidente Chávez tendría que enfrentarse a una oposición enconada en un próximo futuro. Con todo, lo ocurrido en Venezuela fue un recordatorio de que no habían cambiado mucho las cosas en los últimos cincuenta años... excepto los resultados.

34

Retorno a Ecuador

Venezuela era un caso clásico. No obstante, y conforme contemplaba el desarrollo de los acontecimientos allí, me di cuenta de que estaban trazándose en otro país las líneas de la batalla significativa de verdad. Que lo era, no porque representase más en términos de dólares o de vidas humanas, sino porque implicaba cuestiones que iban mucho más allá de los objetivos materialistas por los que generalmente se definen los imperios. Ese frente se situaba en la entraña de la civilización moderna, más allá de los ejércitos de banqueros, ejecutivos comerciales y políticos. Y se localizaba en un país que yo conocía y había aprendido a amar, el primero en donde trabajé cuando era voluntario del Peace Corps: Ecuador.

En los años transcurridos desde esa estancia mía de 1968, el pequeño país se había convertido en la víctima quintaesencia! de la corporatocracia. Mis contemporáneos y yo, seguidos de nuestros equivalentes y sucesores corporativos, conseguimos llevarlo al borde de la bancarrota. Le prestamos miles de millones de dólares con el fin de que pudiera contratar a nuestras compañías de ingeniería y construcción para la realización de los proyectos que interesaban a las familias ecuatorianas más adineradas. La consecuencia fue que en tres decenios, el nivel oficial de pobreza pasó del 50 al 70 por ciento de la población. El número de desempleados o subempleados creció del 15 al 70 por ciento, la deuda pública aumentó de 240 millones de dólares a 16.000 millones, y la participación de las clases humildes en la renta nacional decayó del 20 al 6 por ciento. Hoy día, Ecuador debe dedicar a pagar deudas casi el 50 por ciento del presupuesto nacional, en vez de auxiliar a los millones de ciudadanos suyos oficialmente clasificados como cercanos al nivel de indigencia.[1]

La situación de Ecuador demuestra con claridad que todo eso no ha sido el resultado de una conspiración. El proceso continuó bajo las administraciones demócratas y bajo las republicanas, y ha sido un proceso en el que intervinieron todos los grandes bancos multinacionales, muchas corporaciones y las delegaciones de ayuda al exterior de numerosos

países. Estados Unidos desempeñó el papel protagonista pero no ha sidc el único actor.

Durante estos tres decenios, miles de hombres y mujeres han participado en la tarea de llevar a Ecuador hasta la endeble posición en que se halla a comienzos del milenio. Algunos de ellos, como yo, sabían lo que estaban haciendo. Pero la gran mayoría se limitó a aplicar lo que se les había enseñado durante sus estudios de administración de empresas, ingeniería o derecho, o se limitaron a emular el ejemplo de los jefes que, como yo, ejemplificaban el funcionamiento del sistema mediante su propia avidez y aplicaban el sistema de premios y castigos dirigido a perpetuar dicho sistema. Estos participantes se veían a sí mismos llenos de buenas intenciones, como poco, y los más optimistas consideraban que estaban ayudando a un país empobrecido.

Inconscientes y engañados, o autoengañados en muchos casos, sí, pero no juramentados en ninguna conspiración clandestina. Esos actores eran producto de un sistema que lleva adelante la forma de imperialismo más sutil y más efectiva que el mundo haya visto nunca. Nadie tuvo que salir a buscar hombres y mujeres que se dejasen seducir por sobornos o por amenazas: estaban ya reclutados por las compañías, los bancos y las agencias de la administración. Los sobornos consistían en salarios, incentivos, planes de pensiones y pólizas de seguros. Las amenazas se basaban en la sanción social, la presión de los rivales y el tema tácito de la futura educación de los hijos.

El éxito del sistema había sido espectacular. A la entrada del nuevo milenio, Ecuador era una nación totalmente entrampada. Lo teníamos agarrado como el padrino de la Mafia tiene agarrado a un seguidor después de ayudarle a pagar la boda de su hija y la puesta en marcha de su pequeño negocio. Como buenos mañosos, habíamos procedido cautelosamente. Podíamos permitirnos el lujo de ser pacientes sabiendo que debajo de la selva amazónica ecuatoriana yacía un mar de petróleo. Cada cosa a su debido tiempo.

Ese tiempo llegó a comienzos del 2003, mientras yo enfilaba en mi Subaru Outback el serpenteante camino desde Quito hasta Shell, en medio de la selva. Chávez, restablecido en Venezuela, había desafiado a George W. Bush y había salido vencedor. Saddam plantaba cara y se disponía a ser invadido. Las reservas de petróleo alcanzaban el nivel más bajo de los últimos tres decenios, casi, y no parecía que fuese posible pedir más a nuestros principales proveedores. Peligraban, por tanto, las cuentas de pérdidas y ganancias de la corporatocracia. Necesitábamos un as en la manga. Había llegado el momento de reclamar nuestra libra de carne ecuatoriana.

Mientras dejaba atrás el descomunal embalse sobre el río Pastaza, iba

comprendiendo que allí en Ecuador la batalla no se limitaría a la clásica lucha entre los ricos del mundo y los menesterosos, entre los explotadores y los explotados. En ese frente quedaría definido, en el fondo, lo que éramos en tanto que civilización. Un pequeño país sería obligado a abrir sus selvas amazónicas a nuestras compañías petroleras, pero la devastación que resultaría de ello iba a ser indescriptible.

Si nos empeñábamos en cobrarnos la deuda, las consecuencias llegarían mucho más lejos de lo que nadie puede cuantificar. No se trataba sólo de la destrucción de unas culturas indígenas, de vidas humanas y de cientos de miles de especies de animales, reptiles, peces, insectos, y plantas, algunas de las cuales encierran tal vez el secreto de la curación de una infinidad de enfermedades. No se trataba sólo del bosque tropical húmedo que absorbe los mortíferos gases de invernadero expulsados por nuestras industrias, que suministra el oxígeno esencial para la vida de todos, y que alimenta las nubes de las que depende una elevada proporción del agua potable que necesita el mundo. La trascendencia de la cuestión iba más allá de estas cuestiones que agitan los ecologistas deseosos de salvar esos lugares. Afectaba a lo más profundo de las conciencias.

Si continuábamos con esa estrategia estaríamos prolongando un esquema imperialista que viene desde mucho antes del Imperio romano. Aunque vituperamos la esclavitud, nuestro imperio global esclaviza a mayor número de gentes que los romanos y todas las demás potencias coloniales que nos han precedido. Me pareció dudoso que fuese posible ejecutar tan miope política en el Ecuador, dejando a salvo nuestra conciencia colectiva.

Al otro lado de la ventanilla de mi Subaru contemplaba las laderas andinas desforestadas, las mismas que en mis tiempos del Peace Corps lucían recubiertas de exuberante vegetación tropical. Entonces me sorprendió otra revelación súbita. Que aquella consideración de Ecuador como un frente de batalla de los más significativos era puramente personal. En realidad, todos los países en donde yo había trabajado, todos los que tuviesen recursos codiciados por el imperio, revestían idéntica significación. Pero yo me sentía más unido a éste porque era el lugar donde perdí la ingenuidad, allá de la década de 1960. Mi juicio era subjetivo, y respondía a una inclinación particular.

Aunque el bosque tropical húmedo de Ecuador es precioso, como lo son las naciones indígenas y todas las demás formas de vida que lo pueblan, no son menos preciosos los desiertos de Irán, ni los beduinos cuyas tradiciones seguía Yamin. Ni más ni menos preciosos que las montañas de Java, el mar de Filipinas, las estepas de Asia, las sabanas de África, los bosques de Norteamérica, el casquete polar ártico y cientos de

lugares amenazados más. Cada uno de éstos representa un frente de batalla, y cada uno de ellos nos obliga a sondear nuestra conciencia individual y colectiva.

Recordé una estadística que lo resume todo. La relación de rentas entre el quinto de la población mundial habitante de los países más ricos y el quinto que ocupa los países más pobres era de 30 a 1 en 1960, y ha pasado de 74 a 1 en 1995.[2] Pero el Banco Mundial, la Agencia de Desarrollo Internacional estadounidense, el FMI, y los demás bancos, corporaciones y gobiernos implicados en la «ayuda» exterior todavía nos cuentan que están haciendo su trabajo, que se están consiguiendo progresos.

Así que una vez más me hallaba en Ecuador, el país que no era sino uno de los frentes de batalla, pero que mantiene un lugar especial en mi corazón. Estábamos en 2003, treinta y cinco años después de mi primera visita como miembro de una organización estadounidense que usa la palabra *paz* en su denominación. Esta vez acudía para tratar de evitar la guerra que durante tres decenios había ayudado a provocar.

Uno diría que los acontecimientos de Afganistán, Iraq y Venezuela deberían bastar para disuadirnos de entrar en otro conflicto. En Ecuador, sin embargo, la situación era muy diferente. En esa guerra no sería preciso enviar las fuerzas armadas de Estados Unidos, porque los beligerantes eran unos miles de indígenas armados de jabalinas, machetes y vetustas escopetas de avancarga, y frente a ellos un ejército ecuatoriano moderno, asesorado por un puñado de U.S. Special Forces, y reforzado por mercenarios a sueldo de las compañías petroleras y entrenados por los chacales. Y tal como ocurrió con el conflicto ecuato-peruano de 1995, en Estados Unidos la mayoría de la población jamás llegaría a tener noticia de semejante guerra. Algunos acontecimientos recientes habían disparado su probabilidad.

En diciembre de 2002 fueron secuestrados unos trabajadores del petróleo. Los portavoces de las compañías denunciaron a la comunidad indígena y sugirieron que los guerreros autores del hecho eran miembros de un grupo terrorista, tal vez conectado con al-Qaeda. Para complicar el asunto, la compañía en cuestión aún no había recibido el permiso de las autoridades ecuatorianas autorizando el comienzo de las perforaciones. Pero aseguraba que sus trabajadores no estaban realizando perforaciones sino las necesarias prospecciones previas, a lo que tenían derecho. Esta afirmación fue negada con vehemencia por los grupos indígenas algunos días después, cuando dieron a conocer su versión del incidente.

Según los delegados de las tribus, los del petróleo habían invadido territorios en donde no estaban autorizados a entrar. Los guerreros no llevaban armas, ni habían amenazado ni violentado a los trabajadores. Muy al contrario, los habían acompañado hasta la aldea indígena donde

los invitaron a comer y a tomar chicha. Mientras los visitantes aceptaban la invitación, los guerreros persuadieron a los guías para que se marcharan con sus canoas. En todo caso, decían los de las tribus, nunca se retuvo a ningún trabajador en contra de su voluntad. En todo momento se les dejó libres de dirigirse adonde quisieran.[3]

Mientras seguía conduciendo, recordé lo que me habían dicho los shuar en 1990, cuando después de vender IPS los visité para ofrecerme a colaborar en la salvación de la selva.

— El mundo es como lo sueñas — dijeron, y subrayaron que nosotros los del Norte habíamos soñado grandes industrias, infinidad de automóviles y gigantescos rascacielos. Pero ahora descubríamos que nuestra visión había sido en realidad una pesadilla que acabaría por destruirnos a todos.

—Cambiad ese sueño —me aconsejaron los shuar. Pero más de diez años después seguíamos en las mismas, y pese al trabajo de un gran número de personas y de las organizaciones no lucrativas, en algunas de las cuales había colaborado yo, la pesadilla estaba alcanzando nuevas y terroríficas proporciones.

Cuando por fin entré con mi todoterreno en la población de Shell, enseguida me condujeron a una reunión con las representaciones de numerosas tribus: los quichua, los shuar, los achuar, los shiwiar y los zaparo. Unos habían caminado durante días a través de la selva. A otros los habían traído en avionetas fletadas por las ONG. Algunos llevaban la falda tradicional, las caras pintadas y las diademas de plumas, pero la mayoría trataba de emular a los habitantes de las ciudades y usaban pantalón, camiseta y calzado.

Los delegados de la comunidad acusada del secuestro fueron los primeros en hablar. Dijeron que poco después del regreso de los trabajadores a su empresa, se había presentado en su aldea cerca de un centenar de soldados ecuatorianos. Se nos recordó que esto sucedía al comienzo de una estación especial de la selva húmeda, la maduración de la *chonta*. Esta palmera sagrada para las culturas indígenas da fruto una vez al año, cuya sazón coincide con el comienzo de la época de apareamiento para muchas aves de la región, incluidas varias especies raras y amenazadas. Cuando están en celo, estas aves son muy vulnerables. Los indígenas imponen la veda e impiden que se cacen estos pájaros durante la estación de la chonta.

—Los soldados no pudieron llegar en peor momento —explicó una mujer.

Me compadecí de su dolor y del de sus acompañantes mientras narraban la trágica historia de cómo los soldados no hicieron caso de la veda. Hubo una matanza de aves, por diversión y para comérselas. Luego

arrasaron los huertos familiares, los platanales y los cultivos de mandioca, dejando destruida sin remedio la menguada capa de suelo fértil. Pescaron con explosivos en los ríos y se comieron las mascotas de las familias. Confiscaron las escopetas y las cerbatanas de los cazadores, excavaron letrinas mal saneadas, contaminaron los caudales con gasóleo y disolventes, asediaron a las mujeres y dejaron montones de basura por todas partes, lo que atrajo todo tipo de insectos y sabandijas.

—Teníamos dos opciones —dijo un hombre—. Pelear, o tragamos nuestro amor propio y tratar de reparar los daños. Decidimos que aún no había llegado la hora de luchar.

Describió cómo habían intentado paliar las destrucciones causadas por los militares persuadiendo a su gente de que se abstuviera de comer. Dijo que había sido un ayuno voluntario, pero a mí me pareció algo más parecido a la inanición. Mal alimentados, los ancianos y los niños enfermaron.

También se habló de amenazas y de sobornos.

—Mi hijo —relató una mujer— habla inglés y español, y también varias lenguas indígenas. Ha trabajado como guía e intérprete de una empresa de ecoturismo. Le pagaban un sueldo decente. La compañía del petróleo le ofreció diez veces más, ¡qué iba a hacer! Ahora escribe cartas calumniando a su empresa anterior y a todos los que acuden en nuestra ayuda. Y dice en esas cartas que las compañías del petróleo son amigas nuestras. —Sacudió todo el cuerpo como un perro mojado—. Ha dejado de ser uno de los nuestros. Mi hijo...

Un hombre entrado en años que debía ser un chamán, por la diadema tradicional de plumas de tucán que ostentaba, se puso en pie.

— ¿Sabéis lo de los tres que elegimos para que nos representaran frente a las petroleras, y que murieron en ese accidente aéreo? Pues bien, no he venido aquí a repetiros lo que dicen muchos, que ese accidente lo organizaron las compañías del petróleo. Lo que puedo aseguraros es que • esas tres muertes dejaron un gran vacío en nuestra organización. Y que las compañías no han tardado en rellenar ese vacío colocando a sus títeres.

Otro hombre exhibió un contrato y lo leyó. Era la cesión de un territorio inmenso a una compañía maderera, a cambio de trescientos mil dólares, y lo firmaban tres representantes de las tribus.

—Esas firmas no son auténticas —dijo—. ¡Si lo sabré yo! ¡Uno de éstos es hennano mío! Es otra especie de asesinato. Para desacreditar a nuestros líderes.

Parecía irónico y extrañamente oportuno que todo esto ocurriese en una región del Ecuador donde las compañías aún no tenían autorización para perforar. Lo habían hecho en otras muchas zonas de los alrededores, y los pueblos indígenas habían presenciado las consecuencias y la

aniquilación de sus vecinos. Mientras los oía, me preguntaba cómo reaccionarían los ciudadanos de mi país si la CNN o el telediario de la noche retransmitieran asambleas como aquélla.

Esas reuniones me fascinaban y sus revelaciones eran profundamente inquietantes. Pero también ocurrían otras cosas, al margen de las sesiones formales. Durante los descansos, los almuerzos, e incluso por la noche, cuando se hablaba con la gente en privado, se me preguntó con frecuencia por qué amenazaba Estados Unidos a Iraq. La guerra inminente era objeto de discusión en las primeras planas de los periódicos ecuatorianos. Estos llegaban hasta aquella población de la selva, y sus comentarios eran muy diferentes de cuantos pudiese leer uno en los periódicos norteamericanos. Incluían alusiones al hecho de que la familia Bush fuese propietaria de compañías petroleras y de la United Fruit, y sobre el papel del vicepresidente Cheney en tanto que ex director general de Halliburton.

Se leían en voz alta estos periódicos para unos hombres y mujeres que jamás habían frecuentado la escuela. Todos se mostraban interesados por esas cuestiones. Ahí estaba yo, en medio de la selva amazónica, entre personas analfabetas a las que muchos en Estados Unidos considerarían «unos atrasados» e incluso «salvajes». Sin embargo, hacían preguntas profundas que iban al grano de los asuntos del imperio global.

Mientras me alejaba de Shell y volvía a pasar por delante del muro de cemento de la presa para enfilar las estribaciones de los Andes, mi mente seguía ocupada con las diferencias que apreciaba entre lo que había visto y oído en esa visita a Ecuador y el ambiente que solía hallar en Estados Unidos. Hubiérase dicho que las tribus amazónicas tenían mucho que enseñarnos. Pese a nuestros muchos años de estudio y las muchas horas empleadas en leer revistas y ver los noticiarios de la televisión, ellos tenían una-sabiduría que nosotros por alguna razón hemos perdido. Siguiendo el hilo de estos pensamientos recordé la «Profecía del cóndor y el águila», que muchas veces he tenido ocasión de escuchar en toda Latinoamérica, así como otras profecías similares que se oyen en otras partes del mundo.

Casi todas las culturas que conozco anuncian que hacia finales de la década de 1990 entramos en un período de notable transición. En los monasterios del Himalaya, en los centros de culto de Indonesia, en las reservas indígenas de Norteamérica, y desde las profundidades de la Amazonia hasta los picos de los Andes y las viejas ciudades mayas de Centroamérica, en todas partes se oye que estamos en un momento especial de la historia humana, y que todos y cada uno de los nacidos en esta época tenemos una misión que cumplir.

Los nombres y las palabras de las profecías presentan matices diferentes. Se habla de una Nueva Edad, de un Tercer Milenio, de la Era de Acuario, del Comienzo del Quinto Sol, o del acabamiento de los

calendarios antiguos y la entrada en vigor de otros nuevos. Pese a las diversas terminologías, tienen mucho en común y la «Profecía del cóndor y el águila» puede considerarse típica. Dice que allá por los albores de la historia humana, las sociedades se dividieron y emprendieron dos caminos diferentes: el del cóndor (que representa lo cordial, lo intuitivo y lo místico) y el del águila (simbolizando lo cerebral, lo racional y lo material). Hacia la década de 1490, los dos caminos volverían a encontrarse y el águila empujaría al cóndor al borde de la extinción. Quinientos años después, hacia la década de 1990, comenzaría un nuevo período en que el cóndor y el águila tendrían oportunidad de reunirse y volar juntos por las mismas sendas del cielo. Y si el cóndor y el águila recogen esta oportunidad, tendrán una progenie extraordinaria, nunca vista anteriormente.

La «Profecía del cóndor y el águila» puede entenderse de muchas maneras. En la interpretación más corriente, se prevé el intercambio de la sabiduría indígena con la tecnología científica, el reequilibrio del yin y el yang, la comunicación entre las culturas del Norte y las del Sur. Es más poderoso, sin embargo, el mensaje que propone a las conciencias. Dice que entramos en una época en que podremos aprovechar las diferentes maneras de contemplar el mundo y contemplarnos a nosotros mismos, y que eso nos servirá de trampolín para alcanzar niveles de conciencia más elevados. Sería un auténtico despertar de la humanidad, la continuidad de la evolución hacia una especie más consciente.

El pueblo del cóndor que habita la Amazonia hace que parezca muy obvio lo siguiente: si deseamos plantearnos los interrogantes sobre qué cosa va a ser la naturaleza humana en este nuevo milenio, y sobre nuestro compromiso en cuanto a la evaluación de nuestras intenciones para los decenios próximos, entonces tendremos que abrir los ojos y encarar las consecuencias de nuestras obras —las obras del águila— en lugares como Iraq y Ecuador. Tendremos que darnos una sacudida para despertar.

Nosotros, los que habitamos la nación más poderosa que ha conocido nunca el mundo, deberíamos dejar de pensar tanto en los desenlaces de las series televisivas, los resultados del fútbol, las cifras de los balances trimestrales y los índices diarios del Dow Jones, para ponernos a reconsiderar lo que somos y en qué han de ir a parar nuestros hijos. La alternativa de seguir dejando de plantearnos esas cuestiones importantes sencillamente resulta demasiado peligrosa.

35

Levantando el barniz

En 2003, poco después de mi regreso del Ecuador, Estados Unidos invadió Iraq por segunda vez en poco más de un decenio. Los saboteadores económicos habían fracasado. Los chacales habían fracasado. Así que fue preciso enviar a hombres y mujeres jóvenes. A matar y morir entre las arenas del desierto. La invasión planteaba una pregunta importante, que me figuré que pocos compatriotas estarían en situación de considerarla: lo que significaban estos hechos para la Real Casa de Saud. Si Estados Unidos se apoderaba de Iraq, país que según muchas estimaciones tiene más petróleo que Arabia Saudí, quedaba muy mermada la necesidad de seguir haciendo honor al pacto acordado con la familia real saudí en la década de 1970, el originado cuando el «caso del blanqueo de dinero árabe saudí».

El final de Saddam cambiaba la fórmula, lo mismo que el final de Noriega en Panamá. En el caso de Panamá, una vez reinstaurados nuestros títeres controlábanlos el Canal con independencia de las condiciones del tratado negociado entre Torrijos y Cárter. Por tanto, ¿podríamos romper la OPEP cuando controlásemos Iraq? ¿Llegaría a ser irrelevante la familia real saudí en el escenario de la política petrolera global? Algunas mentes privilegiadas se cuestionaban ya por qué Bush atacaba a Iraq en vez de volcar todos los recursos en la persecución contra al-Qaeda en Afganistán. ¿Sería posible que desde el punto de vista de esa administración, o mejor dicho de esa familia petrolera, importase más asegurar el aprovisionamiento de petróleo y justificar las contratas de construcción que combatir a los terroristas?

El desenlace quizá sería otro, sin embargo. Podía ocurrir que la OPEP tratase de consolidarse. Si Estados Unidos controlaba Iraq, los demás países ricos en petróleo no tendrían mucho que perder si elevaban los precios del crudo y/o reducían la oferta. Esta posibilidad enlazaba con otro supuesto, las consecuencias del cual, caso de realizarse, no se les ocurrirían a muchas personas fuera del mundo de la alta finanza internacional, pero que podría desequilibrar la balanza geopolítica y, a su

tiempo, derrumbar el sistema que la corporatocracia había edificado con tanto esfuerzo. O mejor dicho, podría evidenciarse como el factor capaz de provocar la autodestrucción del primer imperio auténticamente mundial que ha conocido la historia.

En último análisis, el imperio global depende, en gran medida, de que el dólar siga funcionado como la moneda de referencia mundial. Y el derecho de imprimir dólares es una exclusiva de la Moneda estadounidense. Es así como hacemos préstamos a países como Ecuador, en la plena conciencia de que no van a poder devolverlos jamás. De hecho, no deseamos que hagan honor a ese compromiso, porque es la deuda lo que nos asegura nuestra influencia, nuestra libra de carne. En condiciones normales, con el tiempo correríamos el riesgo de vaciar nuestro propio erario; al fin y al cabo, ningún acreedor puede mantener un número ilimitado de morosos. Pero las nuestras no son unas circunstancias normales. Estados Unidos imprime billetes que no están respaldados por ningunas reservas de oro. O para ser más exactos, no están respaldados por nada, salvo la confianza generalizada a nivel mundial en la capacidad de nuestra economía y en que sabremos mantener el buen orden de las fuerzas y los recursos del imperio creado por nosotros para sustentarnos.

La capacidad para imprimir billetes nos confiere un poder inmenso. Significa, entre otras cosas, que podemos seguir concediendo empréstitos que no se devolverán nunca... y que nosotros mismos también podemos acumular un gran endeudamiento. A comienzos de 2003, la deuda nacional estadounidense sobrepasaba la estremecedora cifra de 6 billones de dólares y amenazaba con alcanzar los 7 billones antes de que acabase el mismo año: una deuda de 24.000 dólares por ciudadano estadounidense, poco más o menos. Muchos de los acreedores son países asiáticos, en especial Japón y China, que compran títulos del Tesoro estadounidense (pagarés del Tesoro principalmente) con el producto de sus ventas de artículos de consumo —aparatos electrónicos, ordenadores, automóviles, electrodomésticos y prendas de vestir, sobre todo — a Estados Unidos y en el mercado mundial.[1]

Mientras el mundo siga aceptando el dólar como divisa de referencia, ese endeudamiento excesivo no será un gran obstáculo para la corporatocracia. Pero si el dólar fuese reemplazado por otra moneda, y si algunos de los países acreedores, Japón o China por ejemplo, decidiesen reclamar, el cambio de la situación sería drástico, y Estados Unidos se hallaría de pronto en una situación bastante precaria.

Ahora bien, la existencia de semejante moneda ha dejado de ser

hipotética. Desde el 1 de enero de 2002 existe el euro en el panorama financiero internacional, con fuerza y prestigio crecientes mes a mes. El euro le ofrece una oportunidad extraordinaria a la OPEP, si se le ocurriese aplicar represalias por la invasión de Iraq o por algún otro motivo decidiese intentar la prueba de fuerza con Estados Unidos. Si la OPEP tomase la decisión de reemplazar el dólar por el euro como unidad monetaria de las transacciones, el imperio se conmovería hasta los mismísimos fundamentos. Si eso ocurriese, y si uno o dos de nuestros grandes acreedores reclamasen la devolución de lo adeudado, el impacto sería enorme.

Todo eso andaba yo pensando la mañana del Viernes Santo, 18 de abril de 2003, mientras recorría los cuatro pasos que median entre mi casa y mi garaje reformado para usarlo como oficina. Fui a ocupar mi escritorio, puse en marcha el ordenador y como de costumbre, entré en la página del *New York Ti mes* electrónico. Un titular reclamó mi atención y me sacó inmediatamente de mis reflexiones sobre las nuevas realidades de las finanzas internacionales, de la deuda nacional y del euro, para devolverme a mi antigua profesión: «Estados Unidos adjudica a Bechtel una gran contrata para la reconstrucción de Iraq».

El texto del artículo decía: «Con fecha de hoy, la administración Bush ha otorgado al grupo Bechtel de San Francisco la primera gran contrata de un vasto plan para la reconstrucción de Iraq». Más adelante los autores informaban al lector de que «a continuación, los iraquíes colaborarán en el rediseño del país con el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, instituciones en donde Estados Unidos disfruta de amplia influencia».[2]

¡Amplia influencia! ¡Qué manera tan modesta de decirlo!

Pasé a otro artículo del *Tintes*, «La compañía tiene relaciones en Washington y con Iraq». Tras saltarme los primeros párrafos, que venían a repetir buena parte de la información del primer artículo, leí:

> Bechtel tiene tradicionales lazos con las instituciones de la seguridad nacional [...] En su consejo de administración figura George Shultz, que fue secretario de estado con el presidente Ronald Reagan. Antes de entrar en la administración Reagan, el señor Shultz, que continúa siendo consejero de Bechtel, fue presidente de la compañía y colaboró con Caspar W. Weinberger, ejecutivo de este grupo radicado en San Francisco antes de su nombramiento como secretario de defensa. En el año en curso, y por designación del presidente Bush, el director general de la compañía Riley P. Bechtel

pasó a formar parte del Consejo presidencial de la exportación.[3]

En esos artículos quedaba condensado el relato de la historia contemporánea, de la marcha hacia el imperio global. Lo que pasaba en Iraq y lo que describía la prensa matutina era el resultado de la misión que Claudine me había enseñado a desempeñar hacía unos treinta y cinco años. De mi trabajo y el de otros muchos hombres y mujeres movidos por un afán de engrandecimiento que seguramente no debió ser muy diferente del que yo conocí.

Esos artículos trataban de la invasión de 2003 y de las contratas que estaban firmándose para reconstruir Iraq después de la devastación causada por nuestros ejércitos y para reformarlo según los moldes del modelo occidental moderno. De manera implícita, las noticias del 18 de abril de 2003 miraban también hacia atrás, a comienzos de la década de 1970 y al «caso del blanqueo de dinero árabe saudí». Este caso y las contratas que resultaron de él sentaron un precedente nuevo e irrevocable, al permitir, o mejor dicho disponer que las compañías de ingeniería y construcción estadounidenses y la industria del petróleo se adjudicasen el desarrollo de aquel reino del desierto. En un solo golpe poderoso, el caso aludido había establecido nuevas reglas para la gestión mundial del petróleo, redefinido la geopolítica y creado una alianza con la familia real saudí que aseguraba tanto la hegemonía de ésta como su compromiso de plegarse a nuestras reglas.

Mientras leía no pude dejar de preguntarme cuántas personas sabrían lo que sabía yo. Que a aquellas horas, Saddam seguiría siendo dueño de su país si se hubiese avenido a entrar en el juego como hicieron los saudíes. Y tendría sus misiles y sus fábricas químicas, que nosotros habríamos construido para él, y que serían mantenidas y modernizadas permanentemente por nuestros técnicos. Un acuerdo a gusto de todos, como lo fue el de Arabia Saudí.

Hasta entonces los medios de comunicación más influyentes se habían abstenido de publicar tales informaciones. Pero ese día estaban ahí. Cierto que aquellos artículos eran mucho menos que un resumen, un atisbo, una aparición fugaz. Pero daban la sensación de que la historia empezaba a emerger. Pensé si al *New York Times* se le habría ocurrido hacer de francotirador solitario. Pasé a la página de la CNN y leí: «Bechtel gana la contrata iraquí». La crónica de CNN era muy parecida a la del *Times*, sólo que agregaba:

En varios momentos se hizo saber que otras compañías competían

> como posibles aspirantes, acudiendo a la licitación con carácter individual o formando parte de grupos, por ejemplo la unidad Kellogg Brown & Root (KBR) de Halliburton Co., cuyo director general ha sido en el pasado el vicepresidente Dick Cheney [...] [Con anterioridad] Halliburton se ha adjudicado una contrata que algunos valoran en 7.000 millones de dólares, con una vigencia estimada de hasta dos años, para reparaciones urgentes de la infraestructura petrolera iraquí.[4]

Se hubiera dicho, en efecto, que empezaba a filtrarse el relato de la marcha hacia el imperio global. No los detalles, no el hecho de que ésa era una trágica historia de endeudamiento, de engaño, de esclavización, de explotación, y del intento más flagrante de adueñarse de los corazones, las mentes, las almas y los recursos de toda clase de gentes que el mundo haya conocido. Nada en esos artículos indicaba que los acontecimientos de 2003 en Iraq eran la continuación de una historia vergonzosa. Ni manifestaban que esa historia tan antigua como el imperio estaba adquiriendo nuevas y terroríficas dimensiones, tanto por el tamaño debido a la globalización, como por la astucia con que estaba ejecutándose. Y pese a todas las insuficiencias, sin embargo, se filtraba poco a poco, casi como de mala gana.

Esta idea de una historia que se filtraba de mala gana me resultaba muy cercana y familiar. Me recordaba mi. propia biografía y los muchos años que estuve aplazando la hora de las explicaciones. Desde hacía mucho tiempo me constaba que tenía una confesión pendiente. Pero la había aplazado una y otra vez. Al recordarlo me doy cuenta de que las dudas, los rumores del remordimiento, estaban ahí desde el principio, desde las lecciones en el apartamento de Claudine, aun antes de haber comprometido mi primer viaje a Indonesia. Y me habían perseguido durante todos esos años de modo casi incesante.

También sabía que de no haberme atormentado continuamente las dudas, la pena y el arrepentimiento, las cosas nunca habrían cambiado. Como tantos otros, me habría quedado como estaba. Ante el panorama de una playa en las islas Vírgenes, nunca se me ocurriría dejar mi empleo en MAIN. Aún seguía dando largas, a pesar de todo, y las comunidades suelen hacer lo mismo en tanto que tales.

Los titulares parecían apuntar a una coalición entre las grandes corporaciones, la banca internacional y las administraciones. Como mi curriculum de MAIN, sin embargo, aquellos reportajes apenas rozaban la superficie. Se quedaban con el barniz. El meollo del asunto no consistía en

que una vez más, las grandes empresas de ingeniería y construcción recibiesen miles de millones de dólares para desarrollar un país a nuestra imagen y semejanza —cuando las gentes de ese país muy probablemente no tenían ningún deseo de reflejar esa imagen—, ni en que una banda de individuos repitiese una vez más el ancestral rito de abusar de los privilegios que se les concedían por sus altos cargos.

Esa explicación es demasiado simplista. Implica que si quisiéramos corregir los defectos del sistema, no tendríamos más que echar a esos individuos. Equivale a moverse en el terreno de las teorías conspirativas, de manera que si preferimos quedarnos tranquilos, sería suficiente apagar la televisión y olvidarlo todo, conformados con esa visión histórica de escuela elemental que viene a decirnos: tranquilos que «ellos» se encargan de todo, que la nave está en buenas manos, que a su debido tiempo las cosas retomarán al buen camino. Tal vez tendréis que esperar hasta la próxima generación, pero luego todo marchará mejor.

La historia real del imperio contemporáneo —de la corporatocracia explotadora de gentes desesperadas y realizadora del expolio de los recursos más brutal, egoísta y, al largo plazo, autodestructivo— tiene poco que ver con lo que exponían los periódicos esa mañana, y todo que ver con nosotros. Lo cual, por supuesto, explica la dificultad que tenemos para escuchar esa historia real. Preferimos dar crédito al mito de que miles de años de evolución social humana han perfeccionado al fin el sistema económico ideal, antes que admitir la realidad de que nos han engañado con un concepto falso y nosotros lo hemos aceptado como la verdad del evangelio. Nos hemos persuadido de que todo crecimiento económico es beneficioso para la humanidad, y de que cuanto mayor sea el crecimiento, más pronto se difundirán sus beneficios. Y por último, nos hemos persuadido de un corolario que se nos ofrece como válido y moralmente justo: que las personas especialmente dotadas para atizar los fuegos del crecimiento económico deben ser exaltadas y recompensadas, mientras que los nacidos al margen quedan disponibles para la explotación.

Ese concepto y ese corolario se utilizan para justificar toda clase de piraterías. Se conceden licencias para violar, saquear y matar a gentes inocentes en Irán, Panamá, Colombia, Iraq y muchos lugares más. El gangsterismo económico, los chacales y los ejércitos prosperan en la medida en que se demuestre que sus actividades generan crecimiento económico, como casi siempre ocurre. Gracias a las proyecciones de «ciencias» tan poco imparciales como la econometría y la estadística, si usted bombardea una ciudad y luego la reconstruye, los datos reflejan un pasmoso pico de crecimiento económico.

La historia real es que estamos viviendo una mentira. Se ha creado un barniz que, como mi curriculum en MAIN, oculta la fatídica corrupción subyacente. Pero hay otras estadísticas que son como radiografías y reflejan ese cáncer, al descubrir la terrorífica realidad de que el imperio más poderoso y más opulento de la historia tiene índices insufriblemente altos de suicidios, toxicomanías, divorcios, malos tratos a los niños, violaciones y asesinatos. Y' lo mismo que un cáncer pernicioso, 'esos males extienden sus tentáculos en un radio cada vez más amplio, año tras año. El dolor, todos lo sentimos en nuestros corazones. Querríamos exigir el cambio a gritos, pero nos tapamos la boca con ambas manos para sofocar esos gritos y que nadie nos oiga.

Sería estupendo que pudiéramos culpar de todo eso a una conspiración, pero no hay tal. El imperio precisa de la eficacia de los grandes bancos, de las grandes compañías, de las administraciones —la corporatocracia—, pero no es una conspiración. La corporatocracia somos nosotros. Existe gracias a nosotros. Por eso, a la mayoría nos resulta muy difícil rebelarnos y oponernos a ella. Preferiríamos ver conspiradores acechando por las esquinas oscuras, porque muchos de nosotros trabajamos en uno de esos bancos, corporaciones o administraciones, o dependemos de alguna manera de ellos por los bienes y servicios que producen y comercializan. No es cosa de morder la mano del amo que nos alimenta.

Tal era la situación que estaba yo considerando mientras contemplaba, absorto, los grandes titulares en la pantalla de mi ordenador. ¿Cómo va uno a rebelarse contra el sistema que según todas las apariencias le suministra casa y coche, alimento y vestido, electricidad y medicinas? Aunque sepamos que es el mismo sistema que ha creado un mundo en donde mueren de hambre todos los días veinticuatro mil personas, y muchos millones de personas más nos odian, o por lo menos odian las políticas practicadas por nuestros representantes elegidos. ¿Quién tiene valor para salirse de la formación y poner en duda conceptos que uno mismo y quienes le rodean siempre aceptaron como la verdad del evangelio, aunque uno sospeche que el sistema está al borde de la autodestrucción? Con un esfuerzo, me puse en pie y regresé a casa para tomarme otra taza de café.

Di un pequeño rodeo y me incliné a recoger el *Palm Beach* Patf caído junto a mi buzón, en el sendero de acceso de mi garaje. Traía el mismo artículo sobre Irán y la Bechtel, bajo copyright del *New York Times.* Me fijé en la fecha de la cabecera: 18 de abril. Es una conmemoración, al menos en Nueva Inglaterra, grabada en mi recuerdo por unos padres muy dados a

evocar las **gestas de nuestra Revolución, y también por el** poema de Longfellow:

Escuchad, hijos míos, y os hablaré de la cabalgata
nocturna de Paul Reveré, el dieciocho de abril del Setenta y
Cinco. Hoy casi ninguno queda vivo que recuerde tan
famoso día y año.

El año en que estábamos, el Viernes Santo coincidía con el aniversario de la cabalgata de Paul Reveré. Al ver la fecha en la primera página del *Post* evoqué la imagen de aquel platero' de la época colonial, espoleando su caballo por las calles a oscuras de las ciudades de Nueva Inglaterra al grito de «¡que vienen los ingleses!». Reveré arriesgó la vida para difundir la palabra, y sus leales conciudadanos le respondieron. Se enfrentaron a lo que entonces era el imperio.

Me pregunté qué razones tendrían aquellos norteamericanos de la colonia para salirse de la fila. Muchos de los insurrectos eran gente adinerada. ¿Por qué motivo arriesgaron sus negocios, mordieron la mano que los alimentaba y pusieron en peligro sus vidas? Cada uno de ellos tendría, sin duda, sus razones personales, y sin embargo debió existir alguna fuerza unificadora, alguna energía o catalizador, una chispa que inflamó simultáneamente muchos fuegos en ese momento único de la historia.

Entonces supe lo que era: la palabra.

Alguien habló para contar la verdadera historia del imperio británico y del mercantilismo egoísta y en fin de cuentas autodestructivo, y ésa fue la chispa. La explicación del significado subyacente, a través de la palabra de hombres como Tom Paine y Thomas Jefferson, inflamó la imaginación de sus compatriotas, y abrió corazones y mentes. Los habitantes de las colonias empezaron a poner cosas en duda, y cuando lo hicieron descubrieron una nueva realidad que acabó con todos los engaños. Vieron la verdad oculta bajo el barniz, y entendieron cómo habían sido manipulados, engañados y esclavizados por el Imperio británico.

Vieron que sus amos ingleses habían formulado un sistema, y luego habían persuadido a casi todo el mundo de una mentira: que era el mejor sistema que la humanidad pudiese ofrecer nunca, y que la esperanza de un mundo mejor dependía de que todos los recursos fuesen canalizados a través de la Corona de Inglaterra. Que la organización imperial del comercio y de la política era el medio más eficiente y humano para

mejorar la vida de la población... cuando la realidad era que tal sistema enriquecía a unos pocos a expensas de la gran mayoría. Esa mentira y la explotación resultante permanecieron y se desarrollaron durante decenios, hasta que un puñado de filósofos, negociantes, granjeros, pescadores, colonizadores de la frontera, escritores y oradores empezó a decir la verdad.

La palabra. Medité sobre ese poder mientras rellenaba la taza de café para regresar luego a mi oficina y al ordenador.

Cerré la página de la CNN y abrí el documento en que había trabajado la víspera. Releí la última frase escrita:

> Esta historia debía ser contada. Vivimos en una época de crisis terrible [...] y de tremendas oportunidades. A través de la peripecia de este gángster económico que les habla se relata cómo hemos llegado adonde estamos y por qué nos enfrentamos ahora a esas crisis que parecen insalvables. La historia debía ser contada porque necesitamos comprender nuestros pasados errores para poder aprovechar las oportunidades venideras [...] Y lo más importante, debía ser contada porque hoy, por primera vez en la historia, un solo país tiene la capacidad, el dinero y el poder necesarios para cambiar todo eso. Es el país en donde nací, al que he servido como gángster económico: Estados Unidos de América.

Ahora estaba decidido a no dejarlo. Las coincidencias de mi vida y las elecciones adoptadas como consecuencia de ellas me habían conducido a ese punto. A partir de ahí, el movimiento no podía continuar sino adelante.

Por mi imaginación pasó de nuevo aquel hombre, el jinete solitario cabalgando a través de la noche por las comarcas rurales de Nueva Inglaterra para dar la alarma a los vecinos. El platero sabía que las palabras de Paine y de Jefferson le habían precedido, y que los vecinos las habían leído en sus casas y discutido en las tabernas. Paine había mostrado la verdad de la tiranía imperial británica. Jefferson proclamó que nuestra nación se consagraría a los principios de la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Reveré, mientras se adentraba en la oscuridad, tenía presente que los hombres y las mujeres de las colonias habían recibido el estímulo de la palabra. Por tanto, era seguro que se alzarían para luchar por un mundo mejor.

La palabra...

Tomé mi decisión de no aplazarlo más, de terminar lo que tantas veces

había comenzado en el transcurso de los años. Poner las cartas boca arriba. Confesarme. Escribir las palabras de este libro.

Epílogo

Hemos llegado al final de este libro, que es también un comienzo. Usted probablemente estará preguntándose qué hacer ahora, cómo se puede poner freno a la corporatocracia y terminar con esta marcha demencial y autodestructiva hacia el imperio global. Usted está dispuesto a dejar el libro a un lado y actuar en el mundo.

Son ideas lo que se necesita, y yo podría ofrecer algunas.

Como señalar, por ejemplo, que el capítulo que acaba de leer acerca de la Bechtel y la Halliburton en Iraq ha dejado de ser noticia. Cuando usted lo leyó, ya era agua pasada. Pero la trascendencia de esas noticias va más allá de la oportunidad de los textos. Confío en que ese capítulo habrá contribuido a cambiar la manera en que leemos las noticias, enseñando a leer entre líneas de todo artículo de prensa que abordemos en adelante, a cuestionar las implicaciones profundas de toda información de radio *y* televisión que sintonicemos.

Las cosas no son lo que parecen. La NBC es una propiedad de General Electric. La ABC es de Disney. La CBS pertenece a Viacom, y la CNN forma parte del colosal conglomerado America On Line Time Warner. La mayoría de nuestros periódicos, revistas y casas editoriales pertenece a las gigantescas corporaciones internacionales y está manipulada por ellas. Los medios de comunicación son parte de la corporatocracia. Los funcionarios y los directores que controlan casi todos los órganos de opinión saben cuál es el lugar que les corresponde. En su vida profesional han aprendido que una de sus misiones más importantes consiste en perpetuar, fortalecer y desarrollar el sistema que sé les ha legado. Ellos lo cumplen con gran eficacia, y si tropiezan con alguna oposición también saben ser despiadados. A usted le incumbe entonces la misión de distinguir la verdad que se oculta bajo el barniz y descubrirla. Hable con su familia y sus amigos. Difunda la palabra.

Yo podría dar una lista de cosas prácticas que hacer. Reducir su consumo de combustible, por ejemplo. En 1990, antes de la primera invasión de Iraq, Estados Unidos importaba 8 millones de barriles de petróleo. En 2003, cuando la segunda invasión, ese consumo había aumentado en más de un 50 por ciento, a más de 12 millones de barriles.[1] La próxima vez que experimente la tentación de salir de compras, no lo

haga. Lea un libro, haga ejercicio, siéntese a meditar. Recorte gastos de vivienda, de fondo de armario, de coche, de la oficina, y de casi todos los demás aspectos de la vida. Proteste contra los tratados de «libre» comercio y contra las compañías que explotan a las gentes desesperadas en los talleres de la economía sumergida, o que se dedican a saquear el medio ambiente.

Yo podría explicar que el sistema vigente todavía permite albergar muchas esperanzas, que no hay nada inherentemente maléfico en los bancos, las corporaciones y los gobiernos —o en las personas que los dirigen—, y que por supuesto no es inevitable que constituyan una corporatocracia. Podría extenderme sobre cómo los problemas a que nos enfrentamos hoy no son el resultado de unas instituciones perversas, sino de unos conceptos falaces en relación con el desarrollo económico. El defecto no está en las instituciones mismas, sino en nuestra percepción de cómo funcionan y se relacionan las unas con las otras, así como de la función que desempeñan los dirigentes en ese proceso.

En efecto, esas redes mundiales de comunicación y de distribución tan eficaces podrían servirnos para alcanzar cambios positivos y compasivos. Imaginemos que las alas desplegadas de Nike, los arcos de MacDonald's y el logotipo de Coca-Cola llegasen a ser símbolos de unas compañías fundamentalmente dedicadas a vestir y alimentar a los pobres del mundo, y haciéndolo de maneras beneficiosas para el medio ambiente. Eso no es más utópico que llevar un hombre a la Luna, desintegrar la Unión Soviética o crear las infraestructuras gracias a las cuales esas compañías llegan a todos los rincones del planeta. Necesitamos una revolución en nuestro planteamiento educativo. Que nosotros y nuestros hijos aprendamos a pensar, a cuestionar y a tener el valor de actuar. Usted puede dar ejemplo. Sea maestro y alumno. Inspire con su ejemplo a todas las personas que le rodean.

Yo invitaría a emprender acciones concretas que influyan sobre las instituciones de nuestras vidas. Diga su opinión en todos los foros que se le ofrezcan, escriba cartas y mensajes de correo electrónico, envíe por teléfono preguntas y mociones, acuda a las elecciones para que haya juntas escolares, asociaciones de vecinos y concejos municipales responsables. Cuando necesite comprar algo, hágalo de manera consciente. Impliqúese personalmente.

Podría recordar lo que me dijeron los shuar en 1990: que el mundo es como lo soñamos. Por tanto, la vieja pesadilla de industrias contaminantes, autovías atascadas y ciudades superpobladas puede cambiarse por un nuevo sueño basado en el respeto a la Tierra y en

principios socialmente responsables de sostenibilidad e igualdad. Transformarnos a nosotros mismos, cambiar el paradigma, está en nuestras manos.

Podría enumerar las asombrosas oportunidades de que disponemos ahora mismo para crear un mundo mejor: alimento y agua suficiente para todos; medicamentos para curar enfermedades y para evitar las epidemias que hoy agobian innecesariamente a millones de seres humanos; sistemas de transporte capaces de llevar los recursos esenciales para la vida a los rincones más remotos del planeta; capacidad para elevar los niveles de alfabetización y proporcionar servicios de Internet de modo que todo habitante del planeta pueda comunicarse con otros; instrumentos para resolver contenciosos que hagan obsoletas las guerras; tecnologías que exploren tanto la inmensidad del espacio como las sutilezas de la energía subatómica, y que luego puedan aplicarse a desarrollar viviendas más ecológicas y más eficaces para todos; recursos suficientes para realizar todo lo anterior y mucho más.

Podría sugerir pasos que dar inmediatamente con objeto de facilitar a otros la comprensión de la crisis y de sus oportunidades:

- Ofrecer grupos de estudio sobre el contenido de este libro en la librería o la biblioteca de su barrio, o en ambas (para orientaciones sobre cómo llevar a cabo esta iniciativa véase www. JohnPerkins.org).

- Desarrollar una presentación para una escuela elemental del vecindario sobre su tema favorito (los deportes, la cocina, las hormigas... casi cualquier tema sirve), de manera que despierte en los alumnos la conciencia de la verdadera índole de la sociedad que van a recibir.

- Enviar mensajes de e-mail a todas las señas de su directorio para transmitir las opiniones que le haya sugerido este libro y otros que lea.

Sospecho que algunas de estas iniciativas se le habrán ocurrido ya. Sólo es cuestión de elegir las que le parezcan más estimulantes, y das6e cuenta de que todo esto forma parte de un compromiso mucho más grande que se nos exige a todos. Es preciso que nos comprometamos de manera inequívoca, darnos una sacudida que nos despierte a todos. Escuchemos la sabiduría de las profecías, abramos nuestros corazones a

las posibilidades, tomemos conciencia, y pasemos luego a la acción.

Sin embargo, este libro no pretende ser una prescripción. Es una confesión, ni más ni menos. La confesión de uno que permitió que hicieran de él un peón, un gángster económico. Uno que se acomodó con un sistema corrupto por las numerosas ventajas que le ofrecía, y porque la contemporización era fácil de justificar. Uno que no podía alegar ignorancia y que siempre halló pretextos para excusar su afán de lucro, la explotación de las gentes desesperadas, el expolio del planeta. Uno que aprovechó a fondo el hecho de haber nacido en el seno de una de las sociedades más prósperas que haya conocido la historia, al tiempo que se compadecía de sí mismo porque sus padres no lo colocaron directamente en la cima de la pirámide. Uno que hizo caso de sus profesores, leyó los libros de texto sobre el desarrollo económico, y luego siguió el ejemplo de otros hombres y mujeres que legitiman cualquier acto que promueva el imperio global, aunque redunde en matanzas, genocidios y destrucción medioambiental. Uno que entrenó a otros para que siguieran sus pasos. Esta es mi confesión.

Quien me haya seguido hasta aquí, da a entender con ello que ha conectado con mi confesión en algún plano personal, y que tenemos mucho en común. Tal vez habremos recorrido caminos diferentes, pero hemos conducido vehículos similares, consumido los mismos combustibles, y comido en establecimientos pertenecientes a las mismas corporaciones.

Ahora le toca a usted. Todo el mundo necesita hacer su confesión. Cuando tenga claro quién es, qué puesto desempeña en este momento histórico, por qué ha hecho lo que ha hecho —acciones elogiables, y otras que no lo serán tanto—, y adonde quiere ir, experimentará una inmediata sensación de alivio que puede llegar a rayar en la euforia.

Se me puede creer si digo que escribir este libro ha sido para mí una experiencia profundamente emotiva, y muchas veces dolorosa y hasta humillante. He pasado más miedo que en ningún otro trance de mi vida. Pero me ha permitido conocer un alivio que no había experimentado antes. Un verdadero éxtasis, no tengo palabras para describirlo de otra manera.

Plantéese estas preguntas: ¿Qué es lo que necesito confesar? ¿De qué maneras he engañado a todos, a mí mismo tanto como a los demás? ¿Dónde he contemporizado? ¿Por qué he permitido que me absorbiera un sistema, según me consta, desequilibrado? ¿Qué haré para asegurarme de que nuestros hijos, y los hijos de todos se hallarán en condiciones de realizar el sueño de nuestros Padres Fundadores, el suelo de la vida, la

libertad y la búsqueda de la felicidad? ¿Qué línea debo seguir para poner fin a esas hambrunas innecesarias, y para asegurarme de que nunca se repetirá un 11-S? ¿Cómo contribuiré a que mis hijos comprendan que los que viven en la opulencia y el desvarío son dignos de compasión pero no de emulación, por más que se presenten a sí mismos como iconos culturales a través de los medios de comunicación que ellos controlan, queriendo convencernos que las viviendas fastuosas y los yates traen la felicidad? ¿Qué propósitos de cambio en mis actitudes y percepciones voy a plantearme? ¿A qué foros recurriré para ilustrar a los demás y aprender al mismo tiempo?

Esas son las preguntas esenciales de nuestra época. Cada uno debe responder a su manera, y manifestar sus respuestas de un modo claro e inequívoco. Paine y Jefferson y todos los demás patriotas nos observan. Sus palabras siguen inspirándonos. Los hombres y mujeres que dejaron sus tierras y sus barcas para ir a enfrentarse con el poderoso Imperio británico, los que pelearon en nuestra Guerra Civil por la emancipación de los esclavos, los que sacrificaron sus vidas para defender al mundo frente al fascismo, todavía nos hablan en espíritu. Y lo mismo los que se quedaron en casa para producir los alimentos y las ropas necesarias, y aportaron su apoyo moral, y los que han defendido lo que antes se ganó en los campos de batalla: los maestros, los poetas, los artistas, los emprendedores, los trabajadores de la sanidad, los obreros manuales... usted y yo.

Ésta es nuestra hora. A todos y cada uno nos toca dar el paso al frente, plantear las preguntas importantes, buscar las respuestas en nuestro fuero interno, y pasar a la acción.

Las coincidencias de su vida, y las elecciones que hizo en reacción a ellas, le han conducido a usted hasta este punto...

Cronología personal de John Perkins

1963 Después del preparatorio, ingresa en el Middlebury College.
1964 Amistad con Farhad, hijo de un general iraní. Deja el Middlebury.
1965 Trabaja para periódicos de Hearst en Boston.
1966 Ingresa en la Escuela Superior de Administración de Empresas de Boston.
1967 Se casa con una ex compañera de clase de Middlebury, cuyo «tío Frank» es un alto ejecutivo de la National Security Agency (NSA).
1968 Perfilado por la NSA como gángster económico ideal. Con las bendiciones de tío Frank, se alista en el Peace Corps y se le destina a la Amazonia ecuatoriana, donde las ancestrales tribus indígenas luchan contra las compañías estadounidenses.
1969 Vida en la selva tropical y en los Andes. Experimenta de primera mano las prácticas engañosas y destructivas de las compañías petroleras y los organismos públicos, y sus consecuencias negativas sobre las culturas y el medio ambiente local.
1970 Conoce en Ecuador a un vicepresidente de la consultora MAIN, que es además un oficial de enlace de la NSA.
1971 Ingresa en MAIN y recibe instrucción clandestina en Boston para misiones de gangsterismo económico. Destinado a Java (Indonesia) formando parte de un equipo de once hombres. Problema de conciencia al recibir presiones para falsear sus análisis económicos.
1972 Por su voluntad de «cooperar» y considerado un «niño prodigio» se le asciende a economista jefe. Conoce a dirigentes importantes, como Robert McNamara, presidente del Banco Mundial. Destinado a Panamá en misión especial, traba amistad con el presidente y líder carismático panameño, Ornar Torrijos. Va conociendo la historia del imperialismo estadounidense y la determinación de Torrijos en el sentido de reivindicar la propiedad del Canal.
1973 Carrera espectacular. Construye su imperio dentro de MAIN.

Continúa su actividad en Panamá, realiza largos viajes y es-tudios en Asia, Latinoamérica y el Oriente Próximo.

1974 Intervención decisiva en facilitar un importante éxito del gangsterismo económico en Arabia Saudí. La familia real se aviene a invertir miles de millones de petrodólares en títulos del Tesoro estadounidense, así como a permitir que el de-partamento del Tesoro aplique los intereses de la inversión a contratar empresas estadounidenses que construirán en el Reino sistemas de aprovisionamiento de electricidad y agua, autovías, puertos y urbanizaciones. A cambio, Estados Unidos garantiza la continuidad de la familia real. Este acuerdo servirá de modelo a futuras operaciones de los gángsteres económicos, incluida la iraquí finalmente fallida.

1975 Ascendido de nuevo (a socio participante más joven de la centenaria historia de MAIN) y nombrado director de planificación económica y regional. Publica series de artículos con gran repercusión, y pronuncia conferencias en Harvard y otras instituciones.

1976 Dirige grandes proyectos en todo el mundo, en África, Asia, Latinoamérica, Norteamérica y Oriente Próximo. Aprende del sha de Irán un planteamiento revolucionario para la construcción de imperios mediante el pistolerismo económico.

1977 Sus relaciones personales en- Colombia le permiten conocer la triste suerte de los campesinos tachados de terroristas co-munistas y narcotraficantes, que en realidad no hacen más que defender sus familias y sus hogares.

1978 Sale de Irán *in extremis* con ayuda de Farhad. Juntos vuelan a casa de los padres de éste en Roma. El padre, general iraní, predice la inminente caída del sha y echa a la política estadounidense, a los dirigentes corruptos y a los gobiernos despóticos la culpa por la inquina anti-estadounidense cada vez más extendida en el Oriente Próximo.

1979 Se debate con su propia conciencia mientras el sha abandona su país y los iraníes asaltan la embajada estadounidense tomando cincuenta y dos rehenes. Comprende que Estados Unidos como nación se ha embarcado en una negación de la realidad por lo que respecta a su papel imperialista en el mundo. Tras años de tensión y separaciones frecuentes, se divorcia de su primera esposa.

1980 Sufre profundas depresiones y remordimientos al constatar que

el dinero y el poder le tienen retenido en MAIN. Presenta su dimisión.

1981 Queda muy conmocionado con las muertes de Jaime Roídos (presidente de Ecuador que basó su campaña en una plataforma anti-petroleras) y Ornar Torrijos (presidente de Panamá que incurrió en las iras de poderosos intereses washingtonianos por sus posturas sobre el Canal y las bases militares de Estados Unidos) en sendos accidentes de avión con el sello de operaciones de la CÍA. Contrae matrimonio por segunda vez. Su esposa es hija del arquitecto jefe de Bechtel, encargado de diseñar y construir ciudades en Arabia Saudí de acuerdo con proyectos financiados mediante el acuerdo de 1974.

1982 Funda la Independent Power Systems (IPS), empresa dedicada a la generación de electricidad por medios compatibles con el medio ambiente. Nace su hija Jessica.

1983-1989 Éxito notable como director general de IPS, aunque con mucha ayuda de «coincidencias» afortunadas: protectores bien situados, privilegios fiscales, etc. Al verse padre de familia le inquietan cada vez más las crisis mundiales y su antigua actividad de gángster económico. Quiere contarlo todo en un libro, pero se le ofrece una espléndida sinecura como asesor, a condición de no hacerlo.

1990-1991 Después de la invasión de Panamá por Estados Unidos y el encarcelamiento de Noriega, vende IPS y se jubila a la edad de cuarenta y cinco años. Vuelve a considerar el relato de su vida como gángster económico, pero se le convence de dirigir sus energías a la creación de una ONG, iniciativa que según se le explica podría resultar perjudicada por la repercusión de esas revelaciones.

1992-2000 Contempla el fracaso del pistolerismo económico que deriva en la primera guerra del Golfo. Inicia tres veces la proyectada autobiografía pero se le disuade otras tantas con amenazas y sobornos. Trata de aplacar su conciencia escribiendo sobre los pueblos indígenas, respaldando organizaciones no lucrativas y dando clases en foros de Nueva Era. Viaja a la Amazonia y a los Himalaya, conversa con el Dalai Lama, etc.

2001-2002 Conduce a un grupo de compatriotas hasta las pro-fundidades de la Amazonia y mientras acampan con los in-dígenas, se entera por la radio de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001. Visita la Zona Cero y decide escribir el libro

que acalle su dolor íntimo y cuente las verdades ocultas del gangsterismo económico.

2003-2004 Regresa a la Amazonia ecuatoriana para reunirse con los representantes de las tribus en conflicto con las compañías petroleras. Escribe Confesiones de un gángster económico.

Notas

Prefacio

1. The United Nations Food Programme, http://www.wfp.org/in-dex.asp?
section=l (acceso del 27 de diciembre de 2003). Además, la National Association for the Prevention of Starvation estima que «todos los días fallecen 34.000 niños de edad inferior a los cinco años por hambre o enfermedades que son secuelas del hambre, y que serían evitables en otras condiciones» (http://www.napsoc.org, acceso del 27 de diciembre de 2003). Starvation.net estima que «si se suman las dos causas principales de muerte (después de la inanición) de los más pobres entre los pobres, a saber, las enfermedades de origen hídrico y el sida, resulta una mortalidad diaria de 50.000 víctimas» (http://www.starvation.net, acceso del 27 de diciembre de 2003).

2. Conclusiones del U.S. Department of Agriculture publicadas por Food Research and Action Center (FRAC), http://www.frac.org (acceso del 27 de diciembre de 2003).

3. United Nations, *Human Development Report,* United Nations, Nueva York, 1999.

4. «En 1998, el Programa de Desarrollo de NN.UU. estimó que el su ministro de agua potable y servicios sanitarios a toda la población mundial originaría un gasto añadido de 9.000 millones de dólares. Con 12.000 millones más, informan, se cubrirían los servicios de salud reproductiva para todas las mujeres del mundo. Con otros 13.000 millones todos los habitantes del planeta, además de tener suficiente para comer dispondrían de las atenciones sanitarias básicas. Seis mil millones más costaría la educación elemental para todos [...] Todo esto suma 40.000 millones.» De John Robbins, autor de *Dietfora New America y The Food Revolution,* en http://www.foodrevolution.org (acceso del 27 de diciembre de 2003).

Prólogo

1. Gina Chavez y otros, *Tarimiat - Firmes en Nuestro Territorio: FIP-SE vs.* ARCO, recop. por Mario Meló y Juana Sotomayor, CDES y CONAIE, Quito, 2002.

2. Sandy Tolan, «Ecuador: Lost Promises», National Public Radio, *Morning Edition,* 9 de julio de 2003, http://www.npr.org/programs/moming/features/2003/jul/latinoil (acceso del 9 de julio de 2003).

3. Juan Forero, «Seeking Balance: Growth vs. Culture in the Amazon», *New York Times,* 10 de diciembre de 2003.

4. Abby Ellin, «Suit Says ChevronTexaco Dumped Poisons in Ecuador»,

New York Times, 8 de mayo de 2003.

5. Chris Jochnick, «Perilous Prosperity», *New Internationalist,* junio de 2001, http://www.newint.org/issue335/perilous.htm. Para una información más extensa veáse también Pamela Martin, *The Globalization of Contentious Politics: The Amazonian Indigenous Rights Movement,* Routledge, Nueva York, 2002; Kimerling, *Amazon Crude,* Natural Resource Defense Council, Nueva York, 1991; Leslie Wirpsa, trad., *Upheaval in the Back Yard: ¡Ilegitímate Debts and Human Rights - The Case of Ecuador -Norway,* Centro de Derechos Económicos y Sociales, Quito, 2002; y Gregory Palast, «Inside Corporate America», *Guardian,* 8 de octubre de 2000.

6. Para información sobre el impacto del petróleo en las economías nacionales y la global, véase Michael T. Klare, *Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict,* Henry Holt and Company, Nueva York, 2001 (hay trad. al cast.: *Guerras por los recursos. El futuro escenario del conflicto global,* Ediciones Urano, Barcelona, 2003); Daniel Yergin, *The Prize: Quest for OH, Money & Power,* Free Press, Nueva York, 1993; y Daniel Yergin y Joseph Stanislaw, *The Commanding Heights: The Battlefor the World Economy,* Simón & Schuster, Nueva York, 2001.

7. James S. Henry, «Where the Money Went», *Across the Board,* marzo-abril de 2004, pp. 42-45. Para más información véase el libro de Henry *The Blood Bankers: Tales from the Global Underground Economy,* Four Walls Eight Windows, Nueva York, 2003.

8. Gina Chavez y otros, *Tarimiat - Firmes en Nuestro Territorio: FIP-SE vs. ARCO,* recop. por Mario Meló y Juana Sotomayor, CDES y CONAIE, Quito, 2002; *Petróleo, Ambiente y Derechos en la Amazonia Centro Sur,* edición Víctor López A., Centro de Derechos Económicos y Sociales, OPIP, IACYT-A bajo el patrocinio de Oxfam America, Sergrafic, Quito, 2002.

9. Sandy Tolan, «Ecuador: Lost Promises», National Public Radio, *Moming Edition,* 9 de julio de 2003, http://www.npr.org/programs/morning/features/2003/jul/latinoil (acceso del 9 de julio de 2003).

10. Más sobre los chacales y otros tipos de gangsterismo en P. W. Singer, *Corporate Warriors: The Rise ofthe Privatized Militar y Industry,* Cornell University Press, Ithaca (Nueva York) y Londres, 2003; James R. Davis, *Fortune's Warriors: Prívate Armies and the New World Order,* Douglas & Mclntyre, Vancouver y Toronto, 2000; Félix I. Rodríguez y John Weisman, *Shadow Wanrior: The CÍA Hero of 100 Unknown Battles,* Simón and Schuster, Nueva York, 1989.

Capítulo 2 - «Para toda la vida

1. Para una descripción detallada de esa fatídica operación, véase Stephen Kinzer, *All the Shah's Men: An American Coup and tlie Roots ofMiddle East Terror,* John Wiley & Sons, Inc., Hoboken (New Jersey), 2003.

2. Jane Mayer, «Contract Sport: What Did the Vice-President Do for Halliburton?», *New Yorker,* 16 y 23 de febrero de 2004, p. 83.

Capítulo 3 - Indonesia: lecciones de gangsterismo económico

1. Más sobre Indonesia y su historia en Jean Gelman Taylor, *Indonesia: Peoples and Histories,* Yale University Press, New Ha ven y Londres, 2003; y Theodore Friend, *Indonesian Destinies,* The Belknap Press of Harvard, Cambridge (Massachusetts) y Londres, 2003.

Capítulo 6 - Mi papel de inquisidor

1. Theodore Friend, *Indonesian Destinies,* The Belknap Press of Harvard, Cambridge (Massachusetts) y Londres, 2003, p. 5.

Capítulo 10 - Presidente y héroe de Panamá

1. Véase David McCullough, 77» *Path Between the Seas: The Creation ofthe Panamá Canal 1870-1914,* Simón and Schuster, Nueva York, 1999; William Friar, *Portrait ofthe Panamá Canal: From Construction to the Twenty-First Century,* Graphic Arts Publishing Company, Nueva York, 1999; Graham Greene, *Conversations with the General,* Pocket Books, Nueva York, 1984 (hay trad. en cast.: *Descubriendo al general,* Plaza y Janes, Barcelona, 1984).

2. Véase «Zapata Petroleum Corp.», *Fortune,* abril de 1958, p. 248; Darwin Payne, *Initiative in Energy: Dresser Industries, Inc. 1880-1978,* Simón and Schuster, Nueva York, 1979; Steve Pizzo y otros, *Inside Job: The Looting of Americais Savings and Loans,* McGraw-Hill, Nueva York, 1989; Gary Webb, *Dark Alliance: The CÍA, the Contras, and the Crack Cocaine Explosión,* Steven Stories Press, Nueva York, 1999; Gerard Colby y Charlotte Dennet, *Thy Will Be Done, The Conquest ofthe Amazon: Nelson Rockefeller and Evangelism in the Age of OH,* Harper Collins, Nueva York, 1995.

3. Manuel Noriega y Peter Eisner, *The Memoirs of Manuel Noriega, America's Prisoner,* Random House, Nueva York, 1997; Ornar Torrijos Herrera, *Ideario,* Editorial Universitaria Centroamericana, 1983; Graham Greene, *Descubriendo al general,* Plaza y Janes, Barcelona, 1984.

4. Graham Greene, *Descubriendo al general,* Plaza y Janes, Barcelona, 1984; Manuel Noriega y Peter Eisner, *The Memoirs of Manuel Moriega, America's Prisoner,* Random House, Nueva York, 1997.

Capítulo 13 - Conversaciones con el General

1. William Shawcross, *Tlie Slia's Last Ride: The Fate ofan Ally,* Simón and Schuster, Nueva York, 1988; Stephen Kinzer, *All the Shah's Men: An American Coup and the Roots oJMiddle East Terror,* John Wiley & Sons, Inc., Hoboken (New Jersey), 2003, p. 45.

2. Mucho se ha escrito sobre Arbenz, la United Fruit y la violenta historia de Guatemala. Véase por ejemplo, de Howard Zinn (que fue mi profesor de ciencias políticas en Boston), *A People's History oftiie United States*, Harper & Row, Nueva York, 1980; Diane K. Stanley, *For the Record: The United Fruit Company's Sixty-Six Tears in Guatemala*, Centro Impresor Piedra Santa, Guatemala, 1994. Para referencias rápidas: «The Banana Republic: The United Fruit Company», http://www.mayaparadise.com/ufcle.html; «CÍA Involved in Guatemala Coup, 1954», http://www.english.upenn.edu/~afil-reis/50s/guatemala. html. Más sobre la implicación de la familia Bush: «Zapata Petroleum Corp.», *Fortune*, abril de 1958, p. 248.

Capítulo 14 - Comienza un nuevo y siniestro período de la historia económica

1. «Robert S. McNamara: 8th Secretary of Defense», http://www. defenselink.mil (acceso del 23 de diciembre de 2003).

Capítulo 15 - Arabia Saudí y el caso del blanqueo de dinero

1. Para más detalles sobre los acontecimientos que condujeron al embargo petrolero de 1973 y sobre sus consecuencias, véase Thomas W. Lippman, *Inside the Mirage: America's Fragüe Partnership with Saudi Arabia*, Westview Press, Boulder (Colorado), 2004, pp. 155-159; Daniel Yergin, *The Prize: The Epic Queso for OH, Money & Power*, Free Press, Nueva York, 1993; Stephen Schneider, *The Oü Price Revolution*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1983; Ian Seymour, *OPEC: Instrument o/Change*, McMillan, Londres, 1980.

2. Thomas W. Lippman, *Inside tíie Mirage: America's Fragüe Partnership with Saudi Arabia*, Westview Press, Boulder (Colorado), 2004, p. 160.

3. David Holden y Richard Johns, *The House ofSaud: The Rise and Rule of the Most Power ful Dynasty in the Arab World*, Holt Rinehart and Winston, Nueva York, 1981, p. 359. '

4. Thomas W. Lippman, *Inside the Mirage: America's Fragüe Partnership with Saudi Arabia*, Westview Press, Boulder (Colorado) 2004, p. 167.

Capítulo 16 - Ejerciendo de proxeneta y financiando a Osama bin Laden

1. Robert Baer, *Sleeping with the Devil: How Washington Sold Our Soulfbr Saudi OH*, Crown Bublishers, Nueva York, 2002, p. 162.

2. Thomas W. Lippman, *Inside the Mirage: America's Fragüe Partnership with Saudi Arabia*, Westview Press, Boulder (Colorado), 2004, p. 26.

3. Thomas W. Lippman, *Inside the Miraje: America's Fragüe Partnership with Saudi Arabia*, Westview Press, Boulder (Colorado), 2004, p.

4. Henry Wasswa, «Idi Amin, Murderous Ugandan Dictator, Dies», Associated Press, 17 de agosto de 2003.

5. «The Saudi Connectíon», *U.S. News & World Report,* 15 de diciembre de 2003, p. 21.

6. «The Saudi Connectíon», *U.S. News & World Report,* 15 de diciembre de 2003, pp. 19,20,26.

7. Craig Unger, «Saving the Saudies», *Vanity Fair,* octubre de 2003. Más sobre la implicación de la familia Bush, de Bechtel, etc., en «Zapata Petroleum Corp.», *Fortune,* abril de 1958, p. 248; Darwin Payne, *Initiative in Energy: Dresser Industries, Inc. 1880-1978,* Simón and Schuster, Nueva York, 1979; Nathan Vardi, «Desert Storm: Bechtel Group is Leading the Charge» y «Contacte for Contracts», ambos en *Forbes* de 23 de junio de 2003, pp. 63-66; Graydon Cárter, «Editor's Letter: Fly the Friendly Skies...», *Vanity Fair,* octubre de 2003; Richard A. Oppel y Diana B. Henriques, «A Nation at War: The Contractor. Company has ties in Washington, and to Iraq», *New York Times,* 18 de abril de 2003.

Capítulo 17 - Las negociaciones del **Canal de Panamá y Graham Greene**

1. Véase por ejemplo John M. Perkins, «Colonialism in Panamá Has No Place in 1975», *Boston Evening Globe,* página de opinión, 19 de septiembre de 1975; John M. Perkins, «U.S.-Brazil Pact Upsets Ecuador», *The Boston Globe,* página de opinión, 10 de mayo de 1976.

2. Para ejemplos de comunicaciones enviadas por John Perkins a revistas técnicas, véase: John M. Perkins y otros, «A Markov Process Applied to Forecasting, Part I - Economic Development», y «A Markov Process Applied to Forecasting, Part II - The Demand for Electrichy», The Institute of Electrical and Electronics Engineers, Conference Papers C 73 475-1 (julio de 1973) y C 74 146-7 (enero de 1974) respectivamente; John M. Perkins y Nadipuram R. Prasad, «A Model for Describing Direct and Indirect Interrelationships Between the Economy and the Environment», *Consulting Engineer,* abril de 1973; Edwin Vennard, John M. Perkins y Robert C. Ender, «Electric Demand from Interconnected Systems», *TAPPI Journal,* Technical Association of the Pulp and Paper Industry, 28th Conference Edition 1974; John M. Perkins y otros, «Iranian Steel: Implications for the Economy and the Demand for Electricity», y «Markov Method Applied to Planning», presentados ante la Fourth Iranian Conference on Engineering, Universidad Pahlavi, Shiraz, Irán, 12 a 16 de mayo de 1974; y *Economic Theories and Applications: A Collection of Teclinical Papers* con prólogo por John M. Perkins, Chas. T. Main, Inc., Boston, 1975.

3. John M. Perkins, «Colonialism in Panamá Has No Place in 1975», *Boston Evening Globe,* página de opinión, 19 de septiembre de 1975.

4. Graham Greene, *Getting to Know the General,* Pocket Books, Nueva York 1984, pp. 88-90.

5. Graham Greene, *íbid.*

Capítulo 18 - Irán y su Rey de Reyes

1. William Shawcross, *The Shah's Last Ride: The Vate of an Ally,* Simón and Schuster, Nueva York, 1988. Para más precisiones sobre el acceso del sha al poder, véase H. D. S. Greenway, «The Irán Conspiracy», *New York Review of Books, 23* de septiembre de 2003; Stephen Kinzer, *All the Shah's Men: An American Coup and the Roots of Middle East Terror,* John Wiley & Sons, Inc., Hoboken (New Jersey), 2003.

2. Más acerca de Yamin, el proyecto de fertilización del desierto e Irán, en John Perkins, *Shapeshifting,* Destiny Books, Rochester (Vermont), 1997.

Capítulo 20 - La caída de un rey

1. Para más detalles sobre el acceso del sha al poder, véase H. D. S. Greenway, «The Irán Conspiracy», *New York Review of Books,* 23 de septiembre de 2003; Stephen Kinzer, *All the Shah's Men: An American Coup and the Roots of Middle East Terror,* John Wiley & Sons, Inc., Hoboken (New Jersey), 2003.

2. Véanse los artículos de portada de la revista *Time* sobre el ayatolá Ruhollah Jomeini, 12 de febrero de 1979, 7 de enero de 1980 y 17 de agosto de 1987.

Capítulo 21 - Colombia, la clave de Latinoamérica

1. Gerard Colby y Charlotte Dennet, *Thy Will Be Done, The Conquest of the Amazon: Nelson Rockefeller and Evangelism in the Age of OH,* Harper CoUins, Nueva York, 1995, **p.** 381.

Capítulo 24 - El presidente de Ecuador contra las grandes petroleras

1. Para extensos detalles sobre el SIL, su historia, sus actividades y su asociación con las petroleras y los Rockefeller, véase Gerard Colby y Charlotte Dennet, *Thy Will Be Done, The Conquest of the Amazon: Nelson Rockefeller and Evangelism in the Age of OH,* HarperCollins, Nueva York, 1995; Joe Kane, *Savages,* Alfred A. Knopf, Nueva York, 1995. Para información acerca de Rachel Saint, pp. 85,156,227.

2. John D. Martz, *Polines and Petroleum in Ecuador,* Transacción Books, New Brunswick y Oxford, 1987, p. 272.

3. José Carvajal Candall, «Objetivos y Políticas de CEPE», Primer Seminario, Quito, 1979, p. 88.

Capítulo 26 - Ecuador: muere un presidente

1. John D. Martz, *Politics and Petroleum in Ecuador,* Transaction Books, New Brunswick y Oxford 1987, p. 272.

2. Gerard Colby y Charlotte Dennet, *Tliy Will Be Done, Tlie Conquest oftlie*

Amazon: Nelson Rockefeller and Evangelism in the Age of Oil, Harper Collins, Nueva York, 1995, p. 813.

3. John D. Martz, *Politicsand Petroleum in Ecuador,* Transaction Books, New Brunswick y Oxford, 1987, p. 303.

4. John D. Martz, *Politics and Petroleum in Ecuador,* Transaction Books, New Brunswick y Oxford, 1987, pp. 381,400.

Capítulo 27 - Panamá: muere otro presidente

1. Graham Greene, *Getting to Know tlie General,* Pocket Books, Nueva York, 1984, p. 11.

2. George Shultz ha sido secretario del Tesoro y presidente del Consejo de política económica durante el período Nixon-Ford, 1972-1974, presidente del Bechtel Group de 1974 a 1982, y secretario de estado con Reagan-Bush, 1982-1989; Caspar Weinberger ha sido director de la Oficina de Administración y del Presupuesto, y secretario de Sanidad, Educación y Providencia social con Nixon-Ford, 1973-1975, vicepresidente y consejero general de Bechtel, 1975-1980, y secretario de Defensa con Reagan-Bush, 1980-1987.

3. En 1973 durante la vista del caso Watergate y testificando ante el Senado, John Dean fue el primero en revelar los planes estadounidenses para asesinar a Torrijos. En 1975, durante las investigaciones del Senado sobre la CÍA presididas por el senador Frank Church, se presentaron nuevos testimonios y documentos sobre planes para asesinar tanto a Torrijos como a Noriega. Véase por ejemplo Manuel Noriega y Peter Eisner, *The Memoirs of Manuel Noriega, America's Prisoner,* Random House, Nueva York, 1997, p. 107.

Capítulo 28 - Enron, George W. Bush y mi compañía de electricidad

1. Para más información sobre IPS, su filial Archbald Power Corporation y su ex director general John Perkins, véase Jack M. Daly y Thomas J. Duffy, «Burning Coal's Waste at Archbald», *Civil Engineering,* julio de 1988; Vince Coveleskie, «Co-Generation Plant Attributes Cited», *The Scranton Times,* 17 de octubre de 1987; Robert Curran, «Archibald Facility Dedicated», *Scranton Tribune* 17 de octubre de 1987; «Archibald Plant Will Turn Coal Waste into Power», *Citizen's Voice,* Wükes-Barre (Pennsylvania), 6 de junio de 1988; «Liabilities to Assets: Culm to Light, Food», editorial de *Citizen's Voice,* Wükes-Barre (Pennsylvania), y 7 de junio de 1988.

2. Joe Conason, «The George W. Bush Success Story», *Harpers Magazine,* febrero de 2000; Craig Unger, «Saving the Saudis», *Vanity Fair,* octubre de 2003, p. 165.

3. Craig Unger, «Saving the Saudis», *Vanity Fair,* octubre de 2003, p.

4. Véase George Lardner Jr. y Lois Romano, «The Tuming Point After

Corning Up Dry», *Washington Post,* 30 de julio de 1999; Joe Conason, «The George W. Bush Success Story», *HarpersMagazine,* febrero de 2000; y Sam Parry, «The Bush Family Oiligarchy - Part Two: The Third Generation», http://www.newnetizen.com/presidential/bushoiligarchy.htm (acceso del 19 de abril de 2002).

5. Esta teoría cobró nueva significación y parecía inminente que fuese iluminada por los focos del escrutinio público años más tarde, cuando se reveló que la muy respetada empresa auditora Arthur Andersen se había compinchado con los ejecutivos de Enron para estafar miles de millones de dólares a los consumidores de energía, a los empleados de Enron y al público estadounidense. Pero la inminencia de la guerra iraquí de 2003 alejó esos focos. Durante la guerra, Bahrein desempeñó un papel crítico en la estrategia del presidente George W. Bush.

Capítulo 29 - Acepto un soborno

1. Jim Garrison, *American Empire: Global Leader or Rogue Power?,* Berrett-Koehler Publishers, Inc., San Francisco, 2004, p. 38.

Capítulo 30 - Estados Unidos invade Panamá

1. Manuel Noriega y Peter Eisner, *The Memoirs of ManuelNoriega, America's Prisoner,* Random House, Nueva York, 1997, p. 56.

2. David Harris, *Shooting the Moon: The True Story ofan American Manhunt Unlike Any Other, Ever,* Little, Brown and Company, Boston, 2001, pp. 31-34.

3. David Harris, *Shooting the Moon: The True Story ofan American Manhunt Unlike Any Other, Ever,* Little, Brown and Company, Boston, 2001, p. 43.

4. Manuel Noriega y Peter Eisner, *The Memoirs of Manuel Noriega, America's Prisoner,* Random House, Nueva York, 1997, p. 212; véase también Craig Unger, «Saving the Saudies», *Vanity Fair,* octubre de 2003, p. 165.

5. Manuel Noriega y Peter Eisner, *The Memoirs of Manuel Noriega, America''s Prisoner,* Random House, Nueva York, 1997, p. 114.

6. Véase www.famoustexans.com/georgebush.htm, p. 2.

7. Manuel Noriega y Peter Eisner, *Tlie Memoirs of Manuel Noriega, America's Prisoner,* Random House, Nueva York 1997, pp. 56-57.

8. David Harris, *Shooting the Moon: The True Story ofan American Manhunt Unlike Any Otlier, Ever,* Little, Brown and Company, Boston, 2001, p. 6.

9. www.famoustexans.com/georgebush.htm, p. 3.

10. David Harris, *Slwoting tlie Moon: Tlie True Story ofan American Manhunt Unlike Any Otlier, Ever,* Little, Brown and Company, Boston 2001, p. 4.

11. Manuel Noriega y Peter Eisner, *The Memoirs of Manuel Noriega,*

America's Prisoner, Random House, Nueva York, 1997, p. 248.

12. Manuel Noriega y Peter Eisner, *íbid,* p. 211.

13. Manuel Noriega y Peter Eisner, *íbid,* p. xxi. -

Capítulo 31 - Un fracaso del **gangsterismo económico en Iraq**

1. Morris Barrett, «The Web's Wild World», *Time,* 26 de abril de **1999, p. 62.**

Capítulo 32 - El 11 de septiembre y las **consecuencias sobre mi persona**

1. Más información sobre los huaorani en Joe Kane, *Savages,* Alfred A. Knopf, Nueva York, 1995.

Capítulo 33 - Venezuela salvada por Saddam

1. «Venezuela on the Brink», editorial del *New York Times,* 18 de diciembre de 2002.

2. *Tlie Revolution Will Not Be Televised,* dirigida por Kim Bartiey y Donnacha O'Briain en asociación con la Irish Film Board, 2003. Véase www.chavezthefilm. com.

3. «Venezuelan President Forced to Resign», Associated Press, 12 de abril de 2002.

4. Simón Romero, «Tenuous Trace in Venezuela for the State **and** its Oil Company», *The New York Times,* 24 de abril de 2002.

5. Bob Edwards, «What Went Wrong with the Oil Dream in Venezuela», *Moming Edition,* National Public Radio, 8 de julio de 2003.

6. Ginger Thompson, «Venezuela Strikers Keep Pressure on Chávez and Oil Exports», *New York Times,* 30 de diciembre de 2002.

7. Más sobre los chacales y otros tipos de gangsterismo en P. W. Singer, *Corporate Warriors: The Rise ofthe Privatized Militar y Industry,* Cornell University Press, Ithaca (Nueva York) y Londres 2003; James R Davis, *Fortunéis Warriors: Prívate Armies and the New World Order,* Douglas & Mclntyre, Vancouver y Toronto, 2000; Félix I. Rodríguez y John Weisman, *Shadow Warrior: The CÍA Hero of 100 Unknown Battles,* Simón and Schuster, Nueva York, 1989.

8. Tim Weiner, «A Coup by Any Other Ñame», *New York Times,* 14 de abril de 2002.

9. «Venezuela Leader Urges 20 Years for Srrike Chefs», Associated Press, 22 de febrero de 2003.

10. Paul Richter, «U. S. Had Talks on Chávez Ouster», *Los Angeles Times,* 17 de abril de 2002.

Capítulo 34 **- Retorno** a **Ecuador**

1. Chris Jochnick, «Perilous Prosperity», *New Internationalist*, junio de 2001, http:/ / www.newint.org/ issue335/ perilous.htm.

2. Naciones Unidas, *Human Development Report,* United Nations, Nueva York, 1999.

3. Para más información sobre el asunto de la toma de rehenes, véase Alan Zibel, «Natives Seek Redress for Pollution», *Oakland Tribune,* 10 de diciembre de 2002; en *Hoy,* diario de Quito, artículos del 10 al 28 de diciembre de 2003; «Achuar Free Eight Oü Hostages», *El Commercio,* diario de Quito, 16 de diciembre de 2002 (noticia transmitida también por Reuters); «Ecuador: Oil Firm Stops Work because Staff Seized, Demands Government Action», y «Sarayacu - Indigenous Groups to Discurss Reléase of Kidnapped Oil Men», *El Universo,* diario de Guayaquil, http://www.eluniverso.com, 24 de diciembre de 2002; y Juan Forero, «Seeking Balance: Growth vs. Culture in the Amazon», *New York Times,* 10 de diciembre de 2003. Para información permanentemente actualizada sobre la población de la Amazonia ecuatoriana véase la página de la Alianza Pachamama, http://www.pachamama.org.

Capítulo 35 - Levantando el barniz

1. Estadísticas del endeudamiento nacional publicadas por Bureau of the Public Debt en www.publicdebt.treas.gov/opd/opdpenny.htm; estadísticas de la renta nacional, por el Banco Mundial en www. worldbank.org /data/databytopic/GNIPCpdf.

2. Elizabeth Becker y Richard A. Oppel, «A Nation at War: Reconstruc-tion. U. S. Gives Bechtel a Major Contract in Rebuilding Iraq», *New York Times,* 18 de abril de 2003, http://www.nytimes.com /2003/04/18/interna-tional/worldspecial/18REBU. html.

3. Richard A. Oppel y Diana B. Henriques, «A Nation at War: The Contractor: Company has ties in Washington, and to Iraq», *New York Times,* 18 de abril de 2003, http://www.nytimes.com/2003/04/18/inter- national/ worldspecial/ 18CONT.html.

4. http:/ / money.cnn.com/ 2003/ 04/17/ news/companies/ war-bech-tel/index.htm.

Epílogo

1. Energy Information Administration, citado en *USA Today*, 1 de marzo de 2004, p. I.

Sobre el autor

John Perkins ha vivido cuatro vidas: la del *economic hit man:*, la del director general de una compañía de producción eléctrica alternativa, recompensado por no revelar sus actividades anteriores; la del entendido en culturas indígenas y chamanismo, profesor y escritor que ha aplicado esos conocimientos expertos a promover el ecologismo y la sostenibilidad, mientras seguía haciendo honor al pacto de silencio sobre su vida como EHM y, ahora, la del escritor que, al narrar lo que antes silenció, ha denunciado el mundo de intriga internacional y corrupción que está convirtiendo la República de Tom Paine y de Jefferson en un imperio global odiado por un número cada vez mayor de habitantes del planeta.

En tanto que EHM, es decir, gángster económico, la misión de John consistía en persuadir a los países del Tercer Mundo para que aceptasen grandes empréstitos, de un volumen muy superior al necesario para desarrollar sus infraestructuras. Además, era preciso asegurarse de que los proyectos de desarrollo fuesen ejecutados por corporaciones de Estados Unidos, como Halliburton y Bechtel. Una vez entrampados esos países, las autoridades de Estados Unidos en alianza con las agencias internacionales de ayuda quedaban en disposición de controlar esas economías y de canalizar su petróleo y demás recursos naturales conforme a los intereses de la construcción de un imperio global.

En sus funciones de EHM John ha viajado por todo el mundo y ha participado directamente en algunos de los acontecimientos más dramáticos de la historia moderna, o ha sido testigo de ellos: el caso del blanqueo de dinero árabe-saudí, la caída del sha de Irán, la muerte del presidente panameño Ornar Torrijos y poco después la invasión de Panamá, así como los acontecimientos que han llevado en 2003 a la segunda invasión de Iraq.

En 1980 Perkins fundó la compañía Independent Power Systems, Inc. (IPS), una eléctrica alternativa. Bajo su dirección, IPS conoció grandes éxitos en esta especialidad de alto riesgo donde tantas otras empresas han fracasado. Muchas «coincidencias» y favores de personajes influyentes contribuyeron a situar IPS en la vanguardia de su sector. En parte voluntariamente, y en parte forzado por amenazas no demasiado veladas, John también se ocupó de asesorar, contra una espléndida remuneración, a algunas de las corporaciones que previamente se habían forrado gracias a sus actividades.

En 1990, y después de vender IPS, John se dedicó a la defensa de los

derechos indígenas y de los movimientos ecologistas, trabajando en especial con las tribus amazónicas que luchan por la preservación del bosque húmedo tropical. Ha escrito cinco libros, publicados en varios idiomas, sobre culturas indígenas, chamanismo, ecologismo y sostenibiüdad. Ha dado conferencias en universidades y otros organismos de enseñanza de cuatro continentes. Y ha sido consejero de varias organizaciones no lucrativas, algunas de ellas fundadas por él mismo.

Una de éstas, fundada y presidida por él, fue la Dream Change Coalition (más tarde convertida en Dream Change, o simplemente DC), que ha sido modelo inspirador para muchas personas que tratan de alcanzar sus objetivos personales y, al mismo tiempo, cobrar conciencia de la repercusión de sus vidas sobre las de los demás y sobre el planeta. DC intenta potenciar a los individuos para que sean capaces de constituir comunidades sostenibles y más equilibradas. Uno de los programas de DC, Pollution Offset Léase for Earth (POLE), contrarresta la contaminación atmosférica que entre todos creamos, ayuda a los pueblos indígenas en la preservación de sus selvas, y promueve un cambio de conciencia que difunda el respeto a la Tierra. DC tiene seguidores en todo el mundo y ha inspirado en muchos países la formación de nuevas organizaciones con similar finalidad.

<<Los gángsteres económicos - escribe John Perkins - son profesionales generosamente pagados que estafan miles de millones de dólares a paises de todo el mundo. Entre sus instrumentos figuran los dictámenes financieros fraudulentos, las elecciones amañadas, los sobornos, las extorsiones, las trampas sexuales y el asesinato>>.

John Perkins lo sabe muy bien. Él ha sido un gángster económico. Su misión consistia en persuadir a paises estratégicamente importantes para Estados Unidos, desde indonesia hasta Panamá, para que aceptaran créditos enormes con el objetivo de financiar el desarrollo de sus infraestructuras, Estos lucrativos proyectos debían ser ejecutados por contratistas estadounidenses. Y una vez contraída la deuda, dichos paises quedaban sujetos al control de Estados Unidos, del banco Mundial y de otras instituciones dominadas por Estados Unidos que actúan como usuarios, dictando las condiciones de pago y forzando asi la sumisión de los gobiernos.

Este extraordinario relato extraído de la vida real denuncia las intrigas internacionales, las corrupciones y las actividades menos conocidas del gobierno y las empresas estadounidenses que tan pésimas consecuencias han traído a la democracia estadounidense y al mundo.

<<*Un bombazo. Uno de esos raros ejemplos en que alguien profundamente implicado en la estructura imperialista gubernamental y corporativa de EE UU da un paso al frente para revelar en términos inequívocos su funcionamiento interno. Un libro lleno de grandes revelaciones y de valentia moral*>>

John E. Mack,
profesor de Harvard, ganador del premio Pulitzer

<<Perkins combina la brillantez y la emoción de una novela de Graham Greene con la autoridad de su posición de insidir para desarrollar un relato autobiográfico verídico, revelador, poderoso y demoledor que dice las cosas y cita a los protagonistas por sus nombres>>

David Korten,
Autor del bastseller When Corporations Rule the World

